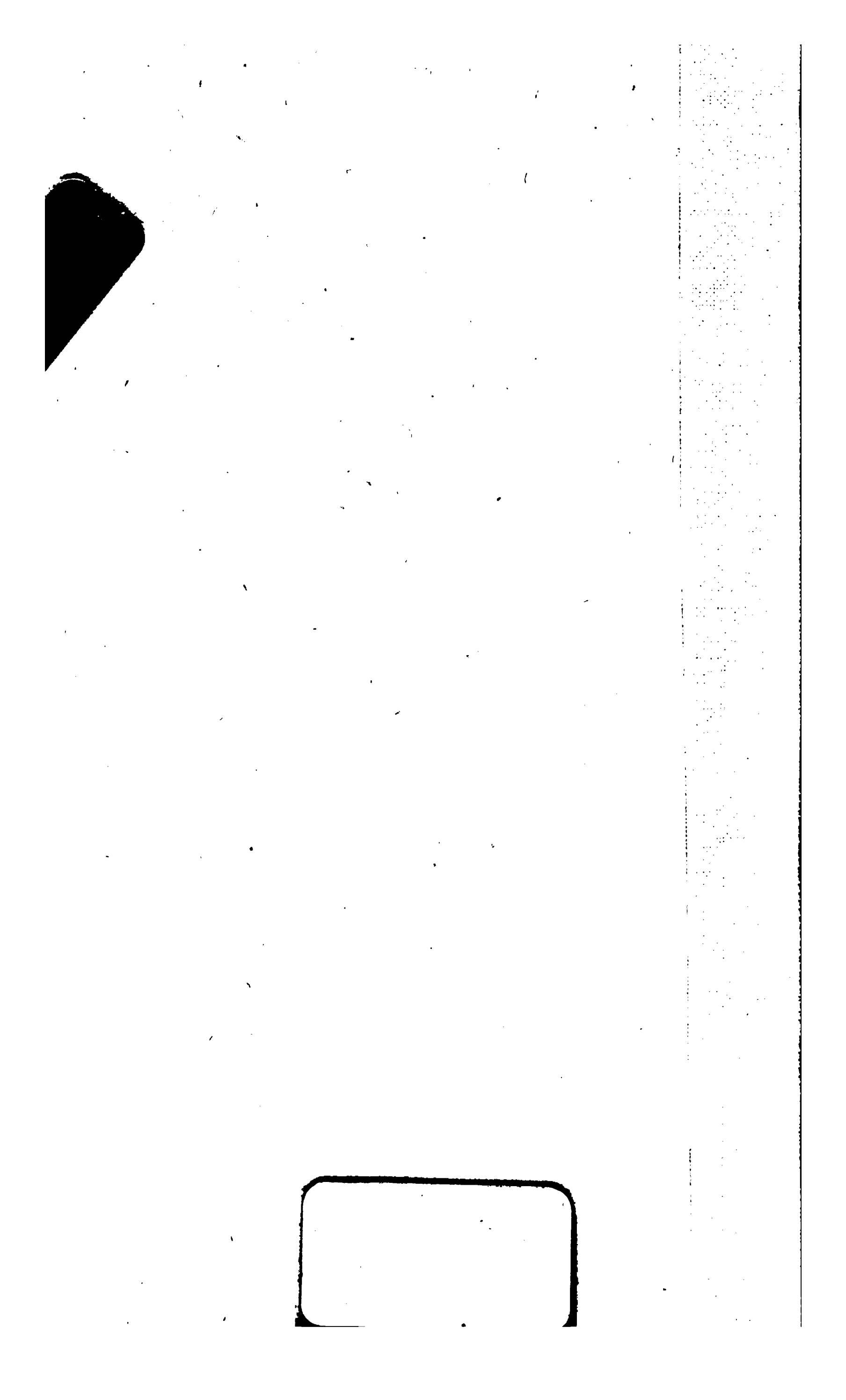



Volney

VIAGE
POR
EGIPTO Y SIRIA

DURANTE LOS AÑOS DE 1783, 1784 Y 1785:

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR C. F. VOLNEY,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO CON NOTAS Y ADICIONES

POR UN HABANERO.

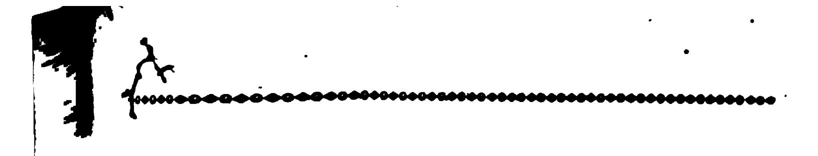
TOMO PRIMERO.

PARIS

EN LA IMPRENTA DE JULIO DIDOT,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, N° 6.

1830.



PROLOGO DEL TRADUCTOR.

« . . . . quod nec Jovis ira, nec ignis,
Nec poterit ferrum, nec edax abolere vetustas.»
OVIDIO.

Al oir pronunciar *Egipto* y *Siria,* nadie habrá que, penetrado de la mas profunda veneracion, no se represente vivamente, de un lado, la madre de la civilizacion universal, la cuna de las ciencias y de las artes, la patria de los Faraones y Tolomeos, la colosal grandeza de sus monumentos, el arcano impenetrable de las inscripciones que los decoran: del otro, los siglos de los patriarcas, Moises y el monte Sinaí, Salomon y su magnificencia, los Fenicios y sus bajeles, Alejandro y su prepotencia, Jesucristo y nuestra religion, Godofredo y la conquista de Sion; y como si todavía faltaran á esa tierra sagrada títulos á nuestra admiracion y respeto, nos trasporta la fantasía á las arenosas planicies de *Djizé,* á ver al conquistador de Italia sin segundo, *delante de los testigos de cuarenta siglos,* ahuyentando con el resplandor de su gloria la hidra revolucionaria que devoraba la patria, y echando los cimientos de su tremenda influencia y poderío.

Los gigantescos monumentos del Egipto, las pirámides, sarcófagos y esfinges que aun subsisten,

a

las antiguas generaciones que se han sucedido, el Copto, el Arabe, el Otomano, el Griego, todo ha resistido á la huella del tiempo, librándose de entera destruccion; y bajo montones de arena, en las ruinas de Tiro, de Ménfis y de Babilonia, en el Carmelo y en el Líbano, todo se halla en su lugar; pero todo está muerto, como para testificar que la grandeza y poder de un pueblo tan solo estriban en sus instituciones[1]!

Teniendo pues, por cierto que con dificultad se podrá presentar una region que inspire un interes mas general á todas las naciones, ¿qué no será respecto de aquellos pueblos, en cuya traza y fisonomía, en cuyo idioma, usos y costumbres vive y vivirá eternamente impresa la estampa de los Orientales? Tal es el caso de los Españoles y de sus descendientes de América. Asi que, sin insistir sobre la importancia del asunto, pasemos á examinar mas detenidamente el modo con que le ha desempeñado nuestro autor.

Antes de Volney todos los viageros, sin cuidarse de la atencion que pudieran merecer sus aventuras personales, habian seguido el plan de interpolarlas en sus descripciones: de aquí nace que sus relatos vienen á formar unos verdaderos diarios

[1] Véase el *Prospecto* para *la historia científica y militar de la espedicion de Egipto*, que publica *Bory de Saint-Vincent* en consorcio de otros sabios distinguidos.



de los sucesos y observaciones segun el órden, ó mas bien, segun el desórden en que es indispensable se presenten. No quiero decir con esto que omita el viagero dar cuenta al lector de las impresiones que le causan los nuevos objetos: por el contrario, nada es mas á propósito para internarle en el conocimiento del pais que se estudia. No hay de ello mejor testigo que aquella brillante página en que describe nuestro autor las sensaciones que esperimentó al pisar por vez primera las márgenes de Alejandría. Apartóse Volney de la ruta trillada, redactando su viage segun el método mas fecundo en resultados, es decir, por órden de materias. Solo con tender la vista sobre la tabla de capítulos, se convencerá todo el mundo del tino admirable con que sabe dividir el asunto; y yo espero que la lectura de la obra demostrará que la acertada clasificacion de materias es la prenda mas segura del buen éxito en este género de composiciones: todo lo demas es subalterno. Decia la célebre autora de *Corina* que á los Franceses mas que á ninguna otra nacion pertenecia la habilidad de hacer un libro. Sin abrazar tan absolutamente esta opinion, creo que el *Viage por Egipto y Siria* le ofreceria su mejor garante. Orden invariable en las ideas, feliz enlace en las transiciones, los puntos examinados estensamente, pero sin difusion, pasages trazados con el pincel de Tácito, que valen páginas enteras, variedad por fin en el estilo,

sin perder jamas de vista aquella unidad, alma y vida de toda obra. Si la imparcialidad y erudicion con que está escrita la presente hizo esclamar á Daru delante de la Academia francesa, que en el viagero se descubria *la sensatez mirando con los ojos de la sabiduría;* yo, al reparar la gravedad y el espíritu de reprobacion con que un observador de veinticinco años describe aun aquellos rasgos de las costumbres orientales que mas deben halagar á la juventud, no puedo menos de personificar en él al *juicio prestando armas á la virtud.*

Pero si este profundo pensador se desvió de la senda ordinaria en la redaccion de su libro, no fue menos original en los preparativos de su viage. Persuadido de que no es posible formar juicio exacto acerca de las regiones que se visitan, sin ponerse en las mismas circunstancias de sus habitantes, trató de antemano en su propio pais de adestrarse en todos aquellos ejercicios que practican los pueblos de Oriente. Dificil y riesgosa era ciertamente la empresa. ¿Pero qué obstáculos eran capaces de arredrar un corazon tan enérgicamente templado, ni entibiar aquel celo inestinguible por la sabiduría? Acostúmbrase desde luego á cabalgar sin riendas, aprende á lanzar el *djerid,* se ejercita en recorrer á pie grandes distancias; y lo que es mas todavía, se empeña en habituarse á la mas rígida abstinencia; y lo consigue en términos de poder subsistir con la

frugal dieta de los moradores del desierto. He aqui como se aparejaba este observador por escelencia, no ya á estudiar simplemente los usos y costumbres de los pueblos nómades, sino á sentirlos y esperimentarlos en su propia persona. Asi es como viviendo con la sobriedad de un Beduino, logró llevar á cabo su propósito con medios que en otras manos apenas hubieran bastado á principiar. Sabido es que no obstante la escasez de su dotacion, aun le restaban algunos luises de oro á su regreso á las playas de Francia. Mas no bastan las dificultades mencionadas para estinguir el fervor del jóven viagero, jóven tan solo en los años y en el ardimiento. Pareciéndole que *nada se ha hecho si aun queda todavía por hacer,* en lugar de aprender el arábigo en Europa, como de costumbre, vuela á encerrarse en un convento de Coptos, hasta ponerse en dispocion de manejar con soltura aquel idioma flexible, comun á tantos pueblos orientales. Esta resolucion, segun observa un escritor de fama, presagiaba ya una de aquellas almas enérgicas, que encontramos firmes é inalterables en los críticos lances de la vida. Ninguno pues, con mas razon que nuestro viagero, podia habernos hablado de los trabajos y peligros superados por su constancia y valor: pero él sabe sobreponerse á esa especie de fragilidad, á esa propension tan natural que nos incita á ponderar nuestros riesgos y nuestros triunfos.

« Nunca nos dice por dónde ha pasado, ni qué le ha sucedido, evitando con sumo cuidado el presentarse en la escena : es como un habitante de aquellos lugares, que habiéndolos observado largo tiempo, nos describe su estado fisico, político y moral [1]. » Es un autor que respeta demasiado el tribunal del público, para atreverse á hablar de su propia persona; dejando al asunto y al estilo el cuidado de cautivar la atencion.

Asi es que jamas se tributó á libro alguno testimonio mas unánime de aprobacion. Geógrafos, historiadores, viageros, literatos, nacionales y estrangeros, todos á una se apresuraron á declarar que Volney habia fundado nueva escuela, causando una verdadera revolucion en su género. Los Antillones y los Rennell, los Robertson, los Gibbon y los Humboldt no le pueden citar sin colmarle de elogios [2]. Pero ¿qué homenage mas honorífico á la veracidad é inteligencia de nuestro autor que las palabras de la *Comision de Egipto*, comision memorable que, reuniendo las luces de la Francia en todos ramos, era presidida por un Monge y un Berthollet? « He aquí la única guia (Volney) que no nos ha estraviado jamas. » En efecto, cuanto se ha publicado

[1] Daru.

[2] Gibbon particularmente en una nota de su *Decadencia y caida del imperio romano*, prorumpe entusiasmado : « O Volney ! yo quisiera que viajaras por el resto del globo ! »



posteriormente sobre aquellas regiones no es mas que ampliacion ó confirmacion de los asertos y conjeturas de nuestro viagero [1]. Y si en su dictámen franco y verídico acerca de la degradacion á que se habian reducido los Turcos comprometió hasta su libertad [2], por el prestigio que entonces causaba cuanto decia relacion con el Oriente, el éxito de la guerra con los Rusos, patentizando el estado de consuncion del coloso otomano, ha hecho plena justicia á las miras del benemérito filósofo, que osó proclamar la verdad en obsequio de su nacion cuando habia peligro en manifestarla.

Pero aun demostrado que el *Viage por Siria y Egipto* sea uno de los astros mas resplandecientes de la literatura del siglo XVIII, y que su autor reuna en grado heróico el espíritu de observacion con la veracidad en los relatos, todavía no faltará quien oponga que la óbra debe haber envejecido por las mutaciones que precisamente habrá causado en aquellos paises el lapso de casi

[1] La misma suerte ha cabido á su *Pintura del clima y terreno de los Estados-Unidos de América*. Se han publicado despues obras y mas obras acerca de tan importante region por nacionales y estrangeros de no escaso mérito, y sin embargo, en todas ellas no han podido menos de reproducir la *Pintura del clima de los Estados-Unidos*.

[2] Fue arrestado por órden del ministerio en 1787, á consecuencia de sus *Consideraciones sobre la guerra de los Turcos*.

media centuria, corrida desde su publicacion. Respecto al Egipto particularmente, arrastrados como á porfia los sabios modernos de todos los rincones del orbe por los inagotables recursos con que brinda para la inteligencia de la antigüedad, se ha esplorado el pais en unos términos, que quizá es hoy la region mejor descrita del universo. ¿Porqué pues no haber traducido algun otro viage de los recientemente publicados? Fácilmente se desvanecerán estos reparos con lo dicho hasta aquí sobre el mérito singular del autor, que no permite ser reemplazado, y con remitir á los lectores á las notas y adiciones que van agregadas. En ellas he procurado no solamente suplir los vacíos que el autor no pudo llenar, sino tambien estractar de las investigaciones posteriores cuanto dice relacion con los puntos que él toca, ó que tal vez sirva para mejor pintar el pais. De propósito me he abstenido de entrar en pormenores de antigüedades: pues sobre llevarme demasiado lejos, no interesan á la mayoría de los lectores y siempre requieren láminas detalladas para ser entendidas. Nada me hubiera sido mas fácil que estenderme sobre el particular. Es tal la copia de materiales que ofrecen asi la espléndida *Descripcion de Egipto,* publicada por órden del gobierno frances, como las obras posteriores del hábil Denon, del exacto Hamilton, de los infatigables Banks y Bel-

zoni, del intrépido Cailliaud y otros sabios y artistas esclarecidos, que antes bien se siente el curioso abrumado con tanta riqueza, y mas que perplejo en la eleccion. Por el contrario, quizas he tocado en minucioso, en cuanto se refiere al estado actual del pais: pues sobre ser esta la parte mas instructiva del asunto, adquiere nuevo realce por la circunstancia de que un anciano oriental, sin mas luces que las naturales, es el que ha acometido la obra de la presente regeneracion. Sea cual fuere el fallo de la posteridad acerca de las miras de Mehemet-Alí, no se podrá menos de convenir que ni aun en medio de la culta Europa, se tendria por un ente vulgar al que entre mil otras mejoras ha osado el primero introducir en la tierra de los fanáticos Otomanos el don inestimable de la *publicacion periódica*, riego tan precioso á la cultura de los hombres como el del Nilo á la de los campos.

Poco he tenido que adicionar tocante á *Siria*. En esta parte es hoy tan completo el trabajo del autor como el dia en que salió de sus manos. Baste decir que despues de haber leido cuantos viages notables se han publicado posteriormente sobre esa region, con especialidad los de Burckhardt, Buckingham y Forbin, todo lo nuevo que he encontrado, esceptuando algunas descripciones de ruinas recientemente descubiertas, se reduce al apéndice que agrego sobre los *Turcomanos*, y á una que otra nota

de menor cuantía. En una palabra, el estado político de aquella provincia en nada ha cambiado desde Selim III hasta Mahamud II.

Mas aun dado caso que hubiese variado la condicion de aquellos paises, el libro de Volney no moriria. El acierto y maestría con que está escrito le constituyen clásico en la materia; y mientras inspiren interes la Siria y el Egipto, servirá Volney de preliminar á su estudio, asi como por mas descubrimientos que ensanchen el dominio de la historia natural, los primeros que nos abran su santuario, serán siempre Buffon y Cárlos Lineo. He aquí el privilegio esclusivo del genio. Mas diré : yo creo que aun cuando feneciera el incentivo que nos lleva tras esas regiones venerables, viviria el monumento que levantó Volney. Pues si la escelencia de un libro se ha de graduar principalmente por su virtud de estimular el pensamiento, confieso que ninguno me escitó tantos y tan variados como los cuadros elocuentes del *pintor de la Siria*. Si todos los viages se redactaran con semejante espíritu, no sé yo que hubiera medio mas eficaz de poner en ejercicio las facultades de la mente á par que las afecciones del corazon.

Tambien debo recomendar esta lectura á los que traten de estudiar las demas obras del autor. No hay una de ellas que no se halle bosquejada en la presente, ó que no reciba luces de la misma.

Bajo este respecto el viage de Volney por el Levante fue como una veta riquísima, cuyo laborío empleó fructuosamente el resto de sus dias.

He aquí cuanto tuve por necesario advertir acerca del autor. Acaso dirá alguno que mas bien he escrito un elogio á su memoria que un prólogo para su obra. Pero téngase presente que en los viages, asi como en la historia, el hombre es inseparable del escritor. Por lo demas, haciendo resaltar las dotes que distinguen á nuestro viagero del vulgo de los de su clase, quedan manifestados los requisitos que deben exigirse al que toma sobre sí el delicado encargo de pintar los paises y juzgar de sus moradores.

Ni se crea que la cualidad de traductor me pone una venda respecto de mi original. Al libro me remito: él hablará por mí, manifestando si el homenage que le tributo es hijo de un concepto exagerado, ó la espresion sencilla del mas severo exámen. Al lector incumbe declarar si hay fuego y energía en las descripciones, fuerza de argumentacion y recursos en la parte polémica, observacion y sagacidad en la meteorológica, y si jamas escritor alguno aventajó en profundidad y filosofía al que estendió el capítulo de los *Beduinos* y el de las *Costumbres de Siria*. ¿No es cierto que le distingue aquel espíritu vasto y generalizador, patrimonio de los entendimientos superiores? En nuestro

viagero era todo uno ojear el libro de la naturaleza, y penetrar hasta sus íntimos recónditos.

Breve seré tocante á mi traduccion. Terminada estaba desde el año de 1821, en que demasiado jóven todavía la emprendí en mi pais, para recreo de una persona con quien me ligan los dulces cuanto estrechos vínculos de la sangre y del afecto; sin que soñara entonces que veria en algun tiempo la luz pública. Mas considerando muy luego que haria no pequeño servicio á mis compatriotas en imprimirla, y como me hallase en esta capital con proporciones para realizarlo, traté de corregir mi manuscrito, aunque apresuradamente, á fin de hacerle menos indigno de los ojos del público. Solicitando pues, la indulgencia de mis lectores para toda la obra, la reclamo mas particularmente respecto de las narraciones que se hallan esparcidas en el discurso de ella. Confieso que esta parte de mi original siendo la mas fácil de comprender, no es la menos dificil de traducir; no solo porque la índole de nuestra lengua, naturalmente inclinada á la cadencia y rotundidad de los períodos, se aviene mal con la francesa, que admite un estilo cortado en el género histórico, sino tambien porque siendo el modo de contar del autor demasiadamente *reducido*, aun para su propio idioma, casi pecaria en *descarnada* la narracion si la trasladaramos tal como está á el habla de los Solis y de los Marianas. Por

esta razon he procurado evitar el escollo, contorneando y eslabonando la narrativa, por decirlo asi, mas sin abusar en manera alguna de las galas de nuestro armonioso y rico idioma. La obligacion del traductor es hacer que se trasluzca el original por entre el nuevo ropage con que se le viste.

En la escritura de los nombres arábigos citados en el discurso de la obra, me he conformado con la ortografia del autor, sancionada, despues de repetidos debates, por la *Comision de Egipto*. Asi no se estrañará v. g. el ver escrita *q*, como en *qadi*, sin que se le siga *u*: pues la primera de estas letras se ha adoptado para representar aquel sonido gutural entre *k* y *j*, tan frecuente en el idioma de los Arabes como desconocido en los de Europa. Por identidad de razon, se notará el acento circunflejo en la vocal *a* en muchas voces orientales. Su objeto es indicar aquella pronunciacion de *a* abierta, que no tenemos en castellano, y que tanto abunda en el aleman.

Por lo respectivo á las notas del cuerpo de la obra, contemplando que nada puede llenar mas ventajosamente el objeto de los *viages* que el cotejo de los paises que se describen con los que conocemos de antemano, sobre todo si entre ellos median analogías; mejor dicho, no siendo un viage mas que una continua comparacion de impresiones pasadas con impresiones nuevas, no he perdido coyun-

tura de comparar el Egipto con mi suelo natal; logrando asi de una vez dar mas publicidad á uno que otro dato acerca de aquella isla preciosa, casi vírgen de esploracion científica. Por lo demas, á cualquiera que apenas pisara aquel terreno privilegiado, ó que acudiese á las fuentes en que he bebido para las otras notas, se le ocurririan observaciones análogas á las mias. Yo no aspiro á la originalidad: mi divisa, asi como la de mi autor, se cifra en la instruccion del lector, fundada en la verdad y su aprovechamiento. ¡Venturoso yo, y recompensado con usura, si despertando mas y mas el apetito de la juventud hácia los estudios sólidos, por la propagacion de las luminosas doctrinas contenidas en este libro, contribuyo con mi humilde cuota á la mejora intelectual y perfeccion moral de mi idolatrada patria!

PROLOGO DEL AUTOR.

Octubre de 1786.

Cinco años ha que siendo aun muy jóven, me proporcionó la suerte una pequeña herencia, que fácilmente reduje á numerario: toda la dificultad estaba en emplearle[1]. Consulté con mis amigos: aconsejábanme unos que disfrutase del capital; otros que le pusiese á rédito: pero yo eché mis cálculos, y ví que la cantidad era muy corta para aumentar notablemente mis entradas, y harto crecida para disiparla en fruslerías. Circunstancias felices me habian habituado al estudio desde mis tiernos años: yo habia contraido un gusto, ó mejor dicho, una pasion decidida por instruirme: mi caudal me presentaba un nuevo medio de saciar mis deseos y de ensanchar la esfera de mi educacion. Habia leido y oido repetir mil veces que entre todos los medios de adornar nuestra mente y de formar el juicio no habia uno mas eficaz que los viages; asi pues me decidí á viajar; pero restaba elegir el teatro de mis observaciones, queríale nuevo, ó al menos brillante. Mi pais y los estados circunvecinos me parecieron muy conocidos ó muy fáciles de conocer: la América naciente y los salvages me tentaban; pero al fin otras ideas me determi-

[1] Esta cantidad no pasaba de mil doscientos pesos fuertes. *Nota del traductor.*

naron por el Asia: la Siria y el Egipto en particular bajo el doble respecto de lo que fueron en otro tiempo y de lo que son en el dia, presentaban un vasto campo á las observaciones políticas y morales á que ansiaba entregarme. « En estos paises, me dije, nacieron la mayor parte de las opiniones que nos gobiernan; de allí han salido esas ideas religiosas que han influido tan poderosamente en nuestra moral pública y privada, en nuestras leyes, en una palabra, en todo nuestro estado social. Es pues de sumo interes conocer los lugares en que tuvieron orígen dichas ideas, los usos y costumbres de que se compusieron, el espíritu y carácter de las naciones que las han consagrado. Es muy importante examinar hasta qué punto se han alterado, ú conservado; indagar cuál haya sido la influencia del clima, los efectos del gobierno, las causas de sus hábitos, en suma, deducir por el estado actual, él de los tiempos pasados. »

Por otra parte, considerando las circunstancias políticas en que se halla el imperio turco de veinte años acá, y meditando sobre las consecuencias que pueden producir, parecióme un objeto digno de curiosidad, tomar noticias exactas de su régimen interior, para calcular sus fuerzas y recursos. Con estas miras partí para Egipto á fines de 1782. Despues de haber estado siete meses en el Cairo, encontraba muchos tropiezos para recorrer lo interior, y muy pocos ausilios para aprender el arábigo; con este motivo resolví pasar á Siria. El estado menos turbulento de esta provincia, correspondió mejor á mis intenciones: en ocho meses de residencia con los Druzos, en un convento árabe, me fa-

miliaricé con la lengua; y asi preparado recorrí libremente la Siria de estremo á estremo en el espacio de un año. Habiendo regresado á Francia al cabo de tres, he creido que mis trabajos podian tener alguna utilidad, y me he resuelto á publicar mis observaciones acerca del estado actual de la Siria y el Egipto; otra razon me ha estimulado á ello muy particularmente: los viages en esos paises son muy difíciles y penosos, por cuyo motivo son raras las relaciones que de ellos tenemos, é imperfectas las nociones que adquirimos. Los mas de los viageros se han ocupado en investigaciones de antigüedades, omitiendo el estado moderno; ademas, casi todos han corrido el pais apresuradamente, careciendo asi de los medios principales de conocerle, es decir; el *tiempo y el uso del idioma.* Sin este es imposible apreciar la índole y caráĉter de una nacion; porque la traduccion de intérpretes jamas surte el efecto de una conversacion directa. Sin el tiempo no se puede juzgar con propiedad, porque la poderosa impresion de los nuevos objetos nos arroba y confunde nuestro entendimiento; es preciso esperar á que calme este primer ímpetu, y retroceder mas de una vez á la observacion para asegurarse de su exactitud. ¡Tan cierto es, que el arte de observar bien exige mas ejercicio de lo que vulgarmente se cree!

A mi llegada á Francia, he hallado que un viagero moderno se me ha anticipado acerca del Egipto, dando á luz el tomo primero de sus cartas[1], y posteriormente otros dos volúmenes; no obstante, como el campo es

[1] Savary, *Lettres sur l'Égypte.*

vasto y rico, hay todavía mieses que cosechar; fuera de que á los lectores no disgustará el oir dos testigos sobre las materias ya publicadas.

La Siria, sin ser menos interesante que el Egipto, es un asunto mas nuevo de tratar; pues lo que han escrito algunos viageros ya es añejo é incompleto. Desde luego no era mi ánimo hablar sino de lo que habia visto por mis ojos; mas deseando, por satisfacer á los lectores, completar el cuadro de esta provincia, creí hacer algun servicio en aprovecharme de las observaciones agenas, siempre que ha estado en mi mano comprobarlas por medio de la analogía.

En la relacion de los hechos he procurado guardar el mismo espíritu que he tenido en su exámen, es decir, un amor imparcial por la verdad. De intento me he abstenido de toda pintura poética, aunque no se me ocultan las ventajas de la ilusion para con el mayor número de los lectores; pues estoy persuadido que los viages pertenecen á la historia y no á las novelas. Los paises los he representado cual me han parecido; los habitantes ni mejores ni peores de lo que los he visto; y acaso he estado en aptitud de verlos como realmente son, no habiendo recibido de ellos ni beneficios ni ultrajes.

ESTADO FISICO

DEL EGIPTO.

CAPITULO PRIMERO.

DEL EGIPTO EN GENERAL Y DE LA CIUDAD DE ALEJANDRIA EN PARTICULAR.

En vano nos preparamos con la lectura de los libros al espectáculo de los usos y costumbres de las naciones: siempre mediará una inmensa distancia entre el efecto de las narraciones sobre el entendimiento, y el de los objetos sobre los sentidos. Las imágenes trazadas por sonidos carecen de correccion en el diseño y de viveza en el colorido: sus pinturas conservan una cierta oscuridad que no deja tras sí mas que un vestigio fugaz pronto á borrarse: asi lo esperimentamos mas particularmente, cuando desconocemos del todo los objetos que se nos quieren pintar; porque como entonces la imaginacion no tiene términos de comparacion, se ve obligada á reunir miembros esparcidos para componer nuevos seres ideales; y en semejante trabajo, de suyo vago y precipitado, es muy difícil que no confunda las pinceladas y altere los con-

tornos. ¿Porqué, pues, nos maravillamos, si viniendo luego á ver los modelos no reconoce las copias que ella misma ha formado, y recibe impresiones que todas llevan el distintivo de la novedad?

En este caso se halla un europeo que llega por mar á Turquía. De nada le sirve haber leido las historias y las relaciones; en vano ha intentado por las descripciones figurarse el aspecto de los terrenos, el órden de las ciudades, los trages y modales de los habitantes: todos estos objetos son nuevos para él. Su prodigiosa variedad le deslumbra; el ideal que se habia trazado desaparece de su fantasía, quedando entregado á los mas vivos sentimientos de sorpresa y admiracion.

No hay lugar mas á propósito para producir uno y otro efecto que la ciudad de Alejandría en Egipto. El nombre de esta ciudad que recuerda el genio de un personage tan asombroso, el nombre del pais que trae á la memoria tantos hechos é ideas; la vista del sitio que presenta el paisage mas pintoresco; aquellas palmas alterosas y á manera de quitasol; aquellas casas de azotea que tal parecen destechadas, aquellos chapiteles arruinados de los minaretes que sostienen una balaustrada en los aires; todo advierte al viagero que está en otro mundo. Si salta en tierra, un conjunto de novedades le sitia por todos lados; ya es una lengua, cuyos sonidos bárbaros y acento áspero y gutural ofenden su oido; ya son vestidos de una forma estrambótica, semblantes de una apariencia estraña. Él advierte atónito, en vez de nuestros rostros limpios y desbarbados, de nuestras cabezas pobladas de pelo,

de nuestros sombreros triangulares [1] y de nuestros vestidos cortos y ajustados; aquellas caras atezadas y barbudas, aquel lio de ropa plegado sobre una cabeza rasurada; y la larga vestimenta que cayendo del cuello á los talones, cubre el cuerpo en vez de vestirle; sus pipas largas de seis pies; los tremendos rosarios con que se adornan las manos; y aquellos disformes camellos que acarrean el agua en botas de cuero; sus asnos ensillados y enfrenados, que trasportan con ligereza al ginete en pantuflos; el mercado mal surtido de dátiles y de unos panecillos redondos y chatos; la caterva inmunda de perros que vagan por las calles; y en fin cierta especie de fantasmas ambulantes que envueltas en un ropage talar, no manifiestan de humano mas que unos ojos de *muger*. Apariencias tan estraordinarias, apoderándose de los sentidos, embargan la mente para el raciocinio; y hasta no hallarse el viagero á sus anchas en el alojamiento (tan deseado al rendir una larga navegacion) no puede recapacitar con calma y detenimiento sobre las estrañezas que tan fuertemente le han inmutado. Entonces trae á la memoria aquellas calles estrechas y sin empedrado; las casas bajas, y de suyo lóbregas, aun mas oscurecidas con los enrejados, el pueblo todo estenuado, pálido y descalzo, sin otro vestido que una triste camisa azul ceñida de una tira de cuero ó de un pañuelo encarnado. Ya el aire general de miseria que advierte en

[1] Téngase presente que en la época en que esto se escribia aun no se habian introducido los sombreros redondos, que no empezaron á usarse hasta tres años despues, es decir en 1789. *Nota del traductor.*

los moradores y el misterio que encubre las habitaciones, le hacen entrever la rapacidad de la tiranía y la desconfianza de la esclavitud. Pero muy pronto un nuevo espectáculo se lleva toda su atencion, y son aquellas vastas ruinas, situadas al lado de tierra. En nuestros paises las ruinas son un objeto de mera curiosidad: apenas se encuentra en parages estraviados algun antiguo castillo, cuyo deterioro indica mas bien el abandono de su dueño que la miseria del lugar. Al contrario en Alejandría, no bien se sale de la ciudad nueva en el continente, nos vemos rodeados de un ámplio terreno casi todo ocupado por ruinas; y en dos horas de camino se sigue una hilera doble de muros y de torres que formaban el recinto de la antigua Alejandría. La tierra está cubierta con los despojos de sus remates; las paredes enteras se hallan desmoronadas; las bóvedas hundidas, las almenas destrozadas, y las piedras corroidas y desfiguradas por el salitre. Se recorre un dilatado espacio sulcado de escavaciones, calado de pozos, distribuido por muros casi sepultados, sembrado de algunas colunas antiguas, tumbas modernas, palmas, nopales [1], donde no se encuentra otro viviente que algunos chacales [2], gavilanes y buhos. A los habitantes, en fuerza de la costumbre, no les causan impresion estas escenas, empero el estrangero, cuyas memorias se avivan por el incentivo de la novedad, sufre una emocion que á veces

[1] Vulgarmente *tuna*, árbol de la cochinilla.

[2] Mas adelante, tratando de la Siria, da el autor la historia de este tímido cuadrúpedo, habitante de las ruinas. *Nota del traductor.*

le arranca algunas lágrimas, y que da márgen á un sin número de reflexiones tétricas que afectan sobremanera el corazon al paso que elevan el alma.

Yo no repetiré aquí las descripciones que han hecho todos los viageros de las celebérrimas antigüedades de Alejandría; pues Norden, Pococke, Niebuhr y recientemente Savary han dado muy por estenso cuanto puede desearse acerca de los baños de Cleopatra, sus dos obeliscos, sobre las catatumbas, las cisternas, y la coluna impropiamente llamada de Pompeyo [1]. Estos nombres realmente son magestuosos; pero la inspeccion de los originales hace perder la ilusion del grabado. Solo la coluna por la valentía de su elevacion, el ámbito de su circunferencia, y la soledad que la rodea, infunde un verdadero sentimiento de respeto y admiracion. Alejandría en su estado actual es el emporio de un comercio muy considerable; y asimismo la puerta de todos los efectos que salen del Egipto para el Mediterráneo, escepto el arroz de Damieta. Allí tienen los europeos factorías con sus agentes para el trato de nuestras mercancías por medio de cambios. Siempre se hallan embarcaciones de Marsella, de Liorna, de Venecia, de Ragusa y de los dominios del Gran Señor, pero el invernage es muy espuesto. El puerto nuevo, único donde se admiten europeos, se ha henchido de tal suerte de arena, que en los temporales, las quillas de los buques tocan el fondo, que siendo

[1] Segun el cálculo generalmente seguido en Alejandría, la altura de la *caña*, contando con el chapitel, es de noventa y seis pies; y su circunferencia de veintiocho pies y tres pulgadas.

de roca viva, corta prontamente los cables de las anclas, y entonces son impelidos los unos sobre los otros, causándose los mayores estragos. Hace cosa de diez y seis, ó diez y ocho años, que hubo de ello un ejemplo bien funesto. Cuarenta y dos barcos se estrellaron contra el muelle por una ráfaga de viento del N. O.; y aun despues de tiempo en tiempo, se han sufrido pérdidas de catorce, de ocho, de seis, etc. buques. El puerto viejo, cuya entrada está resguardada por la lengua de tierra llamada *Cabo de los Higos*[1], no está espuesto á estos desastres; pero allí solo se admiten embarcaciones musulmanas. Mas ¿porqué, diran en Europa, no reparan esos hombres el puerto nuevo? La respuesta es sencilla, porque en Turquía se destruye para no reparar nunca jamas; y con el tiempo se arruinará tambien el puerto viejo, donde se arroja hace mas de doscientos años el lastre de los buques. El carácter turco es aniquilar los trabajos de lo pasado, y las esperanzas de lo futuro; porque en la barbarie de un despotismo ignorante, no se guarda nada *para mañana*.

Por lo tocante á ciudad fuerte, Alejandría nada vale. No se ve allí obra de fortificacion que merezca este nombre; ni aun el *faro* con sus altas torres lo es; no hay cuatro cañones montados, y ni siquiera un artillero que sepa apuntar. Los quinientos genízaros que deben formar la guarnicion, estan reducidos á la mitad, y son unos menestrales que no saben mas que fumar la pipa. Afortunadamente para los Turcos los

[1] En árabe *Ras el- tin.*

Francos estan interesados en guardar fuero á esta ciudad. Una fragata rusa ó maltesa bastaria para hacerla cenizas; pero semejante conquista seria inútil. Ningun estrangero podria establecerse allí por la falta de agua. Es preciso sacarla del Nilo por un *Kalidj*[1], ó canal de doce leguas que la trae anualmente al tiempo de la inundacion; entonces se llenan los subterráneos ó cisternas que estan en la antigua ciudad y esta provision debe durar hasta el año siguiente; estando por demas decir, que si un estrangero quisiera situarse allí se le cerraria el *canal*. La Alejandría comunica con el Egipto solo por este canal, pues por su posicion fuera del Delta y por la naturaleza del terreno, pertenece realmente al desierto de Africa; sus cercanías son un arenal llano, estéril, esento de árboles y casas, donde no se encuentra otra planta que la que produce la soda[2], y una hilera de palmas que sigue el rastro de las aguas del Nilo conducidas por el *Kalidj*.

Hasta no llegar á Roseta (que en el pais llaman *Rachid*) no se puede decir que está uno efectivamente en Egipto: aquí se abandonan las arenas blanquizcas propias de la playa, para entrar en una especie de estiércol negro, pingüe y ligero, que es el carácter distintivo del terreno de Egipto; tambien entonces se ven por primera vez las aguas de aquel Nilo tan famoso: su lecho, encajonado en dos vegas perpendiculares, se parece mucho al rio Sena entre Auteuil y Passy. Los

[1] Pronunciese *kalidge*.

[2] Esta es la *barrilla*; en árabe *el-qali*, de donde se ha formado el nombre de sal *al-kali*.

espesos palmares que le rodean, los vergeles que sus aguas riegan, los limoneros, naranjos, plátanos, albérchigos y otros árboles por su perpetuo verdor hacen de Roseta uno de los sitios mas amenos; aumentándose la ilusion por el contraste que forma con Alejandría y el mar. Todo lo que hay de aquí al Cairo es tambien muy á propósito para acrecentarla.

En este viage que se hace subiendo por el rio, se empieza á adquirir una idea general del terreno, del clima y de las producciones de tan memorable pais. Nada imita mejor su aspecto que las huertas del bajo Loira ó las llanuras de la Flandes, pero á fin de que sea mas completa la semejanza, es indispensable suprimir el sin número de casas de campo y de árboles, y sustituirle algunos palmares despoblados y ciertas casuchas de tierra construidas sobre elevaciones artificiales. Todo este terreno es de un nivel tan igual y tan bajo, que yendo por mar, se descubren en el horizonte, á menos de tres leguas de la costa, no solo las palmas sino aun la arena que las sostiene; de allí, remontando el rio, se sube por una cuesta tan cómoda que no hace correr el agua mas de una legua por hora. Por lo que respecta á la perspectiva del campo varia muy poco ciertamente; porque no hay mas que palmas solitarias, ó agrupadas, mas raras á medida que adelantamos en lo interior; villorrios edificados con tierra y de una traza ruinosa; una llanura sin término, que segun la estacion, es un mar de agua dulce, un pántano cenagoso, una alfombra verde ó un campo de polvo, la vista se enfada y fatiga con aquel horizonte

lejano y vaporoso por todas partes; al fin, en la confluencia de los dos brazos del rio se comienza á descubrir hácia el E. las montañas del Cairo, y del S. al O. tres moles enormes y aisladas, que por su forma angular, se viene en conocimiento de que son las *pirámides*. Desde este momento se entra en un valle que remonta hasta el mediodia entre dos cordilleras de alturas paralelas. La del Oriente, que se estiende hasta el mar Rojo, merece el nombre de montaña por su repentina elevacion; y el de desierto por su apariencia pelada y silvestre: la de Occidente solo es una cresta de roca cubierta de arena, que se ha definido muy bien, llamándola *dique ó calzada* natural. Mas pintemos en dos palabras el Egipto; representémonos por un lado un mar estrecho y rocas abundantes, por el otro planicies inmensas de arena, y en medio un rio que corre por un valle de ciento y cincuenta leguas de largo, y tres á siete de ancho, y que en llegando á treinta leguas del mar, se parte en dos brazos, cuyas ramificaciones se pierden en un terreno libre de obstáculos y casi sin pendientes.

La aficion por la historia natural, tan difundida para honra de nuestro siglo, exigirá sin duda noticias exactas acerca de la naturaleza del suelo, y de los minerales de este gran territorio; pero desgraciadamente el modo con que allí se viaja no es nada á propósito para satisfacer sobre el particular. No sucede en Turquía como en Europa; entre nosotros, los viages son paseos agradables; allí, son trabajos penosos y arriesgados, particularmente para los europeos á quienes

un pueblo supersticioso se obstina en mirar como agoreros que vienen con su magia á llevarse los tesoros que sepultaron los genios debajo de las ruinas. Esta opinion ridícula, pero arraigada, junto con el estado de guerra y turbulencia habitual quita toda seguridad y se opone á cualquier descubrimiento. No puede uno desviarse solo por los campos, ni aun ir acompañado, sin esponer la vida á graves peligros; y asi el viagero se ve circunscrito á las márgenes del rio y á una ruta conocida de todo el mundo, y que nada enseña de nuevo : por cuya razon tan solo reuniendo lo que cada cual ha visto por sí con lo que otros han observado, pueden adquirirse algunas ideas generales. Bajo estos datos, nos inclinamos á decir que la *armazon,* ó estructura interior del Egipto, desde *Asuan* (la antigua Siêna) hasta el Mediterráneo es un lecho de piedra calcárea, blanquizca y blanda, que contiene algunas conchas parecidas á las que se encuentran en los mares vecinos [1]. Tiene la tierra esta cualidad asi en las pirámides como en la roca de Libia que las sostiene. Encuéntrase tambien en las cisternas, en las catatumbas de Alejandría y en los escollos de la costa donde se prolonga. Asimismo se halla en la montaña del E. en la altura del Cairo, y los materiales de esta ciudad no se componen de otra cosa. Por último, esta misma piedra calcárea forma las inmensas canteras que se estienden de *Sauâdi* á *Manfalut,* en un espacio de mas de veinticinco leguas, segun el testimonio de Siccard.

[1] Estas conchas son principalmente erizos, volutas, bivalvos y cierta especie de lentejas. Véase el Viage *al Levante* del doctor Shaw.

Este misionero nos dice ademas que hay mármoles en el valle de los *Carros*, al pie de las serranías que circundan el mar Rojo, y en las situadas al N. E. de Asuan. Las principales canteras de granito encarnado estan entre esta ciudad y la catarata, aunque debe haber otras mas abajo; porque en la ribera opuesta del mar Rojo, los montes Oreb, Sinaï, y sus adyacentes, dos jornadas al N., estan formados de él[1]. No muy distante de *Asuan* hácia el N. E. hay una cantera de piedra serpentina, que los naturales emplean para hacer ollas y otras vasijas destinadas al fuego. En la misma línea sobre el mar Rojo, habia antes una mina de esmeraldas, de que no ha quedado ni rastro. El cobre es el único metal que mencionan los antiguos en estas regiones. En el camino de Suez es donde se encuentran mas pedernales de los que llaman de Egipto, aunque el fondo es una piedra calcárea dura y sonora : allí es *tambien* donde se han cogido ciertas piedras, que por su forma, han creido algunos ser vegetales petrificados. Efectivamente parecen unos leños tallados en bisel por sus estremos y taladrados de agujeritos; de modo que cualquiera los tendria por *traqueas* de plantas; pero casualmente se me proporcinó examinar una veta considerable de esta especie en el camino de los árabes *Hauatat*[2], y me cercioré de que era un verdadero mineral[3].

[1] Este granito de Asuan es de color gris, con manchas negras y á veces encarnadas.

[2] Cada tribu tiene sus caminos peculiares para evitar disputas.

[3] Por lo demas, no hay diez árboles en este desierto, y parece incapaz de producirlo.

Objetos mas interesantes son los dos lagos de anatron descritos por el mismo Siccard; estan situados en el desierto de *Chaïat*, ó de san Macario al O. del Delta. Su lecho es una especie de foso natural, de tres á cuatro leguas de largo, sobre un cuarto de ancho; el fondo es sólido y pedregoso: está seco por espacio de nueve meses; pero en invierno filtra de la tierra una agua de un rojo violado que llena el lago hasta cinco ú seis pies de altura; á la vuelta de los calores se evapora el líquido y queda una costra de sal espesa de dos pies, tan compacta que para arrancarla es menester que sea á fuerza de pico: produce dicho lago hasta treinta y seis mil quintales de esta sal, anualmente. Este fenómeno, que indica un terreno impregnado de sal, se halla repetido en todo el Egipto. En cualquier parte que se cave, se encuentra agua salobre la cual contiene anatron, sal marina y un poco de nitro. Asimismo cuando se riegan los jardines, se ve despues de la evaporacion y absorcion del agua, florecer la sal en la superficie de la tierra; y este suelo, lo mismo que todo el continente del Africa y del Arabia, parece que es de sal ó que la produce.

En medio de estos minerales de diversas calidades, en medio de esta arena fina y rojiza peculiar al Africa, la tierra del valle del Nilo se presenta con caractéres, que la constituyen una clase distinta. Su color negruzco, su cualidad gredosa y pegadiza, todo anuncia su origen estrangero: efectivamente el rio es quien la conduce desde la Abisinia: diríase que la naturaleza se ha complacido en formar artificiosamente una isla ha-

bitable en una region á la cual habia negado todos sus favores. Sin este cieno pingüe y liviano, el Egipto jamas hubiera producido cosa alguna: al parecer él solo contiene los gérmenes de la vegetacion y la fecundidad, cuando no los debe sino al rio que le deposita.

CAPITULO II.

DEL NILO Y DE LA ESTENSION DEL DELTA.

El Nilo es el árbitro de la existencia física y política del Egipto: él solo subviene á aquella primera necesidad de los seres organizados, la del agua, que se siente con tanta frecuencia en los climas cálidos y se escita con tal viveza por la privacion de este elemento. El Nilo por sí solo, sin el ausilio de un cielo avaro de lluvia, lleva á todas partes el alimento de la vegetacion; permaneciendo tres meses sobre la tierra, la embebe de una dósis de agua suficiente para el resto del año. Si no saliera de madre, apenas podria cultivarse un terreno muy reducido aun con escesivos gastos; de manera que hay sobrada razon para decir, que es la medida de la abundancia, de la prosperidad y de la vida. Si el portugues Albuquerque hubiera podido realizar su proyecto de apartarle de la Etiopia al mar Rojo, este pais tan rico no seria mas que un desierto tan inculto como los vastos yermos que le circundan.

Al ver el uso que hace el hombre de sus facultades, ¿nos quejaremos de la naturaleza por no haberle dotado mas ventajosamente?

Asi pues con justa razon han tenido los Egipcios en todos tiempos y aun conservan en nuestros dias un respeto religioso por el Nilo [1]: debemos, sin embargo, perdonar á un europeo, que al oir ponderar la belleza de las aguas del Nilo, se sonrie de la ignorancia de los naturales. Nunca estas aguas turbias y fangosas le encantarán como las claras fuentes y los arroyuelos cristalinos; nunca, á menos que sea movido de la privacion, el cuerpo moreno de una Egipcia, manando una agua amarillosa, le recordará las Náyades al salir del baño. Seis meses del año está el agua tan cenagosa, que es preciso dejarla sentar para beberla [2]. En los tres meses anteriores á la inundacion, se reduce á una corta profundidad, caliéntase en su lecho y se pone verdosa, hedionda y llena de gusanillos; en este intervalo de tiempo se ven precisados á echar mano de la que está depositada en los algibes. Pero en cualquier estacion, las personas delicadas cuidan mucho de perfumarla: por lo demas, en ningun pais del mundo se

[1] Le dan los epítetos de *santo*, *bendito*, *sagrado*; y al tiempo de las crecientes, es decir, al abrir los canales, las madres zabullen á sus hijos en la corriente, muy creidas de que estas aguas poseen una virtud purificante y divina, como la supusieron los antiguos en todos los rios.

[2] Al intento se sirven de almendras amargas, con que frotan el vaso y entonces se pone ligera y potable. Pero solo la sed ó la prevencion pueden encarecerla como superior á la de nuestras fuentes y grandes rios, cuales son el Sena y el Loira.

hace mayor uso del agua. En las casas, en las calles, en todas partes, lo primero que se presenta es un jarro de agua, y el primer movimiento de un Egipcio es asirle y tomar un gran trago; lo cual no causa el menor mal, gracias á la escesiva traspiracion. Estos vasos, que son de barro sin vidriar, hacen filtrar el agua tan rápidamente, que se vacian en pocas horas. El objeto que se proponen por este mecanismo es mantener el agua bien fresca; y se consigue tanto mejor, cuanto esté espuesta á una corriente de aire mas agitado. En algunos lugares de la Siria beben el agua que ha filtrado; pero en Egipto se toma la que queda en el vaso [1].

De algunos años á esta parte la accion del Nilo sobre el terreno del Egipto, es un problema que divide á los sabios y á los naturalistas. Considerando la cantidad de lodo que el rio depone, y comparando los testimonios de los antiguos con las observaciones de los modernos, creen muchos que el Delta ha crecido considerablemente, asi en elevacion como en estension. Savary acaba de dar mas peso á esta opinion en las *cartas* que ha publicado sobre *el Egipto*; pero como los hechos y autoridades que alega, me ofrecen resultados muy diferentes á los suyos, creo que nuestras contradicciones deben presentarse ante el tribunal del público. La discusion

[1] El habitante de la isla de Cuba tiene una idea cabal de este modo de refrescar el agua; pues ademas de la variedad de vasos de distintos barros del pais destinados á este objeto, se usa mucho de las *alcarrazas* de Andalucía, que son los mejores refrigerantes. *Nota del traductor.*

es tanto mas necesaria por la notable circunstancia de que este viagero permaneció en aquel pais por espacio de dos años, y muy pronto su testimonio llegaria á erigirse en ley: fijemos la cuestion, y tratemos primeramente del aumento del Delta.

Un historiador griego que ha dicho sobre el Egipto antiguo casi todo lo que sabemos, y lo que diariamente se comprueba, Herodoto de Halicarnaso, escribia, hace veintidos siglos:

« El Egipto, donde abordan los Griegos, (el Delta) es una tierra adquirida, una donacion del rio, lo mismo que todo el pais cenagoso que se estiende subiendo siempre hasta tres dias de navegacion [1]. »

Las razones que alega el historiador para fundar su aserto, manifiestan que estaba bien informado. « En « efecto, añade, el terreno de Egipto que es un cieno « negro y de miga se diferencia enteramente del ter- « reno de Africa, que es una arena roja, y del de Arabia, « que es gredoso y lleno de guijarros.... Este cieno lo « trae el Nilo de la Etiopia.... y las conchas que se ha- « llan en el desierto prueban demasiado que antigua- « mente el mar se internaba mas en las tierras. »

Herodoto al paso que ha reconocido esta usurpacion del rio, tan conforme á la naturaleza, no ha determinado sus proporciones. Savary ha creido poder suplir la falta del historiador. Examinemos su raciocinio.

« *Creciendo en altura*, (el Egipto) [2] ha aumentado

[1] Herodoto, lib. 2, pág. 105, edicion Wesling, en folio.

[2] Savary, Lettres sur l'Égypte, tom. 1, pag. 16.

tambien en longitud. En comprobacion de ello me valdré de un solo hecho de los infinitos que presenta la historia. En el reinado de Sammético, los Milesianos abordaron con treinta buques á la embocadura Bolbitina (hoy de Roseta) y allí se fortificaron. Fundaron una ciudad, á que dieron el nombre de *Metelis;* (Strabo, lib. 17) que es la misma *Fané*, que ha conservado la denominacion de Messil en los diccionarios coptos. Esta ciudad, en otro tiempo puerto de mar, ahora dista de él nueve leguas; es decir, el espacio que se ha prolongado el Delta desde Sammético hasta nuestros dias. »

Nada mas exacto á primera vista que este razonamiento; pero recurriendo al original en que se funda Savary, vemos que falta el hecho principal. He aquí el testo de Estrabon traducido al pie de la letra [1]:

« Despues de la embocadura Bolbitina, hay un cabo arenoso y bajo, llamado el *Cuerno del cordero*, el cual se estiende á mucha distancia (en el mar), despues sigue la *garita de Perseo, y el muro de los Milesianos*, porque estos, en tiempo de Kiaojares, rey de los Medos, que fue tambien de la era de Sammético, rey de Egipto, abordaron con treinta buques á la embocadura Bolbitina, saltaron en tierra, y edificaron la obra que lleva su nombre. Poco despues habiéndose internado hasta la *noma*, ó provincia de Saïs, y una vez de haber batido las tropas de Inarés en un combate sobre el rio, fundaron la ciudad de *Naucratis*, un poco mas

[1] Geog. Strabonis, interp. Casaubon, edit. 1707, lib. 17, pag. 1152.

abajo de *Schedia*. Despues del *muro de los Milesianos*, yendo hácia la embocadura *Sebenitica*, hay algunos lagos como el de Butos, etc.

Tal es el pasage de Estrabon tratando de los Milesianos ; no se advierte en él la menor vislumbre de *Metelis ;* cuyo nombre tampoco se encuentra en toda su obra. Tolomeo ha sido quien se lo ha suministrado á Danville [1], pero sin aplicarlo á los Milesianos; y mientras que Savary no patentice la identidad de *Metelis* y del *muro Milesiano* por indagaciones practicadas en el pais, son inadmisibles sus conclusiones.

Él ha creido que Homero le ofrecia un testimonio análogo en los pasages en que habla de la distancia de la isla del Faro al Egipto; pero el lector juzgará si está mas fundado en este punto que en el otro. Citaré la traduccion de madama Dacier [2], menos brillante, pero mas literal que ninguna otra, circunstancia que cabalmente es la que mas importa á nuestro propósito.

« En el mar de Egipto, frente al Nilo, cuenta Menelao, hay una isla que se llama el Faro, distante de una de las embocaduras de este rio el camino que puede hacer en un dia un bajel con viento en popa... » Y mas abajo Proteo dice á Menelao :

« El destino inflexible no os permite visitar vuestra patria, sin que volvais al rio Egiptus y ofrezcais hecatumbas perfectas á los inmortales. »

[1] Véase la escelente Memoria de Danville sobre el Egipto, en-4°, 1765, pág. 177.

[2] Odisea, lib. 4.

« Dijo, *prosigue Menelao*, y mi corazon se llenó de dolor y de tristeza; porque Dios me ordenaba entrar en el rio Egiptus, cuya travesía es tan difícil y peligrosa. »

De estos pasages, y principalmente del primero, quiere deducir Savary que el Faro, que hoy está unido á la ribera, se hallaba antes muy distante; pero advirtamos que cuando Homero habla de la distancia de esta isla, no la aplica á la *ribera de enfrente*, como ha traducido el viagero, sino á la *tierra de Egipto*, al *rio Nilo*. En segundo lugar, se entenderia pésimamente la espresion *jornada de navegacion*, si se tomara por el espacio indefinido que podian correr los buques, ó por mejor decir, las barquillas de los antiguos. Los Griegos daban á ese término un valor fijo de quinientos cuarenta estadios. Herodoto [1], que nos lo refiere espresamente, nos da un ejemplo de ello cuando dice, que el Nilo ha ganado al mar, el terreno que va remontando hasta tres jornadas de navegacion; y los mil seiscientos veinte estadios que resultan, convienen perfectamente con el cálculo mas exacto de mil quinientos estadios, que cuenta en otra parte que hay de Heliópolis al mar. Ahora bien, tomando con Danville los quinientos cuarenta estadios por veintisiete mil toesas, ó cerca de medio grado [2], tenemos por el compas, que esta medida es la distancia del Faro al Nilo, y mas particularmente á dos tercios de legua mas arriba de Roseta,

[1] Herodoto, lib. 12, pag. 106 y 107.

[2] Para completarle no faltan mas que mil trecientas toesas.

localidad en que con alguna razon puede situarse la ciudad que daba su nombre á la embocadura Bolbitina; y es de advertir que allí era donde acudian los Griegos, y abordaron los Milesianos, siglo y medio despues de Homero. Luego no hay datos que comprueben, como se supone, la rapidez de la ganancia del Delta, ó del continente; y si todavía se quisiese sostener, quedaria por esplicar como esta ribera que no ha ganado media legua desde Alejandro, ganó once en el intervalo infinitamente menor que medió desde Menelao hasta aquel conquistador [1].

Habia un medio mas auténtico para valuar esta ganancia en el terreno, y es, la medida positiva del Egipto dada por Herodoto. Este es su testo: « La anchura del Egipto sobre el mar, desde el golfo Plintinito hasta el pantano Serbonide cerca de Casius, es de tres mil seiscientos estadios; y su longitud del mar á Heliópolis es de mil quinientos estadios. »

Hablemos únicamente de este último punto, que es el que nos interesa. Danville ha probado con observaciones hechas con aquella sagacidad que le era caracteristica, que el estadio de Herodoto debe valuarse entre cincuenta y cincuenta y una toesas francesas. To-

[1] Se puede redargüir á Homero de inexactitud, cuando afirma que el Faro estaba frente al Nilo; mas para disculparle, diriamos que hablando del Egipto como del estremo del mundo, no debió detenerse en una nimia precision. Ademas, el brazo Canópico, en otro tiempo iba por los lagos á abrirse cerca de Abuquir; y si como me lo hace creer la inspeccion del terreno, pasó antes al O. mismo de Abuquir, la que en tal caso habria sido una isla, Homero ha tenido razon en decir que el Faro se hallaba frente al Nilo.

mando este último término, los mil quinientos estadios equivalen á sesenta y seis mil toesas, que á razon de cincuenta y un mil al grado bajo este paralelo, dan un grado y cerca de veinte minutos y medio. Ademas, segun las observaciones astronómicas de Niebuhr, viagero del rey de Dinamarca, en 1761 [1], la diferencia de latitud entre Heliópolis (hoy la Matarea) y el mar era de un grado y veintinueve minutos en Damieta, y de un grado veinticuatro minutos en Roseta; de donde resulta por una parte tres minutos y medio, que viene á ser lo mismo que legua y media, de ganancia; y ocho y medio por la otra ó lo que es lo mismo, tres leguas y media, es decir, que la antigua ribera corresponde á once mil ochocientas toesas mas abajo de Roseta, lo cual dista muy poco del sentido que yo doy al pasage de Homero; mientras que si se aplica al brazo de Damieta, cae novecientas cincuenta leguas mas abajo de esta ciudad. Es cierto que midiendo inmediatamente por el compas, la línea de la ribera, remonta cerca de tres leguas mas arriba del lado de Roseta, y cae sobre la misma Damieta; lo que proviene del triángulo formado por la diferencia de longitud. Pero en tal caso, *Bolbitina*, mencionada por Herodoto, está fuera del límite, y entonces no se halla Busiris (Abusir) en medio del Delta, como lo trae Herodoto [2]. Debemos confesarlo: lo que dicen los antiguos y lo que nosotros sabemos de la localidad, carece de la

[1] Véase el *Viage en Arabia* por C. Niebuhr, en 4°, que no debe confundirse con la *Descripcion de Arabia* por el mismo, 2 vol. en-4°.

[2] Lib. 2, pag. 123.

exactitud debida para determinar rigorosamente las ganancias sucesivas de terreno. Para discurrir con mas seguridad, deberian hacerse indagaciones por el estilo de las de Choiseul-Gouffier sobre el Menandro[1], seria preciso escavar y registrar el terreno; pero semejantes trabajos exigen una reunion de recursos, á que contados viageros pueden aspirar. Aquí se presenta una dificultad peculiar, y es que el terreno arenoso que forma el Bajo-Delta, sufre grandes trastornos de un dia para otro. El Nilo y el mar no son los únicos agentes que contribuyen á producir este efecto; pues el viento hace tambien un papel muy principal; y asi, unas veces ciega los canales y repele al rio, como ha sucedido con el antiguo brazo Canópico: otras, acumula arena y sepulta las ruinas hasta el punto de hacerlas desaparecer. Niebuhr cita un ejemplar notable de lo que decimos. En 1762 hallándose este viagero en Roseta, casualmente se descubrieron en las colinas de arena que estan al S. de la ciudad, varias ruinas antiguas, y entre otras, veinte colunas magníficas de mármol de labor griega, sin que la tradicion dijese cosa alguna sobre el nombre del lugar[2]. Todo el desierto adyacente me parece se halla en igual caso. Esta parte, cortada en otros tiempos por grandes canales y poblada de ciudades, no presenta en el dia mas que colinas de una arena amarillosa muy fina, que el viento aglomera al pie de cualquier obstáculo, y que muchas veces cubre

[1] Véase el *Voyage pittoresque de la Grèce*, tom. 2.

[2] Esta posicion conviene mucho á Bolbitina.

hasta las palmas. Asi pues, á pesar de los trabajos de Danville, no podemos estar seguros de la aplicacion que hizo de muchos lugares antiguos á las localidades actuales.

Savary ha sido mucho mas exàcto en lo que refiere acerca de una de aquellas revoluciones del Nilo[1], por la cual parece que este corria en otro tiempo por la Libia al sur de Ménfis. Pero la narracion de Herodoto de donde saca este dato, admite algunas dificultades. Asi, cuando este historiador dice, segun el testimonio de los sacerdotes de Heliópolis, que Menés, primer rey de Egipto, atajó el recodo que hacia el rio, dos leguas y cuarto (100 estadios) mas arriba de Ménfis[2], y que abrió un nuevo cauce al oriente de esta ciudad; ¿se sigue de aquí por ventura que Ménfis habia estado hasta entonces en un desierto árido y remoto del agua? ¿será admisible semejante hipótesis? ¿Se podrá creer á la letra en aquellos trabajos de *Menés*, que fundara una ciudad, que se ha citado como existente antes de él, que abriera canales y lagos, echara puentes, construyera palacios, templos, etc, y todo esto en el orígen de una nacion, y cuando las artes estaban en su cuna? ¿El tal Menés no será quizas un ente histórico y las narraciones de los sacerdotes no serán todas mitológicas? Estas consideraciones me hacen creer que el haber obstruido Menés el curso del rio fue solamente con el objeto de hacer una derivacion perjudicial al regadío del Delta; conjetura tanto mas verosi-

[1] Lettre 1, pag. 12.
[2] Herodoto, lib. 2.

mil cuanto observamos, no obstante el testimonio de Herodoto, que esta parte del valle vista desde las pirámides no presenta vestigio alguno que nos haga creer en la existencia de un antiguo obstáculo. Por otro lado, me parece que Savary se ha empeñado mucho en hacer tocar con el dique mencionado mas arriba de Ménfis la gran barranca, llamada *Bahr bela ma*, es decir, *rio sin agua*, como para indicar el antiguo cauce del Nilo. Todos los viageros citados por Danville, le hacen llegar á *Faiume*, de quien parece une continuacion mas natural[1]. Para establecer este nuevo hecho, seria preciso haber inspeccionado el terreno; y yo jamas he oido decir en el Cairo que Savary, por el rumbo del Sur hubiese pasado mas allá de las pirámides de *Djizé*. La formacion del Delta, que deduce él de este trastorno, es igualmente inadmisible; porque *en aquella revolucion tan repentina*, ¿cómo se puede imaginar *que el peso enorme de las aguas*, *que vinieron á lanzarse á la entrada del golfo*[2], *hicieron refluir las del mar*? El choque de dos masas líquidas no produce mas que una mezcla, de donde resulta muy en breve un nivel comun; y habiendo mas agua, segun se dice, debió correr con mas fuerza. Es verdad que el viagero agrega: *las arenas y el cieno que el Nilo trae, se amontonaron allí, la isla*

[1] Efectivamente, por la inspeccion del mapa estariamos mas inclinados á creer, que por allí pasaba antes la corriente del rio: ahora, por lo respectivo á las petrificaciones de mástiles y buques de que habla Siccard, seria necesario para darles crédito que fuesen comprobadas por viageros mas ilustrados que ese misionero.

[2] Lettre 1, pag. 12 y siguientes.

del Delta poco considerable al principio, salió de las aguas del mar, cuyos límites estendió. ¿Pero cómo sale una isla del mar? Las aguas corrientes allanan en vez de acumular : estas consideraciones nos conducen á la cuestion de la elevacion.

CAPITULO III.

DE LA ELEVACION DEL DELTA.

Herodoto, que trató esta cuestion tan bien como la anterior, no se ha esplicado sobre las proporciones de la elevacion, sin embargo refiere un hecho, en que se apoya Savary para deducir consecuencias positivas: he aquí en resúmen su razonamiento :

« En tiempo de Meris, que vivia quinientos años antes de la guerra de Troya[1], bastaban ocho codos para inundar el Delta en toda su estension. Cuando Herodoto vino á Egipto se inundaba con quince, bajo el imperio de los Romanos con diez y seis; en tiempo de los Arabes con diez y siete : hoy el término favorable es diez y ocho, y el Nilo crece hasta veintidos; de donde infiero que el Delta se ha elevado catorce codos en el espacio de tres mil doscientos ochenta y cuatro años. »

Ciertamente asi seria, si se admiten los hechos como

[1] Lettre 1, pag. 12.

el viagero los presenta; pero acudiendo á las fuentes, se encuentran circunstancias que desvirtuan los principios y sus consecuencias. Citemos ante todo el testo de Herodoto.

« Los sacerdotes egipcios, dice este autor [1], cuentan que en tiempo de Meris, el Nilo inundaba al Delta, elevándose solo ocho codos. En nuestros dias á menos que no llegue á quince ó diez y seis, no se derrama por el pais. Pero despues de la muerte de Meris hasta este momento no han corrido novecientos años. »

Calculemos : de Meris á Herodoto.....	900 años
De Herodoto al año de 1777, dos mil doscientos treinta y siete, ó, si se quiere.	2,240
Total.	3,140

¿Porqué hay este esceso de ciento cuarenta y cuatro años en el cómputo de Savary? ¿Porqué no sigue las cuentas de su autor? Pero pasémosle por la cronologia.

En tiempo de Herodoto era menester diez y seis codos, ó á lo menos quince, para inundar el Delta; en tiempo de los Romanos no se necesitaba mas: con que sacamos en claro que quince y diez y seis son siempre el término fijado.

Antes de Petronio, dice Estrabon [2], *no reinaba la abundancia en Egipto, sino cuando el Nilo se elevaba á catorce codos*. Pero este gobernador obtuvo por el arte lo que le negaba la naturaleza, y *asi se vió en su prefectura reinar la abundancia á los doce*. Los Arabes se esplican

[1] Lib. 2, pág. 109.
[2] Lib. 17.

en los mismos términos: hay un libro en su idioma que contiene un estado de todas las crecientes del Nilo desde el año 622 de la egira hasta 875 (1470 de la era vulgar): por esta obra se convence que en las épocas mas recientes siempre que el Nilo tiene catorce codos de profundidad en su álveo, hay cosecha y provision para un año; si llega á diez y seis, para dos; pero teniendo menos de catorce y ascendiendo á diez y ocho, hay escasez; lo cual se conforma perfectamente con la narracion de Herodoto. Aunque el libro que he citado es arábigo, sus resultados andan en manos de todos: basta consultar la palabra *Nilo* en la *Biblioteca oriental* de Herbelot, ó los *estractos* de *Kalkâchenda* en el *Viage* del doctor Shaw.

La naturaleza del codo no puede producir equivocaciones; porque Fréret, Danville y Bailly han demostrado que el codo egipcio, avaluado siempre en veinticuatro dedos, es igual á veinte y media de nuestras pulgadas [1]; y el codo actual, llamado *Drââ Masri*, está dividido precisamente en veinticuatro dedos, esto es, veinte pulgadas y media. Pero las colunas empleadas para medir la altura del rio han padecido una alteracion que es muy importante no omitir.

En los primeros tiempos que los Arabes ocuparon el Egipto, dice Kalkâchenda, advirtieron que cuando el Nilo no llegaba al término de la abundancia, cada

[1] Yo he medido muchos con un pie de rey de cobre, pero he hallado que variaban todos de una á tres líneas. El *Drââ Stambuli* (codo de Constantinopla) tiene veintiocho dedos, ó veinticuatro pulgadas menos una línea.

cual se apresuraba en hacer su provision para el año; lo que desde luego perturbaba el órden público. Quejáronse de esto al califa Omar, quien comisionó á *Amrú* para examinar el asunto; y he aquí lo que contestó el encargado: « Habiendo practicado todas las diligencias que vos nos encargasteis, hemos encontrado que cuando el Nilo sube á catorce codos, se logra cosecha *bastante* para el año; si llega á diez y seis, es *abundante;* pero á doce y á diez y ocho es mala : y como el pueblo está muy á cabo de todo lo que pasa, por las proclamas de estilo, se toman medidas que alteran estraordinariamente el comercio. »

Omar, para remediar este abuso, acaso hubiera querido abolir la costumbre de las proclamas; mas siendo esto impracticable, imaginó, por consejos de Abutaaleb, un espediente con el cual logró el mismo resultado. Hasta entonces la *coluna de medidas,* llamada *nilómetro* [1], se habia dividido en codos de veinticuatro dedos; Omar la hizo destruir, y le sustituyó otra que estableció en la isla de Ruda, mandando que los doce codos inferiores se compusiesen de veintiocho dedos en vez de veinticuatro; y que los superiores quedasen como antes en veinticuatro. De aquí resultó que en lo sucesivo, marcando el Nilo doce codos en la coluna, eran realmente catorce; porque habiendo cuatro dedos de esceso en cada codo, quedaba un sobrante de cuarenta y ocho dedos, ó dos codos: de forma que cuando se proclamaban *catorce* codos, tér-

[1] En arábigo *meqiâs*, instrumento *mesurador* ó *medidor.*

mino de *cosecha suficiente*, la inundacion efectivamente estaba en el grado de *abundancia*; y el pueblo, en todas partes juguete de las palabras, se dejaba embaucar. Pero esta alteracion no pudo ocultarse á los historiadores árabes; y añaden que las columnas de Saïd, ó Alto-Egipto siguieron dividiéndose por veinticuatro dedos, que el término *diez y ocho* (antiguo estilo) fue siempre adverso; que el *diez y nueve* era muy raro, y el *veinte* casi una maravilla [1].

Luego nada es menos constante que la progresion alegada, y nos hallamos autorizados á establecer contra ella el hecho siguiente: que el estado del Nilo no ha variado en un período conocido de diez y ocho siglos. ¿Porqué pues, en el dia se manifiesta tan diferente? ¿cómo es que desde el año de 1473 ha pasado tan repentinamente de quince á veintidos? Este problema me parece fácil de resolver; yo no buscaré su esplicacion en los hechos físicos, sino en las circunstancias de la cosa: no es el Nilo el que ha variado; es la coluna, son sus dimensiones. El misterio con que los Turcos la encubren, impide á la mayor parte de los viageros asegurarse de su exactitud; pero Pocoke que logró verla en 1739, dice que todo estaba confuso y desigual en la escala de los codos; y aun observa que

[1] El doctor Pocoke, que ha hecho muchas buenas observaciones sobre el Nilo, se ha estraviado enteramente en la esplicacion del testo de Kalkàchenda: ha creido, por un pasage ambiguo, que el nilómetro del tiempo de Omar no tenia mas que doce codos; y ha levantado sobre este error un edificio de falsas conjeturas. *Voyage de Pocoke*, tom. 2, pág. 278.

le pareció nueva, circunstancia que nos hace pensar que los Turcos, á imitacion de Omar, se habian permitido una nueva alteracion: en fin, hay un dato muy decisivo en el particular: Niebuhr[1], de cuya veracidad no se dudará, habiendo medido en 1762 los vestigios de la inundacion, sobre un muro de Djizé, encontró que el primero de junio, habia bajado el Nilo veinticuatro pies franceses. Ahora bien, veinticuatro pies reducidos á codos al respecto de veinte pulgadas y media cada uno, son precisamente catorce codos y una pulgada. Es cierto que aun quedan diez y ocho dias de menguante; pero valuándolos en medio codo, por un cálculo, cuyo punto de comparacion[2] le insinua Pococke, no resultan mas que catorce codos y medio, lo cual conviene exactamente con el cómputo antiguo.

Savary alega otro hecho, al que tampoco puedo suscribir sin alguna limitacion. « Durante mi mansion en Egipto, dice (carta 1ª pág. 14), he recorrido dos veces el Delta y aun le he atravesado por el canal de Menufe. Corria caudalosamente el rio en los grandes brazos de Roseta, de Damieta y en los que cruzan el interior del pais; pero no salia de madre mas que en las tierras bajas, donde se sangraban los diques para regar las campiñas sembradas de arroz. »

De aquí infiere : « que el Delta está actualmente en

[1] *Voyage en Arábie*, tom. 1, pág. 102.

[2] El 17 de mayo, la coluna tenia once pies fuera del agua, el 3 de junio, tenia once y medio; luego en diez y siete dias hubo un semicodo de aumento. *Voyage de Pococke*, tom. 2.

« la situacion mas favorable que puede darse para la « agricultura, porque perdiendo en inundacion, ha ga- « nado esta isla anualmente los tres meses que la Te- « baida está sumergida en las aguas. » Nada, á mi ver, mas estraño que la tal ganancia. Si el Delta ha ganado en no inundarse ya, ¿porqué se deseó tanto en todos tiempos la inundacion? Mas se dirá : *las sangrías su- plen.* — Pero es muy viciosa la comparacion entre el Delta y los huertos del Sena. Solo al lado del mar se encuentra agua á flor de tierra; en cualquiera otra parte está bajo el nivel del suelo, y á proporcion que remontamos, se eleva mas la ribera. En fin, si me es lícito citar mi testimonio, puedo asegurar, que bajando del Cairo á Roseta por el canal de Menufe, he observado, en los dias 26, 27 y 28 de setiembre de 1783, que aunque las aguas se habian retirado mas de quince dias antes, los campos aun estaban sumergidos en parte, y en los parages limpios se descubrian todavía los rastros de la inundacion : luego el hecho alegado por Savary no puede atribuirse sino á una mala inundacion; y no debemos creer que la elevacion haya variado el estado del Delta [1], ni que los Egipcios se vean reducidos á procurarse el agua por medios mecánicos tan dispendiosos como limitados [2].

[1] Aun el álveo del rio se ha levantado como el resto del terreno.

[2] En el Bajo-Delta se riega por medio de norias, porque el agua está á flor de tierra; pero en el Alto-Delta, es menester poner rosarios á las ruedas, ó elevar el agua por potencias movibles. De estas máquinas hay muchas en el camino de Roseta al Cairo, cualquiera que las vea se convencerá de que á pesar de lo trabajosas que son de manejar, se saca muy poca agua con ellas.

Resta ahora resolver la dificultad de los ocho codos de Meris, que opino es producida por causas de la misma naturaleza. Parece que despues de este príncipe hubo una gran revolucion en las medidas, y que de un codo se hicieron dos: esta conjetura es tanto mas probable cuanto en tiempo de Meris el Egipto no formaba un solo reino; pues habia por lo menos tres de Asuan al mar. Sesóstris, posterior á Meris, los reunió por la conquista; pero despues de este príncipe volvieron á dividirse, lo cual duró hasta Sammético. Esta revolucion en las medidas es muy conforme atribuirla á Sesóstris, que causó un trastorno general en el gobierno: él fue quien estableció nuevas leyes y nueva administracion; el que hizo levantar diques y calzadas para situar las ciudades y villas, y abrió tantos canales, segun dice Herodoto[1], que en Egipto se abandonaron los carros, que hasta entonces se habian usado.

Por lo demas, debe advertirse que los grados de inundacion no son los mismos en todo Egipto; antes siguen una regla de diminucion gradual, á proporcion que el rio baja. En Asuan el derrame es mayor en un sesto que en el Cairo; y cuando en esta última ciudad se cuentan veintisiete pies, apenas hay cuatro en Roseta y en Damieta: la razon es que fuera del caudal de agua

[1] Herodoto, lib. 2. Esta anécdota amohina mucho á los cronologistas modernos que hacen á Sesóstris anterior á Moises, en cuyo tiempo aun subsistian los carros: pero no es culpa de Herodoto el que no se haya entendido su sistema de cronologia, el mejor de la antigüedad.

que absorven las tierras, se eleva mas el rio por hallarse oprimido en un solo lecho y en un valle angosto, al contrario cuando ha pasado el Cairo, como ya no está sujeto por las montañas y se divide en mil ramas, sucede necesariamente que la masa de agua pierde en profundidad lo que gana en superficie.

De lo dicho se inferirá sin duda, que nos hemos lisonjeado demasiado en suponer que se conocen los términos precisos de la elevacion y aumento del Delta. Mas no porque yo rechace ciertas circunstancias ilusorias, pretendo negar el fondo de los hechos, cuya existencia está harto comprobada, asi por el raciocinio, como por la inspeccion del terreno. Pongamos un ejemplo : la elevacion del terreno, á mi ver, está demostrada por un hecho, sobre el cual se ha insistido muy poco : cuando se va de Roseta al Cairo en la menguante de las aguas, como en marzo, se advierte, á medida que se sube, que las márgenes se elevan por grados sobre el agua; de suerte que si en Roseta esceden dos pies al nivel, desde Faué sobresalen tres á cuatro, y mas de doce en el Cairo [1] : supuesto este dato, se puede deducir de él una prueba de la elevacion por *depósito* ó sedimento; porque guardando proporcion la capa de cieno con el espesor de las capas de agua que *le* deponen, debe ser mayor ó menor, segun que estas capas sean mas ó menos profundas; y acabamos de ver

[1] Seria curioso demostrar qué proporcion guarda hasta Asuan. Los Coptos (á quienes he consultado sobre el particular), me han asegurado que estaba mucho mas elevada en todo el Saïd que en el Cairo.

que observan una gradacion análoga desde Asuan hasta el mar.

Por otra parte, el aumento del Delta se da á conocer de un modo muy sensible por la configuracion del Egipto sobre el Mediterráneo. Si consideramos su proyeccion en un mapa, se ve que el terreno que está en la línea del rio, terreno formado de una materia estrangera, ha tomado una forma saliente semicircular, y las líneas de la ribera de Arabia y de Africa, con quien confina, han adquirido una direccion entrante hácia el fondo del Delta; lo que hace sospechar que en la antigüedad el citado terreno fue un golfo que con el tiempo se ha cegado.

Este cegamiento, comun á todos los rios, se ha efectuado por medio de un mecanismo que les es igualmente propio: las aguas de las nieves y lluvias, que corren de los montes á los valles, no cesan de acarrear las tierras que arrancan en su curso. Las partes mas graves de estos despojos, como son los guijarros y arenas, se detienen en breve, si una corriente rápida no las impele: pero si las aguas no encuentran mas que una tierrecilla fina y ligera, se impregnan de ella en abundancia y ruedan por los bancos con facilidad. El Nilo encontrando semejantes materiales en Abisinia y el interior del Africa, se vale de ellos, para apresurar sus trabajos; impregnan á sus aguas, y el lecho se hinche en términos, que á veces detiene la corriente. Pero, cuando por la inundacion recobra sus fuerzas, empuja estos bancos hácia el mar, al paso que trae otros para la estacion siguiente; despues que

llegan á su embocadura, se acopian los cienos en forma de arenales; porque el declive ya no permite bastante accion á la corriente, y porque el mar contrapesa con su resistencia. La estagnacion que de aquí resulta, obliga á la parte tenue, que hasta entonces habia sobrenadado, á deponerse, y lo efectua particularmente en los parages donde hay menos movimiento, como en las orillas. Asi la costa se enriquece poco á poco con los despojos del campo superior y del mismo Delta; porque si el Nilo le quita á la Abisinia para dar á la Tebaida, tambien le roba á esta para llevar al Delta, y á este para el mar. En donde quiera que sus aguas tienen corriente, despoja al mismo suelo que enriquece: cuando se sube al Cairo en tiempo de menguante, se advierte en todas partes derrumbarse las orillas tajadas perpendicularmente. El Nilo que las mina por el pie, privando de apoyo á una tierra tan ligera, la hace caer en su lecho. En las crecientes, esta tierra se embebe de agua y se deslie; y cuando vuelve el sol y la sequía, se cuartea y desmorona, arrastrándosela entonces el Nilo. De esta manera se han obstruido muchos canales, y otros se han ensanchado, elevando sin cesar el cauce del rio. El mas frecuentado en el dia (el que va de *Nadir* á Damieta) se halla en ese caso: este canal, abierto en su orígen por la mano del hombre, se asemeja hoy al Sena en muchos parages. Aun suple al brazo principal que corre de *Batn el Baqara* á *Nadir,* y se va cegando en unos términos que si no se trata de destupirle, acabará por convertirse en tierra firme: la razon es porque el rio busca incesantemente la línea recta en

donde tiene mas fuerza; por la misma causa ha preferido el brazo Bolbitino, el cual no era en su orígen sino un canal artificial que iba á parar al brazo Canópico [1].

Resulta igualmente de este mecanismo del rio, que los principales colmos deben formarse en las líneas de las grandes embocaduras y donde la corriente sea mas fuerte; la configuracion del terreno es muy conforme á esta teoría. Tendiendo la vista sobre el mapa, se advierte que la proyeccion de las tierras se verifica principalmente en la direccion de las ramas de Roseta y de Damieta. El terreno lateral y el intermedio se han quedado formando lago y ciénaga indivisibles entre el continente y el mar, porque los canalillos que allí tocan, no son bastantes á cegarle completamente. Los sedimentos y cieno se elevan con la mayor lentitud; y aun por este medio no llegarian á estar sobre las aguas, si no se agregase un agente mas poderoso, que es el mar: él es quien trabaja incesantemente en elevar el nivel de las orillas bajas sobre sus propias aguas; en efecto, las olas vienen á morir sobre la ribera y empujan la arena y el cieno que encuentran al llegar; sus embates acumulan luego aquel dique ligero, y le dan una elevacion que jamas hubiera tenido, estando las aguas serenas. Este hecho es muy patente á todo el que ande á orillas del mar sobre una ribera baja y movediza; pero es preciso que el mar no corra sobre la playa; porque si pierde en los lugares donde hace remolino, gana en los que se pone en movimiento progresivo.

[1] Herodoto, lib. 2.

Cuando los arenales llegan por último á flor de agua, acuden hombres á recoger las arenas con la mano. Pero en vez de afirmar que esta maniobra eleva el nivel sobre el agua, deberia decirse que abate el nivel del agua, puesto que los canales que se abren, reunen en cortos trechos las capas líquidas que estaban esparcidas en espacios mayores [1]. De esta manera ha debido formarse el Delta con una lentitud, que demanda mas siglos de los que conocemos; pero el tiempo jamas falta á la naturaleza [2].

[1] Esta multitud de canales, es un motivo que puede hacer variar los grados de inundacion: porque si hay muchos y profundos, el agua correrá mas pronto y se elevará menos: y si hay pocos y superficiales, sucederá lo contrario.

[2] Despues de publicado este Viage, se me ha hecho ver una memoria de Fréret (*Academia de las inscripciones*, tom. 16), en la cual se habian ventilado estas cuestiones desde el año de 1745. En ella, este sabio crítico, atacando de frente la narracion de Herodoto y el testimonio de los sacerdotes egipcios, pretende que el Delta jamas ha sufrido mudanza alguna desde los siglos mas remotos: apoya sus razones contra el acrecentamiento en la posicion de las ciudades de *Tanis*, *Damieta* y *Roseta*; pero los hechos que cita son vagos, y la diferencia de la medida de Niebuhr escedente á la de Herodoto, es un argumento incontestable contra su opinion. Por lo tocante á la elevacion, prueba, con mas autores de los que yo he citado, que desde Meris hasta fines del siglo quince la inundacion ha sido siempre la misma: despues de este tiempo es cuando los viageros han hablado de una inundacion de veintidos y veintitres codos. El príncipe Radzivil es el primero que la menciona en el año de 1583. Fréret, rechazando su testimonio y el de los otros, sostiene que la inundacion jamas ha variado, y que la diferencia de los antiguos á los modernos, proviene de que los unos cuentan desde el fondo del agua, cuando los otros no contaban sino desde la superficie en tiempo de menguante. El docto académico invoca las observaciones de Shaw y

Seguramente aun que dan muchas observaciones por hacer, ó repetir en este pais; pero, como ya llevo dicho, sufren grandes dificultades. Para vencerlas, sobre necesitarse tiempo y habilidad, seria menester entrar en gastos considerables, y con todo eso, bajo muchos respectos, los óbices accesorios son mas graves que los principales. El señor baron de Tott lo ha palpado recientemente en cuanto al nilómetro. En vano intentó seducir los guardas, de nada le valió haber dado y prometido mas zequíes á los *pregoneros*, para obtener de

de Pocoke; pero estas, al paso que corroboran su consecuencia, destruyen su esplicacion: en efecto, segun ellos, la creciente neta del Nilo fue, en 1714, de diez codos veintiseis dedos, que agregados á cinco codos y unos pocos dedos que ya tenia el rio, dan diez y seis codos y algunos dedos sobre el fondo: en 1715, la creciente fue de diez codos, que juntos con seis que tenian las aguas, forman diez y seis codos: en 1738, fue de once codos y quince dedos, que con cinco que tenia el rio, hacen diez y seis codos, y no veinte, como dice Fréret, pág. 353. Luego los antiguos han contado desde el fondo lo mismo que nosotros, y resulta un estado idéntico en todos tiempos. Fréret, no obstante que se equivoca en este punto, refiere un hecho, que á ser cierto, nos descubre el enigma: dice haber visto un codo del nilómetro, que no tenia mas que quince pulgadas, ocho líneas francesas; ahora bien, veintidos codos de á quince pulgadas ocho líneas, hacen trecientas cuarenta y cuatro pulgadas ocho líneas, mientras que diez y seis codos, dan trecientas veintiocho, donde solo se advierte una diferencia de un pie cuatro pulgadas; de suerte que seria factible que estotro codo fuese una innovacion de los Turcos, y que el *meqiâs* tuviese muchas especies de codos. Por lo demas, Fréret no se ha hecho cargo de la alteracion de Omar citada por *Kalkâchenda;* y está muy distante de resolver la dificultad acerca de los ocho codos de Meris, diciendo que provinieron de la derivacion de Sulac. Asi que, sin faltar en un ápice al respeto debido á Fréret, yo persisto en mis deducciones.

ellos las verdaderas alturas del Nilo; sus informes contradictorios prueban la mala fé con que proceden, ó la ignorancia en que estan. Acaso se dirá: hagánse columnas en las casas particulares; pero estas operaciones, al parecer tan sencillas, son realmente inpracticables. El que lo intentara, se espondria á riesgos de mucha consideracion: baste decir, que hasta la curiosidad de los Francos enfada cada vez mas á los Turcos. Ellos se figuran que nosotros codiciamos su pais; y lo que pasa de parte de los Rusos, junto con las preocupaciones difundidas en Oriente, contribuye á ratificar sus sospechas. En la actualidad es voz universal en el imperio; que *han llegado los tiempos vaticinados por los profetas; que el poderío y religion de los musulmanes caminan á su destruccion, que el rey Jauno viene á establecer un nuevo imperio*, etc. Pero ya es tiempo de seguir el hilo de nuestras ideas.

Apenas tocaré acerca de la estacion tan conocida del derrame[1], sobre su gradacion insensible, y no repentina, como la de nuestros rios; tampoco hablaré de las variedades que ofrece, siendo unos años copioso, otros escaso, y aun algunos nulo; caso rarísimo, á la verdad, pero del cual se citan dos ó tres ejemplos. Todos estos particulares son harto sabidos para repetidos; sábese igualmente que las causas de estos fenómenos que fueron un enigma para los anti-

[1] Se asigna el 19 de junio á punto fijo, pero seria empresa proponerse determinar sus primeros instantes tan rigurosamente como quieren hacerlo los Coptos.

guos [1], no lo son para los europeos. Despues que sus viageros les han informado que la Abisinia y la parte adyacente del Africa son anegadas con las lluvias de mayo, junio y julio, han inferido con razon, que estas lluvias son las que, por la disposicion del terreno, afluyendo de mil rios diversos, se aglomeran en un mismo valle para ofrecer en riberas lejanas el espectáculo magestuoso de una masa de agua que emplea tres meses en escurrirse. Dejamos al cuidado de los físicos griegos la accion de los vientos del norte, ó *etésios*, que detenian el curso del rio por una pretendida presion; y es de admirar que hayan admitido semejante esplicacion, siendo asi que el viento no opera mas que sobre la superficie del agua, sin impedir que el fondo obedezca la pendiente. En vano han alegado algunos modernos el ejemplo del Mediterráneo, el cual por la duracion de los vientos del E., descubre la costa de Siria en un pie, ó en pie y medio, para cubrir con la misma cantidad de agua las de España y de Provenza; y que con los vientos del O. sucede lo contrario. Tales argumentos son harto ilusorios; pues no hay paridad entre un mar sin pendiente y un rio que la tiene, entre la masa de aguas del Mediterráneo y el caudal del Nilo, finalmente entre una estension de veintiseis pies y otra de diez y ocho pulgadas.

[1] Menos para Demócrito que la adivinó. Véase la *Historia de Diodoro de Sicilia*, lib. 2. Paréceme que tambien Homero tuvo alguna vislumbre; porque el epíteto que da al Nilo (*düpetès*, es decir, de orígen celestial) es una alusion muy clara á las lluvias: de lo cual deduzco, que los antiguos sacerdotes egipcios poseian una *física* mas

CAPITULO IV.

DE LOS VIENTOS Y DE SUS FENOMENOS.

Los vientos del norte, que siempre son periódicos, ademas de refrescar la atmósfera, sirven principalmente para llevar á Abisinia una prodigiosa multitud de nubes. Desde abril hasta junio, no cesamos de verlas subir hácia el S., de modo que á veces está uno en la espectativa de lluvia: pero esta tierra ardiente en vano pide á las nubes un beneficio, que ha de recibir bajo otra forma. Nunca llueve en el Delta durante el estío; y aun en todo el discurso del año llueve rarísima vez, y eso en muy corta cantidad. Las lluvias del año de 1761, observadas por Niebuhr, fueron un caso estraordinario, que hasta la fecha no se ha vuelto á repetir. Los estragos que causaron en el Bajo-Egipto, donde derribaron porcion de casas construidas de tierra, convencen demasiadamente que allí se mira como estraordinaria esa abundancia de agua. Por otra parte debe observarse, que las lluvias disminuyen á proporcion que nos elevamos hácia el Saïd. Asi, llueve con mas frecuencia en Alejandría y en Roseta que en el Cairo, y en este mas que en *Minié;* llegando á ser la

estensa de lo que se cree; y que las tradiciones que corrian despues en Grecia no eran sino una emanacion de sus libros sagrados.

lluvia casi un prodigio en *Djirdjé*. Nosotros los habitantes de regiones húmedas no concebimos como puede subsistir un pais sin lluvias[1]; pero en Egipto, fuera de la porcion de agua con que se empapa la tierra en tiempo de la inundacion, los rocíos que caen en las noches de verano bastan para la vegetacion. Los melones de agua, conocidos en Marsella con el nombre de *pastéques* (*sandías*) de la palabra arábiga *battik*, nos ofrecen de ello una prueba bien patente: en efecto, á veces no tienen al pie mas que un polvo seco, y sin embargo, las hojas no dejan de estar frescas. Estos rocíos convienen con las lluvias en que son mas copiosos hácia el mar, y mas escasos á proporcion que se alejan de él; y difieren en que son menos abundantes en el invierno que en el verano. En Alejandría, el mes de abril, á puestas del sol se empapan los vestidos y los terrados como si hubiera llovido. Tambien convienen dichos rocíos con las lluvias en que son en mas ó menos cantidad segun el viento que sopla. El S. y el S. E. no los producen, pero el N. trae mucho, y el O. mas. Estas diferencias se esplicarán fácilmente, si atendemos á que los dos primeros vienen de los desiertos de Africa y Arabia, donde no encuentran una gota de agua; pero el N. y el O. al contrario, impelen contra el Egipto la masa evaporada del Mediterráneo, que ambos atraviesan, el uno en su latitud, y el otro en toda su longitud. Asimismo reparo, comparando mis obser-

[1] Cuando llueve en Egipto y en Palestina, es un regocijo general: el pueblo se reune en las calles, canta, baila y grita con voces descompasadas, *ya, allah! ya mobâreck*; es decir, ¡oh Dios! oh bendito! etc.

vaciones sobre el asunto hechas en Provenza, Siria y Egipto con las de Niebuhr en Arabia y Bombai, que esta posicion respectiva de los mares y continentes es la causa de las diversas cualidades de un mismo viento, que es llovioso en un pais, al paso que siempre es seco en otro : cosa que perturba mucho los sistemas de los astrólogos antiguos y modernos acerca de la influencia de los planetas.

Otro fenómeno muy singular es el retorno periódico de cada viento, y digámoslo asi, su apropiacion á ciertas estaciones del año. La Siria y el Egipto presentan en este punto una regularidad digna de fijar nuestra atencion.

En Egipto, cuando el sol se acerca á nuestras zonas, los vientos que se mantenian en las partes del E. pasan á los rumbos del N. y se fijan allí. En junio, soplan constantemente del N. y N. O.; y por esta razon es el mejor tiempo de pasar al levante : asi que, un buque bien puede anclar en Chipre ó en Alejandría á los catorce, y á veces á los doce dias de su salida de Marsella. Los vientos continuan en julio soplando del N. con variaciones á derecha é izquierda del N. O. al N. E. A fines de julio, en el discurso de agosto y la mitad de setiembre, se fijan en N. franco, y son muy moderados, aunque mas vivos de dia que de noche; por entonces reina tambien en el Mediterráneo una bonanza general, que retarda el regreso á Francia hasta setenta y ochenta dias.

A fines de setiembre, cuando el sol vuelve á cruzar la línea, los vientos vuelven hácia el E.; y sin estacionarse, soplan allí mas que en ningun otro rumbo, es-

cepto el N. Las embarcaciones aprovechan este tiempo, que dura todo octubre, y parte de noviembre, para retornar á Europa; y las travesías para Marsella son de treinta á treinta y cinco dias. A medida que el sol pasa al trópico de capricornio, los vientos se ponen mas variables y revoltosos; sus regiones mas constantes son el N., el N. O. y el O. Asi se mantienen en diciembre, enero y febrero, que para Egipto, lo mismo que para nosotros, es la estacion del invierno. Entonces los vapores del Mediterráneo, acumulados y condensados por el frio de la atmósfera, se acercan á tierra, y forman las nieblas y las lluvias. A fines de febrero y en marzo, cuando el sol vuelve al ecuador, los vientos conservan mas que en ningun otro tiempo los rumbos del mediodia. En este último mes y en él de abril es cuando se ve reinár el S. E. el S. franco y S. O. Se mezclan con el O: el Norte, y el E.; el cual es mas constante á fines de abril; y en mayo divide con el N. el imperio del mar, y hace mas cortos los retornos á Francia que en el equinoccio de otoño.

DEL VIENTO CALIENTE, Ó KAMSIN.

Estos vientos del S. de que acabo de hablar, reciben en Egipto el nombre genérico de vientos de *cincuenta* (dias)[1], no porque duren todo ese período consecutivamente, sino porque aparecen con mas frecuencia en los cincuenta dias anteriores, ó posteriores al equinoccio. Los viageros los han dado á conocer en Europa con la deno-

[1] En árabe *kamsîn;* pero esta *k* representa la *jota* española, ó la *ch* alemana.

minacion de vientos *envenenados*[1], ó con mas propiedad, *vientos calientes del desierto*. En efecto, el calor que producen llega á un grado tan escesivo, que no es dable formar idea de él, sin haberle esperimentado; con todo, puede compararse su impresion á la que se recibe de la boca de un horno de panadero en el momento de sacar el pan. Cuando estos vientos empiezan á soplar, el aire se pone bochornoso; el cielo, siempre tan despejado en aquellos climas, se oscurece súbitamente; el sol pierde su esplendor, y su disco aparece de color violado; el ambiente no está nebuloso, pero sí empañado y lleno de un polvo sutilísimo, que no suelta fácilmente y penetra por donde quiera. Este viento siempre ligero y rápido, no es muy caliente al principio, pero asi que se entabla por un rato, aumenta en estremo la tempera tura. Los animales presto le reconocen por el trastorno que esperimentan en su máquina: el pulmon, no estando ya ocupado por un aire suficientemente enrare cido, desde luego se encoge y atormenta: la respiracion es corta y anhelosa; resécase la piel, y se sienten devorados de un ardor interno: en balde es hartarse de agua, no hay forma de restablecer la traspiracion: en vano es buscar la frescura; los cuerpos que antes la proporcionaban, burlan la mano que los toca; el mármol, el hierro, el agua, aunque el sol esté oculto, se hallan calientes. Entonces las calles se quedan yermas; y reina el silencio, como en medio de la noche.

[1] Los Arabes del desierto los apellidan *semun*, es decir, *veneno;* y los Turcos *chamyelé*, ó viento de Siria, de donde se ha formado la denominacion de viento *samiel*.

Los vecinos de las ciudades y aldeas se encierran en sus habitaciones, y los moradores del desierto en sus tiendas, ó en pozos abiertos en tierra, donde esperan á que pase esta especie de tormenta: por lo comun dura tres dias, y si escede de ellos, es insoportable. ¡Pobres de los caminantes á quienes acomete en campo raso, distantes de todo asilo; entonces sufren de lleno sus rigores, perdiendo á veces hasta la vida! El mayor peligro está en el momento que viene la ráfaga, cuya velocidad aumenta el calor hasta el punto de sufocar súbitamente y con circunstancias singulares: ora cae un hombre en medio de otros dos que salen ilesos; ora se ve uno salvo con solo cubrirse las narices con un pañuelo, ó meterlas en un agujerito de arena, como acostumbran los camellos; ó bien huyendo á galope como hacen los Arabes, cuando sienten venir *la mofeta*, nombre que cuadra perfectamente á este aire. Por otra parte, está probado que es mas nocivo de Mossul á Bagdad que en ningun otro parage: lo que se atribuye á la cualidad sulfurosa y mineralógica del territorio que cruza desde el Eufrates. Debe observarse que en nada molesta á las caravanas, las cuales andan á la sazon por el camino de Damasco á Alepo; en Bagdad es mortal en los minaretes, en las azoteas y en el puente, pero no asi en los sitios bajos. Si á esto agregamos que despues de la muerte sobrevienen hemorragias por la nariz y la boca, que el cadáver permanece caliente, que se hincha, se pone amoratado y se desmorona fácilmente; parecerá mas y mas probable que este aire

mortífero es un gas inflamable, cargado en ciertos casos de ácido sulfuroso[1].

Otra cualidad distintiva de este viento, es su estrema sequedad: llega á tal punto, que el agua con que riegan los suelos, se evapora en pocos minutos. A causa de esta sed escesiva de agua, marchita y deshoja las plantas; y estrayendo con demasiada prontitud las emanaciones de los animales, encrespa el cútis, cierra los poros, y causa aquel calor febril que acompaña siempre las supresiones de la traspiracion.

Estos vientos cálidos no son peculiares al Egipto: tambien los hay en Siria; pero son mas comunes en la costa y en el desierto que sobre las montañas. Niebuhr los ha observado en Arabia, Bombai y el Diarbekr; tambien se esperimentan en Persia, en Africa y aun en España[2]; en todas partes son semejantes sus efectos; pero su direccion difiere segun los lugares. En Egipto el mas violento es el de S. S. O.; en la *Meca* viene del E.; en *Surate* del N.; en *Basra* del N. O.; en Bagdad del O., y en Siria del S. E. He aquí un contraste que embaraza á primera vista; pero reflexionando, nos da

[1] Es tan fundada la conjetura del autor, cuanto ese fluido aeriforme es uno de los mas sufocantes que se conocen. Sin embargo, es tambien verosímil que se halle mezclado con otros gases que alteren la pureza del aire: como por ejemplo, el ácido carbónico y particularmente el azoe que suele desprenderse en mucha cantitad en las grandes mudanzas atmosféricas. Por lo demas, solo el analísis química podrá descubrirnos su verdadera composicion. *Nota del traductor.*

[2] En las costas de Andalucía y Cataluña son bien conocidos bajo el nombre de *levantes*, por la direccion en que soplan. *Nota del traductor.*

la clave del enigma. Si examinamos las posiciones geográficas, se encuentra que siempre viene el viento cálido de los continentes desiertos; y por eso es natural, que el aire que cubre las dilatadas llanuras de la Libia y la Arabia, no hallando en ellas rios, lagos, ni bosques, se caldee estraordinariamente, asi por la accion de un sol abrasador, como por la reverberacion de la arena, y adquiera el grado de calor y sequedad de que es susceptible. Si sobreviene una causa cualquiera que dé impulso á esta masa, luego se precipita y lleva consigo las propiedades pasmosas que le notamos. Estos vientos no tienen la misma intensidad en todas las estaciones : ¡tan cierto es que aquellas cualidades son debidas á la accion del sol sobre las arenas! En Egipto, por ejemplo, se asegura que los vientos del S. en diciembre y enero son tàn frios como el N.; y la razon es, que el sol habiendo pasado ya al trópico de capricornio, no baña con sus rayos el Africa setentrional, y que la montuosa Abisinia está por entonces cubierta de nieve: es indispensable que el sol se haya acercado al ecuador para producir estos fenómenos. Por identidad de razon, el S. tiene un influjo mucho menos eficaz en Chipre; porque llega refrigerado por los vapores del Mediterráneo. En esta isla el N. es quien le reemplaza; allí se quejan de que en el estío produce un calor insoportable, al paso que se siente helado en el invierno : lo cual resulta claramente de que el Asia menor está abrasada de calor en el verano, mientras que en el invierno se halla plagada de hielo. En conclusion, este asunto presenta un sin número de problemas propios

á cautivar la atencion del físico. ¿Por ventura no será interesante averiguar:

1º De dónde dimana esa relacion de las estaciones y la marcha del sol con la especie de vientos y las regiones donde soplan?

2º ¿Porqué, en todo el Mediterráneo, los rumbos del N. son los mas constantes, en términos de reinar nueve meses en los doce del año?

3º ¿Porqué los vientos del E. vuelven con tanta regularidad despues de los equinoccios, y porqué en esta época reina de ordinario un viento mas recio?

4º ¿Porqué los rocios son mas abundantes en verano que en invierno; y porqué las nubes, efecto de la evaporacion del océano, siendo esta mayor en estío que en hibierno, hay sin embargo mas nubes en esta estacion que en aquella?

5º Finalmente, ¿porqué las lluvias son tan raras en Egipto, y porqué las nubes se dirigen con preferencia sobre Abisinia?

Pero ya es tiempo de concluir la pintura física que he principiado.

CAPITULO V.

DEL CLIMA Y DEL AIRE.

Con razon pasa por muy cálido el clima del Egipto, pues en julio y agosto el termómetro de Réaumur se mantiene, en las piezas mas templadas, á veinticuatro y veinticinco grados sobre el término del hielo [1]. Sé que en el Saïd sube aun mas; pero ignoro el grado á punto fijo. La proximidad del sol (que en el estío está casi perpendicular) es sin duda la causa principal de tanto calor; mas cuando se considera que otros paises situados en la propia latitud son mas frescos, se trasluce una segunda causa tan eficaz como la primera; y es el nivel del terreno poco elevado sobre el mar. En ra-

[1] El astrónomo Beauchamp ha observado muchas veces 37° y 38° en Basra, y este calor reina particularmente en la mayor parte de las playas de Persia, de Arabia y de la India: 32° y 33°, término del calor de la sangre, son muy frecuentes en Florida y en Geórgia (de América). Asi, el Egipto debe colocarse entre los paises de una temperatura media *.

* La temperatura que asigna el autor al Egipto es cabalmente el *maximum* de la de la isla de Cuba, *cœteris paribus,* esto es, á la sombra. Rara vez ha pasado el mercurio de 25°, ni aun durante los meses mas cálidos, que son julio y agosto. Sin embargo en estos mismos meses se mantiene constantemente en 23° y 24° al mediodia, sin mas variaciones que las que naturalmente ha de producir la ausencia diaria del sol, que lo hace bajar á veces hasta 6°, y cuando menos 3°. *Nota del traductor.*

zon de dicha temperatura, no deben distinguirse mas que dos estaciones en Egipto, la primavera y el estío; es decir, el tiempo fresco, y el de los calores. Estos duran desde marzo hasta noviembre; y aun á fines de febrero el sol á las nueve de la mañana es insoportable para cualquier europeo. En todo este tiempo, el ambiente es abrasador, el cielo centelleante, y el calor insufrible á los que no estan acostumbrados. Con el ropage mas ligero y en un completo reposo se derrite uno en sudor; el cual es tan necesario que la menor supresion es una enfermedad; de suerte que en vez del saludo ordinario: *como lo pasa usted*, deberia decirse mas bien: ¿*Qué tal suda usted*? Luego que se aparta el sol del zenit, se templan algo estos calores. Los vapores de la tierra anegada por el Nilo, y los que traen los vientos del O. y del N., absorviendo el calórico difundido en la atmósfera, proporcionan un frescor agradable, y aun frios picantes, si damos crédito á los naturales y á algunos negociantes europeos: pero adviértase que los Egipcios, que andan casi en carnes y que están acostumbrados á sudar, tiritan al menor fresquecillo. El termómetro que en febrero se mantiene, cuando menos ocho ó nueve grados (escala de Réaumur) sobre el hielo, es el que nos da ideas exactas en el asunto. Puede decirse que la nieve y el granizo son fenómenos, que nunca han visto muchos Egipcios de cincuenta años. Por lo que toca á nuestros negociantes, deben su estrema sensibilidad al abuso que hacen de las pieles: llega hasta tal grado que en invierno las mas veces llevan dos ó tres cubiertas de

piel de zorra; y aun en los ardores de junio conservan el armiño ó el gris: ellos pretenden que la frescura que se esperimenta á la sombra es una razon mas que suficiente de arroparse con tanto esceso: efectivamente, las corrientes del N. y del O. que reinan casi siempre, refrescan mucho cualquier parage donde no cae el sol; pero el motivo secreto y verdadero de semejante moda, es que las pieles vienen á ser los *galones y bordados* de Turquía, y el objeto favorito del lujo asiático: ellas son la insignia de la opulencia y el rótulo de la dignidad, respecto á que la concesion de puestos importantes siempre se participa regalando una piel; como si se dijese al agraciado, que en lo adelante es un señor de tal categoría, que no tendrá mas ocupacion que *sudar*.

Quizá juzgarán algunos, que el Egipto, en razon de los calores, y de ese estado pantanoso que dura tres meses, sea un pais insalubre. Cabalmente esto fue lo primero que me ocurrió á mi llegada; y al ver despues en el Cairo las casas de nuestros negociantes situadas á lo largo del *kalidj*, donde yace el agua estancada hasta abril, me confirmé mas en mi juicio, y me persuadí que los hálitos acuosos debian causarles muchas enfermedades; pero la esperiencia desmiente esta presuncion: las emanaciones de las aguas posadas tan nocivas en Chipre y en Alejandreta, no producen daño alguno en Egipto. La causa me parece ser la continua sequedad de la atmósfera, mantenida ya por la vecindad del Africa y de la Arabia, que sin cesar absorven la humedad, ya por las corrientes perpetuas de los vientos

que no encuentran obstáculos. En comprobacion, las carnes que se esponen al viento N., aunque sea en el estío, lejos de corromperse, se desecan y endurecen como guijarro. En los desiertos se encuentran cadáveres desecados, tan ligeros, que un hombre levanta fácilmente con una mano toda la osamenta de un camello [1].

Ademas de esta gran sequedad del ambiente, se le nota en todas partes una cualidad salina. Las piedras estan corroidas de anatron, y en los lugares húmedos se encuentran largas agujas cristalizadas, que cualquiera las equivocaria con el salitre. La pared del jardin de los jesuitas en el Cairo, formada de ladrillo y tierra, cria una costra de anatron, del espesor de un peso fuerte, y cuando se riegan los cuadros del jardin con agua del kalidj, una vez desecos, se ven relumbrar sobre la tierra unos cristales blancos, que seguramente no los ha traido el agua; puesto que no da indicios de sal ni al gusto, ni á la destilacion [2].

Esta propiedad del aire y de la tierra junto con el calor, es lo que comunica sin duda á la vegetacion una

[1] Con todo, debemos advertir que el aire es mucho menos seco en la costa que en las tierras altas; asi es que no se puede poner el hierro veinticuatro horas al aire en Alejandría y en Roseta; sin que se cubra todo de orin.

[2] Los fenómenos descritos aquí por el autor favorecen bastantemente la conjetura que espuse en una nota anterior (artículo del viento Kamsîn) sobre la probabilidad de un copioso desprendimiento de azoe, en las grandes revoluciones atmosféricas. ¿Qué otra cosa son esas producciones salinas sino efectos de la *nitrificacion* causada por el azoe del aire que se halla en gran cantidad? *Nota del traductor.*

actividad casi increible para los que habitamos en climas frios: siempre que las plantas abundan en agua, se desarrollan con una rapidez prodigiosa. Cualquiera que haya estado en el Cairo ó en Roseta, podrá haberse cerciorado que la especie de calabaza llamada *qara*, echa en veinticuatro horas retoños de cerca de cuatro pulgadas de largo: pero concluyamos con una observacion importante: este suelo tan feraz parece esclusivo é *intolerante*. Allí degeneran muy pronto las plantas exóticas, segun consta de observaciones cotidianas. Nuestros negociantes se ven obligados á renovar todos los años las simientes, y hacen traer de Malta coliflores, remolachas, zanahorias y salsifies. Estas hortalizas al principio medran admirablemente; pero si se siembran despues las nuevas semillas, solo producen plantas enfermizas y fruncidas. Lo mismo ha sucedido con los albaricoques, peras y albérchigos que se han llevado á Roseta. La vegetacion en este terreno es demasiado violenta para nutrir bien tejidos esponjados y pulposos; para esto seria preciso acostumbrar por grados á la naturaleza, y aclimatarlos á fuerza de esmero en el cultivo [1].

[1] Son tan notables las analogías que existen entre la isla de Cuba ó cualquiera de las Antillas y el Egipto, en cuanto al estado físico, que no se puede menos de indicarlas á cada paso. Tampoco admite fácilmente plantas estrañas el suelo cubano, aunque quizás no llega al punto de esclusion del de Egipto. Efectivamente, como es mas vario el terreno de aquella isla, hay parages en que no cuesta tanto aclimatar las exóticas de paises mas frios. Yo he gustado muy buenos duraznos producidos en terrenos que no distan siete leguas de la Habana. Sin embargo, por lo que respecta á la hortaliza, degenera lo mismo que en

ESTADO POLITICO

DEL EGIPTO.

CAPITULO VI.

DE LAS DIVERSAS CASTAS DE SUS HABITANTES.

En medio de las revoluciones que no han cesado de agitar la fortuna de los pueblos, hay pocos paises que hayan conservado puros y sin mezcla sus moradores naturales y primitivos. Aquella misma codicia que en todas partes incitara los individuos á usurparse sus propiedades respectivas, ha sublevado las naciones unas contra otras: el resultado de este choque de intereses y fuerzas ha sido introducir en los estados un vencedor estrangero, que, ora usurpador insolente, ha despojado á los vencidos del dominio que la naturaleza les habia concedido; ora conquistador mas tímido, ó mas civilizado, se ha contentado con participar de los favores que su suelo nativo le denegara. He

Egipto; pero con esta diferencia, que las nuevas semillas en vez de producir plantas fruncidas y enfermizas, vegetan con demasiada violencia, echando unas hojas inmensas, y sin dar tiempo de sazonar á los jugos nutricios, cuya circunstancia las hace en estremo acuosas. *Nota del traductor*.

aquí los motivos porque se han establecido en las naciones diversas castas de habitantes; quienes alguna vez, asemejándose en sus costumbres é intereses, han mezclado su sangre; si bien con mas frecuencia, divididos por preocupaciones religiosas ó políticas, han vivido reunidos en el mismo suelo, pero sin confundirse jamas. En el primer caso, han perdido las castas por su mezcla, los caractéres que las distinguian, y formado un pueblo homogéneo, en el cual no se advierten ya los vestigios de la revolucion. En el segundo, permaneciendo separadas, han perpetuado sus diferencias y levantado un monumento que ha sobrevivido á los siglos, y puede, en ciertos casos, suplir el silencio de la historia.

En esta situacion se halla el Egipto: arrancado hace mas de veintitres centurias á sus propietarios naturales, ha visto establecerse sucesivamente en su seno Persas, Macedonios, Romanos, Griegos, Arabes, Georgianos, y por fin cierta raza de Tártaros, conocidos bajo el nombre de Turcos otomanos. Muchos de estos pueblos han dejado las huellas de su tránsito; mas como se mezclasen en la serie de los tiempos, ha dimanado de aquí una confusion, que dificulta en algun modo discernir el carácter distintintivo de cada uno. No obstante, podemos distinguir en la poblacion del Egipto, cuatro castas principales de habitantes.

La primera y la mas estendida es la de los Arabes, que debe dividirse en tres clases: 1° la posteridad de aquellos que al tiempo de la invasion de este pais por Amrú el año de 640, acudieron del Hedjâz y

de todas las partes de la Arabia á situarse en esta region, tan justamente ensalzada por su abundancia. Cada cual se apresuró á posesionarse de las tierras, y muy en breve se inundó el Delta de estos estrangeros, con menoscabo de los Griegos vencidos. Esta raza primera, perpetuada en la clase actual de los *fellâhs* ó sean *labradores* y menestrales, conservan todavía su fisonomía primitiva; pero los individuos que la componen han adquirido mas estatura, y son mas fornidos; efecto muy natural de un alimento mas sustancioso y abundante que el de los yermos. En general, los habitantes de Egipto no pasan de cinco pies cuatro pulgadas, aunque muchos llegan á seis y siete; su cuerpo es musculoso y reforzado sin ser gordo, como es consiguiente en unos hombres acostumbrados á la fatiga. Su tez quemada por el sol, es casi negra; mas sin embargo, su semblante nada ofrece de estraño ni desagradable. Los mas tienen contorneada la cabeza en forma de un óvalo perfecto, la frente ancha y espaciosa, y debajo de sus cejas castañas, unos ojos negros, hundidos y brillantes; la nariz es bien grande sin ser aguileña; la boca perfectamente formada, y sin escepcion, los mas hermosos dientes. Los que moran en las ciudades, como que estan mas mezclados, no tienen facciones tan uniformes y marcadas. Los de las aldeas al contrario, como no se enlazan sino en sus familias, ofrecen caractéres mas generales y constantes, y una cierta aspereza en su continente, hija sin duda de las pasiones que combaten unas almas continuamente irritadas por el estado de guerra y tiranía que les circunda.

2°. La segunda clase de Arabes es la de los Africanos ú occidentales[1], que vinieron varias veces y con diversos gefes á reunirse á la primera; descienden, asi como esta, de los conquistadores musulmanes que lanzaron á los Griegos de la Mauritania; ejercen igualmente la labranza y oficios; pero estan mas difundidos en el Saïd, donde tienen comarcas y aun príncipes particulares.

3°. La tercera especie es la de los *Beduinos* ú hombres de los desiertos[2], conocidos de los antiguos bajo el nombre de Escenitas, es decir, *habitadores de tiendas*. De ellos, unos dispersos en familias, habitan en las rocas, cavernas, ruinas y lugares estraviados, con tal que encuentren agua; otros, reunidos en tribus, acampan en las tierras bajas, y se pasan la vida en un viajar continuo.

Unas veces en el desierto, otras á orillas del rio, ellos no se apegan á la tierra sino mientras lo exige el interes de su seguridad, ó la subsistencia de sus rebaños. Hay algunas tribus que anualmente vienen del seno del Africa, despues de la inundacion, para aprovecharse de los nuevos pastos; y en la primavera se vuelven á internar en el desierto; otras son mas estables en Egipto, y arriendan tierras para sembradura, las que cambian anualmente. Todas estas tribus se mantienen dentro de límites convenidos, los cuales no deben traspasar, so pena de guerra. Poco mas ó me-

[1] En árabe *magârbe*, plural de *magrebi*, hombre de *garb*, ó del *poniente*: estos son nuestros *berberiscos*.

[2] Fn arábe *bedâui*, formado de *bîd; desierto*, *pais sin habitaciones*.

nos, todos tienen un mismo género de vida, los mismos usos y costumbres. Ignorantes y pobres, los Beduinos conservan un carácter original, distinto del de las otras naciones que los rodean: pacíficos tan solo en sus campos, en cualquiera otra parte se hallan en un estado habitual de guerra. Los labradores, á quienes pillan, los odian de corazon, los caminantes que son robados, maldicen de ellos; y los Turcos que les temen, procuran dividirlos y corromperlos. Calcúlase que sus tribus en Egipto podrian componer un ejército de treinta mil caballos; pero estas fuerzas se hallan tan dispersas y desunidas, que se les trata como salteadores y vagamundos.

La segunda raza de habitantes es la de los *Coptos*, llamados en árabigo *el Qubt*. Hay muchas familias de ellos en el Delta: pero la mayor parte viven en el Saïd, donde se les ve ocupar aldeas enteras. La historia y la tradicion atestiguan que son descendientes del pueblo despojado por los Arabes, es decir, de aquella mezcla de Egipcios, Persas y especialmente Griegos, que en tiempo de los Tolomeos y Constantinos, poseyeron por tantos siglos el Egipto. Se diferencian de los Arabes en la religion, que es la cristiana, aunque siguen la secta de Eutiques. Su adhesion á las doctrinas eutiquianas, les ha atraido de parte de los demas Griegos persecuciones, que los han hecho enemigos irreconciliables. Cuando los Arabes conquistaron el pais, se aprovecharon de esta coyuntura para debilitarlos mutuamente. Los *Coptos* lograron al fin espulsar á sus rivales; y en virtud de estar enterados de la adminis-

tracion interior del Egipto desde tiempos atras, han llegado á ser los depositarios de los registros de las tierras y de las tribus. Bajo la denominacion de *escribanos*, ellos son en el Cairo los *intendentes*, *secretarios* y *tratantes* del gobierno y de los beys. Estos *escribanos*, á pesar de ser despreciados de los Turcos á quienes sirven, y aborrecidos de los hacendados á quienes oprimen, forman una especie de corporacion, cuyo presidente es el *escribano* del *comandante* principal. Él es quien dispone de todos los empleos del ramo, los que no concede sino á fuerza de dinero, segun el espíritu de este gobierno.

Pretendese que el nombre *Coptos*, les viene de la ciudad asi llamada, donde se retiraron, segun dicen, en tiempo de las persecuciones de los Griegos; pero yo creo que tiene un orígen mas natural y mas antiguo. La palabra arábiga *Qubti*, *Copto*, me parece una alteracion evidente de la griega *Ai-gupti-os*, es decir *Egipcio;* porque es de advertir que la *y* se pronunciaba con sonido de *u* entre los antiguos Griegos; y como los Arabes no usan la *g* en las sílabas *ga go gu*, ni la *p* con las mismas vocales, reemplazan siempre dichas letras con la *q* y la *b :* luego los *Coptos* son propiamente los que representan á los Egipcios[1] : hay ademas un dato peculiar que corrobora esta acepcion. Examinando el rostro de muchos individuos de esta raza, le he hallado un carácter peculiar, que me ha llamado la aten-

[1] Con tanta mayor exactitud, cuanto habitaban en el Saïd aun antes de Diocleciano, y parece que esta parte del pais no estuvo tan inundada de Griegos como el Delta.

cion: todos tienen una tez cetrina y aceitunada, que ni es griega, ni árabe; cara abotagada, ojos inflados, nariz aplastada, labios toscos, en una palabra, facciones propias de mulato. Yo desde luego estuve tentado á atribuir al clima estas apariencias [1], cuando habiendo ido á visitar el Esfinge, su aspecto me dió la clave del enigma. Al ver aquella cabeza que es de la de un *negro* en todas sus facciones, recordé aquel pasage tan terminante de Herodoto, donde dice [2]: « Por mi parte creo « que los Colchos son una colonia de los Egipcios, « porque tienen el cútis negro y el pelo encrespado « como ellos; » es decir, que los antiguos Egipcios eran verdaderos negros de la especie de todos los na-

[1] En efecto, advierto que el rostro de los negros representa exactamente aquel estado de contraccion que adquiere el nuestro cuando está castigado por la luz y una fuerte reverberacion del calor; entonces se fruncen las cejas, los carrillos se elevan, los párpados se cierran, la boca *hace la jeta.* ¿Por ventura esta contraccion de las partes móviles no habrá podido, y aun debido, con el tiempo, influir en las partes sólidas, y modelar hasta el mismo núcleo de los huesos? En los paises frios, el viento, la nieve, el aire penetrante producen casi el mismo efecto que el esceso de luz en los cálidos. Vemos por otra parte, que casi todos los salvages tienen la configuracion del cráneo algo parecida á la del negro; entra despues la costumbre de amoldar la cabeza á los niños, y el tocado con que se la cubren: entre los Tártaros, por ejemplo, es un birrete alto que oprime las sienes y levanta las cejas; cuyo estilo me parece la causa de la *ceja de cabra* que se nota en los Chinos y Calmucos: en las zonas templadas y en los pueblos que viven bajo de techado, como no tienen lugar estas causas, las facciones aparecen prolongadas por el descanso de los músculos, y los ojos al ras con la frente, por estar resguardados de la accion del aire.

[2] Herodoto, lib. 2, pág. 150.

turales de África[1]. De esta manera se esplica como su sangre, mezclada muchos siglos ha con la de los Romanos y Griegos, ha debido perder la intensidad de su color primitivo, conservando emperó la marca de su molde original. No hay inconveniente en dar á esta observacion mas latitud, y erigirla en principio, diciendo: que la fisonomía es una especie de monumento, adecuado en innumerables casos para comprobar, ó ilustrar los testimonios de la historia sobre el orígen de los pueblos. Entre nosotros, el lapso de novecientos años nó ha sido poderoso á oscurecer la señal peculiar que distinguia á los habitantes de las

[1] Esta observacion, que al publicar mi viage en 1787, pareció mas bien nueva y curiosa que fundada en la verdad, en el dia ha sido llevada hasta la evidencia por hechos tan interesantes como decisivos. El doctor Blumenbach, profesor muy distinguido de anatomía en Gottinga, publicó en 1794 una memoria, que da los siguientes resultados:

1° Que habiendo tenido oportunidad de disecar porcion de momias egipcias, halló;

2° Que los cráneos de estas momias pertenecen á tres razas distintas de hombres, á saber: una *etiópica* caracterizada por carrillos elevados, labios toscos, nariz chata y ojos reventones; asi, añade él, nos pinta Volney los Coptos del dia.

La segunda raza presenta los caractéres de los Hindus, y la tercera es mista de las dos primeras.

El doctor Blumenbach cita tambien, como muestra de la primera raza, el Esfinge grabado en la obra de Norden, del que no habian hecho caso hasta aquí los mas célebres anticuarios. Yo agrego en esta edicion para nuevo comprobante el mismo Esfinge, dibujado por uno de los artistas mas sobresalientes de nuestros dias, M. Cassas, autor del *Voyage pittoresque de la Syrie, de l'Égypte*, etc. En él se observará, fuera de las proporciones gigantescas, una configuracion de facciones que corrobora mas y mas mi opinion.

Galias, aquellos *hombres del Norte*, que en tiempo de Cárlos el Grueso, vinieron á ocupar la mas opulenta de nuestras provincias. Los viageros que van por mar de Normandía á Dinamarca, se sorprenden de la semejanza fraternal que advierten entre los habitantes de estos dos paises, á pesar de la distancia de lugares y tiempos. La misma observacion ocurre cuando pasamos de Franconia á Borgoña; y si se recorriese con atencion la Francia, la Inglaterra, ó cualquier otra region, sin duda se encontrarian los vestigios de la emigracion estampados en la faz de sus moradores. ¿Por ventura los Judíos no llevan esas señales indelebles á donde quiera que se situan? La nobleza, en aquellos estados en que representa á un pueblo estraño introducido por la conquista, si no se enlaza con los naturales, sus individuos conservan siempre un sello particular. Todavía se distingue la sangre calmuca en la India; y si alguien hubiera estudiado las diversas naciones de Europa y del norte del Asia, acaso habria dado con analogías que se han sepultado en el olvido.

Pero volviendo á nuestro Egipto; el hecho que suministra á la historia, ¡cuántas reflexiones no ofrece á la filosofía! ¡Qué asunto mas propio de nuestras meditaciones, que el contemplar la barbarie é ignorancia actual de los Coptos, emanadas de la alianza del genio profundo de los Egipcios, con la imaginacion brillante de los Griegos!

El idioma es otro monumento, cuyas indicaciones no son menos exactas, ni menos instructivas. El que

antes usaban los Coptos, comprueba perfectamente los hechos que asiento. De un lado, la forma de sus letras y la mayor parte de las voces, demuestran que la nacion griega, en el discurso de mil años de morada, imprimió fuertemente su marca al Egipto[1]: mas del otro, se advierte que el alfabeto copto cuenta cinco letras, y el diccionario muchas voces que son como las reliquias y despojos del antiguo egipcio. Estas palabras, examinadas con criterio, ofrecen una analogía bien patente con los idiomas de los antiguos pueblos adyacentes, tales como los Arabes, Etíopes, Sirios y aun los de las riberas del Eufrates, pudiendo sentarse por punto averiguado: que los enunciados idiomas no fueron mas que dialectos derivados de un tronco comun, ó lengua madre. De tres siglos á esta parte, ha caido en desuso el de los Coptos; porque los Arabes conquistadores, despreciando el idioma de los pueblos vencidos, les impusieron, junto con el yugo, la obligacion de aprender su lengua. Esta obligacion se erigió en ley, á fines del siglo primero de la *egira*, á virtud de haber prohibido el califa *Uâled* I°, el uso de la lengua griega en el ámbito de su imperio: desde el momento adquirió el arábigo un ascendiente universal; y las otras lenguas, relegadas en los libros, solo quedaron para los sabios, quienes, á la postre, las miraron con indiferencia y abandono. Tal ha sido la suerte que ha cabido al copto en los libros ascéticos y en los del rezo eclesiástico, únicos conocidos en que existe: en el dia ni los clérigos ni frailes, que por su ejercicio parece

[1] Véase el *Diccionario copto de Lacroze*

deberian aprenderle, le entienden absolutamente; y tanto en Egipto como en Siria, sean musulmanes, ó cristianos, todo el mundo habla árabe, y no corre otra lengua.

En este asunto se ofrecen algunas observaciones que no dejan de interesar á la geografía y á la historia. Los viageros, al describir los paises que han visto, acostumbran, y aun se ven en la necesidad, de citar voces de la lengua que en ellos se habla. Por ejemplo, si se trata de nombres propios de pueblos, de individuos, ciudades, rios y otros objetos peculiares al pais, no pueden menos de hacerlo; pero de aquí ha dimanado un abuso, y es, que traspasando las voces de una lengua á otra, las han desfigurado en términos de no poderlas conocer. Esto ha acontecido especialmente con los paises que describo: de donde ha resultado un caos insondable en los libros de historia y geografía. Un Arabe que supiera el frances, no conoceria en nuestros mapas ni diez vocablos de su lengua, y nosotros mismos, despues de haberlos aprendido, esperimentamos igual inconveniente. Muchas son las causas que concurren á producir estas confusiones.

1° La mayor parte de los viageros ignoran la lengua árabe, y sobre todo su pronunciacion: esta ignorancia es causa de que su oido, bisoño en los sonidos estrangeros, haga una comparacion viciosa con los de su propio idioma.

2° La naturaleza de muchas pronunciaciones, que carecen de analogía en la lengua á que se trasladan. Esto lo palpamos diariamente en la *th* de los Ingleses,

y en la *jota* de los Españoles. El que no las ha oido pronunciar, no puede formar idea de ellas; pero el caso es mucho mas dificultoso respecto de los Arabes, cuya lengua tiene tres vocales y siete á ocho consonantes desconocidas á los europeos. ¿Cómo, pues, se han de pintar esas letras para conservarles su valor, y no confundirlas con otras que forman diferente sentido[1]?

3º En fin, la tercera causa de desórden es el plan seguido por los escritores en la redaccion de los atlas geográficos. Tomando todas sus nociones de los europeos que han viajado en Oriente, han adoptado la ortografía de los nombres propios tal como en ellos la encontraron; pero no han advertido que las varias naciones de Europa, usando igualmente de letras romanas, les dan valores diferentes. Por ejemplo la *u* de los Italianos no es nuestra *u* francesa, sino *ou*; su *gh* no es *gé*, sino *gué:* su *c* no es *cé*, sino *tché*, de donde resulta una diversidad aparente de voces, que son sin embargo las mismas. Asi es, que lo que se debe escribir en frances *chaik*, ó *schêk*, se escribe alternativamente *schek*[2], *schekh*, *schech*, *schiek*, segun que se saque del ingles, del aleman, ó del italiano, cuyas

[1] No ha habido ni un viagero, incluso el erudito Pococke, que con tanto tino esplicaba los libros, que haya podido prescindir de intérprete. Recientemente Vonhaven, profesor de arábigo en Dinamarca, no pudo entender ni siquiera el *salam alai kom* (los buenos dias), cuando llegó á Egipto; y su compañero el jóven Forskal, al cabo de un año, estaba mas adelantado que él.

[2] Para percibir estas diferencias en la lectura, se hace preciso deletrear.

combinaciones de *sh*, *sch*, *sc*, no son mas que nuestra *ché*. Los Polacos escribirian *szech*, y los Españoles, *chej*, esta diferencia de la final, *j*, *ch*, y *kh* proviene de que la letra árabe es la *jota* española, ó *ch* alemana[1], que no la tienen Ingleses, Franceses ni Italianos. Por la misma razon, los Ingleses escriben *Rooda* la isla que los Italianos escriben *Ruda* y que nosotros debemos pronunciar como los Arabes *Rouda*: igualmente Pocoke escribió *haramé* por *harâmi*, *ladron*; Niebuhr *dsjebel* por *djebel*, *montaña*, y finalménte Danville, que se servia mucho de obras inglesas, escribia *Shâm* por *Châm* (*Siria*); *wadi* por *ouâdi*, *valle*, y otros mil ejemplares.

Por estas causas, como ya llevo dicho, se ha introducido un desórden en la ortografía, que todo lo confunde; y si no se ocurre á este mal, resultará en cuanto á la moderna el mismo inconveniente de que nos quejamos en la antigua. Los Griegos y los Romanos con su ignorancia de las lenguas que llamaban *bárbaras*, y la manía de amoldar los sonidos á su antojo, nos han hecho perder las huellas de los nombres primitivos, y privádonos de un medio precioso de reconocer el estado antiguo por el actual.

Nuestra lengua, asi como la de ellos, adolece tambien de esta nimia delicadeza: á ninguna palabra se le da el pase en el idioma, si antes no se recorta y desfigura, pues nuestro oido desecha por bárbaro cualquier sonido que le sea estraño. No cabe duda que es

[1] No siempre se pronuncia como *jota* española la *ch* alemana; pero sí, despues de la *o* y de la *u*, como en *buch*, *libro*.

inútil introducir nuevos sonidos; pero seria muy conveniente acercarnos en todo lo posible á los que traducimos, y asignarles por equivalentes, los mas aproximados á los nuestros, añadiéndoles signos convenidos. Si cada pueblo hiciera otro tanto, la nomenclatura seria única, como sus modelos [1]: he aquí el primer paso para una operacion que de dia en dia se hace mas urgente y mas fácil de ejecutar; esto es, un alfabeto general que abrace todas las lenguas, ó á lo menos las de Europa. En el discurso de esta obra citaré lo menos que me sea posible palábras árabes; pero cuando me vea precisado á ello, nadie se maraville de que yo me aparte alguna vez de la ortografía del mayor número de viageros. Si hemos de juzgar por sus escritos, parece que ninguno ha comprendido bien los verdaderos elementos del alfabeto árabigo, ni conocido los principios que deben adoptarse en la traslacion de las palabras á nuestra escritura [2]. Pero volvamos al asunto.

La tercera raza de habitantes es la de los *Turcos*, que son los dueños del pais, ó á lo menos, llevan el título de tales. En su orígen el nombre *Turco* no era privativo de la nacion á que le aplicamos: comprendia en general á todos los pueblos derramados al oriente y aun al norte del mar Caspio, hasta mas allá del lago Aral,

[1] Cuando vuelvan los viageros franceses que actualmente estan dando la vuelta al mundo, se verá la confusion que producirá en sus narraciones la diversidad de las ortografías francesa é inglesa.

[2] El lector aficionado á este género de estudios puede consultar una obra, que he publicado para llenar el objeto que insinuo aquí, con el título de *Simplification des langues orientales*, in-8°. Paris, librería de Durand, calle *Serpente*.

en los vastos paises que han recibido de ellos la denominacion de *Tur-estân*[1]. Estos son los mismos pueblos de que han hablado los antiguos Griegos bajo los nombres de Partos, Masagetas y Escitas, á cuyas varias denominaciones hemos sustituido solamente la de *Tártaros*. Pastores y vagantes como los Arabes beduinos, se mostraron en todos tiempos guerreros feroces y temibles. Ni Ciro, ni Alejandro pudieron subyugarlos; pero los Arabes fueron mas afortunados. Cerca de ochenta años despues de Mahoma, entraron, por órden del califa *Uâled* I°, en los paises pertenecientes á los Turcos; y no contentos con hacerles conocer su religion y disciplina militar, les convirtieron presto en tributarios; pero habiéndose introducido la anarquía en el imperio, los gobernadores rebeldes se valieron de ellos para resistir á los *califas;* y de esta manera tomaron parte en todas las ocurrencias. No tardaron en adquirir un ascendiente muy notable, debido principalmente á su género de vida. Con efecto, siempre alojados en tiendas y sin soltar las armas de las manos, formaban un pueblo belicoso y una milicia aguerrida y diestra en todas las maniobras de los combates. Estaban divididos, como los Beduinos, en *tribus* ó *campos*, que llamaban en su lengua *ordu*, de donde hemos sacado la palabra *horda* para designar los pueblos errantes. Estas tribus, aliadas ó divididas entre sí por sus intereses respectivos, tenian de continuo guerras mas

[1] *Estân* es una voz persiana que significa *pais*, y se aplica como terminacion á los nombres nacionales; asi se dice *arab-estân*, *frank-estân*, etc.

ó menos generales : y he aquí al motivo porque vemos en su historia varios pueblos llamados igualmente *Turcos* acometerse, destruirse y espulsarse alternativamente. Para evitar equivocaciones, reservaremos el nombre de *Turcos* propios á los de Constantinopla, y llamaremos *Turcomanos* á sus predecesores.

No bien se habian introducido en el imperio árabe algunas hordas de Turcomanos cuando lograron imponer la ley á aquellos que los habian llamado en clase de aliados, ó de mercenarios. Asi lo esperimentaron muy especialmente los mismos califas. *Motazzan* [1], hermano y sucesor de *Almamun*, habiendo tomado para su guardia un cuerpo de *Turcomanos*, se vió precisado á salir de Bagdad, á causa de los desórdenes que cometieron. Posteriormente á Motazzan, llegaron á tal grado el poderío é insolencia de estos hombres, que se erigieron en árbitros del trono y de la vida de sus príncipes : asesinaron tres de ellos en menos de otros tantos años. Los califas, aunque á duras penas emancipados de tan ominoso pupilage, no por eso fueron mas cautos en lo sucesivo. Por los años de 935, habiendo *Radi-b'ellah* [2] depositado el mando en poder de un *Turcomano*, sus sucesores tornaron á las antiguas cadenas, quedando bajo la custodia de los *emirs-el-omara*, como meros simulacros de la autoridad. En medio de estos desórdenes, ocasionados por la anarquía, penetraron en el imperio multitud de *hordas turcomanas*, y fundaron varios estados independientes, mas ó menos tran-

[1] En 834 de la era cristiana.

[2] *Que se place en Dios*, es la significacion.

sitorios, en el *Kerman*, el *Korasan*, en *Iconium*, *Alepo*, *Damasco* y el *Egipto*.

Hasta entonces los Turcos actuales, distinguidos por el nombre de *Oguzianos*, se habian mantenido al oriente del Caspio y hácia el Djihun; pero á principios del siglo trece, como Djen-kiz-kan (Gengiscan) condujese todas las tribus de la Tartaria superior contra los príncipes de *Balk* y *Samarqand*; los Oguzianos no tuvieron por conveniente aguardar á los *Mogoles*. Partieron á las órdenes de su gefe *Soliman*, y llevando por delante sus rebaños, vinieron á acamparse (año de 1214) en el *Aderbedjân*, en número de 50,000 caballos. Allí fueron perseguidos y echados por los Mogoles mas al occidente en la Armenia: pero habiéndose ahogado Soliman (en 1220) por haber querido pasar el Eufrates á caballo, su hijo *Ertogrul* tomó el mando de las hordas, y se internó en las llanuras del Asia menor, á donde eran atraidos sus rebaños, por los pingües pastos en que abundan. La irreprensible conducta de este gefe le grangeó en aquellas regiones tal influjo y consideracion, que los demas príncipes se afanaban á porfía por conseguir su alianza. De este número fue el turcomano *Ala-el-din*, sultan de Iconium, el cual sintiéndose ya agobiado por los años, y hostigado por los Tártaros de *Djen-kiz-kan*, concedió terrenos á los Turcos de Ertogrul, y á él nombróle general de todas sus huestes. Ertogrul correspondió á la confianza del sultan: arrolló á los *Mogoles*, adquirió mas crédito y poder; y trasmitió estas prendas á su hijo *Osman*, quien recibió de otro *Ala-el-din*, sucesor del primero, el *Qofetân*,

el tambor y las colas de caballo, símbolos del mando entre los Tártaros. Plúgole á Osman que en lo adelante los *Turcos* á sus órdenes, á diferencia de los demas, llevasen su nombre, siendo llamados *osmanles*, de donde hemos formado, *otomanos*[1]. No pasó mucho tiempo sin que la nueva denominacion fuese formidable á los Griegos de Constantinopla, en cuyos territorios hizo Osman incursiones considerables con el fin de fundar, como lo efectuó, un imperio poderoso. Desde luego le dió el título de tal, tomando para sí (en 1300) la investidura de *soltan*, que significa *soberano absoluto.* Es bien notorio que los sucesores de este príncipe, herederos de su ambicion y de su actividad, continuaron engrandeciéndose con menoscabo de los Griegos; sábese asimismo, que despojándolos continuamente de muchas provincias en Europa y Asia, se vieron reducidos á los recintos de Constantinopla; y que en fin, Mahoma II, hijo de Amurato, tomó esta ciudad en 1453, y cortó de raiz ese renuevo del imperio romano. Entonces los Turcos, viéndose desembarazados de los negocios de Europa, llevaron su ambicion á las provincias meridionales. Bagdad sojuzgada por los Tártaros, habia mas de doscientos años que no era gobernada por los califas[2]; pero una nueva potencia formada en Persia, habia sucedido á una parte de sus dominios. En el Egipto se habia creado otra desde el siglo diez,

[1] La mutacion de *t* en *s* proviene de que la letra original es la *th* inglesa, que los estrangeros traducen ya como *t*, ya como *s*.

[2] En 1239, Holagu-kan, descendiente de Djenkiz, abolió el califato en la persona de *Mostázen*.

que subsistia entonces con el nombre de *Mamelucos*, y se habia apropiado la Siria y el Diarbekr. Los Turcos se propusieron despojar á sus competidores. *Bayazid*, hijo de Mahoma, ejecutó, aunque parcialmente, este proyecto contra el *sofí* de Persia, apoderándose de la Armenia; y Selim, su hijo, le llevó á pleno efecto contra los *Mamelucos*. En 1517, este sultan logró atraerlos engañosamente hácia Alepo, so pretesto de ausiliarles en la guerra de Persia, cuando de repente volvió las armas contra ellos, y les arrebató inmediatamente la Siria y el Egipto, persiguiéndolos hasta allí. Desde luego se introdujo en este pais la raza de los Turcos; pero se ha estendido muy poco en lo interior: apenas se encuentran individuos de esa nacion, sino en el Cairo, donde ejercen las artes y desempeñan los empleos de la religion y la milicia. Anteriormente ocupaban tambien todos los puestos del gobierno; mas de treinta años á esta parte, se ha efectuado insensiblemente una revolucion, que sin quitarles el título, les ha despojado de la realidad del poder.

Esta revolucion ha sido obra de la cuarta y última raza de que vamos á tratar. Sus individuos, nacidos todos en las faldas del monte Cáucaso, se distinguen de los demas habitantes por el color rubio de sus cabellos, desconocido en los naturales de Egipto. Estos son los mismos que encontraron nuestros cruzados en el siglo trece, y que llamaron *Mamelucos*, ó con mas propiedad, *Mamluks*. Despues de haber sufrido el yugo de los Otomanos por espacio de mas de dos centurias, hallaron al fin medios de recobrar su an-

tigua preponderancia. La historia de esta milicia, los motivos que la trajeron por primera vez á Egipto, el modo con que se ha perpetuado y restablecido, finalmente su forma de gobierno, son otros tantos fenómenos políticos tan peregrinos, que bien merecen consagrarse algunas páginas á su esposicion.

CAPITULO VII.

COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LOS MAMELUCOS.

Los Griegos de Constantinopla, envilecidos por un gobierno despótico y supersticioso, vieron en el lapso del siglo séptimo las provincias mas opulentas de su imperio hechas presa de un nuevo pueblo. Los Arabes, exaltados por el fanatismo de *Mahoma*, y todavía mas por el delirio que les inspiraban unos goces desconocidos hasta entonces, habian conquistado en menos de ochenta años todo el norte del Africa hasta las Canarias, y todo el mediodia del Asia hasta el Indo y los desiertos tártaros. Pero el libro del *profeta*, que enseñaba el método de las abluciones, de los ayunos y de los rezos, no se habia ocupado en la ciencia de las leyes, ni en inculcar aquellos principios naturales de moral que sirven de cimiento á los imperios y las sociedades. Los Arabes sabian vencer, pero no gober-

nar; por manera que el edificio informe de su poder no tardó nada en desplomarse. El vasto imperio de los *Califas*, que habia pasado del despotismo á la anarquía, se desmembró por todos lados. Los gobernadores temporales, desengañados ya de la santidad de su cabeza espiritual, se erigieron por todas partes en soberanos, creando estados independientes. El Egipto no fue de los últimos en seguir este ejemplo; pero hasta 969[1] no se plantificó allí una potencia reglada, cuyos príncipes, bajo el nombre de *califas fatmitos*, disputaron á los de Bagdad hasta el título de su dignidad. Entre tanto, estos últimos, privados de su autoridad por la milicia *turcomana*, no estaban en disposicion de reprimir las pretensiones y desmanes de sus rivales. Asi pues, los *califas de Egipto* quedaron pacíficos poseedores de tan rico pais, y en aptitud de elevarle al rango de una nacion respetable. Pero la historia entera de los Arabes comprueba que jamas conocieron *la ciencia del gobierno*. Los soberanos de Egipto, déspotas como los de Bagdad, y siguiendo sus huellas, marcharon velozmente al propio destino. Trabáronse en disputas de sectas: no contentos con esto, fundaron otras nuevas, y hasta persiguieron á muchos por grangearse prosélitos. Uno de ellos, nombrado *Hâkem-b'amr-ellâh*[2], llevó la estravagancia al punto de pretender que le reconociesen por Dios encarnado, y cometió la barbaridad de pegar fuego al Cairo por mero desenfado. Otros, instigados por un lujo incen-

[1] O 972, segun d'Herbelot.
[2] Es decir, *comandante por órden de Dios*.

sato, malbarataron los caudales públicos. El pueblo oprimido les cobró la mayor aversion; y los cortesanos, alentados por las flaquezas de sus amos, aspiraron á despojarlos. Tal fue el caso de Adhad-el-din, último vástago de esta raza. Con motivo de cierta invasion de los cruzados, de cuyas resultas le constituyeron tributario suyo, se alzó contra él uno de sus generales á quien habia depuesto amenazándole de arrancarle el mando, del cual se habia mostrado tan indigno en las últimas ocurrencias: sintiéndose Adhad incapaz de resistir por sí solo, y perdidas las esperanzas en su nacion, donde se habia dado á aborrecer, recurrió al estrangero. En vano la razon y la esperiencia de todos los siglos le dictaban que los estraños, una vez depositarios de su persona, no tardarian en convertirse en amos: esta primera indiscrecion le precipitó á otra mayor; pidió, pues, socorro á una casta de Turcomanos y de Curdos situados al norte de la Siria, é imploró la proteccion de *Nur-el-dîn*, soberano de Alepo, quien sin hacer tregua á sus devastaciones en el Egipto, se apresuró á enviarle un ejército. Con efecto, este cuerpo auxiliar libró á *Adhad* del tributo de los Francos y de las pretensiones de su general, pero el califa en realidad no logró mas que cambiar de enemigos, dejándole tan solo una sombra del poder; hasta que por fin *Selâh-el-dîn*, que tomó el mando de las tropas en 1171, le hizo sufocar á poco tiempo. Asi quedaron los Arabes de Egipto sujetos á estos estrangeros, cuyos príncipes comenzaron una nueva dinastía en la persona de *Selâh-el-dîn*.

Mientras que estos acontecimientos pasaban en Egipto, y mientras que los cruzados de Europa eran echados de Siria á causa de sus desórdenes; movimientos estraordinarios preparaban otras revoluciones en el Asia superior. Djen-kiz-kan, á la sazon gefe único de casi todas las hordas tártaras, solo aguardaba una coyuntura favorable para invadir los estados circunvecinos: un insulto inferido á ciertos mercaderes, que estaban bajo su proteccion, fue el motivo ostensible de su marcha contra el sultan de Balk y el oriente de Persia. Entonces, es decir, por los años de 1218, estas regiones fueron el teatro de una de las mas sangrientas calamidades de que haga mencion la historia de los conquistadores. Los Mogoles, la tea y el acero en la mano, saqueando, quemando y degollando sin distincion de edades ni sexos, redujeron todo el territorio comprendido entre el Sihum y el Tigris á un yermo espantoso cubierto de cenizas y esqueletos: y trasladándose velozmente al norte del Caspio, estendieron sus devastaciones hasta la Rusia y el Cuban. Las consecuencias de esta espedicion, acaecida en 1227, introdujeron á los *Mamelucos* en Egipto. Los Tártaros, saciados ya de sangre, trajeron consigo muchedumbre de jóvenes esclavos de ambos sexos; sus campos y los mercados de Asia estaban inundados de ellos. Los sucesores de *Selâh-el-din*, que á fuer de *Turcomanos*, mantenian correspondencias en el Caspio, vieron desde luego la oportunidad de proporcionarse á precio ínfimo una milicia, cuya gallardía y braveza les eran tan conocidas. Por los años de 1230, uno de los sucesores

de *Seláh* mandó comprar hasta el número de doce mil mancebos, que resultaron ser *Tcherkâssos*, (Circasianos,) *Mingrelianos* y *Abazanos*: hízolos adoctrinar en los ejercicios militares, y dentro de poco logró formar una legion de las mas bizarras y lucidas del Asia; pero no tardó en esperimentar que era tambien de las mas insubordinadas y levantiscas. Bien pronto estas milicias, á semejanza de las guardias pretorias, le imponian la ley á cada instante: pero llegó la audacia al colmo en tiempo de su sucesor, á quien osaron deponer. Por fin, en 1250, poco despues del desastre de S. Luis, estos soldados asesinaron al último príncipe *turcomano*, y le sustituyeron un gefe de los suyos con el título de *sultan*[1], guardando para sí el de *Mamlukos*, que significa *esclavo militar*[2].

Tal es esta milicia de esclavos que muchos siglos ha dispone en déspota de la suerte del Egipto. Desde luego los fines correspondieron á los medios. Sin mas contrato social entre sí que el interes del momento; sin otro derecho público con respecto á la nacion que el establecido por la conquista; los Mamelucos no han tenido por norma de conducta y gobierno otro sistema que la violencia de una soldadesca desenfrenada y grosera. El primer gefe que eligieron, aprovechándose de

[1] Los antiguos Franceses formaron de esta voz, las de *soldan* y *soudan*, segun la alteracion frecuente de *ol* en *ou*; como de *fol*, *fou*, loco; de *mol*, *mou*, blando.

[2] *Mamluk*, participio pasivo del verbo *malak*, *poseer*, y significa el *hombre poseido* en propiedad; que en buen castellano quiere decir *esclavo*; pero esta clase se distingue de los siervos domésticos, ó *negros*, que allí llaman *abd*.

ese espíritu turbulento para hacer la conquista de Siria, disfrutó un reinado de diez y siete años; pero en lo sucesivo ningun otro ha llegado á este término. El puñal, la cuerda, el veneno, el asesinato público y privado; he aquí los resortes que hán decidido la suerte de una serie de cuarenta y siete tiranos que se cuentan en el discurso de dos y media centurias. Finalmente, en 1517, Selim, sultan de los Otomanos, hizo prender y ahorcar á Tumân-bey, su último caudillo, quedando asi estinguida la dinastía[1].

Selim, conforme á los principios de la política turca, deberia haber esterminado todo el cuerpo de los Mamelucos; pero miras mas refinadas le hicieron por esta vez faltar á lo establecido. No podia ocultarse á su penetracion que poniendo un bajá en Egipto con la misma autoridad que en las otras provincias; la distancia de la capital seria un incentivo muy poderoso á la revolucion: para obviar este inconveniente, combinó un sistema de administracion, de tal modo que los poderes divididos en muchos cuerpos se contrapesasen

[1] La historia de este primer imperio de los Mamelucos, y en general la del Egipto desde la invasion de los Arabes, ha dejado hasta aquí un gran vacío en nuestros conocimientos. Sin embargo, existen en la biblioteca nacional dos manuscritos arábigos, capaces de satisfacer nuestra curiosidad en el particular. Este descubrimiento le debemos al ciudadano Venture, intérprete de lenguas orientales, quien acompaña hoy al general Bonaparte. Por nuestras relaciones de amistad y el aprecio que le merezco, me ha franqueado una traduccion casi concluida de dichos manuscritos. Es de desear que salgan á luz cuanto antes; mas como esto no ha de ser tan pronto, creo hacer un servicio á mis lectores y á la amistad, insertando una noticia de ellos á continuacion del artículo sobre el Egipto.

mutuamente, á fin de mantenerlos mejor bajo su dependencia: la porcion de Mamelucos que habian escapado de su primera matanza, le pareció muy adecuada al intento: estableció, pues, un *divân*, ó *consejo* de regencia, compuesto del bajá y los gefes de los siete cuerpos militares. Era de la incumbencia del bajá notificar á este consejo las órdenes de la *Puerta*, hacer pagar el tributo, velar sobre la seguridad pública, estando alerta contra los enemigos esteriores, y oponerse al engrandecimiento de los diversos partidos; por lo tocante á los miembros del consejo, tenian derecho de rechazar las órdenes del bajá, motivando la negativa; podian asimismo deponerle, en caso necesario, y en fin, estaban facultados para ratificar toda especie de reglamentos civiles ó políticos. Con respecto á los *Mamelucos*, se decretó que se elegirian de entre ellos los veinticuatro *beys*, ó gobernadores de las provincias: se confió á su cuidado el reprimir á los Arabes y vigilar sobre todo lo perteneciente á la recaudacion de los tributos y policía interior. Sin embargo, su autoridad era puramente pasiva, destinada á servir de instrumento de la voluntad del consejo. Uno de esos Mamelucos, residente en el Cairo, obtuvo el título de *jeque-el-beled* [1], que vale tanto como *gobernador de la ciudad*, pero en sentido meramente político, es decir, sin ningun poder militar.

El sultan impuso tambien sus tributos, una parte de

[1] *Jeque* significa propiamente *anciano*, *senior populi;* tiene en Oriente la misma acepcion que entre nosotros; y quiere decir *señor*, *comandante*.

los cuales se destinó al sueldo de veinte mil hombres de infantería, y doce mil de caballería, residentes en el pais: otra para surtir á la Meca y Medina de trigo, por carecer de él, y en fin el sobrante, para engrosar el *kazné, ó tesoro* de Constantinopla y sostener el lujo del *serrallo*. Por lo demas, no se contó con el pueblo que debia subvenir á estos gastos, sino como un agente pasivo, segun observa muy oportunamente Savary, quedando sometido cual antes á todo el rigor del despotismo militar.

Esta forma de gobierno no dejó de corresponder á las miras de Selim, puesto que duró dos siglos; pero habiendo desmayado la vigilancia de la Puerta de cincuenta años acá, se han introducido novedades, cuyos resultados han sido multiplicar á los *Mamelucos*, hacer ir á sus manos las riquezas y el crédito, y proporcionarles al cabo un ascendiente sobre los Otomanos, que casi ha neutralizado el poder de estos. Para formar idea cabal de semejante revolucion, es indispensable conocer por qué medios se han perpetuado y multiplicado los *Mamelucos* en Egipto.

Parecerá á primera vista que unos hombres, moradores tan antiguos del pais, se habrán reproducido por la via natural de la generacion; pero si el modo con que se establecieron fue una ocurrencia singular, no es menos peregrina su propagacion. Desde siglo y medio que existen *Mamelucos* en Egipto, ni la prole de *uno* siquiera ha llegado hasta nuestros dias; no hay tan solo una familia que alcance á la segunda generacion: todos los hijos se les malogran en la niñez ó en la

adolescencia. Los Otomanos casi se hallan en igual caso; pero es de observar que ellos procuran evitarlo casándose con las hijas del pais, que siempre han sido tan despreciadas de los *Mamelucos* [1]. Ahora pues, que se esplique porque unos individuos tan bien constituidos, casados con mugeres sanas, no pueden continuar procreando á orillas del Nilo una raza que tuvo el ser en las faldas del Cáucaso; y recuérdese por otro lado, que las plantas de Europa resisten igualmente perpetuar allí su especie. Acaso habrá quien dude de la existencia de estos dos fenómenos; pero no por eso son menos constantes, y aun segun aparece nada nuevos: efecti-

[1] Las mugeres de los *Mamelucos* son, asi como ellos, esclavas traidas de Georgia, de Mingrelia, etc. Mucho se dice de su belleza; y es preciso creerlo por la voz de la fama. Pero un europeo que no haya estado mas que en Turquía, no tiene derecho á certificarlo. Las tales mugeres son mas invisibles que las demas del pais; y sin duda á este misterio se debe la idea elevada que se forman de su hermosura. Yo tuve la oportunidad de informarme sobre el particular por una señora esposa de un negociante nuestro del Cairo, la cual tenia entrada franca en todos los *harem*, en razon del comercio que hacia de galones y telas. Esta señora, que tiene mas de un título para juzgar bien, me ha asegurado, que entre mil, ó mil y doscientas mugeres selectas que habia visto, no encontró diez que fuesen realmente hermosas: pero los Turcos no son tan delicados como nosotros en esto de belleza; con tal que una jóven sea blanca, ya es linda; pero en siendo gruesa, es encantadora. *Su rostro es como la luna llena, sus caderas son como almohadas*, asi esclaman ellos para espresar el superlativo de la beldad: diríase que la graduan á quintales. Tienen, por otra parte, un proverbio digno de la atencion del fisiólogo: *toma una blanca para los ojos; mas para el placer toma una Egipcia.* Efectivamente, la esperiencia les ha probado que las mugeres del norte son en realidad mas frias que las del mediodia.

vamente, los antiguos nos han trasmitido observaciones muy análogas: asi, cuando Hipócrates (*Libro de aëre, locis et aquis*) dice que entre los Escitas y Egipcios todos los individuos se asemejan, al paso que estas dos naciones no se parecen á ninguna; cuando agrega que en los paises de estos dos pueblos, el clima, las estaciones, los elementos y el terreno presentan cierta uniformidad peculiar ¿qué otra cosa es esto sino reconocer aquella especie de intolerancia de que hablo, de parte de la naturaleza? Si tales paises imprimen á todo lo que les pertenece un sello tan peculiar y privativo ¿no vemos aquí una razon suficiente para que repela todo lo estrangero? Parece que en tal caso no queda mas recurso de *connaturalizar* los animales y plantas, que el proporcionarse alguna afinidad con el clima, enlazándose con las especies indígenas; y los *Mamelucos*, como hemos dicho, se han resistido á ello. Asi que se han propagado y multiplicado por el mismo medio que se introdujeron, es decir, han sido reemplazados por esclavos traidos de su pais natal. Desde el tiempo de los Mogoles no ha cesado de hacerse este tráfico en las orillas del Cuban y del Faso[1], tráfico que á la manera que en el Africa, se mantiene allí, ya por las guerras que se hacen las numerosas tribus entre sí, ya por la miseria de los habitantes, que venden sus propios hijos para procu-

[1] Este pais fue en todas épocas un semillero de esclavos: de aquí se surtian los Griegos, los Romanos y el Asia antigua. Pero ¿no es singular leer por una parte en Herodoto que la Colchida (hoy la Georgia) recibia habitantes negros del Egipto, y ver por otra actualmente como aquella nacion se los devuelve tan diversos?

rarse el sustento. Estos esclavos de ambos sexos son primeramente trasportados á Constantinopla, de cuyo mercado se esparcen luego por todo el imperio, donde son comprados por los pudientes. Los Turcos una vez que se apoderaron del Egipto, hubieran debido sin duda prohibir tan peligrosa mercancía: por no haberlo hecho asi, sufren hoy reveses que contribuyen á desposeerlos del pais, y que han sido preparados de antemano por infinitos abusos. La Puerta desde mucho tiempo habia descuidado sobremanera los negocios de esta provincia: á trueque de reprimir á los bajaes habia soltado las riendas al divan, ampliándole las facultades; y de este modo los gefes de los *genizaros* y *azâbs* llegaron á ser omnipotentes. Ni aun los soldados convertidos en ciudadanos por los matrimonios que contrajeron, eran ya hechuras de Constantinopla. Una alteracion introducida en la disciplina, habia agravado estos desórdenes. A los principios, los siete cuerpos militares tenian fondos comunes, y si bien era rica la sociedad; como que los particulares no disponian de nada, tampoco podian emprender cosa alguna. Los gefes, á quienes quedaban las manos atadas por esta disposicion, intentaron abolirla; y lográronlo con su crédito é influjo, obteniendo permiso de poseer toda clase de bienes raices, ya fuesen tierras ya aldeas. Mas como dichas tierras y aldeas dependiesen de los gobernadores *mamelucos*, fue preciso guardarles algunas consideraciones para que no las gravasen. Desde entonces los *beys* adquirieron una influencia marcada sobre los militares, que hasta allí los habian despreciado; in-

fluencia que se acrecentó tanto más cuanto su administracion les procuraba inmensas riquezas: ellos las emplearon en grangearse amigos y devotos; adquirieron mayor número de esclavos, y despues de libertarlos, les promovian, valiéndose de su crédito, á los grados de la milicia y del gobierno. Estos protegidos, conservando hácia sus patronos un respeto consagrado por las costumbres orientales, les formaron facciones dispuestas á ejecutar todos sus antojos. Tal fue la marcha que siguió *Ibrahim,* uno de los *kiâyas*[1], ó *coroneles retirados* de los genízaros, quien, á fines de 1746, logró reunir en sí todos los poderes: habia multiplicado y promovido á sus libertos en términos, que de veinticuatro que eran los beys, ocho pertenecian á su *casa.* Asi se adquiria una preponderancia tanto mas segura, cuanto el bajá hacia que quedasen siempre puestos vacantes á fin de percibir los emolumentos; ganándose por otra parte con su prodigalidad á todos los oficiales y soldados de su cuerpo: en fin, su asociacion con *Rodoan,* el mas acreditado de los coroneles *azâbs,* puso el sello á su poderío. El bajá, gobernado por esta faccion, no fue en lo adelante mas que una mera fantasma, y las órdenes del sultan se desvanecian en presencia de las de Ibrahim. Despues de su muerte, ocurrida en 1757, su *casa*, es decir sus libertos, divididos entre sí, pero adunados contra los demas, continuaron en imponer la ley. *Rodoan,* que habia sucedido á su cólega, fue es-

[1] Los cuerpos militares de los *genizaros*, *azâbs*, etc., eran mandados por *kiâyas*, que despues de un año de servicio, renunciaban el empleo, y se les concedia el retiro con voto en el *divan.*

pulsado y asesinado de resultas de una intriga tramada por ciertos jóvenes beys, y entonces se siguieron diversos *comandantes* en muy corto espacio de tiempo. Finalmente, en 1766, *Alí-bey*, uno de los principales actores de las turbulencias que por tantos años fijaron la atencion de la Europa, adquirió una preponderancia decidida sobre sus competidores, y bajo el título de *emir-hadj*, y de *jeque-el-beled*, logró arrogarse por entero el poder. Como la historia de los *Mamelucos* está tan íntimamente enlazada con la suya, continuaremos la primera con la narracion de la postrera.

CAPITULO VIII.

RESUMEN DE LA HISTORIA DE ALI-BEY [1].

La época del nacimiento de Alí-bey está sujeta á la misma incertidumbre que la del mayor número de *Mamelucos*. Vendidos por sus padres en la mas tierna edad, ó robados por sus enemigos, estos niños no solo

[1] Habia ya mucho tiempo que estaba redactado este artículo, cuando Savary ha dado á luz otros dos tomos acerca del Egipto, en uno de los cuales inserta la vida de este mismo Alí-bey. Yo me esperaba encontrar en su narracion noticias capaces de verificar ó de enmendar las mias; ¡pero cuál ha sido mi sorpresa al ver que casi en nada se parecen las unas á las otras! Esta discrepancia me ha sido tanto mas desagradable cuanto ya varias veces hemos discordado; cosa que hará creer á algunos lectores que de adrede me propongo

se acuerdan muy poco de su patria y orígen, sino suelen poner empeño en ocultarlo. La opinion mas recibida tocante á Alí, es que nació entre los Abazanos, uno de los pueblos que habitan el Cáucaso, y

contradecir á este viagero. Pero fuera de que no conozco personalmente á Savary, protesto que semejantes parcialidades son muy agenas de mi carácter. ¿Por qué fatalidad sucede, que habiendo estado en el mismo pais, debiendo haber bebido en las mismas fuentes, sean no obstante tan encontrados nuestros relatos? Confieso ingenuamente que no alcanzo la razon: lo que si puedo asegurar es, que en seis meses de morada en el Cairo, he preguntado con la mayor prolijidad acerca de estas ocurrencias á aquellos negociantes nuestros y mercaderes cristianos, que por su larga residencia y acreditada sensatez, me parecieron mas fidedignos. Hallábales conformes en lo sustancial, y aun tuve la proporcion de oir confirmar sus noticias por un negociante veneciano (C. Rossetti) que fue uno de los consejeros mas íntimos de Alí-bey, y el promotor de sus conexiones con los Rusos y de sus proyectos sobre el comercio de la India. En Siria he conocido un sin número de testigos oculares de los acaecimientos comunes al jeque Dâher y á nuestro Alí-bey; y por aquí he podido juzgar del grado de creencia que merecian los informes obtenidos en Egipto. En el discurso de ocho meses que pasé entre los Druzos, supe por el obispo de Alepo, que lo era entonces de Acre, mil particulares, tanto mas irrecusables cuanto el prelado estaba informado nada menos que de boca del ministro de Dâher, Ibrahim-Sabbar, que frecuentaba mucho su casa. En Palestina viví con varios comandantes, asi cristianos como musulmanes, de las tropas de Dâher que pusieron el primer sitio á Jafa con Alí-bey, y sostuvieron el segundo contra Mohammad-bey. He visto el pais, oido los testigos y confrontado sus dichos; se me han comunicado ademas noticias históricas por el agente veneciano en Jafa, partícipe que fue de las tropelías producidas por tantas turbulencias. He ahí los materiales con que he tejido mi narrativa. No quiero decir con esto que no se encontrarán algunas *variantes*: ¿qué historia hay que no adolezca de ellas? ¿La batalla de Fontenoi no cuenta diez versiones diferentes? El historiador pues, no puede aspirar sino á obtener los resultados capitales

cuyos esclavos son los mas estimados [1]. Los traficantes en este ramo le trasportaron en uno de sus cargamentos anuales á la feria del Cairo, donde fue comprado por los hermanos Isaac y Yusef, aduaneros ju-

y admitir las probabilidades mas fundadas. Lo que ha pasado por mí en la presente ocasion me ha cerciorado de cuan dificultoso es apurar la verdad de los hechos históricos.

No se crea empero, que dejasen de llegar á mi noticia algunos de los relatos de Savary, á quien tampoco podemos tachar de inventor, pues su relacion es al pie de la letra la de una obra inglesa, publicada en 1783, con el título de « Compendio de la historia del alzamiento de Alí-bey » (*An account of the history of the revolt of Ali-bek*), en la que apenas se han consagrado cuarenta páginas al asunto, siendo casi todo el libro un hacinamiento de lugares comunes y de pormenores de costumbres y geografía. Yo me hallaba en el Cairo, á la sazon que las gacetas dieron cuenta de este impreso; y me acuerdo mucho que cuando nuestros negociantes oyeron hablar de una tal María, muger de Alí-bey, de cierto griego Dâud, padre de este comandante, de un reconocimiento como el de *Joseph* y otras especies de este jaez, se miraban atónitos unos á otros, y acabaron por *reir á carcajadas de los cuentos que se forjaban en Europa*. Asi pues, por mas que el factor ingles, residente en Egipto en 1771, apele á la autoridad del kiâya de Alí, y demas beys que dice haber consultado (*sin saber el árabe*), nunca será [illegible]e fiar su testimonio, pues no se le puede considerar bien instruido, faltándole un requisito tan esencial como el conocimiento del idioma. Crecen mis sospechas, al reparar que da principio á su historia por un error imperdonable, diciendo que [illegible] pais de *Abasa* es lo mismo que *Amasea*, sien[illegible] el Cáucaso, yendo hácia el Cuban, y la otra es [illegible] este artículo, tigua Capadocia, ó Natolia moderna.

[1] Los Turcos aprecian en primer lugar los esc[illegible]s Tchercassos, ó Circasianos; en 2° los Abazanos; en 3° los Mingrelianos; en 4° los Georgianos; en 5° los Rusos y Polacos; en 6° los Húngaros y Alemanes; en 7° los Negros; finalmente los últimos de todos son los Españoles, los Malteses y otros Francos, á quienes desprecian por borrachos, disolutos, levantiscos y haraganes.

díos, quienes se le regalaron á Ibrahim Kiaya: podia tener entonces de doce á catorce años, mas se ignora su edad á punto fijo; porque los orientales tanto cristianos como musulmanes no llevan registros de nacimientos. Allí, en casa de su nuevo patrono, ejercia las funciones propias de los Mamelucos, las que casi en todo son las mismas de los pages para con los príncipes. Recibió la educacion de estilo; es decir, enseñósele á manejar bien un caballo, á disparar la carabina y la pistola, lanzar el *djerid*, tirar el sable, y aun leer y escribir alguna cosa. Manifestó en todos estos ejercicios tal fuego y petulancia, que se atrajo el apodo turco de *djendâli*, es decir, *loco*. Mas no pasó mucho sin que los sobresaltos de la ambicion vinieran á moderar sus brios. A la edad de diez y ocho á veinte años, su amo le dejó *crecer la barba*, esto es, le *libertó*; pues entre Turcos solo las mugeres y esclavos presentan la cara limpia de bigotes y barbas; y de aquí nace aquella impresion desfavorable que les causa la vista de cualquier europeo. Al emanciparle, Ibrahim le dió muger, dotóle de hacienda y le promovió al grado de *kâchef* ó *gobernador de distrito*; por fin, le elevó á la clase de los co[illegible] Estos varios ascensos, junto con el que pusieron el p[illegible] que adquirió, despertaron la ambigundo contra [illegible] [illegible] Ali-bey. La muerte de su patrono, en 1757, abrió un vasto campo á sus proyectos. Mezclóse en todas las maquinaciones que se tramaron para promover, ó suplantar los comandantes: él fue quien arruinó á Rodoan Kiaya, cuya plaza fue llenada por los gefes de las facciones que alternativamente se enseño-

reaban del pais. El que ocupaba el puesto en 1762, era Abd-el-Rah-mân, poco fuerte por sí mismo, pero sostenido por muchas casas confederadas. Alí era entonces *jeque-el-beled;* aprovechóse de la ausencia de Abd-el-Rah-mân, que á la sazon conducia la caravana de la Meca, para hacerle desterrar; mas muy en breve le llegó á él su vez, y fue condenado á residir en Gaza. Esta ciudad, dependiente de un bajá turco, ni era el sitio mas delicioso, ni el mas seguro para que llevase en paciencia la proscripcion; en consecuencia fingió tomar aquel camino, y á los tres dias estaba de vuelta en el Saïd, donde se incorporó con sus partidarios. Una residencia de dos años en Djirdjé fue lo que le proporcionó aquel asiento y madurez que le faltaban; y desde entonces aparejaba ya los medios de conseguir y afianzar el poderío que tanto ambicionaba. Por último, en 1766, fue llamado al Cairo por aquellos amigos que se habia grangeado con el dinero, y se apareció de improviso en esa ciudad: en una sola noche mató cuatro beys enemigos, desterró otros tantos, y se encontró de esta manera gefe del partido mas numeroso. Hecho ya depositario de la autoridad, resolvió emplearla por todas vias para mas engrandecerse: su ambicion ya no se contentaba con el mero honor de comandante, ni de *qâiemmaqân.* La supremacía de Constantinopla ofendia demasiado su amor propio que á nada menos aspiraba que al título de *sultan de Egipto.* Todas sus providencias se encaminaron siempre á este fin; él echó del puesto al bajá, ente por cierto de mera fórmula; negó el tributo de estilo; y por fin, en 1768,

se propasó hasta á batir moneda con su cuño[1]. La Puerta no podia mirar sin indignacion estos descalabros tan repetidos á su autoridad; mas para estorbarlos habria sido preciso declarar la guerra, y las circunstancias no eran favorables para el caso. De un lado, el árabe Dâher, establecido en Acre, tenia en conflicto á toda la Siria; del otro, el divan de Constantinopla, absorvido en los negocios de Polonia y en las pretensiones de los Rusos, no podia distraer su atencion del norte. Tentóse el tan conocido remedio de los *capidjis*[2]; pero el veneno, ó el puñal se anticiparon siempre á contrarestar la cuerda que ellos preparaban. Alí-bey, aprovechándose de las circunstancias, daba de dia en dia mas vuelo á sus empresas y á sus triunfos. Habia muchos años que alguna parte del Saïd era ocupada por ciertos jeques árabes poco sumisos. Uno de ellos, nombrado *Hammân*, se estaba formando allí una potencia muy capaz de inquietar: el primer paso que dió Alí fue librarse de este cuidado: so color de que aquel jeque escondia un depósito que le confiara Ibrahim Kiâya, y que protegia á los rebeldes, destacó contra él, en 1769, un cuerpo de Mamelucos mandado por su favorito Mohammad-bey, el cual acabó en un solo dia con Hammân y todo su poder.

A fines de este mismo año se vió otra espedicion, cuyas consecuencias debian ser trascendentales hasta

[1] En su caida, sus piastras desmerecieron un veinte por ciento; porque se pretendia que estaban muy recargadas de liga. Pero un comerciante envió diez mil á Marsella, y rindieron un beneficio considerable despues de fundidas.

[2] *Porteros*, ó sea ejecutores de los *firmanes* del sultan. *Nota del trad.*

la misma Europa. Alí-bey armó buques en *Suez*, y cargándolos de Mamelucos, ordenó al bey *Hasan* fuese á ocupar á Djedda, puerto de la Meca; mientras que un cuerpo de caballería, bajo el mando de Mohammad-bey, marchó por tierra á la misma Meca, la cual fue tomada y saqueada sin disparar un tiro. Su objeto era establecer en Djedda el depósito universal del comercio con la India; y este proyecto, sugerido por un jóven negociante veneciano [1], confidente suyo, debia hacer abandonar la travesía por el cabo de Buena-Esperanza, y sustituirle el antiguo derrotero del Mediterráneo y el mar Rojo. Pero, sin hablar del mal resultado que terminó esta empresa [2], los hechos han probado luego, que se procedió precipitadamente, y que antes de introducir el oro en un pais, se debe tratar de darle leyes.

Entre tanto Alí-bey, vencedor de un jeque del Said, y del jerife de la Meca, se contempló nacido para dominar el mundo entero. Imbuíanle sus cortesanos en que era tan poderoso como el sultan de Constantinopla, y creyólo tan de veras como ellos mismos. A haber reflexionado un instante, se habria convencido que el Egipto, comparado con el resto del imperio, es un estado sumamente pequeño, y que siete ú ocho mil caballos que mandaba, no podian entrar en parangon con cien mil genizaros, que tiene el sultan á su disposicion;

[1] C. Rosseti; segun este plan, su hermano Baltasar Roseti debia ser administrador de la aduana de Djedda.

[2] Poco despues, los habitántes de la Meca echaron á los Mamelucos del puerto y de la ciudad, y restablecieron el jerife que habia sido depuesto.

pero los Mamelucos nada saben de geografía; y Alí, que veia el Egipto de cerca, le tenia por mas estenso que toda la Turquía, que le quedaba mas distante. Resolvió, pues, comenzar la carrera de sus conquistas. Estándole á mano la Siria, naturalmente debia ser el primer teatro de sus empresas, y tanto mas cuanto la situacion de las cosas coadyuvaba eficazmente á sus proyectos. La guerra de los Rusos, declarada en 1763, ocupaba todas las fuerzas de los Turcos en el norte; el jeque Dâher insurreccionado á la sazon, era un aliado prepotente y fiel; últimamente las exacciones del bajá de Damasco, indisponiendo los ánimos, ofrecian la mas hermosa coyuntura de invadir su distrito y merecer el timbre de libertador de los pueblos. Alí, bien penetrado de este conjunto de circunstancias, no tardó en ponerse en movimiento mas que el tiempo indispensable á hacer los aprestos debidos. Tomadas ya todas las medidas, publicó, en diciembre de 1770, un manifiesto contra *Osman*, bajá de Damasco, y envió quinientos Mamelucos á ocupar á Gaza con el fin de asegurarse la entrada de Palestina. No bien hubo sabido Osman la noticia de la proyectada invasion, acudió á impedirla sobre la marcha. Los Mamelucos, amedrentados por su diligencia y el número de tropas, estaban ya, las riendas en la mano, prontos á huir á la menor señal; pero Dâher, el hombre mas activo que se ha conocido en Siria largo tiempo hace, vino volando desde Acre á sacarles del aprieto. Osman, acampado cerca de Jafa, tomó la fuga sin entrar en accion. Dâher entonces ocupa inmediatamente á Jafa, Ramlé y toda la

Palestina, quedando asi libre el camino á la hueste numerosa que se esperaba.

Llegó á fines de febrero de 1771: las gacetas de aquel tiempo atribuyéndole sesenta mil hombres, hicieron creer en Europa que era un ejército como los de Rusia y Alemania; pero los Turcos, y especialmente los asiáticos, todavía difieren mas de los europeos en cuanto al estado militar que en los estilos y costumbres. Nadie se persuada que sesenta mil hombres de los suyos sean ni con mucho sesenta mil soldados de los nuestros: no hay de ello prueba mas palpable que el ejército de que se trata. En realidad podia muy bien llegar á cuarenta mil combatientes, que debemos clasificar en el órden siguiente: cinco mil Mamelucos, todos á caballo, y he ahí en lo que estribaba el nervio del ejército; cerca de quince mil berberiscos de á pie, sin mas infantería; porque los Turcos ignoran lo que vale, y entre ellos el hombre á caballo es cuanto puede desearse para el combate. Ademas, cada Mameluco llevaba de séquito dos criados á pie, armados con palos; de donde resultan diez mil criados: despues, un esceso de domésticos y *serradjs, ó sirvientes* de á caballo para los beys y *cachêfs*, que se computan en dos mil, y últimamente el resto se componia de una caterva de vivanderos y mozos de campaña: ved ahí ese decantado ejército tal cual me le han pintado personas que le vieron y siguieron. Era mandado por Mohammad, el valido de Alí-bey, por sobrenombre *Abudâhâd*, ó *padre del oro*, en razon de la esplendidez de su tienda y lo suntuoso de su arnés. Por lo respectivo á órden y

disciplina, son especies que ni aun deben mencionarse, hablando de Turcos. Sus ejércitos, como tambien los de los Mamelucos, no son sino un tropel confuso de ginetes sin uniforme, en caballos de todos tamaños y colores, marchando sin guardar filas ni cuadros. Semejante cuadrilla se dirigió hácia Acre, dejando por do quiera que pasó, los rastros de su indisciplina y rapacidad: allí se juntó con las tropas del jeque Dâher, consistentes en mil quinientos *Safadianos*[1] á caballo mandados por su hijo *Alí*, mil doscientos *Motualis* de la misma arma, á cuya cabeza estaba el jeque Nasif, y mil berberiscos de infantería sobre poco mas ó menos. Una vez efectuada la reunion y concertados sus planes, marcharon para Damasco en el mes de abril. Osman, á quien se le dejara sobrado tiempo de prepararse, habia juntado por su parte un ejército tan numeroso y tan mal ordenado como el de su antagonista. Los bajaes de Saida[2], Trípoli y Alepo incorporados con él, aguardaban juntos al enemigo en las mismas murallas de Damasco. El lector no debe imaginarse que allí hubiera movimientos combinados, como los hay entre nosotros hace mas de un siglo, y que han elevado la guerra á una ciencia de cálculo y reflexion. Los Asiáticos ignoran hasta los primeros elementos de este arte. Sus ejércitos vienen á ser una *batahola*; sus marchas, puro pillage; sus campañas,

[1] La gente de Dâher llevaba este nombre; porque la residencia primitiva de su gobierno fue en *Safad*, villa de Galilea.

[2] Esta ciudad es la que ha sucedido á la antigua *Sidon*.

meras incursiones; sus batallas, sangrientas refriegas: el mas fuerte, ó el mas arrojado sale en pos de su contrario, quien muchas veces huye sin batirse; mas si espera á pie firme entonces le aborda, y se embisten simultáneamente, disparan las carabinas, rómpense las lanzas, se tajan á sablazos; casi nunca hay artillería; y aun habiéndola, de muy poco sirve. El terror se esparce á veces sin motivo: huye uno de los partidos y el otro le persigue gritando *victoria!* El vencido sufre la ley del vencedor, y regularmente el campo finaliza con la batalla.

Asi fue en parte lo que acaeció en Siria en 1771. El ejército de Alí-bey y Dâher marchó contra Damasco. Aguardáronle los bajaes; acercóse aquel, y el 6 de junio llegaron á un resultado decisivo: Mamelucos y Safadianos cayeron con tanto furor sobre los Turcos, que estos, espantados de la carnicería, huyeron precipitadamente; los bajaes no fueron los últimos á ponerse en salvo; dueños los aliados del terreno, se apoderaron sin esfuerzo de la ciudad, que no estaba defendida ni por soldados ni por murallas. Tan solo el castillo hizo alguna resistencia. En sus muros arruinados no se veia un cañon, y mucho menos artilleros; pero habia un foso pantanoso, y detras de las ruinas algunos fusileros; lo que bastó para contener todo aquel ejército de caballería: sin embargo, como los sitiados estaban vencidos en la opinion, capitularon al tercer dia; y debiendo en consecuencia entregarse la plaza al siguiente, sobrevino, al rayar el alba, una de las mas estrañas revoluciones. En el momento en que se aguar-

daba la señal de rendicion, Mohammad grita súbitamente á retirada, é incontinenti todos sus soldados se vuelven presurosos hácia Egipto. En vano acudieron Alí-Dâher y Nasif sorprendidos á informarse del motivo de tan inesperado retorno: el Mameluco no responde á sus instancias mas que con amenazas altaneras, y todos decamparon en confusion: no tenia aquello visos de retirada, sino de verdadera fuga : corrian como si el enemigo les fuese aguijoneando las espaldas : el camino de Damasco al Cairo se plagó de infantes y caballos estraviados, de pertrechos y bagages abandonados. Por el momento se atribuyó esta peregrina aventura á un falso rumor de la muerte de Alí-bey; pero la legítima causa del enigma fue una conferencia secreta celebrada por la noche en la tienda de Mohámmad-bey. Habiendo visto Osman que nada habia logrado con la fuerza, empleó la seduccion; y so color de tratar de pacificacion, halló modo de introducir en la tienda del general egipcio un agente sutil, que tentase sembrar la sublevacion y la discordia. Insinuó á Mohammad, que el papel que hacia era muy indecoroso á su honor y poco conveniente á su seguridad; que se engañaba de medio á medio, si creia que el sultan dejase impunes los atrevimientos de Alí-bey; que era sacrilegio violar una ciudad santa como Damasco, una de las dos puertas de la *Kiâbé*[1]; que se maravillaba que antepusiese el favor del sultan el de un esclavo suyo, y que colocase otro señor entre él y

[1] En razon de la romería; pues las dos grandes caravanas salen del Cairo y de Damasco.

su soberano: que por otra parte, se sabia que este nuevo dueño, esponiéndole diariamente á nuevos peligros, le sacrificaria á su ambicion y á la envidia de su kiâya, el copto *Rezq*. Estas razones, y con especialidad las dos últimas, que giraban sobre datos bien notorios, penetraron vivamente á Mohammad y á sus beys: al punto deliberaron, jurando por el *sable* y el *Qôran*, partir sin dilacion para el Cairo. He ahí las causas que motivaron aquel decampamento tan repentino, abandonando la conquista, y huyendo con tal precipitacion, que en el Cairo no corrió la voz de la venida de Mohammad hasta seis horas antes de llegar. Alí-bey, atónito cuanto enfurecido del suceso, bien quisiera castigar al instante á su general; pero Mohammad se presentó tan bien acompañado, que no hubo medio de atentar contra su persona: fue forzoso disimular: á lo que se sometió Alí con tanta menos violencia, cuanto debia su fortuna mas bien al arte de encubrir, que á la valentía en el obrar.

Alí-bey, aunque privado tan de improviso de los frutos de una guerra dispendiosa, no renunció por eso á sus proyectos. Continuó enviando socorros á su aliado Dâher, y alistó otro ejército para el año de 1772; pero la fortuna, cansada de hacer en su obsequio mas de lo que sus talentos merecian, cesó por fin de dispensarle sus favores. El primer descalabro que sufrió fue la pérdida de porcion de *cayasas*, ó balandras, cargadas de arroz para Dâher, las cuales fueron apresadas por un corsario ruso á la vista de Damieta. Pero contratiempo mucho mas funesto fue la evasion de

Mohammad. Alí-bey no podia olvidar lo acontecido en Damasco; sin embargo, luchando en su pecho el resentimiento con aquel resto de cariño que conservamos por nuestros favorecidos, no se resolvia á tomar un partido violento; cuando de golpe una espresion que se deslizó al negociante veneciano, su confidente, que le trataba con suma familiaridad, acabó de determinarle á la venganza. « ?Acaso los sultanes de los Francos, *decia en cierta ocasion Alí á aquel europeo, por quien lo he sabido,* tienen hijos tan ricos como mi Mohammad? — No señor, respondió el cortesano; ya se guardarian bien; porque, como ellos dicen, los hijos muy grandes anhelan demasiado por heredar á los padres. » Estas palabras penetraron cual dardo en el corazon de Alí-bey. Desde este momento no vió en Mohammad mas que un rival peligroso, y asi decretó su ruina. Para efectuarla sin riesgos, mandó desde luego órden especial á cada puerta del Cairo, que no dejasen salir á ningun Mameluco de tarde ni de noche; intimando despues á Mohammad, que sobre la marcha fuese desterrado al Saïd: creia Alí que con semejante contraórden, seria detenido Mohammad en las puertas, y que apoderándose las guardias de su persona, darian con él al traste. Pero el evento malogró tan vagas y tímidas medidas. Quiso la suerte, que equivocadamente se creyera que Mohammad estaba encargado de órdenes particulares de Alí; asi que le dejaron pasar con todo su séquito, y en este instante quedó frustrado el plan. Alí-bey, instruido del error, ordenó le persiguiesen; pero Mohammad presentaba un aspecto tan amenazador, que los de Alí no

fueron osados á embestirle: en esto se retiró al Saïd, rebosando de cólera y anheloso por desfogarla. Pero allí le aguardaba otro peligro. Ayub-bey, teniente de Alí, fingiendo tomar parte en los sentimientos del desterrado, le acogió con las mas vivas demostraciones y juró por el sable y el *Qôran* que abrazaria su causa. A poco tiempo se interceptaron cartas del teniente á Alí, en que le prometia regalarle muy luego con la cabeza de su enemigo: averiguada la trama por Mohammad, hizo prender al traidor; y despues de haberle cortado las manos y la lengua, le mandó al Cairo á recibir el galardon de su patrono.

Entre tanto los Mamelucos, zelosos de la fortuna de Alí-bey, y cansados de sufrir sus arrogancias, desertaron en pandillas al campo de su rival. Los Arabes de *Hamman*, incitados por el resentimiento y halagados por la esperanza del botin, se juntaron con ellos. Al cabo de cuarenta dias, se vió Mohammad bien reforzado para bajar del Saïd, y venir á acampar á cuatro leguas del Cairo. Alí-bey, en estremo turbado con esta vecindad, titubeaba sobre el partido que debia tomar, y al fin abrazó el peor de todos. Temiendo que le hiciesen traicion, si marchaba en persona, mandó avanzar un cuerpo de tropas bajo el mando de Ismael-bey, de quien tenia motivo para sospechar, quedándose él acampado con los de su *casa* en las puertas del Cairo. Ismael, que habia tenido parte en el negocio de Damasco, no bien estuvo en presencia del enemigo, se pasó á sus filas; sus tropas desconcertadas se replegaron huyendo hácia el Cairo: mientras que estas se

juntaban al cuerpo de reserva, los Arabes y Mamelucos que las perseguian, las acometieron con tal brio, que quedaron enteramente derrotadas. Alí-bey, desalentándose á lo sumo, no trató sino de salvar su persona y sus tesoros: entró mas que de prisa en el Cairo, saqueando apresuradamente su propio palacio, y fugó para Gaza acompañado de ochocientos Mamelucos, los cuales siguieron la suerte de su caudillo: todo lo que ahora deseaba era llegar á Acre por verse con su aliado; pero los habitantes de Nablus y de Jafa le cerraron el paso. Fue necesario que el mismo Dâher viniese á remover los estorbos. El Arabe le acogió con aquella sencillez y franqueza que han constituido en todos tiempos el carácter de su nacion, y le llevó consigo á Acre. Saida pedia entonces socorro por hallarse sitiada por las tropas de Osman y por los Druzos; él fue á llevárselo, y Alí le acompañó. Ambos ejércitos reunidos formaban unos siete mil hombres de caballería: luego que estos se acercaron, levantaron los Turcos el sitio, retirándose una legua al norte de la ciudad sobre el rio Aula. Aquí fue (en julio de 1772) donde se libró la batalla mas notable y metódica de toda esta guerra. El ejército turco tres veces mas fuerte que el de los aliados, fue batido completamente. Los siete bajaes que le mandaban fugaron, y Saida quedó por Dâher y su gobernador *Degnizlé*. De regreso á Acre, fueron Dâher y Alí-bey á castigar á los habitantes de Jafa, que se habian sublevado por guardar para sí un depósito de pertrechos y vestuario, que allí dejara una pequeña flota de Alí, antes de ser este lanzado del Cairo.

La ciudad, ocupada por un jeque de Nablus, les cerró las puertas; asi que fue forzoso asediarla. Esta espedicion que principió en julio, no terminó hasta ocho meses despues, y eso que Jafa no tenia por recinto mas que una pared de jardin sin foso; pero en Siria y Egipto estan aun mas bisoños en el arte de la guerra de sitio que en la de campaña: al cabo los sitiados capitularon en febrero de 1773. Libre Alí, ya no pensaba en otra cosa mas que en retornar al Cairo: Dâher le ofrecia socorros; los Rusos, con quienes habia contraido alianza cuando el negocio del corsario, prometian igualmente ayudarle; solo faltaba el tiempo necesario para reunir estos medios ahora dispersos; y entretanto Alí se impacientaba sobremanera. Las promesas de *Rezq*, su oráculo y su kiâya, daban nuevo pábulo á su petulancia: este Copto no cesaba de inculcarle que era llegada la hora de su vuelta, que los astros ya presentaban los signos mas halagüeños; que la pérdida de Mohammad estaba presagiada del modo mas cierto. Alí, que como todos los Turcos creia firmemente en la astrología, y se fiaba ciegamente de Rezq, por las muchas veces que se habian cumplido sus predicciones, no podia soportar mas demoras. Las noticias del Cairo acabaron de hacerle perder la paciencia. En los primeros dias de abril recibió cartas firmadas de sus amigos, en que le manifestaban estar ya aburridos de su ingrato esclavo, y que solo esperaban su presencia para echarle del puesto. En el acto resolvió su partida, y sin aguardar por los Rusos, se puso en camino con sus Mamelucos y mil quinientos Safadianos mandados por *Osman*, hijo

de Dâher. Pero no sabia Alí que las cartas eran un ardid de su rival, quien las habia arrancado por fuerza para hacerle caer en el lazo. Efectivamente, despues de haberse internado Alí en el desierto que divide á Gaza del Egipto, encontró cerca de *Saléhié* un cuerpo de mil Mamelucos escogidos que le esperaban. Este cuerpo era mandado por el jóven bey *Murad*, que estaba enamorado perdido de la muger de Alí-bey, y le habia sido prometida por Mohammad, con tal que entregase la cabeza de aquel ilustre desgraciado. Apenas hubo Murad columbrado la polvareda que anunciaba desde lejos á los enemigos, cayendo sobre ellos con su tropa, los arrolló completamente; y para remate de fortuna, encontrando con Alí en la refriega, le acometió, hirióle en la frente de un sablazo, hízole prisionero y le condujo á Mohammad. Este, que se hallaba situado dos leguas mas atras, recibió á su antiguo señor, con aquel respeto exagerado tan corriente entre *Turcos*, y aquella sensibilidad estremada que sabe fingir la perfidia. Alojóle en una magnífica tienda, previno que se le tratase con las mayores atenciones, y se apellidaba mil veces *su esclavo, besando el polvo de sus plantas;* pero al tercer dia terminó esta farsa, con la muerte de Alí-bey, atribuida por unos á las resultas de la herida, y por otros á las del veneno; ambos casos tan igualmente verosímiles, que no es posible decidirse por ninguno.

Tal fue el término de la carrera de un hombre, que por algun tiempo habia fijado la atencion de la Europa, y dado á muchos políticos barruntos de una gran revolucion. No puede negarse que Alí fue un

personage estraordinario; pero formariamos una idea harto elevada de su carácter, si le pusiesemos en parangon con los hombres superiores: lo que de él cuentan testigos fidedignos, convence, que si bien poseyó el gérmen de unas prendas relevantes, con todo, la falta de cultura no les dejó cobrar aquel desarrollo y realce en que estan vinculadas las grandes virtudes. No hagamos mérito de su credulidad en la astrología, que mas de una vez determinó las acciones de su vida, con menosprecio de los motivos mas fundados. Pasémosle tambien por sus traiciones, sus perjurios y aun el asesinato de sus bienhechores [1], medios de que se valió para adquirir ó mantener su poder. No cabe duda que la moral de una sociedad anárquica es menos rígida que la de una sociedad pacífica: pero aun juzgando á los ambiciosos por sus mismos principios, se echará de ver que Alí-bey, ó no acertó á trazar un plan de engrandecimiento, ó mal supo seguir el que se propusiera; asi que él mismo se labró su perdicion. Con sobrado fundamento podemos motejarle tres faltas capitales: primera, aquella pasion insaciable de conquistas, que agotó infructuosamente sus rentas y sus fuerzas, y le hizo descuidar en la administracion interior de su propio pais; segunda, aquel reposo á que se entregó tan precozmente, en términos de no hacer ya nada por sí, quedando todo al arbitrio de sus tenientes: lo que rebajó en sumo grado el respeto que le profesaban los Mamelucos, y alentó los ánimos á la

[1] Tal fue él de *Sâlêh-bey*.

rebelion; tercera, en fin, las riquezas exhorbitantes que aglomeró en cabeza de su valido, y que procuraron á este el crédito de que abusó. Aun suponiendo á Mohammad virtuoso ? no debia temer Alí la seduccion de los aduladores, que en todos los paises del mundo hacen el cortejo á la opulencia ? Pero no obstante estos desaciertos, es forzoso admirar en Alí-bey una cualidad que le distingue de la turba de tiranos que han gobernado el Egipto: si los vicios de una mala educacion le impidieron descubrir la senda de la verdadera gloria, á lo menos, anheló por ella constantemente; y este deseo jamas se albergó en almas vulgares. No le faltó para alcanzarla sino ser guiado por espertos conductores, y entre los mandones, pocos hay acreedores á este elogio.

No puedo pasar en silencio una observacion que he oido hacer en el Cairo. Nuestros negociantes europeos, testigos del reinado de Alí-bey y de su caida, despues de encarecer la bondad de su administracion, su celo por la justicia y su benevolencia hácia los Francos, añaden con sorpresa que el pueblo no sintió su muerte. De aquí toman pretesto para repetir aquellos cargos de inconstancia é ingratitud con que se acostumbra tachar al pueblo; pero si examinamos debidamente todas las circunstancias, el caso no será tan estraño como aparece. En Egipto, lo mismo que en todos paises, los juicios del pueblo son dictados por el interes de su subsistencia; es decir, segun que sus gobernantes se la faciliten ó dificulten, les amará ó aborrecerá, les colmará de elogios ó de maldiciones: modo de juzgar que no puede culparse de precipitado ni de injusto.

En vano aturdirán al pueblo con que el honor del imperio, la gloria de la nacion, el fomento del comercio y el adelantamiento de las bellas artes exigen tal ó cual operacion : la necesidad de vivir es primero que todo; y cuando la muchedumbre carece de pan, le resta por lo menos el derecho de rehusar su reconocimiento y su admiracion. ¿ De qué le servia al pueblo egipcio que Alí-bey conquistase el Saïd, la Meca y la Siria, si estas conquistas no mejoraban su suerte? Y efectivamente empeoró ; pues los gastos ocasionados por las tales guerras agraváron las ya pesadas contribuciones : solo la espedicion á la Meca se absorvió la suma de cuatro millones y doscientos mil pesos fuertes. Las salidas de trigo, causadas por el consumo de los ejércitos, junto con el monopolio de algunos negociantes que gozaban de favor, causaron una carestía que asoló el pais en el bienio de 1770 y 1771. Ahora bien , ¿ cuándo los vecinos del Cairo y los pobres campesinos se caian muertos de hambre, les asistian ó no motivos de murmurar contra Alí-bey ? ¿ tenian ó no razon en condenar el comercio de la India, cuando todos sus proventos debian concentrarse en unas pocas manos ? Cuando Alí-bey malgastaba cuarenta y cinco mil duros en solo la empuñadura de un *kandjar* [1], por mas que los joyeros ponderasen su magnificencia ¿ no era lícito al pueblo renegar de semejante despilfarro? ¿ Esta largueza, canonizada por sus cortesanos con el epíteto de virtud, el pueblo, á cuya costa se ejercia, no estaba autorizado á llamarla vicio ? ¿ por ventura era mérito en este hom-

[1] Puñal que se porta á la cinta.

bre prodigar el oro que nada le costaba? ¿qué género de justicia era satisfacer á espensas del público sus afectos ó sus obligaciones particulares, como lo hizo con su panetero[1]? No se puede negar: la mayor parte de las acciones de Alí-bey ofrecen mas que principios de justicia y de humanidad, motivos de una ambicion y vanidad personal. El Egipto no era á sus ojos sino un patrimonio, y el pueblo un rebaño, de los cuales podia disponer á su antojo ¿y nos sorprenderemos luego de que los hombres, á quienes trató en dueño imperioso, le hayan juzgado al fin como mercenarios descontentos?

CAPITULO IX.

BREVE SUMARIO DE LO OCURRIDO DESDE LA MUERTE DE ALI-BEY HASTA 1785.

Despues de la muerte de Alí-bey, en nada ha mejo-

[1] Partiendo Alí-bey á uno de sus destierros (porque fue desterrado tres veces) se habia acampado cerca del Cairo, y se le concedió la moratoria de veinticuatro horas para pagar sus deudas; en estas circunstancias llegó por allí un genízaro nombrado Hasan, á quien debia quinientos zequíes (setecientos cincuenta duros); creyendo Alí que vendria por su dinero, trató desde luego de disculparse: mas sacando Hasan otros quinientos, le interrumpió diciéndole: tú estás en el infortunio: toma otros tantos. Alí, confundido de tal generosidad, juró por la cabeza del profeta, que si volvia á mejor fortuna, le pagaria con un beneficio sin ejemplo. En efecto, á su regreso le creó su proveedor general de víveres; y aunque no ignorase las exacciones escandalosas de Hasan, jamas trató de reprimirlas.

rado la suerte de los Egipcios ; sus sucesores ni siquiera han imitado lo que habia de laudable en su conducta. *Mohammad-bey*, que llena su puesto desde abril de 1773, no ha manifestado, en dos años de gobierno, mas que los furores de un bandido y las maldades de un traidor. Desde luego, á fin de dar cierto colorido á su ingratitud para con su patrono, aparentaba haber sido únicamente vengador de los derechos del sultan, y ministro de su voluntad ; en consecuencia, habia enviado á Constantinopla el tributo atrasado de seis años, y renovado el juramento de una obediencia ilimitada. Tambien refrendó sus protestas de sumision en la muerte de Alí-bey ; y so color de manisfestar su celo por el sultan, pidió permiso para hacer la guerra al árabe *Dâher*. La Puerta, que habria solicitado este paso como un favor, se tuvo por feliz en otorgarle como una gracia ; y en muestra de ello le confirió ademas el título de bajá del Cairo : asi que Mohammad ya no se ocupaba sino en su espedicion. Acaso preguntará el lector, ¿ qué interes político podia tener un gobernador de Egipto en destruir al árabe *Dâher*, rebelde en Siria ? Pero aquí era desatendida la política, lo mismo que en casi todas ocasiones. Los móviles de esta espedicion eran ojerizas particulares, y entre otras un resentimiento personal de Mohammad-bey. No podia este borrar de su memoria una carta sangrienta que Dâher le escribiera, cuando la revolucion de Damasco, ni tantas providencias hostiles como el jeque habia tomado contra él y en obsequio de Alí-bey. Vino por otra parte, la codicia á inflamar el encono. El ministro de Dâher,

Ibrahim Sâbbâr[1], pasaba por hombre de inmensos tesoros, y el Egipcio buscaba en la perdicion de Dâher la doble ventaja de enriquecerse y de vengarse. Asi pues, no vaciló un momento en acometer esta guerra, haciendo sus preparativos con toda la actividad que inspira el rencor: proveyóse al intento de un tren estraordinario de artillería; mandó venir artilleros estrangeros, cuya direccion confió al ingles Robinson, é hizo trasportar desde Suez un cañon de diez y seis pies de longitud, que de tiempo inmemorial estaba inservible. Por fin, en febrero de 1776, se presentó en Palestina con un ejército igual al que habia conducido á Damasco. Al acercarse, la gente de Dâher que ocupaba á *Gaza*, perdiendo la esperanza de sostenerse, tomó la retirada; con este motivo se apoderó de la plaza, y sin detenerse un instante, marchó contra Jafa. Esta ciudad, que tenia guarnicion, y cuyos moradores estaban habituados á la guerra, se mostró menos dócil que Gaza; y entonces fue preciso sitiarla. La historia de este asedio será un monumento curioso de la ignorancia de aquellas gentes en el arte militar; á fin de formar de él una idea suficiente, espondremos lo mas esencial.

Jafa, antigua *Ioppé*, está situada en una ribera poco elevada sobre el nivel del mar. Solo el local de la ciudad es una colina en forma de pilon de azúcar, con cerca de ciento treinta pies de altura perpendicular. Las ca-

[1] La *r* de *Sâbbâr* se pronuncia de aquel modo defectuoso tan comun entre los Franceses y conocido bajo el nombre de *grasseyement*; asi pronunciada la palabra equivale á *tintorero*; con sonido de *erre*, significaria *sondeador*.

sas esparcidas por la cuesta ofrecen la perspectiva pintoresca de unas gradas de anfiteatro; en la cumbre hay una pequeña ciudadela que todo lo domina : la falda está cercada de un muro desparapetado, alto de doce á catorce pies, sobre dos ó tres de espesor : las cornizas que le adornan es cuanto le distingue de una simple pared de corral. Este muro, desprovisto de foso, se halla rodeado de jardines, donde los limones, naranjas y cidras adquieren, en un suelo ligero, un tamaño prodigioso. He ahí en resúmen la ciudad que atacaba Mohammad. Tenia por defensores quinientos á seiscientos *Safadianos*, y otros tantos vecinos, que en viendo al enemigo, empuñaron sus sables y echaron al hombro sus arcabuces de pedernal y mecha. Habia algunos cañones de bronce de á veinticuatro, pero sin cureñas; mas sin embargo, colocáronlos medianamente sobre unas armaduras hechas á toda prisa, y contando como fuerza efectiva su valor y despecho, respondieron á las intimaciones del enemigo con amenazas y tiroteo de fusilería.

Convencido Mohammad de la necesidad de vencerlos á pura fuerza, trasladó el campo frente á la ciudad; pero el Mameluco estaba tan á ciegas en las reglas del arte que se puso á tiro de cañon : muy en breve las balas que llovian sobre las tiendas, le advirtieron de la falta tan crasa que habia cometido : apartóse algun trecho, mas aun le alcanzaban los tiros; continuó pues desviándose, hasta que por fin dió con el punto deseado : aquí plantó su tienda, en la que se ostentaba el lujo mas desenfrenado : al rededor, y sin guardar órden, se levantaban las de los Mamelucos : alojáronse

los berberiscos en barracas formadas por ellos mismos de troncos y gajos de limones y naranjos; y el remanente del ejército se acomodó lo mejor que pudo: distribuyéronse algunas guardias tal cual; y sin el requisito de atrincherarse, ya se reputaron acampados. Como era preciso levantar baterías, escogieron un terreno algo elevado al sueste de la plaza; y aquí tras unas paredes de jardin acomodaron ocho piezas de artillería de grueso calibre, á doscientos pasos de la ciudad, y rompieron el fuego sin hacer caso de los fusileros enemigos, que desde lo alto de los terrados les mataron varios artilleros. Todo este órden de cosas parecerá tan estraño en Europa, que estarán tentados á dudar que existiese; pero todavía no hay once años que ocurrieron estos sucesos; yo he visto el lugar de la escena, he oido porcion de testigos oculares, y he creido de mi deber no alterar ni en pro ni en contra unos hechos por los cuales se ha de juzgar del carácter de una nacion.

Ya se echa de ver que á un muro de tres pies de espesor y sin parapeto, presto lograron abrirle una ancha brecha; asi pues, fue necesario salvarle en vez de subir. Los Mamelucos querian efectuarlo á caballo; pero como se les hiciese entender que era impracticable, consintieron por primera vez en marchar á pie. Seria ciertamente un espectáculo muy curioso el verlos con aquellos disformes calzones de sarga de Venecia tan embarazados con sus capas arremangadas, el sable corvo en mano y la pistola á la cintura, avanzar dando traspies por los escombros de la muralla. Creíanse ya salidos del paso cuando hubieron ven-

cido aquel obstáculo; pero los sitiados que sabian mas que ellos, esperaron á que hubiesen llegado al espacio vacío que media entre la ciudad y el muro: allí los asaltaron desde las azoteas y ventanas de las casas con tal granizada de balas, que los Mamelucos ni aun tuvieron ánimo para hacer fuego; con esto se retiraron persuadidos de que aquel parage era un atascadero intransitable, puesto que no se podia penetrar á caballo. Murad-bey los volvió á llevar al muro repetidas veces, pero siempre inútilmente. En tanto, Mohammad-bey se consumia de desesperacion, de rabia y sobresaltos: asi pasaron cuarenta y seis dias. En tales circunstancias los sitiados, cuyo número disminuia con los reiterados ataques, y que no veian llegar los socorros de Acre, ya comenzaban á desmayar, enfadados de ser ellos los únicos defensores de la causa de Dâher. Por otro lado, los musulmanes se quejaban de que los cristianos, ocupados esclusivamente en rezar, pasaban mas tiempo en la iglesia que en el campo. En este estado entabláronse conferencias por parte de algunos sugetos: propúsose abandonar la plaza, si los Egipcios ofrecian garantías: especificáronse las condiciones, y se podia mirar como ya concluido el tratado, cuando, por la seguridad que ocasionaba, se entraron varios Mamelucos en la ciudad. Siguiólos la muchedumbre, ellos quisieron pillar, los otros, como era natural, trataron de defenderse; y he aquí que se empeña de nuevo el ataque: entonces el ejército se precipitó de tropel y la ciudad padeció todos los horrores del saco; mugeres, niños, ancianos, hombres hechos, todos indistinta-

mente fueron pasados á cuchillo; y Mohammad tan infame como bárbaro, hizo erigir á su vista para monumento de la victoria una pirámide compuesta de las cabezas de estos infortunados: asegúrase que escedian de mil doscientas. Esta catástrofe, acaecida el diez y nueve de mayo de 1776, propagó el terror por todo el pais. Hasta el jeque Dâher salió huyendo de Acre, donde luego fue reemplazado por su hijo Alí. Este Alí, cuya activa intrepidez todavía es alabada en Siria, pero que empañó su gloria por las continuas sublevaciones contra su padre; Alí, repito, creyó que Mohammad le respetaria en virtud de un tratado que con él habia ajustado; mas el Mameluco al llegar á Acre, le declaró que en prenda de su amistad le pedia nada menos que la cabeza de Dâher. Alí, engañado, desechó la propuesta del parricidio, y abandonó la ciudad á los Egipcios que la saquearon completamente: á duras penas escaparon del pillage los negociantes franceses; y aun muy pronto se vieron en un terrible conflicto. Instruido Mohammad de que ellos eran depositarios de las riquezas de Ibrahim, kiâya de Dâher, les intimó que si no las restituian, todos sin escepcion serian degollados. El domingo próximo era el dia señalado para esta tremenda pesquisa, cuando la suerte vino á libertarlos á ellos y á la Siria de tan horrorosa calamidad. Mohammad fue atacado de una calentura maligna, que acabó con él en dos dias, á la flor de su edad [1]. Los cristianos de Siria estan persuadidos de que muerte tan prematura fue castigo del profeta Elias, por haber violado la iglesia del

[1] En junio de 1776.

Carmelo: y aun cuentan que se le apareció repetidas veces en la hora de la agonía bajo la figura de un anciano, y que el moribundo clamaba sin cesar: « quitadme de encima ese viejo que me importuna y me espanta. » Pero los que se hallaron al lado de este general en sus últimos momentos, han manifestado en el Cairo á sugetos fidedignos que la consabida vision, hija del delirio febril, era producida por la memoria de diversos asesinatos; y que la muerte de Mohammad fue debida á causas harto naturales, como lo son un clima conocido por enfermizo, un escesivo calor, la inmoderada fatiga y las amargas congojas que le habia ocasionado el sitio de Jafa. Nos erá fuera de propósito observar aquí que si se escribiese la historia de los cristianos de Siria y Egipto, saldria tan llena de prodigios y apariciones como la de los primitivos siglos.

Apenas circuló la noticia del fallecimiento del Mameluco, todo aquel ejército, despues de una derrota parecida á la de Damasco, tomó confusamente el camino de Egipto. Murad-bey, á quien el favor de Mohammad habia grangeado un crédito considerable, se apresuró en volver al Cairo para disputar el mando á Ibrahim-bey. Este, que era igualmente liberto y favorito del difunto, no bien se informó del estado de las cosas, cuando tomó sus providencias, á fin de asegurarse de una autoridad de que fuera depositario desde que se ausentó su patrono. Todas las apariencias anunciaban una guerra declarada; pero los dos rivales, despues de haber tanteado sus respectivos recursos, los hallaron tambien contrapesados, que se hacia en estremo dudoso

el éxito del combate. Adoptaron pues, el partido de la paz, y celebraron un convenio, en virtud del cual quedaba indivisa la autoridad, á condicion que Ibrahim conservase el título de *jeque-el-beled*, ó sea *comandante;* pero lo que mas influyó en el acomodamiento fue el interes de su comun seguridad. Despues de la muerte de Alí-bey, los beys y *kâchefs*, hijos de su *casa*[1]; temblaban en secreto, viendo que el poder habia pasado á manos de una nueva faccion; y si la superioridad de Mohammad habia chocado con sus pretensiones, la de los esclavos de este, les pareció del todo insoportable: resolvieron pues sacudirla, entablando al efecto una serie de tramas y maquinaciones con que á la postre lograron formalizar una liga contra Ibrahim y Murad. Tenian por caudillo á aquel mismo Ismael-bey que habia vendido á Alí, y que era el único bey restante de la creacion de Ibrahim Kiaya. Manejóse con tanto artificio, que Murad é Ibrahim se vieron obligados á evacuar el Cairo de su motu propio, y ampararse de la proteccion que brindaba el castillo; mas habiéndolos sitiado Ismael, abrazaron el partido de trasladarse al Saïd. No tardó la conducta tiránica de este gefe en proporcionarles infinidad de desertores, con los cuales volvieron al ataque, consiguiendo lanzarle á su vez. Viéndose Ismael despojado, fugó á Gaza, de donde cruzó por mar á *Derné,* al oeste de Alejandría, y se marchó al Saïd, camino del desierto. Por otra parte, *Hasan-bey*, ex-gobernador de Djedda, que

[1] Es decir, de quien habia sido patrono; porque entre los Mamelucos el liberto pasa por hijo de la casa.

había sido desterrado del Cairo, se refugió asimismo en el Saïd; y estos dos gefes, identificando sus intereses, formaron un partido que aun subsiste hoy dia. Murad é Ibrahim, inquietados por su duracion, han tentado destruirle varias veces; pero jamas lo han conseguido. Por fin, llegaron á conceder á los rebeldes un distrito mas arriba de Djirdié; sin embargo, como lo único que ansian estos Mamelucos es por las delicias del Cairo, ejecutaron algunos movimientos en 1783, y con este motivo creyó Murad-bey que debia hacer una tentativa para esterminarlos: yo llegué al pais á tiempo que se activaban los preparativos. Su gente derramada por el Nilo detenian todas las barquillas que encontraban, y garrote en mano forzaban á los infelices patrones á que los siguiesen hasta el Cairo; mas cada cual procuraba huir para exonerarse de una carga que no habia de producirles salario alguno. Habíase impuesto en la ciudad una contribucion de quinientos mil *dahlers* (quinientos veinticinco mil pesos fuertes) sobre el comercio; obligábase á los panaderos y en general á todos los mercaderes á entregar sus géneros á menos del costo neto; y todas esas estorsiones, tan abominadas en Europa, allí no eran mas que cosas de estilo. Recolectada ya la suma á principios de abril, no tardó Murad un punto en partir para el Saïd. Las noticias de Constantinopla, asi como las de Europa, sus perpetuos ecos, pintaron por entonces esta espedicion como una guerra notable, y el ejército de Murad como de una fuerza respetable: éralo efectivamente, si se atiende á los recursos de que podia disponer y al estado del

Egipto; mas no por eso es menos cierto que no escedia de dos mil hombres de á caballo. Al ver la alteracion constante que padecen las noticias de Constantinopla, debemos creer, ó que los Turcos de la capital ignoran cuanto pasa en Egipto y Siria, ó que quieren embaucar á los europeos con esos relatos exagerados. El primer caso es mas probable que el segundo, en razon de la poca comunicacion que media entre estas partes distantes del imperio. Por otro lado, cualquiera juzgaria que nuestros negociantes, por su larga residencia en las distintas escalas, podrian ilustrarnos en el particular; pero estos individuos, encerrados en sus *kans* como en prisiones, se curan muy poco de lo que no concierne directamente á su comercio; contentándose con reir á sus anchas de las gacetas que les envian de Europa. Con todo, no ha faltado entre ellos quien haya tratado de enmendarlas; pero se ha aprovechado tan mal de sus correcciones, que han renunciado á un trabajo molesto y sin utilidad.

Despues de haber salido Murad del Cairo, condujo sus dragones á marchas redobladas por las orillas del rio; los equipages y municiones seguian detras en botes, y el viento norte, que es el mas reinante, favorecia la diligencia del capitan. Los desterrados, en número de unos quinientos, estaban situados mas allá de Djirdié. Apenas supieron la venida del enemigo, comenzó entre ellos la division; unos querian combatir, otros deseaban capitular; muchos abrazaron el último partido y se entregaron á Murad-bey; pero Hasan é Ismael siempre firmes en su propósito, remon-

taron en vuelta Asuan seguidos por cerca de doscientos y cincuenta caballos. Persiguiólos Murad hasta la catarata, donde se situaron ventajosamente en puntos tan escarpados, que los Mamelucos, siempre ignorantes en la guerra de posiciones, creyeron impracticable el forzarlas. Agregábase que Murad, temiendo que con una larga ausencia del Cairo, se suscitasen novedades en su contra, se apresuró á regresar á la mayor brevedad; y con esto los proscritos, libres ya del aprieto, volvieron á tomar posesion de su puesto en el Saïd, como anteriormente.

En una sociedad en que las pasiones de los particulares no son dirigidas hácia un centro comun, y en donde cada cual es un egoista y no ve en la incertidumbre venidera sino el interes del momento, en donde los gefes no saben inspirar sentimientos de respeto, y por consiguiente no son parte á mantener la subordinacion; en semejante comunidad, es caso imposible que exista un estado fijo y constante; el choque tumultuario de partidos incoherentes debe imprimir una movilidad perpetua á toda la máquina : he ahí lo que continuamente está sucediendo en la sociedad de los Mamelucos del Cairo. No bien habia llegado Murad, cuando nuevas combinaciones de intereses, escitaron nuevos disturbios : habia á la sazon en el Cairo, ademas de su faccion, de las de Ibrahim y de la *casa* de Alí-bey, varios beys oriundos de otras casas estrangeras. Las facciones dominantes no hacian caso de ellos á causa del abatimiento en que yacian; mas los beys entre tanto acordaron, en julio de 1783, reunir sus fuerzas, hasta en-

tonces separadas, y formar asi un partido que tambien elevase sus pretensiones al mando. Quiso la suerte que abortase este plan, y los cabecillas, que eran cinco, se vieron de improviso condenados á destierro al Delta. Aparentaron obedecer la órden, mas no bien habian salido de la ciudad, cuando tomaron el camino del Saïd, refugio ordinario y cómodo de los malcontentos: persiguióseles inútilmente por todo un dia en el desierto de las pirámides; al fin lograron escapar no solo de los Mamelucos sino tambien de los Arabes, y llegaron sin mas novedad á Minié, donde sentaron el real. Este pueblo, situado cuarenta leguas mas allá del Cairo y en la márgen del Nilo que domina, era muy á propósito á sus designios. Dueños allí del rio, podian interceptar cuanto bajase del Saïd; y supieron aprovechar tan admirablemente su ventaja que se apoderaron del envio de trigo que hace esta provincia anualmente en la estacion; en consecuencia el Cairo, privado de sus bastimentos, se vió amagado del hambre. Por otra parte, los beys y los propietarios, cuyas tierras estaban en el *Faium* y mas allá, perdieron sus rentas, por haberse echado sobre ellas los desterrados. Estos nuevos desórdenes clamaban por otra espedicion: Murad-bey, fatigado de la anterior, se resistia á emprenderla; pero Ibrahim se encargó de ella en su lugar. Desde el mes de agosto, sin embargo de estar en el *Ramadan*, se dió principio á los aprestos; y procediendo en todo como en la precedente, apresaron las barcas junto con sus patrones, impusieron contribuciones y se obligó á los proveedores á hacer los suministros mal de su grado.

Finalmente, á principios de octubre, partió Ibrahim con un ejército que pasaba por formidable, porque constaba de unos tres mil caballos. Efectuóse la marcha por el Nilo, en razon de que no habiendo las aguas de la inundacion evacuado aun todo el pais, todavía estaba anegado el terreno. En pocos dias se hallaron al frente unos de otros: pero Ibrahim, que no tiene un temperamento tan belicoso como Murad, no osó atacar á los confederados; entró en negociacion, y ajustó un tratado verbal, cuyas condiciones fueron el retorno y restablecimiento de los beys. Murad, que sospechaba alguna trama urdida contra él en este convenio, estaba muy descontento: nunca fue mayor la desconfianza entre él y su competidor; pero lo que acabó de alarmarle fue la arrogancia que manifestaron los proscritos en el divan general que celebraron: él se reputó vendido; y para precaver las resultas, salió del Cairo con su gente, y se retiró al Saïd. Creyóse declarada la guerra; pero no fue asi, porque Ibrahim supo contemporizar. Al cabo de cuatro meses vino Murad á Djizé, como para decidir la querella en batalla campal; y por espacio de veinticinco dias, ambos partidos, separados por el rio, estuvieron rostro á rostro, sin llegar á las manos. Tuviéronse algunas conferencias; pero Murad, poco satisfecho de las condiciones, y no hallándose bastante poderoso para dictarlas á la fuerza, regresó sin demora al Saïd: allí le siguieron los enviados, quienes, despues de cuatro meses de negociaciones, le redujeron al fin á retornar al Cairo: las condiciones fueron, que continuaria en

participar de la autoridad con Ibrahim, y que los cinco beys serian privados de sus bienes. Fugaron estos al verse asi sacrificados por Ibrahim; voló Murad en pos de ellos, y habiéndolos hecho prender por los Arabes del desierto, los trajo al Cairo para tenerlos custodiados á la vista. Entonces parecia ya restablecida la paz; pero lo acaecido entre los dos comandantes, harto les descubria sus mutuas intenciones, para que en lo adelante pudiesen continuar en armonía. Bien convencido cada uno por su parte de que su rival tan solo aguardaba el momento favorable de perderle, cada cual velaba por evitar una sorpresa, ó por prepararla á su contrario. Esta guerra sorda llegó al punto de obligar á Murad-bey á abandonar el Cairo en 1784; pero acampándose en las puertas, hubo de mostrar un semblante tan resuelto, que Ibrahim huyó despavorido con su gente para el Saïd. Allí permaneció hasta el mes de marzo de 1785, en que por nuevo acuerdo volvió al Cairo, donde participa, como antes, de la autoridad con su antagonista, ínterin alguna nueva trama le ofrezca ocasion de desquitarse. Tal es el sumario de las revoluciones que han agitado el Egipto en estos últimos años. Yo he procurado desnudar los sucesos de la multitud de incidentes con que se hallan enlazados; porque, á parte de su incertidumbre, no presentan interes, ni instruccion : todo se reduce á conjuraciones, enredos, traiciones y asesinatos, cuya repeticion muy presto llega á fastidiarnos : basta lo referido, siempre que el lector se haya hecho cargo del encadenamiento de los hechos sustanciales, y deduzca

consecuencias generales acerca del estado moral y político del pais que se estudia. Réstanos ahora esclarecer mas particularmente esos dos puntos capitales.

CAPITULO X.

ESTADO ACTUAL DEL EGIPTO.

Despues de la revolucion de Ibrahim Kiaya, y especialmente despues de la de Alí-bey, el poder de los Otomanos en el Egipto ha llegado á ser mas precario que en ninguna otra provincia del imperio. Verdad es que la Puerta conserva perennemente allí un bajá; pero este bajá, encerrado y custodiado á la vista en el castillo del Cairo, es mas bien el prisionero de los Mamelucos que el sustituto del sultan. Efectivamente, ellos le deponen, proscriben y echan á su antojo; y á la mera intimacion de un heraldo vestido de negro, *desciende*[1] de su palacio como un simple particular. No han faltado bajaes, escogidos de intento por la Puerta que hayan tentado por medio de manejos ocultos restablecer las facultades de su dignidad; pero los beys han hecho tan riesgosas estas maniobras, que aquellos empleados se contentan en el dia con pasar tranquilamente los tres años que debe durar su cautiverio, y consumir en paz la pension que se les asigna.

[1] La fórmula de la deposicion se limita á esta palabra : *Enzel;* es decir, *desciende* del castillo.

Entre tanto los beys, temerosos de provocar al divan á un partido violento, jamas osan declararse independientes. Todo continua haciéndose en nombre del sultan: sus mandatos son recibidos, como ellos dicen, *sobre la cabeza y los ojos*, esto es, con el mayor acatamiento; pero esta decantada sumision no pasa de una apariencia ilusoria: lo cierto es que á veces suspenden el pago del tributo, y siempre le hacen padecer desfalcos. Se cargan en cuenta gastos de limpia de canales, del trasporte de los escombros del Cairo al mar, lo invertido en sueldos de la tropa, en la reparacion de las mezquitas, etc. etc. que todos son otras tantas partidas falsas y simuladas. Asimismo proceden dolosamente respecto al grado de inundacion de las tierras: solo el temor á las carabelas que vienen anualmente á Damieta y Alejandría, es lo que les mueve á satisfacer la contribucion de arroz y trigos; y todavía se dan traza para alterar el efectivo de los bastimentos, capitulando con los receptores. La Puerta por su lado, fiel á su acostumbrada política, se desentiende totalmente de estos abusos; á ella no se le oculta que para remediarlos, seria preciso hacer esfuerzos costosos, y tal vez una guerra declarada que comprometeria su dignidad: á que se agrega que de muchos años á esta parte, otros intereses mas urgentes la compelen á concentrar todas sus fuerzas en el norte; y ocupada de su propia seguridad en Constantinopla, deja á merced de las circunstancias el cuidado de restablecer su poderío en las provincias lejanas: ella fomenta las desavenencias entre los diversos partidos,

para estorbar que alguno se consolide; y este sistema, que aun no le ha fallado, es igualmente útil á sus empleados principales, quienes se proporcionan cuantiosas rentas, vendiendo á los rebeldes su proteccion é influjo. El almirante actual, *Hasan-bajá*, ha sabido mas de una vez valerse de estos resortes para con Murad é Ibrahim, en términos de haberles arrancado sumas considerables.

CAPITULO XI.

CONSTITUCION DE LA MILICIA DE LOS MAMELUCOS.

Los Mamelucos, al apoderarse del gobierno de Egipto, tomaron ciertas medidas que parecen asegurarles su posesion. La mas eficaz indudablemente es la precaucion que siempre han tenido de envilecer los cuerpos militares de los *azâbs* y de los *genízaros*. Estos dos cuerpos, en otro tiempo el terror del bajá, en el dia no son mas que unos simulacros tan insignificantes como él mismo. Esta falta debe igualmente imputarse á la Puerta: pues desde mucho antes de la insurreccion de Ibrahim *Kiâya*, el número de tropas turcas que debia ser de cuarenta mil hombres, parte caballería; se habia reducido á menos de la mitad por la avaricia de los comandantes, quienes se apropiaban las pagas de los soldados; desórden que despues de

Ibrahim fue llevado al colmo por Alí-bey. Este procuró desde luego descartarse de cuantos gefes podian hacerle sombra; y al intento dejó vacar los empleos para no proveerlos en adelante: privó á los comandantes de toda especie de influjo; y envileció las tropas turcas á tal punto, que en el dia todos los genízaros, los azabs y los cinco cuerpos restantes se reducen á una caterva de artesanos, mozos de campaña y vagabundos, que sirven de porteros á quien les paga, y tiemblan en presencia de los Mamelucos como el populacho del Cairo. Puede decirse con verdad que en estos Mamelucos se cifra toda la fuerza militar del Egipto: en los campos y aldeas hay algunos centenares de ellos destinados á mantener allí su autoridad, á percibir los tributos y velar sobre las exacciones; pero la mayor parte se halla reunida en el Cairo. Segun los cómputos de los sugetos mejor informados, su número no puede pasar de ocho mil quinientos hombres, inclusos tanto beys y kâchefs como simples libertos y Mamelucos aun esclavos; entre los cuales hay porcion de jóvenes de veinte á veintidos años. La casa mas fuerte es la de Ibrahim-bey, que cuenta cerca de quinientos; despues le sigue la de Murad, que no llega á cuatrocientos; pero que con su audacia y prodigalidad contrapesa la opulencia avara de su rival; los demas beys, en número de diez y ocho á veinte, sostienen desde cincuenta hasta doscientos. Hay ademas una infinidad de Mamelucos que podrian muy bien denominarse *vagos;* porque siendo hijos de casas ya estinguidas, se agregan á esta ó la otra, segun les dicta el interes pro-

pio; y estan por lo tanto dispuestos á cambiar por quien mas les ofreciere. Tambien deben entrar en cuenta algunos *serrâdjes*, especie de criados de á caballo, portadores de las órdenes de los beys, y que ejercen las funciones de nuestros alguaciles y porteros: la totalidad ascenderá á unos diez mil caballos. No debemos contar infantería de ninguna clase; pues no es estimada en Turquía y mucho menos en las provincias asiáticas del imperio: todavía reinan en estas regiones las preocupaciones de los antiguos Persas y Tártaros sobre el particular: no siendo la guerra entre ellos otra cosa sino el arte de huir ó perseguir, claro está que el hombre de á caballo que desempeñe mejor ambos objetos, es el único que se reputa por verdadero militar; y como entre bárbaros no hay mas sugeto de distincion que el hombre de guerra, ha resultado de aquí que es una especie de desdoro el andar á pie, y por eso está reservado tan solo al pueblo. Por este motivo los Mamelucos no permiten montar á los habitantes del Egipto mas que en mulas y asnos, gozando ellos esclusivamente el privilegio de ir á caballo; del que por cierto usan en toda su amplitud: dentro de la ciudad, en el campo, de visita y aun de puerta en puerta, jamas se les ve sino á caballo. El vestido que llevan tambien es debido á ciertas preocupaciones, y eso basta para que le miren como materia de obligacion. Dicho trage, que en su forma no difiere del que estilan todas las personas acomodadas de Turquía, merece ser descrito.

§ I.

VESTIMENTA DE LOS MAMELUCOS.

Lo primero de todo es un gran camison de cotonía clara y amarillenta, encima del cual se ponen una especie de bata de indiana, ó de tejidos muy finos de Damasco y de Alepo. Esta túnica, nombrada *antarí*, cae del cuello á las corvas, y cruza por la parte delantera del cuerpo hasta las caderas, donde se ata con dos cordones. Sobre esta primera cubierta viene otra de la misma hechura y amplitud, y cuyas anchas mangas descienden sin angostar hasta las yemas de los dedos, llámase *coftân*, y comunmente se hace de sederías mas ricas que la anterior. Un largo cinturon ajusta estos dos vestidos al cuerpo, y le divide como en dos lios. Encima de las citadas piezas viene otra llâmada *djubé*, que es de paño sin aforrar, y tiene la misma forma que la precedente, solo que las mangas no alcanzan mas que al codo: en invierno, y á veces en verano suelen llevar el *djubé* guarnecido de pieles, y entonces es una verdadera *pelliza*. Finalmente, sobre estas tres cubiertas, colócase la última, que denominan *beniche;* y viene á ser la capa ó trage de ceremonia. Su oficio es cubrir perfectamente todo el cuerpo hasta las puntas de los dedos; porque seria muy mal visto el enseñarlos delante de los *grandes*. El cuerpo envuelto en la *beniche*, parece un largo saco, de donde salen un cuello desnudo y una cabeza rasurada, cu-

bierta de un turbante. El de los Mamelucos, nombrado *qâuq*, es de forma cilíndrica y de color amarillo, guarnecido por fuera de un rollo de muselina puesto con esquisito primor. Su calzado se reduce á una especie de escarpin de cuero amarillo que les llega hasta los tobillos, y á una chinela sin talon, que por lo mismo está muy espuesta á caerse en el camino. Pero la pieza mas singular de tan complicada vestimenta es una clase de pantalones tan largos que casi besan la barba, y tan sumamente anchos que cada pierna de por sí podria contener todo el cuerpo; á que se agrega que los Mamelucos los hacen de una estofa veneciana llamada *saia* [1], que aunque tan suave como el paño de Elbeuf, es mas abatanada que el buriel; y que para andar con mas soltura incluyen en ellos con un cinturon corredizo todas las partes colgantes de los vestidos que acabamos de describir. Ya se viene á los ojos que los Mamelucos fajados y embargados de esta manera, mal pueden ser buenos infantes; pero lo que no es posible concebir sino despues de haber visto hombres de diversos paises, es que ellos tienen su trage por el mas cómodo del mundo. En vano se les arguye que por todos estilos es embarazoso; pues á pie estorba caminar, á caballo los carga inútilmente, y que una vez desmontado el ginete, es hombre perdido; ellos responden: *asi se usa;* y á semejante contestacion no hay réplica.

[1] Palabra italiana que se aplica esclusivamente para designar *la sarga de lana. Nota del traductor.*

§ II.

EQUIPAGE DE LOS MAMELUCOS.

Veamos si han sido mas racionales en el equipo del caballo. Desde que en Europa se sigue la buena senda de buscar los motivos de cada cosa, se ha llegado á comprender, que para que el caballo ejecutase libremente sus movimientos con el ginete, debia cargarse lo menos posible, y por eso se ha procurado aligerar el arnés cuanto sea compatible con la solidez. Esta innovacion, que entre nosotros no se ha efectuado hasta el siglo XVIII, está muy distante todavía de los Mamelucos que se han quedado en el XII. Estos hombres, que no siguen mas norte que la costumbre, ponen al caballo una silla, cuya armadura en sí tosca, la recargan de hierro, madera y cuero. Sobre su parte trasera se levanta un borren de ocho pulgadas de alto que encubre al ginete hasta la cintura, mientras que por la delantera sale un arzon de cuatro á cinco pulgadas que amenaza al pecho de no inclinarse. Debajo de la silla, en lugar de bastos, estienden tres cubiertas muy espesas de lana: todo es asegurado por una cincha que pasa por cima de la silla, y se ata no con hebillas, sino con nudos de correas poco firmes y muy complicados. Tienen ademas dichas sillas una gran pechera; pero carecen de grupera, lo que las tira demasiado sobre la cruz del caballo. Los estribos son unas planchas de cobre mas largas y anchas que el

pie, y cuyos lados levantados como una pulgada, vienen á morir al asa de donde cuelgan. Los ángulos de la plancha son cortantes y hacen veces de espuelas, con que desangran cruelmente los hijares al caballo. Por lo comun un par de estribos mamelucos pesa de nueve á diez libras, y los hay hasta de doce y trece: la silla y las cubiertas pesan por lo bajo veinticinco; de forma que el caballo, sin contar el ginete, sufre ya una carga de treinta y seis libras; cosa tanto mas ridícula cuanto los caballos de Egipto son en estremo pequeños. La cabezada está tan mal dispuesta como todo lo demas; es de aquellas que llamamos *á la gineta*, y carece de toda especie de juego. La barbada, que se reduce simplemente á un anillo de hierro, aprieta la barba en términos de cortar el pellejo al animal; asi es que todos estos caballos tienen las encías despedazadas, y estan enteramente perdidos *de la boca;* esto tambien es efecto necesario de las prácticas de los Mamelucos, quienes, lejos de cuidársela como nosotros, se la destruyen con violentos tirones, y especialmente con cierta evolucion que les es peculiar: despiden el caballo á rienda suelta, y luego le detienen de repente en lo mas veloz de la carrera; el caballo entonces contenido por el bocado, entiesa las piernas, dobla los jarretes y termina la carrera resbalando sin flexibilidad alguna, cabalmente como un caballo de palo: salta á la vista cuanto se les dañarán las piernas y la boca con la repeticion de tan bárbara maniobra; pero los Mamelucos encuentran en ella mucha gracia; y seguramente es muy conforme á su modo de combatir. Por

lo demas, sin embargo de llevar las piernas como enganchadas, y á pesar de los continuos bamboleos del cuerpo, no puede negarse que los Mamelucos son ginetes firmes y vigorosos, y que poseen cierto aire militar que no deja de halagar aun los ojos del estrangero: convengamos asimismo en que han sido mas avisados en la eleccion de sus armas.

§ III.

ARMAS DE LOS MAMELUCOS.

La primera es una carabina inglesa de unas treinta pulgadas de largo y de calibre tal, que con ella se pueden arrojar á la vez hasta diez ó doce balas, cuya descarga es siempre mortal aun careciendo de destreza [1]. En segundo lugar, llevan á la cinta un par de pistolas de marca que atan al vestido por medio de un cordon de seda. Del arzon pende una maza de armas de que se sirven para repartir golpes; finalmente sobre la pierna izquierda cuelga de una bandolera un sable corvo de una especie poco conocida en Europa [2], cuya hoja medida en línea recta no tiene veinticuatro pulgadas, pero en su curvatura llega á treinta. Esta forma, que nos parece tan estraña, no ha sido adop-

[1] Por la descripcion, esta carabina es un verdadero trabuco. *Nota del traductor.*

[2] Éralo efectivamente á la sazon que esto se escribia: mas hoy, ¿quién no está familiarizado no solo con la forma descrita, sino con una variedad indecible de ellas? *Nota del traductor.*

tada sin fundamento: efectivamente la esperiencia enseña que la herida causada por una hoja derecha se limita al lugar y momento de su caida, puesto que para cortar necesita apoyarse: al contrario la hoja curva, como siempre presenta filo al retirarla, se desliza con el esfuerzo del brazo y continua su accion por un largo espacio. Esta observacion no se ha ido por alto á los bárbaros, cuyo ingenio suele ejercitarse de preferencia en las artes homicidas; y de aquí el uso de las cimitarras no menos universal que antiguo en Oriente. El comun de los Mamelucos acostumbra á surtirse con hojas llevadas de Constantinopla y otros puntos de la Turquía europea; pero los beys se disputan las de Persia y las de las antiguas fábricas de Damasco[1], pagando por ellas hasta diez y doce onzas de oro. Las calidades que estiman en las enunciadas hojas son ligereza, temple igual y sonoro, vibraciones en el acero, y sobre todo, sutileza en el filo, el cual seguramente no puede darse mas esquisito: sin embargo, todas ellas adolecen del grandísimo defecto de ser tan quebradizas como el vidrio.

§ IV.

EDUCACION Y EJERCICIOS DE LOS MAMELUCOS.

El arte de servirse de las armas descritas es el asunto de la educacion de los Mamelucos y la ocupacion de

[1] Digo antiguas, porque en el dia ya no se trabaja allí el acero.

toda su vida. Diariamente se marchan muy temprano á una llanura que está fuera del Cairo; allí, corriendo á galope tendido, se ejercitan en sacar con presteza la carabina de la bandolera, en dispararla con tino y en arrojarla por debajo del muslo, á fin de poder echar mano á una pistola, la cual una vez descargada, lanzan por cima del hombro: despues hacen lo mismo con la compañera, fiándose del cordon que las sujeta, y asi no pierden tiempo en volverlas á colocar. Los beys que regularmente presencian el acto, los alientan y estimulan con palabras y promesas; y el que rompe la vasija de barro que sirve de blanco, está seguro de obtener, no como quiera vanos elogios, sino su galardon en dinero. Ejercítanse asimismo en el manejo del sable y principalmente en tirar el reves de abajo arriba, que es el mas difícil de parar. Los filos son tan superiores y sus manos tan diestras que muchos tajan una cabeza de algodon empapada con la misma facilidad que un pan de manteca. Tambien tiran el arco, aunque le han desterrado ya de los combates. Pero su ejercicio favorito es el *djerid*: este nombre que propiamente significa *caña*, se aplica en general á cualquier vara que se vibra con la mano, por los mismos principios que debieron haber observado los Romanos con el *pilum*: en lugar de palo, usan ellos de gajos frescos de palma deshojados: estas ramas, que tienen la figura de un tallo de alcachofa, son de cuatro pies de largo, y pesan de cinco á seis libras. Armados con este dardo, entran los caballeros en la lid, y corriendo á rienda suelta, se le lanzan desde muy lejos. Apenas

arrojado, el agresor vuelve la brida á su caballo, y entonces le toca al fugitivo su vez de perseguir y lanzar. Los caballos, amaestrados por la práctica, ayudan á los ginetes á las mil maravillas: nadie diria sino que se placen en el ejercicio al igual de sus amos: pero este placer es bastante arriesgado; porque hay brazos que despiden con tal impulso, que á veces hiere el golpe y aun llega á ser mortal. ¡Desgraciado del que no evitaba el djerid de Alí-bey! Estos juegos que nos parecen bárbaros, se hallan íntimamente enlazados con el estado político de las naciones. No hace tres siglos que existian entre nosotros, y su estincion la debemos mucho menos al accidente acaecido á Enrique II, ó á un espíritu filosófico, que á un estado de paz interior que los ha hecho enteramente inútiles. Al contrario, se han conservado entre los Mamelucos; porque la anarquía en que viven continúa reclamando como de primera necesidad todo lo concerniente á la guerra. Veamos si sus progresos en este ramo guardan proporcion con su práctica.

§ V.

ARTE MILITAR DE LOS MAMELUCOS.

En nuestra Europa ya es sabido que en hablando de tropas y de guerra, al punto nos figuramos una distribucion de hombres por compañías, batallones y regimientos; uniformes asi en la estatura como en el trage, formaciones por filas y líneas, combinaciones

de maniobras particulares, ó de evoluciones generales; en una palabra, un sistema completo de operaciones fundadas sobre principios bien averiguados. No pueden caber ideas mas exactas respecto de nosotros; empero aplicadas á los paises de que tratamos, se convierten en otros tantos errores. Los Mamelucos no conocen, ni por asomos, nuestro arte militar: ellos no tienen ni uniformes, ni órden de batalla, ni formaciones, ni disciplina, y lo que es mas, ni aun subordinacion. Su modo de juntarse es un verdadero tropel, la marcha una barahunda, el combate un desafío, la guerra un latrocinio; por lo comun se hace esta dentro de la misma ciudad del Cairo: cuando uno menos piensa, estalla una conspiracion, al instante montan los beys á caballo, propágase el rebato y comparecen los contrarios: embístense por las calles sable en mano; algunas muertes deciden la contienda, y el mas débil ó el mas tímido sufre la pena de proscripcion. El pueblo absolutamente se mezcla en semejantes peleas, ¿qué le importa que se degüellen los tiranos? Mas no se juzgue por eso que sea tranquilo espectador en medio de las balas y de los sablazos; este papel es siempre harto riesgoso: cada cual pues, huye apresurado del campo de batalla, sin regresar hasta el momento en que se restablece el sosiego. Suele á veces el populacho saquear las casas de los desterrados, sin que los vencedores se lo estorben. Sobre este asunto será conveniente observar que aquellas frases usadas en las noticias de Europa « los beys han hecho reclutas: los beys han conmovido al pueblo: el pueblo ha favore-

cido tal partido: » son muy poco á propósito para darnos ideas exactas; pues en las diferencias entre los Mamelucos el pueblo nunca es mas que un ente del todo pasivo.

A veces suele trasladarse la guerra al campo: mas no por eso desplegan mas arte los combatientes. El partido mas fuerte ó el mas atrevido persigue á su adversario; y caso de ser igualmente denodados, se aguardan el uno al otro ó se dan una cita; y en el lugar convenido, sin atender á las ventajas de la posicion, se acercan las tropas de ambos en peloton, marchando al frente los mas valerosos: al aproximarse, luego se desafian y acometen, cada cual elige su contendor: disparan si es que pueden, y pasan cuanto antes al sable; aquí es donde resplandece verdaderamente todo el arte del ginete y la agilidad del caballo. Si cae este, es perdido aquel. En las derrotas, los criados, que nunca se separan de sus amos, les ayudan á levantar del suelo; y si no hay testigos, suelen acabar con ellos, á fin de despojarles de la cintura de zequíes que acostumbran llevar consigo. Con frecuencia acontece que la batalla finaliza con la muerte de dos ó tres personas, especialmente ahora que los Mamelucos han llegado á comprender que siendo sus patronos los principales interesados, justo es tambien que corran los mayores peligros, renunciándoles el honor de arrostrarlos. Si logran ventajas, tanto mejor para todos; mas caso de ser vencidos, se capitula con el vencedor, quien las mas veces hace sus proposiciones anticipadamente. El único medio de siempre ganar es mantenerse quedo: enton-

ces estan seguros de encontrar un señor que les pague; y con esto se vuelven al Cairo á vivir á su costa hasta nueva fortuna.

§ VI.

DISCIPLINA DE LOS MAMELUCOS.

Ese carácter inquieto que causa la volubilidad de esta milicia, es una consecuencia necesaria de su constitucion. El jóven paisano vendido en Mingrelia ó en Georgia, y trasportado por mar á Egipto, apenas sienta la planta en tierra, sus ideas padecen la mas completa revolucion. Una esfera inmensa se presenta á su vista. Todo contribuye á despertar su audacia y su ambicion; todavía se ve esclavo, y ya se siente en su corazon destinado á ser algun dia señor, y revístese desde luego del carácter de su futura condicion. Calcula la necesidad que de él tiene su patrono, y le hace comprar sus servicios y su celo; mídelos, digámoslo asi, por el salario que recibe ó espera recibir. Y como esta sociedad no conoce otro móvil que el dinero, resulta de aquí que el principal conato de los dueños es satisfacer la codicia de sus sirvientes á fin de conservarse por siempre su adhesion. De aquí dimana aquella prodigalidad de los beys, ruinosa al Egipto á quien roban, de aquí la insubordinacion de los Mamelucos fatal á sus gefes, á quienes despojan, de aquí en fin las tramas que no cesan de agitar á los grandes y á los pequeños. Apenas se liberta un esclavo, ya echa el ojo á los pri-

meros empleos: y ¿quién seria capaz de poner coto á sus pretensiones? En los que mandan no advierte aquella superioridad de talentos que infunde respeto; no vé en ellos mas que unos soldados como él, que han ascendido á la cumbre del poder por los *decretos de la suerte;* y si ella se digna favorecerle, lo alcanzará del mismo modo, y no será menos hábil en el arte de gobernar, puesto que este consiste únicamente en arrebatar dinero y manejar el alfange. De semejante órden de cosas ha nacido tambien un lujo desenfrenado, que soltando los diques á todas las necesidades, ha dado á la rapacidad de los potentados una amplitud sin límites. Llega el lujo á tal estremo, que no hay Mameluco, cuyo entretenimiento baje de quinientos duros anuales; y muchos que cuestan el duplo. En cada Ramâdan es indispensable estrenar vestido, y para ello necesitan paños franceses, *saias* venecianas y telas de Damasco y de las Indias. Asimismo se hace preciso renovar á menudo los caballos y sus jaeces. Tambien quieren lucir pistolas y sables con labores de oro y plata, estribos dorados con oro molido, sillas y bridas guarnecidas con chapas de plata. Los gefes, para distinguirse del vulgo de la tropa, han menester joyas, piedras preciosas, caballos árabes de á mil y mas pesos, chales de Cachemira[1] de ciento y doscientos, é infinidad de pellizas, que por lo menos cuestan cien duros cada una[2]. Las mugeres han abandonado por demasiado sencilla la antigua

[1] Véase la nota del tomo 2, cap. 26, relativa á los *chales*.

[2] Los negociantes europeos que han cobrado gusto á tanta esplen-

moda de llevar aderezos de zequíes en la cabeza y el pecho, habiéndoles sustituido los de diamantes, de esmeraldas, rubíes y perlas finas; y al devaneo por los chales y las pieles han agregado la pasion por las telas y galones de Lyon. Al contemplar que semejantes necesidades se encuentran en una gente que tiene en sus manos toda la autoridad y que desconoce los derechos de vida y propiedad; juzgue el lector de las consecuencias que deben acarrear, asi respecto de las clases obligadas á subvenir á ellas, como de las costumbres de los mismos en quienes se hallan.

§ VII.

COSTUMBRES DE LOS MAMELUCOS.

Al describir las costumbres de los Mamelucos, tememos, aun conservando los caractéres sencillos de la verdad, incurrir en la nota de exageracion. Nacidos la mayor parte en el rito griego, y circuncidados al momento que se les compra, no son á vista de los mismos Turcos mas que unos *renegados* sin fé ni religion. Estraños entre sí, no se hallan enlazados con aquellos vínculos naturales que unen á los demas hombres. Sin padres, sin hijos, lo pasado nada ha hecho por ellos, ni ellos tampoco se curan de lo venidero. Ignorantes y supersticiosos por educacion, se vuelven feroces por los asesinatos, sediciosos por los tumultos,

didez, no se creen con un vestuario decente, si no escede el valor de dos mil quinientos á tres mil pesos fuertes.

pérfidos por las tramas, infames por el disimulo y corrompidos por toda clase de relajacion. Son dados muy particularmente á aquel vergonzoso resabio que fue en todos tiempos el vicio de los Griegos y de los Tártaros; esa es la primera leccion que reciben de su maestro de armas. No acertamos á esplicar un gusto tan estragado, cuando se considera que á ninguno faltan mugeres; á menos de no suponer que ellos buscan en un sexo el incentivo de que han privado al otro: mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que no hay un solo Mameluco esento de la tacha; y que cundiendo el contagio, ha depravado á los habitantes del Cairo y aun á los cristianos de Siria que allí moran.

CAPITULO XII.

GOBIERNO DE LOS MAMELUCOS.

Tal es la especie de hombres que en la actualidad constituye la suerte del Egipto: almas de este temple son las que estan á la cabeza del gobierno; como que algunos sablazos felices, un poco de mas ó menos astucia ú osadía conducen á la preeminencia: pero fácilmente se concibe que semejantes advenedizos, por cambiar de fortuna no mudan de carácter; asi es que no cesan de abrigar sentimientos de esclavos aun elevados á la condicion de reyes. Entre ellos la soberanía

no es el arte espinoso de enderezar hácia un centro comun las pasiones diversas de una sociedad numerosa, sino únicamente un medio de adquirir mayor número de mugeres, de alhajas, caballos, etc., en suma, satisfacer mas plenamente cuanto se les antoja. La administracion asi esterior como interior se dirige conforme á estos principios. Por una parte, todo el sistema administrativo se reduce á maniobrar en la corte de Constantinopla, á fin de eludir el tributo ó las amenazas del sultan; por otra, á comprar crecido número de esclavos, á grangearse mas partidarios, á sufocar las conjuraciones y á aniquilar los enemigos secretos con el cuchillo ó el veneno: los gefes, sobresaltados de continuo, viven á la manera de los antiguos tiranos de Siracusa: Murad é Ibrahim no duermen sino rodeados de carabinas y de alfanges. Finalmente, no tienen idea alguna de policía ni de órden público [1]. El grande objeto es procurarse dinero; y el medio mas sencillo de conseguirle es echarle mano donde quiera que se presente, arrebatársele violentamente á quien quiera que le posea, é imponer á cada instante contribuciones ar-

[1] Cuando estaba yo en el Cairo, le robaron los Mamelucos la muger á un Judío que cruzaba el Nilo en su compañía. El despojado, como era regular, fue á quejarse á Murad, y este bey le contestó con su voz de carretero « vaya! dejad que se huelguen esos muchachos. » En la tarde del mismo dia mandaron proponer los Mamelucos al Judío que le devolverian la muger, si aprontaba cien piastras *por su trabajo;* y no hubo mas remedio que contarlas. Es de advertir que segun las costumbres del pais, el capítulo de las mugeres es mas sagrado que la misma vida.

bitrarias sobre los pueblos y sobre la aduana, la que precisamente las hace refluir sobre el comercio.

§ I.

ESTADO DEL PUEBLO EN EGIPTO.

Fácilmente se echará de ver que en un pais como el que acabamos de pintar, todo debe ser análogo al sistema que le rige. Allí donde el cultivador no goza del fruto de sus afanes, mal puede trabajar sino á la fuerza, y de consiguiente decae la agricultura: allí donde no hay seguridad en los goces de la vida, falta aquella industria que los crea, y las artes permanecen en mantillas: allí en fin, donde los conocimientos y la ilustracion á nada conducen, no se hacen esfuerzos por adquirirlos, y los talentos yacen sepultados en la barbarie. He ahí una fiel pintura del Egipto. La mayor parte de las tierras se hallan en manos de los beys, de los Mamelucos y de los curiales: el número de propietarios pertenecientes á otras clases es sumamente reducido, estando ademas sus posesiones sujetas á un millon de gravámenes. A cada instante ya hay que pagar una contribucion, ya un daño que reparar; no se conoce el derecho de sucesion ni de herencia en cuanto á los inmuebles; todo entra en la caja del gobierno, de quien se hace indispensable rescatarlo. Los menestrales son allí unas verdaderas máquinas á jornal, á quienes no se deja para el sustento sino lo tasado para no perecer. El arroz y trigo que cosechan pasan á la

mesa de sus señores, mientras que ellos no se reservan mas que el *durá* [1], con cuya harina hacen una especie de pan sin levadura, é insipido cuando está frio. Este pan cocido á la lumbre, que encienden con la boñiga seca de los búfalos y vacas [2], junto con algunas cebollas crudas y un poco de agua encima, constituye su alimento de todo el año: dichosos ellos si pueden agregar de cuando en cuando un poco de miel, una pizca de queso, leche cortada y algun puñado de dátiles. La carne y la grosura, á que son tan apasionados, no aparece sino en los dias muy festivos y entre las personas mas acomodadas. Todo su vestido consiste en una camisa de tela azul bien grosera y en una capa negra de un tejido claro y burdo. La cabeza se la cubren con una toca de cierta especie de paño, sobre la cual se enrollan un gran pañuelo de lana encarnado. Los brazos, piernas y pecho los llevan al aire, y la mayor parte no visten calzones. Sus habitaciones son unas chozas fabricadas de tierra, donde se ahoga cualquiera de calor y de humo, y en donde les asaltan muy á menudo todas aquellas enfermedades causadas por el desaseo, la humedad y los malos alimentos: en fin para colmo de penalidades, se juntan á estos males físicos los sustos de que viven agitados; el temor al saqueo de los Arabes, á las visitas de los

[1] Especie de grano muy parecido á las lentejas; crece por mazorcas sobre una caña de seis á siete pies de altura: es el *holcus arundinaceus* de Lineo.

[2] Téngase presente que el Egipto es un pais despejado de bosques.

Mamelucos; las venganzas de las familias y cuantas zozobras son consiguientes á la guerra civil, les mantienen constantemente sobresaltados. Esta pintura comun á todas las aldeas, no es mas halagüeña respecto á las ciudades. En el mismo Cairo el estrangero recien llegado no puede menos de notar la traza de ruina y de miseria que allí reina : el gentío que se agolpa en las calles no ofrece á sus miradas mas que andrajos asquerosos y una desnudez repugnante. Verdad es, que suelen encontrarse algunos señores á caballo ricamente vestidos; pero este contraste del lujo y la pobreza, sirve para hacer mas chocante el espectáculo de la indigencia. Cuanto se ve ó se oye indica que aquel pais es la mansion de la esclavitud y de la tiranía. No se habla de otra cosa sino de turbulencias políticas, de miseria pública, de estorsiones de dinero, de palizas y de muertes. La vida y la hacienda se hallan sin proteccion alguna. Se vierte la sangre de un hombre con la misma facilidad que la de un buey; y lo que es mas aun, la justicia la derrama sin formalidades ni trámites : el vigilante nocturno en sus rondas, y el oficial de dia en sus vueltas, juzgan, condenan y hacen ejecutar la sentencia, todo en un pestañear y sin recurso alguno. Estos agentes van acompañados de verdugos, y á primera órden cae la cabeza del infeliz sentenciado en el saco de cuero donde se recibe, para no manchar el puesto. ¡Ah si solo las apariencias del delito espusiesen al peligro de la pena! pero ¡cuántas veces sin otro motivo que la codicia de un potentado y la delacion de un enemigo, se cita ante el bey un individuo

porque se sospecha que posee dinero! Entonces se le exige cierta suma; y si la niega, le echan en tierra y le aplican doscientos ó trecientos palos en las plantas de los pies; y á veces no paran hasta no dejarle exánime. ¡Ay de aquel á quien se le traslucen comodidades! mil y mil espías estan siempre prontos á denunciarle; asi es que solo con la esterioridad de la pobreza se puede escapar de las rapiñas del poder.

§ II.

MISERIA Y HAMBRE DE ESTOS ULTIMOS AÑOS.

En los tres últimos años especialmente, esta capital y el Egipto entero han ofrecido el espectáculo de la miseria mas deplorable. A los males habituales hijos de una tiranía desenfrenada y á los acarreados por las revueltas de los años anteriores, vinieron á juntarse plagas naturales aun mas destructoras. La peste llevada de Constantinopla el mes de noviembre de 1783, ejerció sus acostumbrados estragos en todo el discurso del invierno : contáronse hasta mil y quinientos muertos salidos en un dia por las puertas del Cairo[1]: sin embargo, por un efecto harto comun en el pais,

[1] En Turquía los sepulcros, conforme al estilo de los antiguos, se hallan siempre fuera de las ciudades; y como cada sepultura está cubierta de ordinario por una gran losa, sobre una pequeña obra de mampostería, resulta de aquí casi otra ciudad que bien podria llamarse, como antiguamente en Alejandría, *Necrópolis*, es decir, *ciudad de los muertos*.

apareció el estío para templar sus rigores. Mas una vez disipado ese primer azote, le sucedió muy en breve una calamidad no menos espantosa. No habiendo sido suficiente la inundacion de 1783, quedó sin sembrarse una gran parte de las tierras por falta de regadío, y la otra por falta de semillas; y como en el año subsecuente tampoco llegase el desborde á los términos favorables, no tardó en declararse la carestía. Desde fines de noviembre, ya el hambre arrasaba con tanta gente en el Cairo como la misma peste; las calles, poco ha plagadas de pordioseros, ya no presentaban uno siquiera; todos perecieron, ó desertaron: la desolacion se propagó por todos los pueblos del interior; una multitud de desdichados, instigados por el deseo de la propia conservacion, se difundieron por los campos circunvecinos. Yo he visto toda la Siria inundada de ellos: en enero de 1785, las calles de Saida, de Acre y la Palestina entera hormigueaban de Egipcios, muy fáciles de reconocer donde quiera por su cútis trigueño; y aun hubo algunos que penetraron hasta Alepo y el Diarbekr. Es imposible averiguar exactamente la despoblacion causada en estos dos últimos años, porque los Turcos no llevan registros de muertos, ni de nacidos; ni menos forman censos de poblacion [1]; pero la opinion general era que el pais habia perdido la sesta parte de sus habitantes.

En tales circunstancias, se renovaron todas aquellas escenas espantosas, cuya mera narracion hace

[1] Tienen preocupaciones supersticiosas contra esta práctica.

estremecer, y cuya vista imprime un sentimiento de horror y de tristeza que difícilmente se borra. Los mismos horrores acaecidos en el hambre de Bengala en años anteriores, se repitieron en Egipto: las calles y plazas públicas estaban obstruidas de esqueletos ambulantes: en vano imploraban los moribundos con sus acentos lánguidos y lastimeros la piedad de los que pasaban; el temor del comun peligro empedernía los corazones; estos malhadados espiraban arrimados á las casas de los beys, que sabian estar atestadas de arroz y de trigo; aconteciendo á veces, para remate de tormentos, que los Mamelucos, importunados por sus clamores, los lanzaban á garrotazos. No se omitió medio alguno de los mas asquerosos para saciar el furor del hambre; las mas repugnantes inmundicias eran devoradas con placer; y nunca olvidaré haber visto, volviendo de Siria para Francia, el mes de marzo de 1785, en los muros de la antigua Alejandría, á dos miserables sentados sobre el cadáver de un camello, disputando á los perros aquellas piltrafas corrompidas.

Existen entre nosotros ciertas almas enérgicas, que despues de haber pagado el tributo de compasion que merecen desgracias tan inauditas, pasan de repente, por un impulso de indignacion, á imputarlas como crímenes á los que son víctimas de ellas. Esos severos filósofos, juzgan dignos de la muerte á los pueblos que no tienen ánimo para resistirla, ó que la sufren sin esperimentar el consuelo de la venganza. No satisfechos todavía, se estienden á alegar hechos de

esta especie en prueba de una paradoja moral temerariamente asentada, é intentando apoyar el pretendido axioma: *que los habitantes de los paises cálidos, envilecidos por temperamento y por carácter, estan destinados por la naturaleza á ser para siempre esclavos del despotismo.*

¿Pero acaso se ha examinado detenidamente si semejantes hechos han ocurrido ú no alguna vez en los climas que se quiere honrar con el privilegio esclusivo de la libertad? ¿Por ventura se ha observado con la debida exactitud si los datos generales con que se escudan, van acompañados de circunstancias y accesorios, que por lo regular hacen variar la naturaleza de los resultados? Acontece en política lo mismo que en medicina: asi en una como en otra los fenómenos, vistos aisladamente, nos estravian en cuanto á las verdaderas causas del mal. Los tales políticos se apresuran demasiado á erigir en reglas generales algunos casos particulares: estos principios universales que tanto agradan al entendimiento, casi siempre tienen el defecto de ser vagos. Es tan raro, en fin, que los datos sobre que se discurre sean exactos, y el observarlos es asunto tan delicado, que las mas veces es de temer se levanten sistemas sobre bases imaginarias.

En el caso presente, si se profundizan las causas del estado de nulidad en que yacen los Egipcios, nos convenceremos que ese pueblo avasallado por crueles circunstancias, es antes bien digno de lástima que de menosprecio. Efectivamente, no sucede respecto del estado político de este pais lo que acontece con el de nues-

tra Europa. Entre nosotros, disipándose cada vez mas las huellas de las antiguas revoluciones, los estrangeros vencedores han ido enlazándose gradualmente con los naturales vencidos; y de esta mezcla han resultado cuerpos de naciones idénticas, movidas en lo adelante por unos mismos intereses. Al contrario en Egipto y en casi toda el Asia, los pueblos indígenas, sojuzgados por revoluciones todavía recientes á conquistadores estraños, han formado cuerpos mistos, cuyos intereses son diametralmente opuestos. El estado se halla dividido propiamente en dos facciones; la primera, que es la del pueblo vencedor, cuyos individuos ocupan todos los empleos del poder civil y militar; y la segunda, la del vencido, que constituye todas las clases subalternas de la sociedad. La faccion gobernante, adjudicándose á título de conquista el derecho esclusivo de cualquiera propiedad, trata á la gobernada como un instrumento pasivo de sus goces; y esta en compensacion, privada de todo género de interes personal, le cede únicamente lo que no está en su arbitrio retener: su situacion es cabalmente la de un esclavo á quien se hace intolerable la opulencia de su señor y que de corazon quebrantaria las cadenas de la servidumbre, si tuviese á su alcance los medios de realizarlo. Esta impotencia es otro rasgo que distingue aquella constitucion de las nuestras. En los estados europeos, los gobiernos, como que obtienen los medios de gobernar del seno mismo de las naciones, no les es ni fácil, ni ventajoso abusar del poder; mas dado caso que los gobernantes se creasen intereses

personales y distintos de la comunidad, no podrian menos que encaminarlos á la tiranía. La razon es que fuera de aquella muchedumbre llamada *pueblo*, que aunque fuerte por su número, es débil por su desunion, hay un órden medio que, participando de los atributos del pueblo y del gobierno, equilibra en cierto modo al uno con el otro. Este órden le compone toda aquella clase de vecinos opulentos y acomodados que, esparcidos por los varios puestos de la república, tienen un interes comun en que se respeten los derechos de seguridad y propiedad de que disfrutan. En Egipto al contrario, se desconoce el estado medio, no existen aquellas clases numerosas de nobles, togados, eclesiásticos, comerciantes, hacendados, etc., que vienen á ser como un cuerpo intermedio entre el pueblo y el gobierno. Allí, ó todos son militares y curiales, esto es, empleados del gobierno; ó labradores, artesanos y mercaderes, es decir *pueblo*: y el *pueblo* sobre todo carece del recurso mas eficaz de luchar contra la tiranía, á saber, el arte de concentrar y dirigir sus propias fuerzas. Para destruir ó reformar los Mamelucos, seria menester una liga general de los paisanos, la cual es imposible de realizar, en razon de lo metódico del sistema de opresion: diríase al verle que los tiranos en todas partes tienen ciencia infusa para oprimir. Cada provincia y aun cada distrito es regido por un gobernador: cada aldea tiene su *teniente*[1], siempre alerta sobre los movimientos de la multitud. Si este oficial

[1] En árabe *qâiem-maqâm*, que palabra por palabra quiere decir *lugar-teniente*; de aquí se ha formado *caimacan*.

parece débil por ser solo contra todos, el poder á quien representa le hace fuerte. Por otro lado, la esperiencia enseña que donde quiera que un individuo posee arrojo bastante para volverse déspota, jamas deja de encontrar hombres degradados que coadyuven á la empresa. El teniente delega sus facultades á algunos miembros de la misma sociedad que tiraniza, y estos sugetos son otros tantos apoyos de su poder: celosos en estremo unos de otros, se disputan á porfía su valimiento, y él se sirve de cada uno de ellos alternativamente para destruirlos todos á la par. Las mismas rencillas y odios inveterados dividen tambien las familias de los lugares; pero aun suponiendo (lo que es casi imposible) los ánimos ya reconciliados, y que en consecuencia se verificase un acuerdo, ¿qué ventaja podria conseguir una tropa de paisanos provista de palos y hasta de fusiles, á pie y casi desnudos contra unos dragones tan ejercitados y armados de pies á cabeza? Yo por mi parte desespero tanto mas de la salvacion del Egipto cada vez que contemplo cuan á propósito es el terreno para maniobrar con la caballería. Si hasta entre nosotros, la infantería mejor organizada todavía teme medir sus fuerzas con la caballería en el llano ¿qué no será entre unas gentes que no conocen ni los primeros rudimentos de la táctica, y que ni aun pueden aprenderlos, porque son fruto de la práctica, y esta les es vedado adquirirla? En los paises montañosos es donde la libertad posee grandes recursos: allí, favorecido por la conformacion del terreno, un pequeño cuerpo de tropa suple el número con la habilidad:

unánime, por ser al principio poco numerosa, adquiere de dia en dia nuevas fuerzas con el hábito de ejercitarlas. El opresor, menos activo por ser ya poderoso, procura contemporizar; y al fin viene á suceder que esas mismas tropas de paisanos ó de ladrones que antes despreciaba, se trasforman en soldados aguerridos, que le disputan en la planicie asi el arte de combatir como el lauro de la victoria. En las regiones llanas al contrario, la menor gavilla que se forme, es disipada al punto; y el paisano bisoño que no sabe levantar un atrincheramiento, no le queda mas recurso que apelar á la piedad de su dueño y continuar en la servidumbre. Asi pues, si se tratara de sentar algun principio general, ninguno lo mereceria mas que el siguiente: *los paises llanos son la morada de la indolencia y de la esclavitud; y las montañas la patria de la energía y de la libertad*[1]. Podria muy bien acaecer que en su situacion actual los Egipcios no diesen muestras de valor, sin que se diga por ello que les falta el gérmen de esa prenda y que el clima se le haya rehusado. En efecto, aquel es-

[1] Efectivamente, la mayor parte de los pueblos tanto antiguos como modernos que se han distinguido por esfuerzos de bizarría, han sido casi todos montañeses. Los Asirios, que conquistaron las dilatadas regiones comprendidas entre el Indo y el Mediterráneo, bajaron de las montañas de Aturia. Los Caldeos eran oriundos de los mismos paises; los Persas de Ciro salieron de las serranías de la Elmaida, los Macedonios de los montes Rodofes. En los tiempos modernos, los Suizos, los Escoceses, Saboyanos, Miqueletes, Asturianos, los habitantes de las Cevénes, siempre libres ó difíciles de sojuzgar, serian otros tantos monumentos vivos de la generalidad de la regla, si la escepcion de los Arabes y de los Tártaros no indicase que hay otra causa moral, aplicable asi á las llanuras como á las montañas.

fuerzo continuo del ánimo que llamamos *valor*, es una cualidad que depende mucho menos del físico que del moral del hombre, y asi no es el mas ó menos calor, sino antes bien el brio de las pasiones y la confianza en nuestras propias fuerzas lo que nos infunde audacia para arrostrar los peligros. Si no existen estos dos requisitos, bien podrá el valor permanecer en la inaccion; pero en tal caso, son las circunstancias las que faltan, y no propiamente la facultad. Por otra parte, si hay hombres capaces de energía, deben de ser aquellos cuya alma y cuerpo arreciados, por decirlo asi, con el hábito de sufrir, han adquirido una cierta rigidez, en que se embotan los dardos del dolor; pues tales son los Egipcios. Es alucinarse voluntariamente el figurárselos como enervados por el calor y viciados por el libertinage. Los moradores de las ciudades y las personas pudientes viven sin duda en aquella molicie, que es patrimonio suyo en cualquier clima; pero los labradores, tan despreciados y conocidos bajo el nombre de *fellâhs*, saben soportar fatigas realmente pasmosas. Véseles pasar dias enteros sacando agua del Nilo, desnudos y espuestos á un sol que nos acabaria. Los que sirven de criados á los Mamelucos, siguen todos los movimientos del ginete. En poblado, en el campo, en la guerra, donde quiera los acompañan siempre á pie: se pasan dias enteros corriendo por delante ó detras de los caballos; y cuando llegan á cansarse, primero se atan á la cola que quedarse atrasados. Algunos rasgos morales de los Egipcios ofrecen inducciones análogas á los datos físicos. La terquedad que manifiestan

las gentes del pueblo en sus ojerizas y venganzas [1], su encarnizamiento en los combates que suelen librarse de lugar á lugar, el punto de honor que ponen en sufrir una paliza sin revelar su secreto [2], y aun la barbaridad con que castigan en sus mugeres é hijas el mas leve desliz contra el pudor [3]; todo ello nos convence que si la preocupacion ha sabido inspirarles entereza en ciertas cosas, esta entereza no necesita mas que direccion para convertirse en un valor formidable. Los alborotos y sediciones en que les hace estallar de cuando en cuando su ya cansada paciencia, señaladamente en la provincia de *Charquié*, indican un fuego cubierto de cenizas, que no aguarda para dar la esplosion, sino manos espertas que sepan agitarle.

§ III.

ESTADO DE LAS ARTES Y DE LOS ENTENDIMIENTOS.

Pero un obstáculo insuperable á cualquier feliz re-

[1] Cuando un hombre mata á otro, la familia del difunto exige de la del agresor el *talion*, cuyo reclamo se trasmite de generacion en generacion sin olvidarse jamas.

[2] Cuando uno resiste este género de tormento sin descubrir su dinero, dicen de él: *es todo un hombre*, y esta espresion le indemniza del dolor.

[3] Suelen á veces degollarlas por la mas mínima sospecha; y esta preocupacion reina igualmente en Siria. Hallándome yo en Ramlé, un hombre del pueblo se paseó muchos dias en la plaza del mercado con una capa manchada en la sangre de su hija, á quien habia degollado por una simple presuncion: el mayor número lo aprobaba: la justicia turca jamas se mezcla en cosas de esa especie.

volucion es la crasa ignorancia que les inunda; ella es la que cerrando los ojos á los entendimientos acerca de las causas de los males, los ciega asimismo en cuanto á los medios de curarlos.

Proponiéndome volver á tocar mas largamente este punto, que cual otros muchos anteriores, es comun á toda la Turquía, apenas me detendré por el momento. Baste observar que esta ignorancia, difundida en todas las clases de la sociedad, estiende su influencia sobre toda especie de conocimientos asi físicos como morales, sobre las ciencias, las bellas artes, y lo que es mas, las artes mecánicas. Puede asegurarse que las mas sencillas todavía estan en su cuna. Las obras de carpintería, cerragería y armería son sumamente groseras. Las mercerías, quinquillería, los cañones de fusil y de pistola son regiones que vienen todos del estrangero. Apenas se encuentra en todo el Cairo un relojero que sea capaz de componer un relox, y eso que los de este oficio son regularmente europeos. Los joyeros sí son mas comunes allí que en Esmirna y en Alepo; pero no saben propiamente ni montar un simple diamante de rosa. Se fabrica pólvora, pero es basta en estremo. Hay refinerías, pero el azúcar está lleno de melaza, y el blanco cuesta muy caro. Los únicos artículos que han alcanzado cierto grado de perfeccion son las sederías; y sin embargo, el trabajo es todavía mucho menos acabado, y el precio sin comparacion mas subido que en Europa.

CAPITULO XIII.

ESTADO DEL COMERCIO.

Causa sin duda maravilla que en medio de esa barbarie universal, el comercio no obstante haya conservado hasta el dia de hoy la actividad que se le ve desplegar en el Cairo: pero el exámen atento de las fuentes de donde deriva, nos dará la solucion del problema.

Dos causas principales contribuyen á hacer al Cairo el sitio de un vasto comercio. La primera es el acopio de todos los consumos del Egipto dentro de los muros de esta ciudad. Todos los grandes propietarios, es decir, los Mamelucos y los curiales estan reunidos en la capital y atraen á ella sus rentas, sin devolver nada al pais que se las suministra.

La segunda es su situacion geográfica, que la constituye un lugar de tránsito y un centro de circulacion, cuyas ramificaciones se estienden por el mar Rojo á la Arabia y la India; por el Nilo á la Abisinia y el interior del Africa; y por el Mediterráneo á la Europa y á todo el imperio turco. Anualmente llega al Cairo una caravana de Abisinia, que trae de mil á mil doscientos esclavos negros, dientes de elefante, oro en polvo, plu-

mas de avestruz, gomas, papagayos y monos [1]. Otra caravána formada en los confines de Marruecos y con destino á la Meca, atrae peregrinos hasta de las márgenes del Senegal [2]. Costea el Mediterráneo recogiendo á los de Argel, Trípoli, Tunez, etc., y llega por el desierto á Alejandría con tres ó cuatro mil camellos. De aquí pasa al Cairo, donde se junta con la caravana de Egipto. Ambas de concierto parten luego para la Meca, y regresan cien dias despues. Pero los peregrinos de Marruecos que tienen todavía seiscientas leguas por vencer, no vuelven á hallarse en sus hogares hasta despues de una ausencia total de un año largo. El cargamento de dichas caravanas consiste en telas de la India, chales de Cachemira, gomas, perfumes, perlas, y principalmente café del *Yémen*. Estos mismos efectos llegan por otra via á Suez, respecto á que los vientos del Sur que soplan en mayo, traen de veintiseis á veintiocho velas procedentes del puerto de Djedda. El Cairo no retiene para sí todo este acopio de mercancías; pero ademas de la porcion que consume, utiliza tambien en los derechos de pasage y en los gastos que hacen los romeros. Asimismo vienen de cuando en cuando pequeñas caravanas de Damasco

[1] Esta caravana viene por tierra orillando el Nilo: con ella volvió el ingles Bruce de Abisinia en 1772, donde acababa de hacer el viage mas atrevido que se ha emprendido en este siglo. En la travesía del desierto se encontró la caravana falta de comestibles, y se mantuvo por espacio de muchos dias con goma solamente.

[2] Yo he visto en el Cairo porcion de negros que llegaron en esta caravana, procedentes del pais de los *Fulis* al norte del Senegal, que decian haber visto algunos Francos en su tierra.

con sederías y cotones, aceites y frutas secas. Durante el buen tiempo se hallan siempre en la rada de Damieta algunos buques descargando tabaco de fumar de *Lataquié*. Es enorme el consumo de este renglon en Egipto. Dichos barcos reciben en cambio arroz, mientras que otras embarcaciones se suceden sin interrupcion en Alejandría, llevando pasageros de Constantinopla junto con vestidos, armas, pieles y mercerías. Tambien llegan varios otros de Marsella, Liorna y Venecia con paños, grana, telas y galones de Lyon, especerías, papel, plomo, hierro, zequíes de Venecia y dahlers de Alemania. Todos estos efectos, trasportados por mar á Roseta en unas barcas que denominan *djerm* [1], se depositan primero allí y despues se reembarcan en el Nilo para ser remitidos al Cairo. Segun la pintura que acabamos de hacer, no debe admirarnos que el comercio ofrezca un espectáculo tan grandioso en esta capital [2]; pero si se examina por qué canales se vierten estas riquezas, si consideramos que gran porcion de las mercaderías de la India y el café pasan al estrangero, que el descubierto se llena con los géneros de Europa y de Turquía; que el consumo del país se cifra casi esclusivamente en objetos de lujo que han recibido ya la última mano; en fin, si atendemos

[1] Especie de barquillas que llevan una inmensa vela latina, rayada de azul y negro como el cotí.

[2] En 1784, el Egipto consumia valor de cuatrocientos mil pesos de géneros nuestros, y nos daba en cambio casi seiscientos mil. Ahora bien, como este ramo era por lo bajo la quinta parte de todo su comercio, no puede computarse la totalidad en mas de tres millones de duros efectivos.

á que los productos dados en cambio son por la mayor parte materias primeras; se vendrá en conocimiento que todo ese inmenso tráfico se efectua sin acarrear grandes ventajas ni á la riqueza del Egipto, ni al bienestar de la nacion.

CAPITULO XIV.

DEL ISTMO DE SUEZ Y DE LA UNION DEL MAR ROJO CON EL MEDITERRANEO.

Ya hemos hablado del comercio que mantiene el Cairo con la Arabia y la India por el istmo de Suez. Esto nos trae á la memoria una cuestion de que suelen ocuparse mucho en Europa: á saber, si seria posible cortar el istmo que separa el mar Rojo del Mediterráneo, á fin de que los buques pudiesen cruzar á la India por una ruta mas corta que la del cabo de Buena-Esperanza. Comunmente se cree esta operacion practicable en razon de la angostura del istmo. Pero habiendo hecho un viage á Suez, la mera inspeccion del local me ha sugerido razones para pensar lo contrario.

Es constante que el espacio que divide los dos mares no escede de diez y ocho á diez y nueve leguas comunes; es asimismo cierto que este terreno no está interrumpido por montañas, tanto que desde la altura

de las azoteas de Suez no se descubre con el anteojo en toda aquella planicie desnuda y rasa hasta perderse de vista mas que una pequeña prominencia muy tendida hácia la parte del N. O.; de manera que no es la diferencia de niveles lo que se opone á la proyectada comunicacion [1]; mas el gran obstáculo consiste en que por todos los puntos en que se corresponden el mar Rojo y el Mediterráneo, la ribera á una y otra banda es un suelo bajo y arenoso, en donde se estancan las aguas formando charcos y cenagales sembrados de bancos, de suerte que los buques no pueden acercarse á la costa sino á una distancia considerable. Ahora bien, ¿cómo se ha de abrir un canal durable en las arenas movedizas? Por otro lado, la playa está desprovista de puertos, y asi seria preciso construirlos en todas sus partes; por fin, el terreno carece absolutamente de agua dulce, y seria forzoso para surtir una numerosa poblacion traerla en gran cantidad desde muy lejos, es decir, del Nilo.

[1] Los antiguos creyeron que el mar Rojo estaba mas elevado que el Mediterráneo; con efecto, si se observa que desde el canal de *Qolzum* hasta el mar tiene el Nilo una pendiente por espacio de treinta leguas, no se juzgará esta idea tan ridícula, aunque parezca que el nivel debió establecerse por el cabo de Buena-Esperanza. Añádase á esto que es constante que los vientos continuos por un mismo lado elevan las aguas sobre las riberas opuestas; asi los vientos del E. suspenden de doce á diez y ocho pulgadas el nivel del mar en los puertos de Tolon, Marsella y de la Cataluña; y el monzon del S. debe producir un efecto semejante en el canal largo y angosto del mar Rojo: *vice versá* el del norte producirá el efecto contrario: asi pues, en todo caso, lo primero que debe hacerse es verificar la observacion de los antiguos.

Luego el mejor y acaso el único medio de realizar la union es el que se ha practicado con éxito repetidas veces; á saber: abrir la comunicacion de los dos mares por el intermedio del mismo rio: el terreno se presta á ello sin esfuerzo; porque el monte Moqattam abatiéndose repentinamente á la altura del Cairo, tan solo forma una esplanada baja y semicircular, rodeada por un llano que conserva un nivel igual desde las orillas del Nilo hasta la punta del mar Rojo. Los antiguos, que desde muy temprano hubieron de penetrarse de las circunstancias de la localidad, tuvieron la idea de juntar los dos mares por un canal conducido hasta el rio. Estrabon observa que el primero de estos acueductos se construyó bajo el reinado de Sesóstris, es decir, en tiempo de la guerra de Troya [1]; y en prueba de la gran impresion que causó esa obra, se notará que el citado geógrafo advierte que *tenia cien codos* (ó ciento setenta pies) *de ancho sobre una profundidad suficiente para navegar un bajel de mucho porte.* Despues de la invasion de los Griegos, le restablecie ron los Tolomeos; y bajo la dominacion de los Romanos fue reedificado por Trajano. En fin hasta los Arabes han seguido el ejemplo. *En tiempo de Omar ebn-el Kattab* (año 640), dice el historiador el-Makin, *sufriendo las ciudades de la Meca y Medina los rigo-*

[1] Estrabon, lib. 17. Nótese que la guerra de Troya, segun cálculos que me son peculiares, corresponde á la época de Salomon. Véase una *Memoria sobre la cronologia antigua* inserta en el *Diario de los sabios* correspondiente al mes de enero de 1782; y tambien en la *Enciclopedia metódica*, tom. 3, del artículo *Antigüedades.*

res de la carestía, ordenó aquel califa al gobernador de Egipto Amrú que echase un canal del Nilo á Qolzum, á fin de que en adelante pasasen por esa via las contribuciones de trigo y de centeno destinadas para la Arabia. Ciento treinta y cuatro años despues, el califa Abú-Djafar-al-Manzor le hizo cegar por el motivo contrario de interceptar los víveres á un descendiente de Alí que se habia amotinado en Medina; y desde esa época jamas se ha vuelto á abrir. El memorado canal es el mismo que va el dia de hoy al Cairo, y se pierde en la campiña sita al nordeste de *Berket-el-Hadj*, ó *lago de los Peregrinos*. *Qolzum*, que es el *Clysma* de los Griegos, en cuyo parage iba á besar, está arruinado muchos siglos ha; pero el nombre y el solar subsisten todavía en un montecillo compuesto de arena, ladrillos y piedras, situado á trecientos pasos al norte de Suez, o rillas del mar, frente al vado que conduce al manantial de *el-Nabâ*. Yo he visto este lugar, como lo hizo Niebuhr; y los Arabes me han informado lo mismo que á él que se llamaba *Qolzum;* asi pues, Danville se ha equivocado, cuando por una indicacion viciosa de Tolomeo, ha desviado la situacion de *Clysma* ocho leguas mas al mediodia. Júzgole igualmente estraviado en la aplicacion que hace de la localidad de Suez á la antigua *Arsinoé:* pues hallándose sita esta ciudad, segun Griegos y Arabes, al norte de *Clysma,* debemos rastrear sus huellas, siguiendo la indicacion de Estrabon [1], *allá en lo mas retirado del golfo, tirando hácia el Egipto*, sin

[1] Lib. 17.

llegar empero, como Savary, hasta *Adjerud*, que está demasiado al oeste: debemos pues circunscribirnos al terreno bajo que se estiende cerca de dos leguas al estremo del golfo actual; siendo asi que este espacio es toda la retirada que se puede conceder al mar en el discurso de diez y siete siglos. Anteriormente estas comarcas estaban pobladas de ciudades que han desaparecido á par que el agua del Nilo: las acequias que la traian se han destruido; porque en terreno tan movedizo se ciegan rápidamente, ora por la accion del viento, ora por la caballería de los árabes Beduinos. En el dia el comercio del Cairo con Suez se hace solo por medio de caravanas, que se juntan en las épocas de la entrada y salida de los buques; es decir, á fines de abril ó principios de mayo, y en todo el curso de julio y agosto. Aquella en cuya compañía fuí yo en 1783, constaba de cinco á seis mil hombres, y de unos tres mil camellos[1].

[1] Estuvo mas de mes y medio ya reunida, difiriendo la partida por varios motivos, entre otros por haberles tocado dias *aciagos*, en cuyo punto son los Turcos tan supersticiosos como los Romanos *. Por fin partió el 27 de julio y llegó á Suez el 29, habiendo gastado otras tantas horas por el camino de los Hauatâs, que está una legua mas al sur que el lago de los Peregrinos.

* La mala semilla cunde hasta por los campos mejor cultivados. Entre los marineros de los Estados-Unidos de América está tan arraigada la creencia en los dias *aciagos*, que no hay capitan de barco, por despreocupado que sea, que ose hacerse á la vela en *viernes*. Por esta prudente condescendencia no solo evita, que su tripulacion esté agitada de disgusto y recelo durante la navegacion, sino que, caso de contratiempo, puedan atribuirlo, como acontece, á su temerario desprecio por tan *infausto dia*. Este ejemplo de los Estados-Unidos se hace mas notable por la circunstancia de ser, por causas bien obvias, uno de los pueblos del mundo mas esento de preocupaciones. Es de presumir que esta les haya sido trasmitida por sus progenitores los

El cargamento consistia en maderas, velas y jarcias para las embarcaciones de Suez; algunas anclas, cargadas cada una en cuatro camellos; barras de hierro, planchas de estaño y plomo; varios fardos de telas y barriles de grana; trigo, cebada, habas, etc.; piastras de Turquía, zequíes de Venecia y dahlers del imperio. Todas estas mercancías iban con destino á Djedda, la Meca y Moca, donde satisfacen el débito resultante de las que vienen de la India, y del café de Arabia, en el cual estriba principalmente el grueso de los retornos. Habia ademas un sin número de peregrinos que preferian la ruta de mar á la de tierra, y finalmente las provisiones necesarias, como arroz, carne, carbon y hasta el agua; porque Suez es el lugar mas desprovisto de cuantos hay en el mundo. Tendiendo la vista desde lo alto de las azoteas por sobre la llanura arenosa del norte y del oeste, ó por los peñascos blanquecinos de la Arabia al oriente, ó sobre el Océano y el *Moqattam* hácia el sur, por ningun lado se descubre un árbol, ni una mancha verde, donde solazarse los ojos fatigados de tan desapacible perspectiva. Arenales amarillentos ó una dilatada marisma de agua verdosa: he ahí todo lo que presenta la mansion de Suez; y el estado ruinoso de las casas contribuye á hacerla aun mas tétrica. La única agua potable que se encuentra en

Ingleses. Inclínome á pensarlo tanto mas, cuanto advierto una cierta propension á las ideas supersticiosas en la gente de mar de todas partes, y generalmente en aquellos hombres cuya suerte está mas espuesta á la merced de los elementos, ó á las vicisitudes de la fortuna. No será estraño pues, que reinen preocupaciones de esta especie en la nacion marítima y mercantil por escelencia. *Nota del traductor.*

sus inmediaciones viene de *el-Nabâ*, es decir, *la fuente*, sita á tres horas de camino sobre la costa de Arabia: es tan salobre que solo mezclándola con un poco de aguardiente *rom*, puede ser bebible para los europeos. El mar podria surtirles de pescado y conchas en abundancia; pero los Arabes pescan poco y mal. Asi pues, por los inconvenientes mencionados, una vez que parten los buques, no quedan en Suez mas almas que el gobernador mameluco y doce á quince personas que componen su casa y la guarnicion del lugar. La fortaleza, aunque solo sea una casucha mezquina, los Arabes la miran como una cíudadela por tener seis cañones de bronce de á cuatro y dos artilleros griegos que no disparan sin volver la cara. El puerto es un malecon miserable, donde no pueden atracar ni aun las barquillas de menos porte sino en pleamar: pero tal como es, allí se cargan las mercancías para ser conducidas cruzando por los bancos de arena á los buques que fondean en la rada. Esta, distante una legua de la ciudad, se halla separada de ella por una playa que queda enjuta en la baja marea: carece de toda especie de resguardo; de suerte que se podria haber atacado inpunemente á los veintiocho buques que conté allí. Estos por sí mismos son incapaces de resistencia, mediante á que toda la artillería que montan se reduce á cuatro pedreros mohosos. Cada año va disminuyendo su número; porque costeando incesantemente por una playa llena de escollos, se pierden siempre por lo menos uno entre nueve. En 1783, como recalase uno de ellos á *el-Tor* para

hacer aguada, fue sorprendido por los Arabes á tiempo que la tripulacion dormia en tierra. Despues de haber desembarcado mil quinientos fardos de café, abandonaron la nave á merced del viento, el cual la arrojó sobre la costa. El astillero de Suez no es el mas á propósito para reponer semejantes pérdidas; pues allí apenas se construye una *cayasa* en tres años. Por otra parte, el mar que con su flujo y reflujo aglomera las arenas sobre la playa, acabará por cegar el canal, y acontecerá á Suez lo mismo que á *Qolzum* y *Arsinoé*. Si el Egipto tuviera entonces un buen gobierno, se aprovecharia de la coyuntura para edificar otra ciudad en la misma ensenada, donde se podria cortarla por una calzada de siete ú ocho pies de elevacion tan solamente, respecto á que la marea no sube de ordinario mas que tres pies y medio. Asimismo deberia reparar ó abrir de nuevo el canal del Nilo, y de este modo se ahorrarian los cien mil duros que cuesta anualmente la escolta de los Arabes *Hauatats* y *Ayaidí*. Ultimamente, para evitar la peligrosísima barra del *Bogaz* de Roseta, se haria navegable el canal de Alejandría, desde cuyo punto se descargarian inmediatamente las mercancías en el puerto. Pero semejantes empresas jamas serán objeto de los desvelos del gobierno actual. Ni aun la mezquina proteccion que dispensa al comercio, está fundada sobre motivos racionales; si le tolera, es porque en él encuentra un medio de satisfacer su rapacidad, una fuente de donde saca perennemente sin cuidarse de que se agote. Tampoco sabe aprovecharse del grande interes que tienen los Europeos en comunicar

con la India. De nada ha valido que los Ingleses y Franceses hayan tentado entrar en negociaciones para abrir este derrotero; pues siempre se ha negado de plano, ó ha hecho inútiles todos los arreglos. Seria lisonjearse en balde el esperar resultados felices y durables, cuando se trata de haberlas con un gobierno semejante; pues aun caso de estar concluidos los tratados, las revoluciones que de la noche á la mañana trastornan el estado del Cairo, los harian completamente ilusorios. Asi aconteció respecto del convenio que celebró el gobierno de Bengala con Mohammad-bey en 1775. Por otro lado, es tal la codicia y mala fé de los Mamelucos, que siempre encontrarán pretestos para vejar á los negociantes, ó para aumentar, faltando á su palabra, los derechos de aduana. Los del café son enormes en la actualidad, el fardo de este fruto que pesa trecientas setenta y tres á setenta y cinco libras, y cuesta en Moca cuarenta y cinco *patacas* [1] ó sea cuarenta y siete duros y un quinto, paga en Suez por derecho de *bahr* ó de *mar* veintiseis duros, *item* trece pesos seis y medio reales, gravámen impuesto en 1783 [2]; de suerte

[1] Este es el nombre que dan los Provenzales al dahler del Imperio, conforme á la denominacion de los Arabes que le llaman *rial obutâqa*, es decir *padre de la ventana*, en razon del escudo de armas, que semeja, segun dicen ellos, á una ventana. El dahler vale veintiun reales de vellon.

[2] En mayo de 1783, la flota de Djedda que constaba de veintiocho velas, entre las cuales habia cuatro buques con troneras para sesenta cañones, trajo cerca de treinta mil fardos de café, que al respecto de trecientas setenta libras cada uno componen el peso total de cien mil quintales; pero es de advertir que los pedidos de ese año

que si agregamos el seis por ciento que cobran en *Djedda*, tendremos que los derechos casi igualan al precio de compra[1].

CAPITULO XV.

DE LAS ADUANAS É IMPUESTOS.

La administracion de las aduanas constituye en Egipto, asi como en toda la Turquía, uno de los empleos principales y mas lucrativos del gobierno. El encargado de ellas es á un tiempo contralor y asentista general. De él dependen todos los derechos de entrada, de salida y circulacion: él nombra cuantos subalternos le place para su recaudacion. A esto añade los

fueron un tercio mas de lo ordinario. Asi que, deben contarse solamente de sesenta á setenta mil quintales anuales. El fardo paga cuarenta y tres pesos un real de derecho en Suez; de forma que los treinta mil han rendido á la aduana un millon doscientos noventa y seis mil.

[1]

En Moca................	3 pesos	1 3/5 reales.
En Suez................	27	3 1/5
Item...................	13	6 2/5
Total de derechos...	44	3 1/5
Compra...........	47	1 3/5
Suma...	91	4 4/5

A que se agrega flete, pérdidas y averías: asi no debemos admirarnos de que el café de Moca se venda de tres á cuatro reales la libra en Egipto, y á cinco y medio en Marsella.

paltes, ó *privilegios* esclusivos de los anatrones de *Terané*, de las sodas de Alejandría, de la cañafístula de Tebaida y de las hojas de sen de la Nubia; en suma es el árbitro del comercio, y por supuesto le arregla á su antojo. La contrata nunca pasa de un año: el precio del arrendamiento, en 1783, ascendia á mil bolsas, que á razon de quinientas piastras cada una, y de medio duro la piastra, hacen doscientos cincuenta mil pesos. Verdad es que debe agregarse tambien el contingente de las llamadas *avanías* [1], ó sean, demandas accidentales; quiere decir, que cuando Murad-bey ó Ibrahim necesitan cien mil ó mas pesos, hacen venir á su presencia al administrador, quien jamas se exime de contarlos; mas en virtud del rescripto que le otorgan, queda facultado para descargar la avanía sobre el comercio, repartiéndola arbitrariamente entre los varios gremios y naciones, tales como Francos, Berberiscos, Turcos, etc., aconteciendo con frecuencia que este arreglo le reporta grandes ventajas. En algunas provincias de Turquía el administrador está encargado asimismo de la percepcion del *mirí*, especie de impuesto que gravita únicamente sobre las tierras. Mas en Egipto el manejo de ese ramo se halla confiado á los escribanos coptos, que le ejercen bajo la direccion del secretario del comandante. Dichos escribanos llevan los registros de cada pueblo, y les compete colectar los tributos y exhibirlos en el erario: muy á menudo suelen aprovecharse de la ignorancia de los

[1] Estorsion pecuniaria que suelen padecer en Turquía los mercaderes, pasageros, y domiciliarios de otro culto. *Nota del traductor.*

campesinos para dar por no recibidos los descargos, y de esta manera les hacen pagar en segundas : en consecuencia les obligan á vender sus bueyes, búfalos, etc., y ni la estera en que descansan estos infelices se liberta de las garràs de los perceptores. La tasa ordinaria deberia ser de treinta y tres piastras por *feddân*, es decir, cerca de diez y siete pesos por cada yunta de bueyes; pero suele llegar abusivamente hasta cuarenta duros. Calcúlase que la suma total del *mirí*, recaudado asi en dinero como en especies, á saber, trigo, cebada, habas, arroz, etc., puede montar á nueve ó diez millones de duros cuando se vende el pan á un *fadda* por *rotle*, esto es, á dos cuartos la libra de catorce onzas.

Pero volviendo á las aduanas, segun costumbre antigua, eran desempeñadas por los Judíos; mas habiéndolos arruinado completamente Alí-bey con una enorme avanía en 1769, pasó en seguida la administracion á manos de los cristianos de Siria, en cuyo poder se mantiene todavía. Estos cristianos, que vinieron de Damasco al Cairo hace cosa de cincuenta años, no eran en los principios sino dos ó tres familias; mas la fama de las utilidades que reportaban fue atrayendo otras poco á poco hasta que su número ha crecido á cerca de quinientas. Con su moderacion y economía lograron irse apoderando uno tras otro, de todos los ramos del comercio, y al cabo se hallaron en disposicion de arrendar la aduana cuando acaeció el desastre de los Judíos : desde entonces han adquirido tal opulencia y llevan tan lejos sus pretensiones, que es de

temer acaben con la misma suerte que aquellos israelitas. Creyóse llegado ese momento cuando su gefe, Antonio *Farauan*, desapareció clandestinamente del Egipto (en 1784) dirigiéndose á Liorna en pos de la seguridad necesaria para gozar de una fortuna de seiscientos mil duros; pero este acontecimiento de que no habia ejemplo en el pais [1], tampoco ha traido consecuencias.

§ I.

DEL COMERCIO DE LOS FRANCOS EN EL CAIRO.

Despues de estos cristianos la clase mas considerable de negociantes es la de los europeos conocidos en Levante bajo el nombre genérico de *Francos*. Desde tiempos muy atras habian tenido los Venecianos establecimientos en el Cairo, donde espedian sargas, sederías, cristales, mercerías, etc. Los Ingleses participaban igualmente, enviando paños, armas y quinquillería, que han conservado hasta el dia de hoy la reputacion de superioridad: mas como los Franceses hayan suministrado despues los mismos géneros mucho mas barato, se han llevado la preferencia, sobre veinte años hace, en términos de escluir enteramente á sus rivales. El pillage que sufrió la caravana que quiso pasar de Suez al Cairo, en 1779 [2], acabó de des-

[1] En general los orientales tienen una aversion decidida contra las costumbres de Europa; lo que les aleja toda idea de emigracion.

[2] Los periódicos de entonces hablaron largamente de este pillage

cargar el último golpe á los Ingleses; y desde esa época no se ha vuelto á ver en dichas ciudades ni tan solo un factor de esta nacion. El comercio principal de los Franceses en Egipto, asi como en todo el Levante, consiste en paños ligeros del Languedoc, llamados *londrinos* primeros y *londrinos* segundos. Despáchanse un año con otro de novecientos á mil fardos. La utilidad que dejan es de treinta y cinco y cuarenta por ciento; pero como en el recambio sufren una pérdida de veinte y veinticinco, el producto neto se limita á un quince por ciento. Los demas renglones de impor-

con ocasion de M. de Saint-Germain, de la isla de Borbon, cuyo desastre hizo tanto ruido en Francia. Componíase la caravana de oficiales y pasageros ingleses y de algunos prisioneros franceses, que habian venido en dos buques á desembarcar en Suez, para trasladarse á Europa por la via del Cairo. Informados los árabes Beduinos de *Tor* de que los pasageros llevaban un rico cargamento, resolvieron pillarlos, y efectivamente lo verificaron á cinco leguas de Suez. Los Europeos, despues de haber quedado desnudos como la palma de la mano, y dispersos por el terror, se dividieron en dos bandos. Los unos regresaron á Suez, y los otros en número de siete, creyéndose capaces de arribar al Cairo, se internaron en el desierto. Bien pronto el cansancio, la sed, el hambre y los ardores del sol fueron acabando con ellos uno á uno. Solo M. de Saint-Germain resistió á todas estas plagas. Por espacio de tres dias y dos noches anduvo errante por tan desamparado y árido desierto, helado con el viento del norte por la noche (era en enero), quemado por el sol durante el dia, sin otra cobija que la que le proporcionaba un zarzal, donde metia la cabeza por entre las espinas, y sin mas bebida que su propia orina. Por fin, al cabo de tres dias habiendo columbrado el agua de *Berket-el-Hadj*, hizo los últimos esfuerzos por dirigirse allí, pero antes de llegar ya habia caido tres veces desfallecido, y tal vez se habria quedado en el sitio, si un campesino que iba montado en su camello, no le hubiera divisado á una gran distancia. Este hombre caritativo se le llevó á su

tacion vienen á ser hierro, plomo, especerías, ciento veinte barriles de cochinilla, algunos galones, estofas de Lyon, varios artículos de mercería, y finalmente, dahlers y zequíes.

En cambio reciben café de Arabia, gomas de Africa, cotonías groseras fabricadas en Manuf, y que son remitidas á América; cueros sin curtir, azafran, sal amoniaca y arroz [1]. Estos efectos por rareza llenan el saldo, por lo que casi siempre se hallan embarazados para los retornos: no se crea empero que sea por falta de

casa y le asistió con la mayor humanidad por espacio de tres dias. Al cabo de este término, enterados de la aventura los negociantes del Cairo, hicieron traer á Saint-Germain á la ciudad, adonde llegó en la situacion mas deplorable que imaginarse puede. Su cuerpo era todo una llaga viva, su aliento cadavérico, apenas le restaba un soplo de vida. Sin embargo, á fuerza de esmero y diligencia, Cárlos Magallon, que le habia hospedado en su casa, tuvo la satisfaccion no solo de salvarle la vida, sino de restablecerle completamente. Mucho fue lo que se exageró en ese tiempo la barbarie de los Arabes, cuando es constante que á nadie quitaron la vida: ahora que estamos ya mejor impuestos del suceso, debemos mas bien reprender la suma imprudencia de los europeos, que en todo el negocio se condujeron cual unos insensatos. Reinaba entre ellos la mayor discordia; y habian llevado la negligencia á tal estremo, que no tenian á mano siquiera una pistola servible: todas las armas estaban encerradas en los cajones. Por otro lado, parece que los Arabes no obraron de por sí; respecto á que sugetos muy instruidos del caso, aseguran que todo habia sido plan concertado de antemano en Constantinopla por la compañía inglesa de la India, la cual veia de muy mal ojo que los particulares entrasen en competencia con ella para el despacho de las mercaderías de Bengala; y lo ocurrido en el discurso de las pesquisas ha comprobado la verdad de ese aserto.

[1] El trigo está prohibido, y Pococke observaba en 1737 cuanto habia dañado esta providencia al cultivo.

variadas producciones; puesto que el Egipto cosecha trigo, arroz, durá, mijo, ajonjolí, algodon, lino, cañafistula, sen, cañas de azúcar, nitro, sal amoniaca, anatron, miel y cera. Tambien podrian tener sedas y vinos; pero faltan la industria y la actividad, porque el que se dedicase á estos ramos, no disfrutaria de su trabajo. Calcúlase que la importacion que hacen los Franceses puede ascender á quinientos ó seiscientos mil pesos. La Francia habia mantenido allí un cónsul hasta el año de 1777; pero atendidos los gastos que ocasionaba, se vieron precisados á estinguir la plaza. Transfirióse entonces á Alejandría, y los negociantes, que le dejaron partir sin reclamar indemnizaciones, se han quedado en el Cairo de su cuenta y riesgo. La situacion de estos comerciantes, que hasta el presente no ha variado, es muy parecida á la de los Holandeses en Nangazaki, es decir, que encerrados en un gran callejon sin salida, viven entre sí con poca ó ninguna comunicacion con los de fuera: puede decirse que aun les temen, y asi no salen sino lo menos posible, á fin de no esponerse á los insultos del populacho, que odia hasta el nombre de Francos, ó á los ultrajes de los Mamelucos que les obligan en la calle á apearse de sus asnos. Hallándose en esta especie de detencion perpetua, tiemblan á cada instante de que la peste les compela á encerrarse en sus casas, ó que alguna asonada esponga su *tierra* al pillage, ó bien que el comandante exiga sumas de dinero[1], ó finalmente, que los

[1] Se ha notado que estas avanías ascienden un año con otro á doce ó trece mil pesos.

beys les fuercen á hacer suministros, lo que es siempre riesgoso. No son menores los sobresaltos que les acarrean sus negocios. Precisados á vender al fiado, por rareza son pagados en los plazos convenidos. Ni aun las letras de cambio tienen póliza de ninguna especie, ni recurso en justicia, porque la justicia es un mal peor que la bancarrota: todo se hace en conciencia, y la conciencia se va ensanchando cada dia mas: es cosa corriente diferir los pagos por años enteros; á veces suelen no verificarlos absolutamente, y de seguro que siempre padecen desfalcos. Los cristianos, sus principales corresponsales, son mas infieles en este punto que los mismos Turcos; siendo de notar que en todo el imperio hallamos el carácter de los cristianos muy inferior al de los musulmanes; sin embargo, se ven en la forzosa necesidad de hacerlo todo por mano de ellos. Agréguese que jamas se logra realizar los fondos, porque no es dable recobrar una deuda sin empeñarse en otra acreencia mas cuantiosa. Por todas estas razones el Cairo es la escala mas precaria y molesta que hay en Levante: hace quince años que se contaban allí nueve casas francesas; en 1785 ya estaban reducidas á tres, y muy en breve no quedará ni una siquiera. Muchos cristianos, con haberse trasladado de poco acá á Liorna, infieren un gravísimo detrimento á los establecidos en el Cairo, en razon de la correspondencia inmediata que llevan con sus compatriotas; y el gran duque de Toscana, que les trata como tales súbditos, contribuye con el mayor conato al acrecentamiento de su comercio.

CAPITULO XVI.

DE LA CIUDAD DEL CAIRO EN PARTICULAR.

El Cairo, de que tanto hemos hablado ya, es una ciudad tan célebre, que merece la hagamos conocer mejor, estendiéndonos algo mas. La capital del Egipto no lleva el nombre de *el-Qâhera* que le dió su fundador; los Arabes no la conocen sino por el de *Masr*, que no tiene signicacion sabida; con todo, parece ser el antiguo nombre oriental del Bajo-Egipto [1]. Está situada sobre la ribera oriental del Nilo, á un cuarto de legua de distancia, lo que la priva de una gran ventaja: sin que esta falta pueda ser compensada por el canal que la une al rio; porque no tiene agua corriente, sino mientras dura la inundacion. Cuando oimos hablar del *gran Cairo*, se nos figura que será una capital por lo menos semejante á las nuestras; mas si se advierte que entre nosotros las ciudades no principiaron á decorarse sino de cien años á esta parte, se percibirá fácilmente que en un pais donde todo se halla todavía en el siglo décimo, deben participar los ve-

[1] Este nombre *Masr*, tiene las mismas consonantes que el de *Mesraim*, citado por los Hebreos; el cual respecto de hallarse en plural, parece designar propiamente los habitantes del Delta, al paso que los de la Tebaida se llamaban *benikus*, es decir *hijos de kus*.

cinos de la metrópoli de la barbarie general. Asi el Cairo no presenta ni aquellas plazas regulares, ni aquellas calles alineadas, ni aquellos suntuosos edificios públicos ó privados, en donde la arquitectura ostenta todos sus primores. Los arrabales estan desfigurados por colinas polvorosas, formadas de los escombros que se amontonan diariamente [1]; y en sus cercanías la multitud de sepulcros y la infeccion de los muladares ofrecen una perspectiva tan repugnante á la vista como desagradable al olfato. En lo interior, las calles son estrechas y tortuosas; y como no estan empedradas, la muchedumbre de hombres, camellos, asnos y perros que se agolpan en ellas, levantan un polvo insuportable: muchas veces suelen los vecinos regar delante de sus puertas, y entonces á la polvareda suceden el lodo y los vapores fétidos. Las casas son de dos y de tres pisos, contra el uso universal del Oriente, y estan terminadas por una azotea enlosada, ó solada de barro: la mayor parte estan construidas con tierra y ladrillos mal quemados; y algunas con piedras blandas de un hermoso grano, estraidas del monte *Moqattam*, que está allí cerca: todas ellas tienen la apariencia de prisiones, por carecer de luces á la calle. En un pais semejante es sumamente arriesgado estar claro; y aun se tiene la precaucion de hacer muy baja la puerta de la entrada: lo interior está muy mal distribuido; no obstante, en las habitaciones de los grandes se encuen-

[1] El sultan Selim habia destinado barcas espresamente para que estuviesen de continuo arrojándolos al mar; pero se ha destruido este establecimiento, para apoderarse de los fondos.

tran algunas comodidades y adornos: con especialidad deben celebrarse las magníficas salas donde salta el agua sobre receptáculos de mármol. El pavimento, formado de una taracea de la misma piedra y de loza de varios colores, está cubierto de esteras y colchones, y encima de todo de una rica alfombra, sobre la cual se sientan con las piernas cruzadas. Al rededor de la pared hay una especie de sofá cargado de almohadones movibles, muy cómodos para apoyar la espalda, ó los codos: á siete ú ocho pies de altura hay un estante en cuyos entrepaños se muestran ricas porcelanas de la China y del Japon. Las paredes, por otra parte desnudas, estan pintorreteadas con algunas alegorías sacadas del *Alcoran* y varios arabescos de colores, con cuyos ornatos suelen tambien recargar los portales de los beys. Las ventanas no tienen vidrieras ni bastidores corredizos, sino únicamente un enrejado, cuya hechura cuesta á veces mas que nuestros cristales. La claridad les viene de los patios interiores, de donde arrojan los sicómoros un reflejo verde muy grato á la vista. En fin, una abertura al norte, ó en la cumbrera del techo, les proporciona la circulacion del aire, al paso que por una contradiccion bien estravagante, se envuelven con vestidos y muebles calientes, como son las mantas de paño y las pieles. Los ricos creen que con estas precauciones evitan las enfermedades; pero la gente del pueblo, sin mas abrigo que su triste camisa azul y sus duras esteras por cama, se resfria menos y goza siempre de mejor salud.

POBLACION DEL CAIRO Y DEL EGIPTO.

Repetidas veces se ha cuestionado sobre la poblacion del Cairo. Si creemos al aduanero *Antonio Faraum*, citado por el baron de Tott, es de cerca de setecientas mil almas, comprendido el *Bulaq* (arrabal y puerto separado de la ciudad); pero en Turquía todos los cálculos de poblacion son en estremo arbitrarios; porque allí no se llevan registros de nacimientos, ni de muertes, ni de matrimonios: y aun los musulmanes, segun hemos notado ya, tienen preocupaciones supersticiosas contra la costumbre de empadronar. Solamente seria posible computar el número de cristianos por medio de las cédulas de su capitacion [1]. Todo lo que podemos asegurar es que, segun el plano levantado por Niebuhr en 1761, el Cairo tiene tres leguas de circumferencia, es decir, poco mas ó menos el circuito de Paris tomado por la línea de los *baluartes*. En este recinto se incluye un sin número de jardines, patios, terrenos vacíos y ruinas. Ahora bien; si Paris dentro del recinto de los baluartes no encierra mas de setecientas mil almas, aunque las casas sean de cinco pisos; es muy difícil creer que el Cairo, que solo las tiene de dos, pase de doscientas cincuenta mil almas. Es asimismo impracticable apreciar con exactitud la poblacion total del Egipto. No obstante, como es bien sabido que el número de ciudades, villas

[1] Que se llama *karadj*; esta *k* se pronuncia como *jota* española.

y aldeas no escede de dos mil trecientas [1], y como no se pueda valuar el de habitantes de cada lugar, uno con otro, en mas de mil almas, aun entrando en este cálculo el Cairo; se sigue que la poblacion total no debe pasar de dos millones y trecientas mil almas. El área de las tierras labrantías, segun Danville, es de dos mil cien leguas cuadradas, de donde resultan mil ciento cuarenta y dos habitantes por legua cuadrada. Esta proporcion, mayor que la de la misma Francia, podrá hacer creer á algunos que el Egipto no está tan despoblado como se imagina; pero si se observa que las tierras jamas descansan, y que son todas feraces, se convendrá en que esta poblacion es muy reducida en comparacion de lo que ha sido y de lo que podria ser.

Entre las singularidades que llaman la atencion del estrangero en el Cairo, se puede citar la caterva prodigiosa de perros espantosos que vagan por las calles, y las bandadas de milanos que vuelan sobre las casas, dando graznidos importunos y lúgubres. Los musulmanes, lejos de matar ni unos ni otros, aunque los reputan igualmente inmundos [2], les suelen echar las sobras de sus mesas; y los devotos establecen una especie

[1] Danville examinó dos listas de los pueblos del Egipto: la una del siglo pasado cuenta dos mil seiscientas noventa y seis ciudades y aldeas: la otra de mediados del presente dos mil trecientas noventa y cinco, de las cuales novecientas cincuenta y siete pertenecen al Saïd y las mil cuatrocientas treinta y nueve al Delta; lo que asciende sin embargo, como observa el mismo Danville, á dos mil trecientas noventa y seis. El resúmen que yo doy es del año de 1783.

[2] Las tórtolas, que allí abundan á millares, hacen sus nidos en las casas, y ni aun los muchachos las tocan.

de *fundaciones* en favor de los perros para proveerles de pan y agua. Estos animales tienen por otra parte el recurso de los basureros, que en verdad no les libra de que algunas veces padezcan sus buenas crujías de hambre y sed; pero lo que debe admirar es que semejantes ayunos jamas sean seguidos de la rabia. *Próspero Alpino* habia hecho ya esta observacion en su *Tratado de la medicina de los Egipcios*. La rabia se desconoce igualmente en Siria; no obstante, el nombre de esta enfermedad existe en la lengua arábiga, y no es de orígen estrangero.

CAPITULO XVII.

DE LAS ENFERMEDADES DEL EGIPTO.

§ I.

DE LA PÉRDIDA DE LA VISTA.

Este fenómeno en el género de las enfermedades no es el único notable del Egipto; hay otros varios que merecen describirse.

El que mas llama la atencion es la multitud prodigiosa de vistas perdidas ó viciadas : llega á tal grado, que paseándome muchas veces por las calles del Cairo, entre cien personas que he encontrado,

veinte eran ciegas, diez tuertas y otras veinte tenian los ojos encendidos, purulentos ó manchados. Casi todo el mundo lleva vendas en los ojos, indicio cierto de una oftalmia naciente ó en estado de convalecencia; pero lo que mas me ha maravillado es ver la frialdad ó la apatía con que sufren una desgracia de tanta consideracion: « estaba escrito » dice el musulman; « ¡Dios sea loado! » « Dios lo ha querido, » esclama el cristiano, « ¡bendito sea! » Esta resignacion es sin duda el mejor y aun el único recurso luego que ha llegado el mal; mas por un abuso funesto á la humanidad, impidiendo investigar las causas de la dolencia, ha venido á ser otro azote no menos cruel. Entre nosotros ha sido tratada la cuestion por algunos médicos; mas como hayan ignorado las circunstancias del caso, no han podido menos de aventurar especies demasiado vagas: tratemos de presentar los datos fundamentales, á fin de contribuir á la solucion del problema.

1° Las fluxiones de ojos y sus consecuencias no son peculiares al Egipto; tambien en Siria se adolece de ellas; pero con esta diferencia, que se hallan menos estendidas; y es de observar que solo se padecen en la costa del mar.

2° La ciudad del Cairo, siempre rebosada de inmundicias, está mas espuesta que todo el resto del Egipto[1];

[1] Debe advertirse que los ciegos de los pueblos acostumbran ir á establecerse á la mezquita de las *Flores* (el-Azhar), donde tienen una especie de hospital. La voz *lazareto* me parece que sale de *el-Azhar* *.

* Y sin duda tambien azahar, asi por la formacion como por el significado. *Nota del traductor*.

el pueblo mas que las personas acomodadas; los naturales mas que los estrangeros; y por rareza son atacados los Mamelucos. Finalmente, los campesinos del Delta son mas propensos que los árabes Beduinos.

3° Las fluxiones no tienen estacion fija; por mas que haya dicho Próspero Alpino; es una endemia comun á todos los meses y á todas las edades.

Discurriendo sobre estos preliminares, me ha parecido, que no podia atribuirse como causa principal á los vientos del mediodia; porque en tal caso, la epidemia deberia ser peculiar al mes de abril, y los Beduinos serian atacados lo mismo que los campestres: tampoco puede atribuirse al polvo fino esparcido en el aire, pues las gentes del campo estan mas espuestos á él que los vecinos de la ciudad: el hábito de dormir en las azoteas parece una causa mas eficaz á producir esta dolencia; pero dicha causa ni es única ni simple; porque en los paises internos y lejos del mar, como en el valle de Balbek, el Diarbekr, las llanuras de Haurân y en las montañas se acuestan á la intemperie, sin que la vista sufra nada. Luego si en el Cairo, en todo el Delta y sobre las costas de la Siria es peligroso el dormir al raso, es indispensable que la atmósfera adquiera alguna cualidad nociva por la proximidad del mar: esta cualidad, sin duda, es la humedad, que combinándose al calor, viene á ser entonces el orígen de las enfermedades. Las propiedades salinas de este aire, que tanto se observan en el Delta, tambien contribuyen á ello por la irritacion y picazones que causan á los ojos, como lo he esperimentado yo mismo; por úl-

timo, el régimen de los Egipcios me parece ser uno de los agentes mas poderosos. El queso, la leche cortada, la miel, el agraz, las frutas verdes, las legumbres crudas, que son el sustento ordinario del pueblo, producen en el bajo vientre cierta perturbacion, que segun observan los prácticos, estiende su influencia hasta la vista: entre estos alimentos, las cebollas crudas, de que abusan, tienen una virtud peculiar para irritarla, segun me lo han hecho notar en mí mismo los frailes de Siria. Unos cuerpos alimentados de este modo, abundan en humores corrompidos, que buscan sin cesar por donde evacuarse. Apartados de las vias internas por el continuo sudor, brotan por la superficie esterior, y se fijan donde hallan menos resistencia. Es regular prefieran la cabeza, porque como los Egipcios se la rasuran semanalmente y se la cubren con un ropage escesivamente cálido, la hacen el foco principal de la traspiracion. Ahora bien, por leve que sea la impresion del frio que recibe esta cabeza al descubrirse, se interrumpe la traspiracion, y refluye á los dientes, ó con mas facilidad á los ojos, respecto á que son parte menos resistente; y estas fluxiones reiteradas debilitan el órgano y acaban por destruirle. Esta indisposicion trasmitida por la generacion, llega á ser una nueva causa de la enfermedad; y de aquí proviene que los naturales esten mas espuestos que los estrangeros. Es tanto mas probable que la escesiva traspiracion de la cabeza sea uno de los agentes principales de estos desórdenes, cuanto los antiguos Egipcios, que la llevaban descubierta, no han sido citados por los mé-

dicos de haberse visto tan acosados de oftalmias [1]; y los Arabes del desierto que se la cubren muy poco, señaladamente en la infancia, estan asimismo libres de ese achaque.

§ II.

DE LA VIRUELA.

Las consecuencias de la viruela son una de las causas mas principales de tantas cegueras como hay en Egipto. Esta enfermedad, que allí es desoladora, no la curan por un buen método: en los tres dias primeros dan á los enfermos el *debs*, ó agraz, miel y azúcar; y desde el séptimo se les permite comer lacticinios y pescado salado, como si estuvieran buenos y sanos: en el período de la supuracion jamas se les purga, y se evita particularmente lavarles los ojos, aunque los tengan llenos de podre, y los párpados pegados con las lagañas secas: hasta el cabo de cuarenta dias no se hace esta operacion; y entonces el pus detenido, irritando el globo del ojo, forma un cauterio, que roe todo el órgano. No se infiera por esto que la inoculacion sea desconocida en Egipto; practícanla en efecto, aunque muy rara vez. Los Sirios y los habitantes de *Anadolia*, que la conocen desde muy atras, tampoco la usan [2].

Estos vicios en el régimen deben mirarse como

[1] Sin embargo, la historia observa que muchos de los Faraones murieron ciegos.

[2] La practican introduciendo un hilo en la carne, ó haciendo respirar, ó tragar el polvo seco de los granos.

agentes mas perniciosos que el mismo clima, que nada tiene de mal sano[1]; al mal alimento sobre todo, es á quien deben atribuirse tanto aquellos semblantes espantosos de los mendigos, como la traza miserable y endeble de los niños del Cairo. Estas criaturas en ninguna otra parte ofrecen una apariencia tan lastimosa: tienen los ojos hundidos, la tez macilenta y abotagada, el vientre hinchado de obstrucciones, las estremidades flacas y el cútis amarilloso; en una palabra, parece que estan luchando de continuo con la muerte. Sus ignorantes madres pretenden que el *mal de ojo*, que les ha causado algun envidioso hechicero, es lo que les pone en tal estado; y esta preocupacion tan antigua[2], es todavía muy general, y está sumamente arraigada en Turquía: pero la verdadera causa de tan tristes figuras consiste en el mal alimento. Asi pues, á pesar de sus variados talismanes[3], es increible el número de los que mueren; pudiendo asegurarse que esta ciudad posee mas que ninguna otra la propiedad funesta de *absorverse la poblacion*.

Una enfermedad muy estendida en el Cairo es la que allí llama el vulgo *mal bendito*, y nosotros muy

[1] Se puede citar en comprobacion á los Mamelucos, que á virtud de un alimento sencillo y de un buen régimen, gozan de la salud mas robusta.

[2] *Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos*, decia Virgilio.

[3] Se ve con mucha frecuencia en Egipto colgar al rostro de los niños, y aun de los hombres retacitos de telas encarnadas, ó ramales de coral y de abalorios de colores : el objeto que se proponen con semejantes diges es atraer con su color y movimiento la primera *ojeada* del *envidioso;* porque esa, segun ellos, es la que *hace daño*.

impropiamente *mal de Nápoles*: medio Cairo está infestado de ella. La mayor parte de los habitantes creen que este mal les proviene de *susto*, de *maleficio ó desaseo*: algunos hay que aunque conocen su verdadera causa, aparentan ignorarla; pues como depende de un punto en que son sumamente reservados, no se atreven á confesarlo. Este mal bendito es muy dificil de desarraigar: con el mercurio administrado bajo cualquier forma que sea, comunmente nada se consigue; los vegetales sudoríficos prueban mejor; pero tampoco son infalibles: afortunadamente el virus es poco activo, en razon de la traspiracion natural y artificial. Allí se hallan ancianos que, como en España, padecen esta dolencia hasta los ochenta años; pero sus efectos son mas funestos á los niños que nacen contaminados. El riesgo es inminente para cualquiera que la lleve á un pais frio; entonces hace progresos rapidísimos, y en general se muestra siempre mas rebelde en esta trasplantacion. En Damasco, y en las montañas de Siria se corre mayor peligro, por ser el invierno mas riguroso; y en no cuidándose, termina con todos los síntomas conocidos, segun he visto dos ejemplares.

Una incomodidad peculiar al clima del Egipto es cierta erupcion cutánea que sale todos los años[1]. A fines

[1] Esta erupcion es la que se conoce vulgarmente con el nombre de *salpullido*; y parece comun á todos los paises cálidos. En las Antillas se padece tambien anualmente á la entrada de los calores; aunque no es tan general: sin embargo, apenas hay persona robusta que se escape de ella. *Nota del traductor.*

de junio, ó principios de julio, el cuerpo se cubre de manchas rojas y de barritos que producen una picazon sumamente importuna. Los médicos, reparando que este efecto se presentaba constantemente en seguida de las nuevas aguas, les han atribuido la causa. Muchos han creido que dependia de las sales, de que las han supuesto saturadas; pero sobre no haberse demostrado la existencia de semejantes sales, parece que el fenómeno tiene una razon mas natural. Hemos dicho en otro lugar que las aguas del Nilo se corrompian á fines de abril en el lecho del rio: los que la estan bebiendo desde este tiempo, se forman sin duda humores de mala calidad: llega despues el agua nueva, y apenas se comienza á usar, opérase en la sangre una especie de fermentacion, cuyo resultado es separar los humores viciados y empujarlos al cútis, donde los llama la traspiracion; en suma, es una verdadera supuracion purgativa, que nunca deja de ser saludable.

Otra dolencia no menos comun en el Cairo, es cierta hinchazon de las bolsas, que casi siempre degenera en una enorme hérmia ó *hidrocela*. Se ha observado que ataca con preferencia á los Griegos y Coptos; y por este motivo se sospecha, que sea causada por el abuso que hacen del aceite, el cual consumen sin tasa durante los dos tercios del año por lo menos. Se conjetura asimismo que los baños calientes contribuyen en gran manera á producir este desórden: su uso inmoderado produce ademas otros resultados no menos nocivòs [1].

[1] Los Egipcios y los Turcos en general, tienen una pasion decidida

Con esta ocasion, observaremos que asi en Siria, como en Egipto, una esperiencia constante ha probado que el aguardiente estraido de higos comunes, ó de los de sicómoro, lo mismo que el de dátiles y *tunas*, ejerce una influencia tan pronta sobre las bolsas, que las pone adoloridas y duras al tercer ó cuarto dia de haber tomado cualquiera de esos licores; de modo que si no se abandona su uso, degenera el mal en una hidrocela completa.

por el baño de estufa; cosa que se hace muy difícil de concebir respecto de un pais tan cálido como el suyo; yo creo sin embargo que esta costumbre sea mas bien obra de sus preocupaciones que del placer que esperimenten. El precepto del *Alcoran*, que ordena á los hombres una ablucion completa despues del débito conyugal, es por sí solo un motivo bastante poderoso; y la vanidad que muestran en hacerlo es otra causa no menos eficaz. Por lo que respecta á las mugeres, se agregan á estos motivos los siguientes: 1° el baño es el único punto de reunion donde pueden ostentar su lujo, y regalarse con melones y demas frutas, pasteles y otras golosinas; 2° que estan persuadidas, como lo habia observado Próspero Alpino, que el baño les proporciona aquella gordura, que pasa entre ellas por belleza. Por lo tocante á los estrangeros, sus pareceres son tan diversos como sus sensaciones. Muchos negociantes del Cairo se desviven por el baño, mientras que otros individuos se han sentido muy maltratados; á estos últimos pertenezco yo: me ha causado vértigos y temblores en lás piernas, que me duraron hasta dos dias. Confieso ingenuamente que sumergirse en agua casi hirviendo, y arrancar la traspiracion por las convulsiones del pulmon, me han parecido gustos harto estravagantes: por mi parte jamas envidiaré á los Turcos ni su opio, ni sus estufas, ni sus *maseurs tan obsequiosos* *.

* Asi denominan en Levante á una especie de criados muy jóvenes destinados esclusivamente á enjugar á sus amos al salir del baño, rascarles suavemente el cuerpo y servirles despues las golosinas con tal prolijidad, que hasta les parten los bocados. Se les considera como los primeros sirvientes del mundo en órden á finura y delicadeza. *Nota del traductor*.

El aguardiente de uvas secas no tiene el mismo inconveniente; siempre está anisado y es muy espirituoso; porque suelen destilarle hasta tres veces. Los cristianos de Siria y los Coptos de Egipto hacen mucho uso de él: cuando se me contaba al principio que estos últimos se beben cántaros llenos en la cena, lo tenia por exageracion; mas luego me he convencido de ello por mis propios ojos, sin que por eso haya dejado de asombrarme que semejantes escesos no les causen la muerte instantáneamente, ó les produzcan á lo menos los síntomas de una profunda embriaguez.

La primavera, que en Egipto equivale al estío de nuestros climas, trae calenturas malignas, cuya crísis es siempre muy acelerada. Un médico frances, que ha curado muchas, observa que la quina, administrada en las remisiones, en dósis de dos ó tres onzas, ha salvado frecuentemente enfermos que estaban ya al borde del sepulcro[1]. Luego que se declara el mal, es menester sujetarse rigorosamente al régimen vegetal ácido; se probibe al enfermo la carne, el pescado, y sobre todo los huevos, que en Egipto son un veneno. En este pais, como tambien en Siria, la sangría es mucho mas nociva que ventajosa[2], aun cuando parece

[1] Al dia siguiente se administra siempre una lavativa para evacuar la quina.

[2] Esta observacion cuadra perfectamente con la que he oido mil veces en la Habana, respecto de los negros bozales, á mi amigo el doctor Terriles, facultativo tan distinguido por su larga práctica como por su espíritu observador. Las razones en que se funda el profesor español para oponerse á la sangría son del todo análogas á las de nuestro autor. Efectivamente, los Africanos recien llegados de su

mejor indicada; la razon es, que como los cuerpos nutridos con alimentos mal sanos, asi como frutas verdes, legumbres crudas, queso, aceitunas, etc., tienen poca sangre y muchos humores, su temperamento es por lo comun bilioso, como lo indican muy bien sus ojos y cejas negras, su tez trigueña y sus cuerpos flacos. El dolor de estómago es la enfermedad habitual [1]: no hay quien no se queje de acedías y bascas; asi, el emético y el cremor de tártaro se administran con muy buen éxito casi en todos los casos. Tambien reinan las calenturas malignas que llegan á ser á veces epidémicas; y en tal caso se confunden fácilmente con la peste, de la cual nos resta tratar.

§ III.

DE LA PESTE.

Algunos han querido asentar entre nosotros la opinion de que la peste era originaria del Egipto; pero esta asercion, fundada en vagas preocupaciones, parece desmentida por los hechos. Nuestros negociantes

tierra, donde se alimentan escasa y malamente, ofrecen esa constitucion pobre de sangre, ó mejor dicho, plagada de humores perniciosos. Asi es que las disenterías y el venéreo ejercen en ellos horrorosos estragos. No cabe duda que estos vicios se trasmiten hasta cierto punto con la generacion: por tanto el citado práctico desaprueba en general la emision de sangre aun en los negros hijos del pais. *Nota del traductor.*

[1] Tambien es este achaque de todos los paises cálidos. *Nota del traductor.*

establecidos en Alejandría hace tantos años, aseguran de concierto con los Egipcios, que la peste jamas viene de lo interior del pais [1], sino que primero se presenta sobre la costa de Alejandría; de aquí pasa á Roseta, despues al Cairo, luego á Damieta y finalmente al resto del Delta. Tambien han observado que siempre es precedida de la entrada de algun buque procedente de Esmirna, ó de Constantinopla, y que si ha sido violenta en alguna de estas ciudades en el verano, crece el peligro para la suya en el invierno entrante. Parece demostrado que su foco es Constantinopla, que allí se perpetua por la ciega negligencia de los Turcos, la cual llega al colmo; pues se venden públicamente los muebles de los apestados. Las embarcaciones que van luego á Alejandría, nunca dejan de traer abastos, y vestidos de lana comprados en esas ventas, cuyos géneros son espendidos en el *bazar*, ó *mercado público*, desde donde propagan el contagio al instante: los Griegos que hacen este comercio, son casi siempre las primeras víctimas: poco á poco va cundiendo la epidemia por Roseta, hasta que finalmente llega al Cairo, siguiendo el camino trillado por las mercancías. Al momento que se declara, los negociantes europeos se encierran en sus *kans*, ó *haciendas*, con sus familias, y no comunican mas con los de afuera. Los víveres, depositados á la puerta del *kan*, los recibe un portero,

[1] Próspero Alpino, médico veneciano, que escribia en 1591, dice asimismo que la peste no es oriunda del Egipto; que de donde viene es de Siria, de Grecia y de Berbería; que los calores acaban con ella, etc. Véase su obra de *Medicina Ægyptiorum*, pág. 28.

que los coge con tenazas de hierro y los sumerge en un barril de agua destinado al intento. Si se quiere hablar con ellos, se mantienen siempre retirados, de modo que no pueda haber contacto con sus vestidos, ni aun alcanzarles el aliento; con tales precauciones logran preservarse de la plaga, á menos que no se infrinja en algo este arreglo. Hace algunos años que habiendo pasado un gato por las azoteas á las viviendas de nuestros negociantes del Cairo, comunicó el contagio á dos de ellos, de los cuales uno murió.

Fácilmente concebirá el lector, cuan enfadosa ha de ser esta clausura, que suele prolongarse hasta tres y cuatro meses, en cuyo tiempo todos los entretenimientos se reducen á pasearse de tarde en los terrados, y á jugar á los naipes de noche.

La peste ofrece variedad de fenómenos á cual mas dignos de notarse. En Constantinopla reina durante el estío, y se debilita ó concluye en el invierno. En Egipto sucede cabalmente al reves; reina en el invierno, y junio siempre acaba con ella. Esta contrariedad aparente se esplica por el mismo principio. El invierno la destruye en Constantinopla, porque el frio es muy riguroso; el verano la enciende, porque el calor es húmedo, á causa de los mares, bosques y montañas circunvecinas. En Egipto el invierno fomenta la peste, porque es húmedo y suave; el estío la aniquila, por ser cálido y seco; opera sobre ella como sobre las carnes á las que no deja corromper. El calor no es dañino sino en tanto que se junta á la humedad[1]. Cada cuatro

[1] En el Cairo se ha observado que los aguadores, sin cesar empa

ó cinco años se ve el Egipto afligido de la peste; y las devastaciones que causa menguarian necesariamente la poblacion, si los forasteros que afluyen continuamente de todo el imperio, no reparasen una gran parte de sus pérdidas.

La peste es mucho mas rara en Siria: veinticinco años ha que allí no se esperimenta ese azote; la razon es sin duda la escasez de buques que vengan en derechura de Constantinopla; obsérvese ademas que no se connaturaliza tan fácilmente en aquella provincia. Trasportada del Archipiélago y aun de Damieta, á las ensenadas de Lataquié, Saida ó Acre, no se arraiga allí de ningun modo; exige circunstancias preliminares y cierta ruta combinada; asi es preciso que pase del Cairo directamente á Damieta; pero entonces es seguro que toda la Siria queda contaminada.

La creencia arraigada en el fatalismo, y mucho mas la barbarie del gobierno, han estorbado hasta aquí á los Turcos precaverse de esta plaga tan horrorosa: sin embargo, el buen suceso con que han visto coronados el esmero y prolijidad de los Francos, ha causado bas-

pados con el agua fresca que cargan al hombro en una bota, jamas son acometidos de la peste; pero esto es mas bien *lavarse* que no estar espuesto á la humedad: por otra parte, el astrónomo Beauchamp me ha comunicado, en carta escrita de Bagdad, que la peste del año 1786 arrasó con todos los aguadores de la ciudad. Los mismos europeos, á pesar de sus *lociones* de vinagre, no pudieron escapar, al paso que uno de ellos que se bebió vasos enteros logró salvarse. Beauchamp hace tambien la observacion curiosa, que la peste jamas se traslada á la Persia, cuyo clima es en general mas templado y su terreno montañoso y cubierto de vegetales.

tante impresion á muchos de ellos de algun tiempo á esta parte. Los cristianos del pais que tratan con nuestros negociantes, de muy buena gana se encerrarian lo mismo que ellos; mas para esto seria menester permiso formal de la Puerta. Parece que actualmente se ocupa de este objeto, si acaso es cierto que haya publicado un edicto el año pasado, con el fin de establecer un lazareto en Constantinopla y otros tres en el imperio; á saber, en Esmirna, en Candía y en Alejandría. El gobierno de Tunez ha adoptado esta sabia medida hace algunos años; pero la policía turca es en todas partes tan detestable, que no debemos prometernos el mejor resultado de semejantes establecimientos, á pesar de su estrema importancia para el comercio y para la seguridad de los estados del Mediterráneo [1].

[1] El año pasado tuvimos de ello una triste prueba: cundió en Tunez una peste tan violenta, cual jamas se habia esperimentado, y fue llevada por buques procedentes de Constantinopla, que habiendo sobornado los guardas, entraron fraudulentamente, sin hacer cuarentena.

CAPITULO XVIII.

BREVE PINTURA DEL EGIPTO.

El Egipto aun presta materia á otras muchas observaciones; mas como son agenas de mi asunto, ó coinciden con las que tendré ocasion de hacer tratando de la Siria; no me estenderé mas sobre el particular.

Si se trae á la memoria lo que he espuesto acerca de la naturaleza y del aspecto del terreno, si nos figuramos un campo llano, interceptado de acequias y canales, anegado por espacio de tres meses, fangoso y verde por otros tres, empolvado y cuarteado el resto del año; si nos imaginamos sobre este terreno, villorrios arruinados, formados de lodo y de ladrillos, sus moradores desnudos y morenos, búfalos y camellos esparcidos por el pais, sicómoros y dátiles de trecho en trecho, lagos, campos cultivados, y grandes espacios vacíos; si á esto se agrega un sol resplandeciente sobre la bóveda azulada de un cielo casi siempre despejado de nubes; vientos mas ó menos recios, pero constantes; nos habremos podido formar una idea aproximada del estado físico del pais [1]. Ya se habrá

[1] Cuando escribia yo esto en 1786, no habia llegado á mi noticia la carta de Amrú al califa Omár, en la que trata precisamente de la misma materia y bajo el mismo aspecto. Mis lectores no pueden me-

juzgado del estado político de los habitantes, por sus divisiones en castas, en sectas y en condiciones; por la naturaleza de un gobierno que desconoce la propiedad y la seguridad individual, y que ejerce un poder sin límites, confiado á una soldadesca licenciosa y grosera: por último, se puede apreciar la fuerza de este gobierno, reasumiendo lo que hemos dicho acerca de su estado militar y la calidad de sus tropas; observando al mismo tiempo que ni en todo el Egipto ni en las fronteras, existe fortificacion alguna, ni reducto,

nos de agradecerme que les inserte aquí este rasgo curioso de la elocuencia oriental:

Carta del califa Omár, ebn-el-kattâb, á Amrú, su lugar-teniente en Egipto.

« O Amrú, hijo de el-Aâs, te suplico que al recibo de esta, me hagas una pintura del Egipto tan exacta y tan viva, que me pueda yo imaginar estar viendo con mis propios ojos ese delicioso pais. *Salve.* »

Contestacion de Amrú.

« ¡O príncipe de los fieles! imagínate un desierto árido y un escampado magnífico en medio de dos montañas, de las cuales, la una tiene la forma de una colina de arena, y la otra la del vientre de un caballo ético, ó del lomo de un camello. ¡Ve ahí el Egipto! Todas sus producciones, y todas sus riquezas desde Asuan (Syena) hasta Menchâ, le emanan de un rio bendito que corre magestuoso por en medio del pais. El momento de la creciente y menguante de sus aguas es tan regular como el curso del sol y de la luna; hay una época fija en el año en que todos los manantiales del universo vienen á pagar á este rey de los rios el tributo á que los ha sujetado la Providencia. Entonces crecen las aguas, salen de madre y bañan toda la faz del Egipto, para dejar asentado un cieno productivo. Entonces no queda mas comunicacion de pueblo á pueblo sino por medio de barcas ligeras, tan numerosas como las hojas de la palma.

« Luego que llega el instante en que sus aguas ya no son necesarias

ni artillería, ni ingenieros, y que la marina no cuenta mas que las veintiocho naves y *cayasas* de Suez, armadas cada una de cuatro pedreros mohosos, y montadas por marinos que no conocen ni la brújula. Al lector pertenece fijar sobre estos datos la opinion que debe formarse de semejante pais. Si acaso advierte que yo se le presento bajo un punto de vista diferente de algunas otras relaciones, esa diversidad no debe sorprenderle. Nada menos unánime que los juicios de los

para fertilizar el suelo, este rio dócil se estrecha de nuevo dentro de los límites que el destino le ha prescrito, y permite asi recoger el tesoro que ha escondido en el seno de la tierra.

« Un pueblo protegido del cielo, y que á manera de la abeja no parece destinado sino á trabajar para los otros, sin aprovecharse del fruto de sus sudores, abre suavemente las entrañas de la tierra, y allí abandona las semillas, cuya fecundacion espera de aquel *Ente* que hace crecer y madurar las mieses. El gérmen se desarrolla, elévase el tallo, fórmase la espiga, todo á beneficio de un rocío que suple á las lluvias, y mantiene el jugo nutricio de que el terreno está embebido. A la mas abundante cosecha, sucede de golpe la esterilidad: de esta manera, o príncipe de los fieles! es como el Egipto presenta alternativamente la perspectiva de un desierto desapacible y polvoroso, de una llanura líquida y plateada, de un pantano negro y cenagoso, de una pradera verde y undosa, de un jardin adornado de flores matizadas, y de una campiña cubierta de mieses doradas: ¡bendito sea el creador de tantas maravillas!

« Tres cosas, o príncipe de los fieles! contribuyen esencialmente á la prosperidad del Egipto y á la felicidad de sus habitadores. La primera, no adoptar con ligereza los proyectos inventados por la codicia fiscal, que todos se encaminan á subir el impuesto. La segunda, emplear el tercio de las rentas en la conservacion de los canales, puentes y diques. La tercera en fin, no cargar el impuesto sino sobre los productos naturales, sobre los frutos que nos rinde la tierra. — *Salve*. »

viageros sobre las regiones que han visitado: las mas veces encontrados entre sí, este deprime lo que aquel ensalza; y otro pinta como la mansion de las delicias el mismo sitio que para alguno no pasa de la línea ordinaria. Se les acusa de contradiccion; pero sus mismos censores la participan con ellos, como que es inherente á la naturaleza de las cosas. Por mas conato que pongamos por el acierto, nuestros juicios se fundan mucho menos en las propiedades reales de los objetos, que en las impresiones que recibimos ó que llevamos de antemano al tiempo de examinarlos. Una esperiencia diaria nos convence de nuestra propension á mezclar siempre ideas agenas del asunto; y de aquí dimàna que el mismo pais que nos ha parecido ameno en un tiempo, nos parezca desapacible en otro. Ademas de esto, tan fuerte es la preocupacion de los primeros hábitos que nunca llegamos á sacudirla completamente. El habitante de las montañas aborrece las llanuras; el morador de las llanuras menosprecia los montes. El Español quiere un cielo ardiente; el Dinamarqués apetece un tiempo nebuloso; nosotros gustamos del verdor de los bosques; el Sueco prefiere la blancura de las nieves; el Lapon, trasportado de su cabaña ahumada á los sotos de Chantilly, se moriria de calor y de melancolía. Cada cual tiene sus placeres, y juzga siempre consiguiente á ellos: yo estoy persuadido que para un Egipcio el Egipto es y será siempre el pais mas delicioso del mundo, aunque no haya visto otro alguno. Mas si me es lícito manifestar mi dictámen, como testigo ocular, confieso ingenuamente

que yo no me he formado una idea tan aventajada. Yo haré justicia á su estremada feracidad, á la variedad de sus producciones, á las ventajas de su posicion para el comercio: convengo en que el Egipto no está tan sujeto á las vicisitudes de intemperie que hacen fallar nuestras cosechas; que allí se desconocen los huracanes de América; que los terremotos que en nuestros dias han desolado á Portugal y á Italia, son rarísimos en Egipto, aunque no faltan ejemplares[1]: convengo asimismo en que el calor que es una *muerte* para los europeos, no es gran inconveniente para los naturales; pero sí lo es y gravísimo aquellos vientos mortíferos del S.; no lo es menos el del N. E. que causa agudos dolores de cabeza, y es otro en fin aquella plaga de alacranes, mosquitos y especialmente moscas; de suerte que no se puede comer sin esponerse uno á tragarlas. Por otro lado, no hay pais en el mundo de un aspecto menos variado; adonde quiera que volvamos los ojos, no encontramos mas que un escampado hasta perderse de vista; constantemente un horizonte bajo y uniforme[2]; los dátiles sobre su tronco flaco y descarnado, ó chozas de tierra construidas sobre calzadas: nunca aquella amenidad de paisages, en donde la variedad de los objetos, la diversidad de los sitios, enagenan el alma y los sentidos por escenas y sensaciones que se reproducen de continuo: ningun pais es menos pintoresco, ni puede haberle menos á propó-

[1] Entre otros hubo uno violentísimo año de 1112.

[2] Pueden verse las láminas de Norden que hacen patente esta perspectiva.

sito para las pinceladas de los pintores y de los poetas ; allí nada se encuentra de lo que causa el encanto y la belleza de sus cuadros ; y es muy notable que ni los Arabes ni los antiguos hagan mencion de los poetas de Egipto. En efecto, ¿ qué cantaria el Egipcio con el rabel de Gesner y de Teócrito ? no ve ni arroyuelos cristalinos, ni frescos céspedes, ni antros solitarios ; no conoce ni los collados, ni las cuestas, ni las rocas pendientes. Thompson no sentiria ni el silbido de los vientos en las florestas, ni el retumbar del trueno en las montañas, ni la tranquila magestad de los antiguos bosques, ni la imponente tempestad, ni la dulce calma que le sucede : un círculo eterno de las mismas operaciones presenta siempre los pingües rebaños, los campos fértiles, el rio pantanoso, el mar de agua dulce, y los lugares que semejan islas. Si nos convertimos hácia el horizonte, que abraza la vista, esta se arredra de no descubrir mas que yermos incultos, en donde el viagero perdido, cansado de fatiga y sufocado por la sed, se anonada viendo el espacio inmenso que le separa del mundo ; en vano implora el cielo y la tierra ; sus ayes perdidos sobre una planicie sin término, ni aun tiene la ilusion de oirlos repetir por los ecos : careciendo de todo y solo en el universo, se deshace de rabia y desesperacion, en vista de una naturaleza tan lúgubre y silenciosa, y aun privado del consuelo de ver derramar una lágrima de compasion por su desgracia. Este contraste tan vecino es lo que causa indudablemente el aprecio estremado que se hace del suelo del Egipto. La desnudez del desierto

hace resaltar mas la abundancia de las orillas del rio, y el aspecto de las privaciones aumenta el embeleso de las comodidades de la vida. Muchas podrán haber sido en los tiempos anteriores, y aun podrian renacer bajo los auspicios de un gobierno paternal; pero con el que les rige actualmente, la prodigalidad de la naturaleza es inútil é improductiva. Por mas que se celebren los jardines de Roseta y del Cairo; es menester confesar que el arte del jardinero, arte tan grato á los pueblos civilizados, es ignorado de los Turcos, que desprecian los campos y el cultivo. En todo el imperio solo se hallan vergeles silvestres, donde estan plantados los árboles sin esmero alguno, y sin tener siquiera el mérito del desórden. En vano se ensalzan los naranjos y toronjas que prosperan al aire libre; nuestro entendimiento se alucina por estar acostumbrado á enlazar con la idea de esos árboles las de opulencia y de cultivo que entre nosotros efectivamente les acompañan. En Egipto, los árboles comunes, asociándose á la miseria de las chozas que cubren, solamente reproducen la memoria del abandono y la pobreza. Tambien nos pintan con los mas halagüeños colores al Turco tendido suavemente debajo de su sombra, dichoso, regodeándose con su pipa, sin curarse de nada en el mundo; pero aunque la ignorancia y la necedad tengan sin disputa sus goces, lo mismo que el talento y la sabiduría; confieso francamente, que yo jamas pude envidiar el reposo de los esclavos, ni llamar ventura la apatía de unos autómatos: y si la esperiencia no me hubiese descubierto las causas secretas del entusiasmo

de los viageros por el Egipto, seguramente que no hubiera acertado á comprenderlo.

§ UNICO.

DE LAS EXAGERACIONES DE LOS VIAGEROS.

Siempre se ha notado en los viageros un prurito especial en ponderar la escena de sus viages, y los sensatos que en todos tiempos advirtieron la exageracion de los relatos, han aconsejado estar alerta contra sus prestigios, segun aquel proverbio tan sabido [1]: el abuso subsiste sin embargo; porque depende de ciertas causas que jamas se estinguen, pudiendo decirse que cada cual de nosotros lleva consigo el gérmen de dicha propension, y que á veces esta nota suele comprender aun á los mismos censores. En efecto, examínese con atencion á un recien llegado de paises lejanos, en una sociedad ociosa y curiosa; la novedad de sus cuentos le atrae la atencion de todos, y produce hasta una cierta benevolencia hácia su persona: le aprecian, porque divierte, y porque sus pretensiones son de aquellas que no pueden chocar. Por su parte, tarda muy poco en percibir que el interes se promueve escitando sensaciones nuevas. La necesidad de sostenerle y aun el deseo de acrecentarle, oblíganle á dar coloridos mas vivos á sus pinturas; dibuja los objetos mas en grande para que causen mayor impresion; los triunfos

[1] *Multum mentitur, qui multum vidit;* esto es, *De luengas tierras, luengas mentiras.*

que obtiene, le alientan á proseguir, el entusiasmo que produce viene á serle trascendental; y muy en breve se establece entre él y su auditorio cierta emulacion y cierto comercio, por el cual devuelve en asombro lo que se le paga en admiracion. Lo portentoso de cuanto ha visto, resalta desde luego sobre él mismo; despues, por grados, sobre los que le han oido, quienes tambien lo cuentan, si se ofrece: de este modo la vanidad (que en todo se mete) es una de las causas de aquella propension de que todos adolecemos, ya sea para creer, ya para contar prodigios. Ademas de esto, nosotros estamos mas dispuestos á ser entretenidos que instruidos; y ved ahí los motivos naturales porque los forjadores de cuentos en todo género, han ocupado siempre un lugar tan distinguido en la estimacion de los hombres y en la clase de los escritores.

Hay otra causa peculiar de entusiasmo que obra en los viageros: la imaginacion distante de los objetos de que ha gozado, se inflama por su privacion; la ausencia enciende los deseos; y fastidiados de cuanto nos circunda, hallamos cierto embeleso en lo que está fuera de nuestro alcance. A veces echamos de menos un pais de donde deseabamos salir á toda prisa; y nos figuramos como hermosos aquellos mismos lugares, cuya vista aun podria sernos enfadosa. Los viageros que solo estan de paso en Egipto no se hallan en ese caso; porque no tienen tiempo todavía para perder la ilusion de la novedad; pero cualquiera que se avecinde allí, bien puede comprenderse en esta clase. Nuestros

negociantes lo conocen mejor que nadie; y han hecho á este propósito una observacion que merece citarse: dicen que hasta sus mismos compañeros, que tanto han esperimentado las desazones de semejante mansion, no bien han regresado á Francia, cuando todo disgusto se borra de su memoria; sus recuerdos adquieren colores sumamente halagüeños, en términos que dos años despues, nadie creeria que hubiesen morado jamas en aquellos paises. «¿Cómo se acuerda usted todavía de nosotros,» me escribia últimamente un residente del Cairo; «es posible que usted conserve aun tan vivas y verdaderas las ideas de esta mansion de miseria[1], cuando hemos notado que los que se vuelven allá, las olvidan hasta el punto de sorprendernos á nosotros mismos?» — Yo lo confieso: causas tan generales y poderosas no habrian dejado de influir tambien en mí; pero he puesto particular esmero en precaverme de ellas, y en retener las primeras impresiones para dar á mis descripciones el único mérito de que son susceptibles, es decir, el de ser conformes con la verdad. Ahora ya es tiempo de convertirnos á objetos de mayor interes: mas como el lector no me perdonaria abandonar el Egipto, sin hablar de ruinas y pirámides, diré siquiera dos palabras.

[1] Nadie menos que yo tiene motivos de queja contra el Egipto: allí he esperimentado de parte de nuestros negociantes la acogida mas lisonjera y generosa; jamas me sucedió ningun accidente desagradable, ni aun echar pie á tierra delante de los Mamelucos: es verdad, que no obstante lo mal visto que es allí andar á pie por la calle, yo nunca lo hacia de otra manera.

CAPITULO XIX.

DE LAS RUINAS Y DE LAS PIRAMIDES.

Ya he manifestado cuan penoso es viajar por el Egipto, particularmente en estos últimos años; lo que impide hacer indagaciones sobre las antigüedades. La falta de recursos, y mas que todo la de circunstancias propicias, nos reducen á no ver mas que lo que otros han visto, y á no decir sino lo ya publicado. Por esta razon, no repetiré lo que se ha repetido mas de una vez en *Pablo Lucas*, *Maillet*, *Siccard*, *Pococke*, *Greaves*, *Norden*, *Niebuhr*, y recientemente en las *Cartas* de Savary. Me ceñiré á algunas consideraciones generales.

Las pirámides de Djizé son un ejemplo patente de la dificultad de observar á que aludo. Sin embargo de estar situadas á cuatro leguas del Cairo, donde residen los Francos, y de haberlas visitado infinitos viageros, todavía no se hallan de acuerdo en cuanto á sus dimensiones. Varias veces se ha medido su altura por métodos geométricos, y cada operacion ha dado un resultado diferente[1]. Para decidir la cuestion, seria

[1] Se debe agregar á la lista de estas diferencias, citada por Savary, la medida reciente de Niebuhr, que da á la pirámide mayor cuatrocientos ochenta pies de altura perpendicular.

preciso una nueva medida formal, practicada por peritos acreditados; pero mientras no se efectue, debemos tachar de error á todos los que dan á la pirámide principal tanta elevacion como base, atento á que su triángulo es visiblemente achatado. El conocimiento de la indicada base me parece tanto mas interesante, cuanto creo hallarle cierta relacion con una de las medidas cuadradas de los Egipcios; y si acaso en el corte de las piedras se encontrasen dimensiones que viniesen á ser las mismas, podrian deducirse otras medidas.

Ordinariamente se quejan de no comprender la descripcion de la parte interior de las pirámides; y en efecto, á menos de no estar versado en el arte de los planos, con dificultad se entenderá por el grabado. El medio mas acertado para adquirir una idea exacta, seria formar con barro frio ó quemado una pirámide en pequeño, guardando ciertas proporciones, por ejemplo, de una pulgada por toesa. Esta masa deberia tener ocho pies, cuatro pulgadas de base, y siete y media de altura poco mas ó menos; cortándola en dos partes de arriba abajo, se le abriria el primer conducto que baja oblicuamente, la galería que sube del mismo modo y la cámara sepulcral que está en el estremo. La obra de Norden suministraria los pormenores mas exactos; pero seria menester para ejecutar bien el modelo un artista muy maestro en este género de trabajos.

La línea de la roça en que estan cimentadas las pirámides, no se eleva sobre el nivel de la llanura mas de

cuarenta á cincuenta pies: la piedra de esta es como ya he dicho, calcárea, blanquecina, parecida en su grano á un hermoso morrillo, ó á aquella especie conocida en algunas provincias de Francia con el nombre de *rairie.* La de las pirámides es de una naturaleza semejante. A principios del siglo se creia, por la autoridad de Herodoto, que los materiales habian sido trasportados de otro lugar; pero habiendo observado los viageros la semejanza de que hablamos, han juzgado mas natural que se sacase de la misma peña; y hoy es mirada como fabulosa la relacion del historiador griego, y como absurdo este trasporte de las piedras. Calcúlase que el aplanamiento de la roca ha debido proveer la mayor parte del material, y el resto se supone haber sido estraido de subterráneos invisibles, que se aumentan segun se necesita. Pero si la opinion antigua adolece de inverosimilitudes, la moderna está llena de suposiciones. No es motivo suficiente para juzgar el decir: *Es increible se haya trasportado de paises distantes, es absurdo haber multiplicado los gastos, que vienen á resultar enormes,* etc. En las materias que dependen de las opiniones y de los gobiernos de los antiguos, es muy delicado determinar la medida de las probabilidades: asi pues por inverosímil que parezca el hecho de que se trata, si se observa que el historiador que le refiere, le ha sacado de los archivos originales; que ademas se le halla muy cabal en todo cuanto admite verificacion; que la roca Líbica no presenta en parage alguno elevaciones análogas á las que se quieren suponer, y que los subterráneos aun estan por descu-

brir; si traemos á la memoria las inmensas canteras que se estienden desde Sauâdi hasta Manfalut en un espacio de veinticinco leguas; finalmente, si consideramos que las piedras estraidas de ellas, que son todas homogéneas, no tienen ningun otro uso aparente[1], estaremos inclinados por lo menos á suspender el juicio hasta que se presenten pruebas mas decisivas. Igualmente algunos escritores, cansados de la opinion que las pirámides eran sepulcros, las han querido convertir en templos ú observatorios; porque han reputado como absurdo que una nacion sabia y civilizada hiciese un negocio de estado del sepulcro de su gefe, y han mirado como estravagante que un monarca abrumase su pueblo á exacciones, para encerrar un esqueleto de cinco pies en una montaña de piedras: pero vuelvo á decirlo, juzgamos erradamente de los pueblos antiguos, siempre que tomamos por punto de comparacion nuestras opiniones y nuestras costumbres. Los motivos que los han animado, pueden parecernos estrambóticos, y aun lo serán efectivamente á los ojos de la razon, sin haber sido por eso ni menos poderosos, ni menos eficaces. Por otra parte, caeriamos en infinitas contradicciones históricas, si les supusiesemos reglas de cordura conforme á nuestros principios; en suma, acostumbramos á discurrir ateniéndonos mas á nuestras ideas que á las suyas. Pero bien sea que sigamos aquí unas ú otras, nos convence-

[1] No hablo solamente de las pirámides de Djizé, sino de todas en general. Algunas, como las de Bayamont, no descansan en rocas, ni las hay en los alrededores. Véase á *Pocoke*.

remos de que las pirámides no pueden haber sido observatorios astronómicos[1]: primeramente, porque el monte Moqattam ofrecia una situacion mas encumbrada que les quitaria la vista si se hubiesen construido; y en segundo lugar, porque todo observatorio elevado es inútil en Egipto, donde el terreno es sumamente bajo, y los vapores ocultan las estrellas muchos grados sobre el horizonte; tercero, porque asimismo es imposible subir por la mayor parte de las pirámides; y en fin, porque era superfluo reunir *once* observatorios tan inmediatos como lo estan las pirámides, ya grandes, ya pequeñas, que se descubren de la localidad de Djizé. Segun estas consideraciones, se inferirá que Platon, que fue quien sugirió la especie en cuestion, no pudo tener á la vista sino casos accidentales, y que en el presente solo posee su mérito ordinario de elocuente orador. Por otra parte, si confrontamos los testimonios de los antiguos con las circunstancias de los lugares, si se atiende á que junto á las pirámides se encuentran de treinta á cuarenta monumentos menores, que ofrecen como unos bosquejos de la misma figura piramidal; que este lugar estéril, separado de la tierra cultivable, posee la cualidad que requerian los Egipcios para formar un cementerio, y que muy cerca de aquí estaba el de toda la ciudad de Ménfis (la llanura de las Momias); entonces nos convenceremos que las pirámides no han sido otra cosa mas que tumbas. Se tendrá menos dificultad en concebir que los déspo-

[1] No niego sin embargo á la pirámide principal la propiedad que le ha descubierto el docto é ingenioso Dupuis.

tas de un pueblo supersticioso, han podido cifrar su orgullo en erigir para su esqueleto una morada impenetrable, luego que se sepa que desde antes de Moises, era de dogma en Ménfis que las almas volvian al cabo de seis mil años, á habitar los cuerpos que habian abandonado: he ahí la razon porque se tomaba con tanto empeño el preservar esos mismos despojos de la disolucion, y por eso se esforzaban en conservar sus formas por medio de aromas, de fajas y de sarcófagos. El que aun subsiste en la cámara sepulcral de la gran pirámide, tiene precisamente las dimensiones naturales; y esta pieza tan oscura y estrecha[1], jamas ha podido servir sino para alojar á un muerto. Preténdese que hay algo de misterio en aquel conducto subterráneo que desciende perpendicularmente á la parte inferior de la pirámide; pero se olvida que fue uso constante de toda la antigüedad mantener comunicaciones con el interior de los sepulcros, á fin de practicar en los dias prescritos por la religion las ceremonias fúnebres, como eran las libaciones y ofrendas de manjares á los difuntos. Es pues indispensable que volvamos á la opinion, por anticuada que sea, de que las pirámides son verdaderas tumbas[2]; y este uso, que ya lo indican todas

[1] Tiene trece pasos de largo, sobre once de ancho y poco mas ó menos la misma altura.

[2] Aun lo es la pirámide principal; pero si está comprobado que el lado de su base equivale exactamente á un estadio alejandrino (de seiscientos ochenta y cuatro pies nueve pulgadas y sesenta centésimas), y se encuentra ser al justo la quingentésima parte de un grado de círculo terrestre, segun sabemos; si, como observa el sabio é ingenioso Dupuis, sus faces estan dispuestas bajo un ángulo tal, que á la

las circunstancias locales, se evidencia asimismo por la práctica de los Hebreos, los cuales, como es sabido, en casi todo imitaron á los Egipcios, y por esa razon dieron la figura piramidal á los sepulcros de Absalon y de Zacarías, que hoy se ven todavía en el valle de Josafat: en resolucion, está demostrado hasta por el nombre de estos monumentos; pues habiendo seguido un analísis conforme á todos los principios de la ciencia, me da al pie de la letra la significacion de *cámara* ó *bóveda del muerto* [1].

entrada del sol en los signos equinocciales, su disco aparece colocado en la cúspide al espectador que esté arrodillado en la base; es forzoso convenir que en la construccion de aquella se tuvieron en consideracion otros motivos. Por lo demas, estas cuestiones muy en breve serán ilustradas por los sabios que estan en Egipto.

[1] Veamos la marcha de esta etimología. La palabra *Pyrámide* es la griega *Pyramis, idos*: pero en antiguo griego la *y* se pronunciaba como *u;* luego es menester decir *puramis.* Cuando los Griegos comenzaron á frecuentar el Egipto despues de la guerra de Troya, no podian tener en su lengua el nombre de un objeto nuevo para ellos; y asi debieron tomarle de los Egipcios: claro está pues que la voz *puramis* no es griega, sino egipcia. Ahora bien, parece constante que los dialectos del Egipto, que eran varios, tenian muchas analogías con los de los paises vecinos, tales como la Siria y la Arabia. Bien es verdad que en los idiomas de estos pueblos la *p* es una pronunciacion desconocida; pero asimismo es un hecho que los Griegos al prohijar las voces *bárbaras*, casi siempre las alteraban y muchas veces confundian un sonido con otro muy parecido: tambien es efectivo que en palabras muy conocidas la *p* se encuentra tan constantemente tomada por *b*, que casi no se diferencia. En este supuesto, *puramis* se convierte en *buramis;* mas en el dialecto de Palestina *bur* significa toda especie de *escavacion* en tierra, como *cisterna, mazmorra,* ó sea *prision* propiamente subterránea, en una palabra, *sepulcro.* Véase á Buxtorf, *Lexicon Hebraic.* Resta ahora el *amis*, cuya *s* final me parece una termina-

La gran pirámide no es la única que se ha registrado: hay otra en Saqâra que ofrece por dentro la misma configuracion. Hace algunos años que cierto bey intentó abrir la tercera en magnitud, que se halla en el local de Djizé, para estraer el pretendido tesoro. Con este fin principió á derribar por el mismo lado y á la misma altura en que está abierta la grande; pero despues de haber arrancado doscientas ó trecientas piedras con afanes y gastos considerables, abandonó sin éxito alguno su avariciosa empresa. Ignórase la época de la construccion del mayor número de las pirámides; la de la grande empero, es tan evidente que jamas debió haberse puesto en duda. Herodoto la atribuye á *Cheops* con tal individualidad de circunstancias, que prueba que los autores que consultó estaban bien enterados[1]. Pero este *Cheops*, según la nómina del historiador, la mejor de todas, resulta ser el segundo rey despues de *Proteo*[2], el cual fue contemporáneo de la guerra de Troya; y por el órden de los hechos se evi-

cion sostituida á la *t*, que no era propia de la índole de la lengua griega, pero sí constituia la oriental *a-mit*, es decir, *del muerto; bur a-mit, bóveda del muerto*: de la sustitucion de *s* en *t* hallamos un ejemplo en la voz *atrivis*, bien conocida por *atrivit*. A los inteligentes toca decidir si hay muchas etimologías que reunan tantos requisitos como la presente.

[1] Este príncipe, dice, reinó cincuenta años y gastó veinte en edificar la pirámide: el tercio de los habitantes del Egipto fue compelido por levas al trabajo de labrar, trasportar y levantar las piedras.

[2] Es de advertir que si se escribiese el nombre egipcio citado por los Griegos, con caractéres fenicios, nos serviriamos de las mismas letras con que pronunciamos *Pharao*; la *o* final es en hebreo *h*, que al fin de diccion suele muy á menudo convertirse en *t*.

dencia que su pirámide fue construida por los años de 140 á 160 de la fundacion del templo de Salomon, es decir, ochocientos cincuenta años antes de J. C.

La mano del tiempo, y mas todavía la del hombre, que han asolado todos los monumentos de la antigüedad, nada han podido hasta aquí contra las pirámides. La solidez de su construccion, y la enormidad de su mole las han preservado de todo menoscabo, y parecen asegurarles eterna duracion. No hay viagero que no prorumpa entusiasmado al hablar de ellas, y ese entusiasmo no es exagerado. Diez leguas antes de llegar, ya empiezan á columbrarse aquellas montañas facticias. Aparentan alejarse á medida que uno se les acerca; todavía nos hallamos á una legua de distancia, y ya dominan de tal suerte la tierra que se cree estar á sus plantas; por fin se tocan, y no hay voces para espresar la variedad de sensaciones que allí se esperimentan [1]: la altitud de su remate, la inclinacion de su pendiente, la amplitud de su superficie, el peso de su

[1] Yo no conozco en Paris sitio mas á propósito para figurar las pirámides que el *hospital de Inválidos* visto desde el *Cours-la-Reine* *. Como la longitud del edificio es de seiscientos pies, iguala exactamente á la base de la gran pirámide: mas para representarse su altitud y solidez, se deberia suponer que la cara mencionada se elevase en un triángulo, cuyo vértice escediese á la altura de la cúpula en dos tercios de esta (tiene trecientos pies): ademas debe fingirse que la misma faz se repite sobre cuatro lados en cuadro, y que la figura que resulte, sea toda maciza, y no presente por afuera mas que un inmenso declive dispuesto por gradas.

* Esto es, *Paseo de la reina*, que forma parte de los *Campos-Elíseos*. Desde allí se descubre al otro lado del rio aquel grandioso edificio en toda su longitud. *Nota del traductor*.

asiento, la memoria de los tiempos que recuerdan, el cómputo del trabajo que han costado, la idea de que estas inmensas rocas son obra del hombre tan pequeño y tan débil que se arrastra á sus pies; todo penetra el alma y el corazon á la vez de asombro, de terror, de humillacion, de respeto y admiracion; mas es preciso confesar que muy en breve sucede otro sentimiento á este primer trasporte. Despues de haber formado una opinion tan sublime del poderío humano, si descendemos á meditar acerca del objeto en que le emplea, arrojamos una mirada de pesar sobre la obra de sus manos; nos aflige el considerar que para construir un vano sepulcro, ha sido forzoso atormentar veinte años á toda una nacion; gemimos reflexionando en el sin número de injusticias y de vejaciones que han debido causar las onerosas levas que se hacian para el acarreo, corte y acopio de tantos materiales. Se enardece nuestro pecho contra la estravagancia de los déspotas que mandaron levantar esas bárbaras obras: este sentimiento nos asalta mas de una vez cuando recorremos los monumentos del Egipto; esos laberintos, esos templos, esas pirámides en su maciza estructura, atestiguan mucho menos el ingenio de un pueblo opulento y amigo de las artes, que la servidumbre de una nacion atormentada por el capricho de sus mandones. Entonces disculpamos á la avaricia, que violando sus tumbas, haya frustrado sus esperanzas: entonces se tributa menos lástima á esas ruinas; y mientras el amante de las bellas artes se indigna en Alejandría de ver aserrar las colunas de los palacios para hacer *ruedas de molino*,

el filósofo, despues de aquella primera emocion que causa la pérdida de todo lo bello, no puede menos de sonreirse interiormente al contemplar la justicia oculta del destino, que devuelve al pueblo lo que le costó tantos afanes, y que somete á la mas humilde de sus necesidades el orgullo de un lujo inútil.

Sin duda el interes por este pueblo mas bien que por sus monumentos, es lo que debe inspirarnos el deseo de ver pasar el Egipto á otras manos; mas aun bajo ese último respecto, seria siempre de desearse una revolucion semejante. Si esta region fuese poseida por una nacion aficionada á las artes imitativas, se encontrarian en ella recursos para el conocimiento de la antigüedad, que ya el resto de la tierra no puede facilitarnos; y tal vez se descubririan hasta libros. No hace tres años que se desenterraron cerca de Damieta mas de *cien volúmenes* escritos en idioma desconocido[1], é incontinenti fueron quemados por órden de los jeques del Cairo. El Delta, á la verdad, ya no presenta ruinas muy interesantes; porque los moradores todo lo han destruido, ora movidos de la necesidad, ora de la supersticion. Pero el Saïd que es menos poblado, y la raya menos frecuentada del desierto, todavía las ofrecen intactas. Con especialidad debemos prometérnoslas de los *oàsis*, esas como islas separadas del mundo por un piélago de arena, donde no ha penetrado ningun viagero conocido desde Alejandro. Estas comar-

[1] He sabido este hecho por los comerciantes de Acre, que le cuentan segun el testimonio de un capitan de barco de Marsella, que entonces cargaba arroz en Damieta.

cas, que antiguamente tenian ciudades y templos, no habiendo sufrido las devastaciones de los bárbaros, han debido consèrvar sus monumentos, por lo mismo que su poblacion se ha depauperado ú estinguido; y esos monumentos sepultados en las arenas, quedan guardados como en depósito para la generacion venidera. Para ese tiempo, quizá menos remoto de lo que se cree, debemos diferir nuestros votos y nuestras esperanzas. Entonces se podrá escavar y registrar en todos sus recónditos la tierra del Nilo y los arenales de la Libia; podrá abrirse la pirámide menor de Djizé, que para demolerla desde los cimientos, no se gastarian diez mil pesos fuertes; y acasó tambien á esa época debemos remitir el desciframiento de los geroglíficos, aunque creo puede conseguirse con los recursos que ya poseemos.

Pero baste de conjeturas: tiempo es ya de pasar al exámen de otra region no menos interesante que el Egipto, asi en lo antiguo como en lo moderno.

APENDICE.

El primero de los dos manuscritos arábigos de que hablé, (capítulo VII, Historia de los Mamelucos, *en nota*) existe en la Biblioteca nacional, marcado con el nº 786. Aparece haber sido compuesto en el año de 1620, por un curial, el jeque Merei, hijo de Yusef el Hambalita.

Viene á ser una especie de crónica en el estilo de los Orientales, que pinta consecutivamente, pero sin coherencia en el discurso, los sucesos mas notables de los reinados de los príncipes, su advenimiento al trono, sus guerras, fundaciones piadosas, su muerte y algunos rasgos de su carácter. El autor comienza la serie desde los primeros califas, en cuya época se efectuó la conquista del Egipto, hasta el bajá turco, que era en su tiempo virey del sultan de Constantinopla. Formar un estracto circunstanciado de esta obra, sobre ser demasiado largo, seria ageno de mi asunto. Bastaráme ofrecer los principales resultados, á saber: — que, desde la invasion de Amrú, lugarteniente del califa Omar, el Egipto fue gobernado por los vireyes de los califas, sus sucesores, cuya residencia estuvo primero en Damasco, y luego en Bagdad. — Que uno de dichos califas (*Maimun*) habiendo creado para sí una guardia de esclavos turcomanos, esta soldadesca al fin se posesionó de todos los empleos militares del imperio, y del gobierno de las provincias. — Que un hijo de esos soldados esclavos, nombrado *Ahmed-Ben-Tulon*, se hizo in-

dependiente por los años de 872, y formó un imperio que abrazaba desde Rahbé, cerca de Mussel, hasta Berbería. — (El tributo del Egipto pasaba de seis millones ochocientos cuarenta y tres mil doscientos trece duros, habia siete mil yeguas de raza en las *haras*, esto es, *yegüerías* de Ahmed.) — Que al cabo de treinta años volvió el Egipto á poder de los califas, quienes, á pesar de lo ocurrido, no procedieron con mas cordura. — Que en 934, un soldado aventurero, nombrado *Akchid*, se declaró tambien independiente, y mantuvo al pie de cuatrocientos mil hombres. — Que á su muerte, un esclavo negro, llamado Kafúr, empuñó el cetro y reinó con un tino sobresaliente. — Que despues de él, en 968, los descendientes de Fátima y de Alí, reconocidos por califas en Berbería, se apoderaron del Egipto, donde reinaron bajo el nombre de *fatimitas*. Que uno de ellos fundó, en 969, la ciudad actual del Cairo: que esta familia continuó reinando en una línea de príncipes, que, segun advierte Merei, fueron todos locos furiosos, ó estúpidos. — Bajo la dominacion de estos, se sepultó el Egipto en un abismo de calamidades, pestes y carestías, de las cuales duró una siete años. Con este motivo, hace el cronista el cómputo de las hambres y pestes, y resultan veintiuna en los ocho siglos corridos desde 635 hasta 1440.

Habiendo creado los califas de Egipto, á semejanza de los de Bagdad, una guardia de estrangeros, presto fueron como aquellos víctimas de la insubordinacion de dichas tropas. Selah-el-din, curdo de estraccion, visir del postrer fatimita, depone á su amo y funda la dinastía de Aïub, asi llamada, por el nombre de su padre. — Él fue quien hizo construir el pozo de escalera de caracol, nombrado pozo de Josef. Su ejército constaba especialmente de *caballeros*, que en arábigo llaman *serrâdjin*, de cuya denominacion formaron los cruzados la palabra *sarracenos*. Reinó esta di-

stía ochenta y cinco años, bajo la dominacion de diez ltanes.

Como la tropa, compuesta entonces de Mamelucos turmanos, asesinase al último *aïubita*, empuñó el cetro un rcomano, por nombre Ibey, estableciendo así la dinasa de los *Mamelucos* turcomanos. — En el corto reinado el hijo de Ibey, Holagú-Kan y sus Mogoles destruyen á Bagdad junto con el califato en 1258. — Levantada por Qalaún, décimo sultan turcomano, una guardia de doce mil Mamelucos circasianos, comprados en los mercados de Asia, se enseñorea de todo esta milicia, elige los príncipes, los destrona, los sufoca, etc. — Recayó la eleccion en un gefe del tal cuerpo, nombrado Barquq, y da principio la dinastía de los Mamelucos circasianos; á su fallecimiento dejó en efectivo valor de tres mil setecientos noventa y siete millones doscientos noventa y cuatro pesos fuertes, y cerca de dos millones en muebles. — El vigésimotercio de esta dinastía fue atacado por Selim II, quien despues de haberle matado en una batalla librada junto á Alepo, persiguió en Egipto á su sucesor Tumân-bey, en quien finalizó el primer imperio de los Mamelucos. — Sumando la serie de estos príncipes, resultan cuarenta y ocho sultanes, de los cuales la mitad turcomanos, y la otra circasianos, que solo reinaron por espacio de doscientos sesenta y tres años: que de los veinticuatro turcomanos, once fueron asesinados y seis depuestos: que de los veinticuatro circasianos, á seis cupo la primera suerte y á once la segunda, y que porcion de ellos no reinaron sino algunos meses: todos estos príncipes no se emplearon en otra cosa que en hacer la guerra, en robar, arrasar, y luego establecian fundaciones piadosas, como mezquitas, escuelas, etc.: que en tiempo del undécimo de la raza turcomana, estuvieron ya á punto de derivar el Nilo al mar Rojo por el pie del monte Moqattam; mas fueron retraidos de

la empresa, porque el presupuesto de los gastos ascendia á cuatrocientos cincuenta mil pesos fuertes. Por último Merei presenta la nómina de los bajaes, que es muy poco interesante, y concluye esponiendo los principios del gobierno musulman, que se reducen al despotismo puro y neto de derecho divino.

El segundo manuscrito, numerado 695, es un *espejo* [1], ó sea pintura del imperio de los Mamelucos, sultanes de Egipto, compuesto por Kalil, hijo de Châhin el Zâher, visir del sultan Maley-el-*Ajeraf* (octavo de la dinastía circasiana).

Esta obra, de cuyo género no conozco ejemplar entre los Arabes, es una especie de estadística del imperio de los Mamelucos, en tiempo del escritor. En leyéndole, cualquiera diria que ha descrito la corte de Luis XIV. — Solo el índice de los capítulos bastará para que podamos graduar su mérito; sin embargo, agregaré aquellas particularidades, que me han parecido mas curiosas é instructivas.

Despues de un prólogo en estremo enfático, á estilo musulman, despues de la protestacion de costumbre, que no hay mas que un Dios, y Mahoma es su único profeta, entra Châhin á describir las eminentes dotes que deben constituir el carácter de todo mortal, á quien *la pluma del destino ha trazado en sus planchas indelebles* una carrera gloriosa; previene en seguida, que habiendo compuesto primeramente un *librote* en folio, juzgó despues mas acertado reducirle á muy corto volúmen (cosa digna de imitacion); y procede á la tabla metódica de los capítulos.

Capitulo i. De los títulos que afianzan al Egipto la superioridad sobre los demas imperios de la tierra. — De sus lugares de devocion y de peregrinacion. — De sus ma-

[1] Esta es la espresiva palabra de que usa el manuscrito arábigo. *Nota del traductor.*

ravillas, asi antiguas como modernas. — De sus límites. — De sus ciudades. — De sus fronteras. — De las provincias y paises que abraza su dominacion.

Capitulo ii. Del poder soberano. — De las cualidades necesarias á un sultan. — De sus deberes. — De los dias de gala y de ceremonias públicas. — De los uniformes de cada clase de empleados inmediatos del sultan.

Capitulo iii. Del comandante de los fieles; de su clase; de su estado. — De los grandes *qâdis* (jueces), á quienes incumbe *atar y desatar*. — De los imânes. — De los abogados y demas curiales y qâdis particulares.

Capitulo iv. Del visir, á un tiempo primer ministro y superintendente de las rentas del palacio del sultan. — De la tesorería del sultan y de sus administradores. — De los secretarios de estado, encargados asimismo del ramo de cámara y del despacho. — Del inspector general de las tropas. — Del orador (ó primer abogado) del divan (consejo). — Del *primer maestre de boca* (repostero mayor) del sultan, á cuyo cargo está la administracion del tesoro privado y del real patrimonio, y en general, la de todas las oficinas establecidas para los negocios de hacienda.

Capitulo v. De los hijos del sultan reinante, y de los príncipes de sangre real. — Del regente. — Del vicegerente del imperio. — Del *maestre de cuadras* (caballerizo mayor). — De los emires que comandan mil Mamelucos. — De los emires de la música militar, con mando de cuarenta Mamelucos, y de los emires inferiores, con él de veinte, diez, y cinco Mamelucos.

Capitulo vi. De los oficiales supremos de la corona, y en general de todos los que desempeñan funciones públicas y privadas cerca del sultan. — De los dependientes *kavanis* y oficiales *khassekis*, sacados de entre los Mamelucos libertos, y que hacen en palacio las veces de gentiles-hombres de cámara y de guardias de corps. — De su servicio, y de

las guarniciones en que estan acuartelados y de faccion. — De los palomares destinados á la crianza y manutencion de las *palomas mensageras* [1]. — Del trasporte de la nieve desde Siria á Egipto, y de las estafetas reales establecidas en todo el imperio.

Capitulo vii. De las casas de las princesas, y del sota-intendente ó veedor de los harenes. — De los eunucos y criados libres, que hacen el servicio del serrallo. — Del guarda trastos (*trastero*) de la corona. — De la armería. — De los almacenes del sultan. — De los dos principales graneros reales, y de todo lo concerniente á este ramo de administracion, asi para la entrada como para la salida de granos.

Capitulo viii. De los dependientes de la servidumbre de palacio. — De la cocina. — De las caballerizas. — De la halconera. — De las cazerías del sultan, y de los lugares destinados al depósito de las redes y alojamiento de los pajareros (*chucheadores*) para la caza de las aves acuátiles.

Capitulo ix. De los inspectores del terreno (*ingenieros*), encargados de entender en la construccion y reparacion de puentes, en abrir canales, levantar diques y calzadas, y dirigir todas las obras públicas en las avenidas y menguantes de las aguas del Nilo. — De los gobernadores de las provincias del Egipto. — De los comandantes particulares. — De los empleados en las subdelegaciones de rentas de las villas y aldeas, y del régimen establecido para la recaudacion de impuestos.

Capitulo x. De los vireyes superintendentes en el gobierno de las ocho provincias de Siria. — De los qâdis superiores. — De los emires y demas oficiales empleados en las capitales de dichas provincias. — Del número de *giundis* y *halqâs* que las guarnecen, y de los comandantes particu-

[1] Palomas que sirven de correos ordinarios. *Nota del traductor.*

lares de las ciudades y castillos que se hallan en este imperio.

Capitulo xi. De los emires y jeques árabes. — De los emires turcomanos y curdos al servicio del estado.—De las espediciones militares. — De los campos volantes. — De la conquista del Yémen, del Diarbekr y de la isla de Chipre, en el reinado del sultan *Maley-el-Ajeraf.*

Capitulo xii. Coleccion de algunos hechos históricos, que á cada cual conviene saber y meditar, para deducir de ellos reglas de conducta. Termina este capítulo con algunos retazos de poesía moral, compuestos por Maley-el-Kiâmel, príncipe soberano de la fortaleza de Heifa, y con una respuesta de Maley-el-Ajeraf, á Mirza-Chah-Roy (hijo de Tamerlan).

Capitulo i. Seccion v. *Límites del Egipto.* — Al S. los límites del Egipto parten desde las riberas del mar de *Qolzum* (mar Rojo), cerca de la ciudad de *Aidab*, y comprendiendo el pais de los Haribs de Nubia, que principia en la gran Catarata, detras de la serranía de Djenadel, van á parar hasta los montes de Aden y las rocas de *Habecha* (Abisinia). Sus confines al E. son el mar Rojo, cuya costa es árida y llena de peñascos. Desde Suez se va ensanchando dicha costa hácia el oriente. Su anchura máxima se halla entre el estanque de Gorandel y el desierto de *Tih.* Aquí está la frontera de Siria. Hácia el N. está ceñido por el mar desde las ciudades de Zâqat, Refah y Amedj, mas conocida por el nombre de *el-Arich*, frontera de Siria en el golfo de Gaza.

Por occidente, abraza el territorio de Alejandría, el pais de Loïunet y de *el-Amidain*, hasta el *Acabé* (antiguamente *Cabathmus magnus*, ó sea la *gran bajada*) inclusive; aquí, desviándose la línea divisoria, y estrechándose sobre los dos oasis, se aproxima al *Saïd* (Alto-Egipto) para juntarse con las fronteras del mediodia.

El Nilo tiene su nacimiento en las faldas de los montes de la Luna. — Por espacio de sesenta jornadas de camino, corre por paises habitados. — Por espacio de otras diez, por tierras estériles. — Una vez llegado á Nubia, la atraviesa sesenta jornadas, pasa luego á los yermos ciento veinte jornadas; por fin vuelve á entrar en terreno fértil hasta el mar, en el que desagua por las dos embocaduras de Damieta y Roseta.

Seccion vii. Del Cairo y sus arrabales. — El nuevo Cairo (Masr-el-Qâhera) tiene doce millas (cuatro leguas) de largo, desde *Târ-el-nabi,* hasta Sebààt-udjuh. En este espacio se incluye el viejo Cairo *(Masr-el-Qadim)* y siete grandes arrabales. El autor entra en minuciosos particulares acerca de colegios, mezquitas, palacios, cotos, parques, etc., y compara cada arrabal con una ciudad principal del imperio; uno equivale á Alepo; otro á Alejandría; cual á Hems; cual á Acre: de cuyo cotejo deduce un total de setecientas mil almas de poblacion en la capital: (he ahí, á mi ver, el orígen de la opinion, que ha prevalecido hasta el dia, de atribuir al Cairo tan inmensa poblacion; ! pero cuánto han cambiado los tiempos!)

El viejo Cairo es el puerto del Alto-Egipto. En tiempo del sultan Nadjm-el-din, se contaban en él hasta ochocientos bateles.

Seccion ix. *Division del Egipto.* — Divídese en catorce provincias; siete al mediodia y siete al norte. Cada provincia tiene trecientos sesenta pueblos y muchas ciudades.

Miniet es la denominacion genérica de los puertos y accesos del Nilo.

Manfalut, territorio desprendido de la provincia de *Usiút*, con treinta aldeas, cosecha soberbio añil (en 1442). Aquí es donde se deposita el tributo de esta provincia, que asciende á un millon ciento y cincuenta mil *ardebs*

de granos (cada *ardebs* equivale á ciento noventa y dos libras).

A tres jornadas al poniente de Usiút, cruzando por un desierto arenisco y pedregoso, está *el-Uah (oasis*, ó sea *isla de arena)*, asi llamada por el nombre de su cabeza de partido.

Otra oasis *del medio* tiene dos aldeas, nombradas *el Qasr*, y *el-Hindan.*

Otra, mas inmediada al Alto-Egipto, se llama *Dakilé (interior)*, y contiene dos lugarejos, cuyos vecinos viven de cebada, maiz y dátiles.

Seccion xi. *De la ciudad de Alejandría.* — Alejandría es el puerto mas frecuentado de los estrangeros; las naciones francas tienen aquí cónsules, gentes distinguidas que sirven de rehenes al sultan. Cuando alguna de estas naciones infiere agravio al islamismo, se hace comparecer á su representante, y se le obliga á resarcir el daño. — La aduana rinde mil *dinars* (mil cuatrocientos duros). Estramuros de la ciudad, se ve la famosa coluna, que llaman *el-Sauâri*, ó sea *gran mástil.* (Lo mismo dice Abulfeda: esta palabra *Sauâri* es la que algunos han tomado por *Severo*, *emperador.)* Yo he oido decir que un sugeto se habia dado traza para subirla y sentarse encima del capitel.

Capitulo iv. *Del visir ó ministro supremo.* — El visir es un ministro con preeminencia sobre todos los empleados principales. — Es de institucion divina, Aaron fue visir de Moises.

El visir cela sobre todos los ramos del gobierno, sobre todos los agentes de la administracion, cualesquiera que sean; los pone y depone de sus empleos; los castiga y recompensa.

Lleva cuenta de todos los ingresos y gastos del estado; acrecienta la hacienda, no valiéndose de la tiranía, sino de pulso y economía.

Las entradas del imperio consisten en rentas fijas, productos eventuales, y derechos señoriales sobre los labradores. Las rentas fijas son: la tasa en dinero efectivo sobre las tierras de labor; los derechos de aduana, de diez por ciento en especie, sobre el comercio de introduccion y estraccion; el tributo de los pueblos conquistados, la capitacion de los no-musulmanes, llamada *karadje;* los arrendamientos de monopolios, llamados *paltes;* el diezmo de los frutos de la tierra; los impuestos sobre fábricas y tiendas, y el quinto del botin legal.

Las rentas contingentes son: la vigésima en las herencias de los colaterales; las multas; el precio por la sangre humana derramada [1]; los impuestos estraordinarios y concesiones de feudos; derecho á la herencia de los estrangeros no naturalizados; los bienes mostrencos, los tesoros descubiertos; el diezmo de los rebaños *pastantes y trashumantes*, pero no de los animales domésticos.

Derechos señoriales sobre los labradores, á saber: 1° derecho de deslinde; 2° derecho de particion de un terreno legado á diversos coherederos; 3° *idem* de acrecentamiento de tierras y pastos, por aluviones del Nilo; 4° *idem* de amojonamiento, ó linderos de las posesiones; 5° *idem* sobre las norias levantadas en el Nilo, para el regadío.

He ahí las rentas legales: coléctanse segun trámites fijos en el pais, y estan destinadas á beneficio del estado; por manera que el sultan no es mas que depositario de estos fondos.

Asi como el visir cela sobre los empleados, el sultan debe vigilar sobre el visir; y este aconsejar al sultan, advertirle y aun reprenderle.

Seccion II. La tesorería real es una oficina encargada de

[1] Conmutacion de la pena de muerte en pecuniaria. *Nota del traductor.*

infinidad de ingresos por mayor y menor; y son los siguientes:

1° Derechos en la frontera de Egipto que linda con la Siria.

2° Derechos de entrada sobre cuanto se introduce no solo en el Cairo sino en todo Egipto, escepto lo consignado al tesoro privado.

3° Derecho á las sucesiones de los estrangeros.

4° Administraciones y estancos del Cairo, como son las carnicerías, tenerías, *almazaras* (molinos de aceite), ingenios de *azúcar* (trapiches); derechos sobre la introduccion de víveres.

Derechos sobre los anatrones ó sodas de Terrâné.

Derecho de Manfalut.

Derecho de investidura, y censos de feudos arrendados ó de paises bajo la proteccion del gobierno de Egipto.

Derecho de limpia de canales, que deben hacer varias provincias.

Provento de las cañas de azúcar y de las *colqâz*, cultivadas de cuenta del sultan.

Producto de las granjas y jardines del sultan, mejorados con pozos de noria.

De estos ingresos, la hacienda paga y costea:

1° La cebada para los establos del sultan.

2° La racion de las caballerizas de los correos.

3° La mesa de palacio.

4° Las reparaciones de las casas reales.

5° La carne y demas comida para los Mamelucos del sultan y toda su servidumbre.

6° El repuesto de sus despensas.

7° Las pensiones de caridad consignadas sobre las herencias de estrangeros.

8° La manutencion de los bueyes de los cortijos. — El acarreo del trébol y paja para las caballerizas.

En tiempo del sultan Barquq, ascendian los indicados gastos á cincuenta mil *dinars* mensuales (setenta mil duros).

El tesoro es administrado por un gefe y varios subalternos. Esta oficina tiene por alguaciles y porteros una cuadrilla de moros, que llevan y ejecutan las órdenes.

Seccion III. *Del primer secretario de estado, encargado del despacho y chancillería.* — Este es un empleado de importancia, es el sugeto de toda la confianza del sultan; debe saber citar el Alcoran, las anécdotas de los reyes, las sentencias de los sabios, los hermosos versos de los poetas, etc.

Su arte consiste en hacer espresar al sultan en todos sus escritos con nobleza, tino, grandeza, ingenio, gracia y elegancia: al intento debe forjar frases rimadas y altisonantes; es de su incumbencia espedir los tratados de alianza de los califas y sultanes; los nombramientos de los qâdis y gobernadores, las encomiendas de beneficios militares en favor de los emires y djondis, etc., y finalmente las cartas del sultan.

Estas cartas tienen un formulario artificioso, segun la categoría de las personas. Las que se dirigen á los súbditos, se llaman *mokâtebât;* las que se mandan á los estrangeros, *morâselât.*

El mas alto tratamiento para con los estrangeros es el de *el maqâm, el àâli.*

El mas ínfimo es *el madjlas, ó megeles, el àâli.*

Para los súbditos el mas elevado es *maqarr, el karim* (vuestra gracia).

Despues *maqarr el àâli* (escelencia).

Luego *djenâb-el-kerim* (corte magnífica).

Despues *djenâb el àâli* (corte eminentísima); por fin, *sadr el adjal* (presencia augusta); *hadrat* (simple presencia).

Seccion VI. *Tesoro privado.* — En este entiende un oficial

mayor, que asimismo administra las tierras afectas al sueldo de los Mamelucos del sultan, y varios ramos de rentas, cuya masa se denomina *tesoro privado*. Estos empleados han solido adquirir grandes caudales.

De este departamento dependen ciento sesenta villas y aldeas, á las cuales deben agregarse muchos paises que estan bajo la proteccion del gobierno, y otros en arrendamiento. Solo las villas de Menzalé y de Faraskut, rinden cada una anualmente treinta mil *dinars* (cuarenta y dos mil duros), *item* los derechos de investidura de los gobernadores de provincia, inspectores del terreno, comandantes de villas y lugares y comisarios de policía. — Personas fidedignas é instruidas me han asegurado que todo el tesoro montaba á cuatrocientos mil dinars (quinientos sesenta mil duros), y á trecientos mil *ardebs* (quinientos setenta y seis mil quintales) de trigo, cebada y habas.

El gasto consiste en soldada y manutencion de los Mamelucos del sultan; cebada para sus caballos; manutencion de las princesas y el harem; salario y sustento de toda la servidumbre de palacio, etc.

Seccion vii. *Del real patrimonio*. Este viene á ser la renta propia del sultan; comprende:

1° La aduana de Alejandría en cuanto al comercio de los Francos.

2° Los derechos sobre las especerías procedentes de la India.

3° La venta de los mugiles, y la de las huevas de pescado en escabeche.

4° Derechos sobre las artes y oficios mecánicos, tabernas, bailarinas y prostitutas.

5° Derechos sobre los corredores é intérpretes.

6° Producto de los tejares y alfarerías.

7° Alquiler de los camellos para cabalgar de Alejandría á Roseta.

8° Aduana de las mercancías de la India, sita en *el-Tor.*

9° Derechos en Damieta sobre varios renglones, y entre otros sobre las *refinerías de azúcar.*

10° El quinto del botin legal.

11° Arriendo del lago *Semanaut* y otros estanques.

12° Derechos sobre Fúa, emporio de los Francos, cuando era navegable el canal de Alejandría (en el año de 1320), el cual ha cesado de serlo de ciento veinte años acá.

13° Derechos sobre las tierras de Brulos, Nesterúh y el puerto de Roseta.

14° Aduanas del Saïd (Egipto superior) sobre los Abisinios que trafican en esclavos negros, oro en polvo, etc.; y *paltes* (monopolios ó estancos) de sen y cañafístula.

15° Derechos de los campos protegidos, y de los arrendados á los Arabes.

16° Producto de innumerables cortijos y fundos del real patrimonio, regados por norias.

El alquiler de *Fonduq-el-Kerim*, edificio sito en el viejo Cairo.

Sucesion de todos los magnates, que fallecen en el Egipto, sin herederos legítimos.

Beneficios de la casa de moneda.

Derecho de la ciudad de Berut.

Aduanas de las mercaderías de la India, acarreadas á *Bedr*, á *Honain* y *Buaïb-el-Aqabé.*

Ahora siguen los cargos:

1° Pertrechos de guerra para todas las espediciones.

2° Gasto de la caravana, y de la festividad del sacrificio.

3° Distribucion de las víctimas entre los oficiales mayores y menores.

4° Gastos de la fiesta pascual, del banquete y de los regocijos públicos.

5° Renovacion del vestuario y menage del harem.

6° *Idem*, del vestuario de los Mamelucos.

7° Trage de honor para los oficiales supremos, los qâdis y emires de primera clase; y para los kâchefs. (En Bairan todos los musulmanes estrenan vestidos, tanto ellos como su casa; cuyo estilo se llama *kesué*.)

8° Manutencion completa de los empleados en el impuesto.

9° Abastecer el harem y serrallo de dulces, confituras, sorbetes, frutas y otras golosinas.

10° Agasajos que se hacen á los soberanos.

11° Trage de honor para todos los empleados del imperio: (es práctica vigente en todo el islamismo el no conferir las plazas sino por el año corriente; el agraciado paga un donativo, ú propina de *babuchas*, ó sean chinelas: el mas rico se lleva el cargo.) Cada uno de estos trages difiere en forma, tamaño, color y riqueza, segun la gerarquía (en general el vestido es sumamente costoso, con especialidad por las pieles).

Seccion v. *Gran abogado del consejo.* — Siempre que ocurre algun asunto de gravedad, el sultan reune el consejo (divan); al efecto convoca al príncipe de los creyentes, á los cuatro grandes qâdis, al visir, los emires de mil caballos y al condestable.

Antes de entrar en la sesion, el sultan espone sus intenciones á un individuo de su confianza y elocuente, á quien se le encarga presentar el asunto de la discusion, y satisfacer á todos los reparos que ocurran. El sultan guarda silencio.

Se ha ideado este encargado con la mira de que el sultan jamas resulte comprometido, y á fin de que se hagan las objeciones con toda libertad, respecto á que cualquier error que se deslice, ha de recaer precisamente sobre el abogado ú relator.

Capitulo v. Los hijos del sultan son educados con es-

mero en el harem. Es costumbre antigua hacer encerrar á todos los que existen al advenimiento de algun príncipe. *Malek-el-Ajeraf* dió libertad á cuarenta; pero murieron en la peste del año de 1429, que se llevaba hasta diez mil quinientas cabezas por dia.

Si el príncipe es menor de edad, entra á gobernar un regente, con el nombre de *nezám-el-molk (el que pone órden en el reino)*. En caso de ausencia del sultan, toma el mando un *vicario*, *nâieb-el-molk*.

El gefe de los emires es una especie de condestable; denomínanle *àtabek el àsâker.*

Los emires se dividen en varias clases. Los de la primera poseen cien Mamelucos, y comandan mil: su número deberia ser veinticuatro.

Los de la segunda poseen cuarenta Mamelucos: deberian ser cuarenta. La música militar toca á la puerta de sus moradas *á l'àsr* (hora del tercer rezo); consta de timbales, tambores y clarines. Estos últimos instrumentos son de fecha reciente.

Los emires de la tercer clase deberian ser en número de veinte: cada cual tiene otros tantos Mamelucos.

Los de cuarta clase deberian ser cincuenta, y tener cada uno diez Mamelucos.

Finalmente la quinta y última clase es de treinta emires, que cada cual tiene cinco Mamelucos de cortejo.

Entre dichos emires, unos tienen empleo efectivo en el estado: otros, solo título y grado.

El ejército se divide en muchos cuerpos. Karabal Culí, príncipe tártaro, habiendo enviado, muchos años ha, á pedir un tributo, so pena de mandar contra el Egipto veinte *tumanes de caballeros* (doscientos mil caballos) el sultan, que en tiempo era, no le dió mas contestacion que remitirle el estado siguiente de sus tropas:

1° Los *djendis el halqa*, ó escolta del sultan. — (*Casa real*)	24,000 caballos.
2° Mamelucos del sultan	10,000
Mamelucos de los emires	8,000
Gendarmas, ó caballería ligera en Damasco	12,000
Mamelucos de los emires de Damasco	3,000
Gendarmas en Alepo	6,000
Mamelucos de los emires de Alepo	2,000
Gendarmas de Trípoli	4,000
Mamelucos de los emires	1,000
Gendarmas de Safad	1,000
Mamelucos de los emires	1,000
Guarniciones de los castillos de Siria, inclusos los Mamelucos	60,000
TOTAL	132,000 caballos.

Arabes dominados.

Tribu Bâli-fadl, hijos de Nuèïr	24,000
Arabes de Hedjaz	24,000
Tribu del Aâlí	2,000
Arabes de Irâq	2,000
— del Yémen	2,000
— de Djezire	2,000
— de Metruq	1,000
— de Djarm	1,000
— Beni oqbé y beni Mehdi	1,000
— el Omara	1,000
— de Hindam	1,000
	61,000

Suma de la vuelta.....	61,000 caballos.
— Aâïd..............................	1,000
— Fezàrât...........................	1,000
— Moharib...........................	1,000
— Qarîl.............................	1,000
— Qattâb............................	1,000
— de Egipto junto...................	3,000
— Hauâra............................	24,000
Turcomanos esparcidos en hordas, ó *campos* por tierras de Siria y el Diarbekr, segun consta de los registros, en número de........................	180,000
Los Ochrân (no sabemos mas de estos, sino que són otra casta de Turcomanos) divididos en treinta y cinco distritos, cada uno á razon de *mil* caballos............................	35,000
Curdos..............................	20,000
Milicias del Egipto, al respecto de treinta y tres mil villas y pueblos, y de dos caballos por villa..................	66,000
TOTAL.........	526,000 caballos.

De los almacenes y graneros del sultan. — El sultan tiene almacenes, donde se depositan todos los productos en especie de sus aduanas, como pimienta, canela, especerías, azúcares, maderas de construccion, etc.

Tambien posee dos graneros, que son dos maravillas.

En el uno, llamado *Chiuân*, se almacenan los granos, trigo, arroz, leña, paja, etc., para el consumo de palacio.

En el otro, nombrado *Hirâ*, se guardan los granos de reserva, á que no se les pone mano sino en caso de necesidad; á veces se prohibe la salida. Este granero bien re-

puesto, subviene en las carestías. De aquí salen las limosnas. Hubo un año en que el beneficio de la venta subió á trecientos mil *dinars* (de cuatro reales de plata cada uno).

Veintisiete pestes y carestías han afligido al Egipto en el discurso de ocho siglos; á veces sufrió tres plagas de estas en veinticinco años; y eso siempre en tiempos de revueltas y de mal gobierno.

CAPITULO IX. § I. *De los inspectores del terreno de labor*, Kochâf-el-Torâb. — Los inspectores del terreno son escogidos de entre los emires de primera gerarquía; se les despacha anualmente á principios de primavera, á todas las provincias del Egipto, para dirigir los trabajos necesarios á la conservacion de canales, levantar diques y calzadas, y todo lo relativo á la creciente y menguante de las aguas del Nilo.

El ramo de la real tesorería está encargado, por cuenta de los fondos que percibe, de hacer ahondar ciertos canales del comun, á fin de facilitar el desagüe. Mas todo lo concerniente á diques y calzadas necesarias á la solidez de los puentes, debe costearse por contribuciones y derramas sobre cada pueblo, habida consideracion á la fertilidad y estension de su territorio. Desde que el Nilo principia á salir de madre, se redobla la vigilancia en la conservacion de diques, calzadas y puentes hasta que los campos esten bien empapados; pues si estas obras fueran arrastradas por la corriente, derramando las aguas consecutivamente, dejarian sin regadío comarcas enteras. Cuando mengua el Nilo, es menester por el contrario, proporcionar el desborde, á fin de poder sembrar las tierras en sazon.

Por lo que hace á los puentes establecidos para utilidad local de ciertos pueblos, toca á los hacendados conservarlos. Los inspectores nada tienen que ver en el particular.

§ II. *De los kâchefs, ó inspectores de provincia.* — Los gobernadores del Egipto, denominados *kâchefs*, eran anteriormente en número de tres.

Uno mandaba desde los confines de Gizah hasta Genadel, esclusive. Nombraba siete emires, que administraban bajo sus inmediatas órdenes las siete provincias meridionales (Heptanómis y Tebaida).

El segundo gobernaba la parte del norte (el Delta), teniendo asimismo siete emires á su mando.

Solo la provincia de Gizah estaba encargada al tercero. Este era á veces emir de la primera clase y gefe de mil caballos, asi como los dos primeros; otras era algun emir de la música militar.

De poco acá se han creado tres plazas de kâchef, destinadas á la parte meridional; de las cuales, una es para Faiúm, otra para el Saïd inferior, y la tercera para el superior. Igualmente se ha dividido el norte en tres *kachefatos*. El primero abraza las provincias del este (Charqié); el segundo la del oeste (Garbié); y el postrero, la Behiré, ó sea provincia del *Lago*, que desde tiempo inmemorial ha formado gobierno aparte.

Mas, si me es lícito dar mi dictámen, semejantes disposiciones son menos favorables al buen órden que las anteriores.

Dividiendo los empleos, se ha minorado el poder é influjo, que concentrados antes en pocas manos permitian á los comandantes desplegar aquel boato y magnificencia que siempre infunde respeto á la muchedumbre.

Anteriormente, cada vez que un *kâchef* del Saïd ó del norte hacia la *visita* de su distrito, el sosiego precedia á sus pasos, y su séquito de mil caballos ocasionaba una circulacion de numerario, que vivificaba el comercio y la agricultura.

Todavía los kâchefs suelen nombrar encargados de entre

los emires subalternos; pero el nombramiento de la mayoría de ellos ha recaido en poder del administrador del tesoro privado *(ustadar)*, quien vende estos empléos, y paraliza el poder de los kâchefs.

§ III. *De los funcionarios en cada pueblo, y de la recaudacion del impuesto.* — En cada ciudad, ó villa principal, hay un qâdi, un recaudador de los derechos de la real tesorería, otro del tesoro privado, otro para el real patrimonio; *item*, un comisario de navegacion (del Nilo), un oficial militar para la policía, un asentista adjudicatario, un inspector de canales; y síndicos procuradores, semejantes en sus atribuciones á los burgo-maestres de Holanda.

Antiguamente, el impuesto solo se colectaba en especie; hace mucho tiempo que todo es por arriendo, y los contratistas adjudicatarios de los pueblos tienen sus casas bajo un pie de opulencia, que muchos reyezuelos de Asia no viven con tanto esplendor.

Los asentistas de Menzalé y de Faraskur exhiben en las cajas del real patrimonio, cada uno de por sí treinta y seis mil dinars [1].

Los demas pueblos, muchos de los cuales rinden de doce á veinte mil dinars, estan igualmente arrendados por sumas inalterables [2].

Las tierras afectas al peculio de los djendis, estan divididas por *kirâts*; y cada *kirât* está valuado en mil dinars, cerca de dos mil doscientos duros.

Capitulo x. *Administracion de las provincias.*

1° Provincia de Damasco.

[1] Cerça de óchenta y siete mil cuatrocientos duros. — En 1780, Murad-bey sacaba de Faraskur cien mil *patacas*, ó sea ciento y cinco mil duros.

[2] He ahí el motivo por que todo prosperaba; pues en variando anualmente el impuesto sobre raices, se amortece la industria, y se arruinan los estados. *Nota de Volney.*

2° Karak.

3° Halab (Alepo).

4° Tarâbolos (Trípoli).

5° Homs (Hems).

6° Lafad.

7° Gazzah (Gaza).

La primera y mas considerable provincia de Siria es la de Damasco. Su virey (kafil) ostenta un aparato que compite con el del sultan á quien representa. Dispone á su albedrío de todos los empleos civiles y militares de su gobierno.

Los oficiales mayores militares son el emir generalísimo de las tropas, el gefe de los porteros, doce emires de primera clase, veinte de segunda, y sesenta de diez y de cinco Mamelucos.

El tribunal de justicia consta de cuatro supremos qâdis de las cuatro escuelas ó sectas ortodoxas, y cada cual nombra sustitutos en Damasco y demas ciudades de la provincia, para entender asi en lo civil como en lo criminal.

Los empleados superiores de *pluma* (mobâcherin), son: el secretario del despacho, el inspector general del ejército, el *ustadar* ó tesorero privado, el del real patrimonio, el de la tesorería real, y el visir.

Los agentes ejecutivos (arbab-el-nazaïef) son dos inspectores con honores de kâchefs, que hacen la *visita* ó *vuelta*, turnando entre sí; los emires de los distritos, los comandantes de plazas, el aposentador mayor, el tribuno del ejército, etc., casi como en el Cairo.

El castillo de Damasco está confiado al lugarteniente del sultan y á siete oficiales porteros (*capidjis*).

Por lo que hace á los djendis de guarnicion en la provincia, deberian ser doce mil, de los cuales dos mil cerca del virey; el resto distribuido con los emires, por escuadrones de quinientos hombres, y no de mil como en Egipto.

Karak ocupa el segundo escalon en órden á provincia. Es costumbre escribir al virey en papel encarnado; porque habiendo un sucesor de Seláh-el-din repartido su imperio entre tres hijos suyos, á saber, á uno le asignó el Egipto; á otro la Siria, desde Bisan hasta el Diarbekr; y al postrero el resto de Siria y Karak; se ha trasmitido el ceremonial de estos sultanes á sus vireyes.

De algun tiempo acá no tiene Karak por gobernador mas que dos capidjis; por tribunal dos qâdis, y por guarnicion algunos Mamelucos y *babritas* (gente de mar), con un príncipe árabe que manda todas las tribus del distrito.

Los otros cinco gobiernos son administrados bajo el mismo sistema que el de Damasco, aunque no con tanto fausto y gastos : el de Hama estaba destruido desde aquella fecha.

Hay fortalezas y castillos con emires particulares. Sus guarniciones constan de un teniente del sultan, un cuerpo de *babritas* retirados, un gefe de día, un *tribuno* del ejército, algunos Mamelucos del sultan, porteros y porcion de soldados del pais que montan la guardia. (El autor ignora si Malatié debe mirarse como fortaleza, ó como capital de provincia.) Allí es donde mandaba Doqmaq, de quien fue esclavo Malek-el-acheraf (amo del visir autor).

Capitulo xi. *De los emires y jeques árabes, turcomanos y curdos.* — Los Arabes diseminados por las tierras de Egipto y Siria, se dividen en tribus, cada una con su emir correspondiente. Este emir tiene bajo de sí jeques encargados de la conservacion del órden y de la recaudacion de las contribuciones, de que son contratistas, cada cual en su respectivo distrito.

§ i. *De las espediciones militares.* Distínguense dos especies de espediciones (*tedjârid*), una contra el estrangero, otra contra el súbdito rebelde. En ambos casos, se compone el ejército de tropa de caballería y archeros de á pie,

trigo candeal, cebada, habas, lentejas, garbanzos, arroz, etc., asciende á cuarenta y ocho mil ochocientos ochenta ardebs (cada *ardeb* pesa dos quintales menos ocho libras).

Dichos terrenos rinden ademas en censos pecuniarios, setenta bolsas (diez y siete mil cuatrocientos duros).

Agréganse á esta suma otros ramos de réditos provenientes de raices, impuestos en diversos fundos por varios sultanes, bajaes y particulares, asi en tierras como en casas y tiendas; á esto llaman el *surer.* Las limosnas montan, segun Mohammad-ben-ezhâq, á ciento sesenta y cuatro bolsas (cuarenta y un mil duros). Mas por las partidas de las cuentas solo resultan ciento cuarenta y una bolsas.

A lo que deben añadirse mandas semejantes hechas en Natolia (Rum-ili), Alepo, Damasco y demas paises musulmanes; total que constituye una riqueza enorme en pro de la Meca y Medina.

Soliman estableció asimismo ochenta camellos de dotacion, para los pobres que quieran hacer la romería.

Palomares para los pichones de mensage. — Hállanse situados estos palomares en torres construidas de trecho en trecho en todo el ámbito del imperio, con la mira de celar sobre la seguridad y quietud pública.

En Mussel fue donde primero se sirvieron de palomas para el porte de cartas[1]. Luego que los Fatmitas invadieron el Egipto, establecieron estos correos aéreos, tomando el negocio con tal calor, que destinaron fondos especial-

[1] Llamábanlas *bàtâiq*, y eran cartas de aviso liso y llano; se ataban bajo el ala: fechábanse con especificacion del lugar, dia y hora, despachándolas por duplicado: una vez llegada el ave, la conducia el centinela al sultan, quien con su propia mano desataba el papel. Las palomas bien adoctrinadas no tenian precio. Estos establecimientos eran sumamente costosos pero tambien eran utilísimos. Llamaban á las palomas *ángeles de los reyes.*

mente para este objeto. Entre otros registros de la oficina del ramo, habia uno en que se hallaban clasificadas las castas de palomas reconocidas por mas á propósito para el caso. El virtuoso Madj-el-din Abd-el-Dâher compuso un libro sobre la materia, titulado *Tamâin-el-Hàmâin*; esto es, *Amuletos de las palomas*.

Mucho tiempo ha que estan destruidos los palomares del Saïd, de resultas de las conmociones que han arruinado el pais; subsisten empero los del Bajo-Egipto (en 1450); y he aquí un estado de ellos, inclusos tambien los de Siria.

Nota.: Que las distancias han sido agregadas por el traductor, segun Danville, y segun sus propios datos.

§ I. *Correspondencia del Cairo con Alejandría.*

PALOMARES.	Distancia en millas.
Castillo de la Montaña (en el Cairo)........	0
Monuf-el-uliâ...........................	39
Damanhur-el-uâhech......................	45
Skandarié (Alejandría)...................	36
	120

§ II. *Del Cairo á Damieta.*

Castillo de la Montaña.....................	0
Torre de Beni òbaid........................	36
Echmum-el-rommân..........................	36
Dumiât....................................	30
	102

§ III. *Del Cairo á Gazzah.*

Del Cairo á Bilbais........................	27

Suma de la vuelta.....	27 millas.
De Bilbais á Saléhié..................	27
De Saléhié á Qâtia.........................	42
De Qâtia à Varrâdé.........................	48
De Varrâdé á Gazzé [1]......................	81
	225

§ IV. De Gazzé á Jerusalen, un palomar....	81
En Nablus, otro *idem*.....................	36
	117

De Gazzé á Habrún..........................	30
En Sâfié, sobre un riachuelo de este nombre.	45
En Karak...................................	48
	123

§ V. *De Gazzé á Safad.*

En el-Qods (Jerusalen).....................	48
En Djenîn..................................	30
En Bisan...................................	24
En Safad...................................	24
	126

§ VI. *De Gazzé á Damasco, siete palomares.*

De Gazzé á Jerusalen, un palomar.........	48

[1] El traductor cree que se ha omitido un palomar en el-Arich, respecto á ser la distancia harto grande y por consiguiente muy molesta para el trasporte de las palomas.

Suma de enfrente....	48 millas.
En Genin..................................	30
En Bisan..................................	24
En Tâfès..................................	30
En el-Sânemain..........................	24
En Damasco..............................	30
	186

De Damasco á Balbek, un palomar... 48

De Damasco á Halab, siete palomares.

En Damasco, un palomar..................	
En Cara..................................	45
En Heins.................................	36
En Hama..................................	24
En Marra.................................	30
En Kan-tunâm.............................	30
En Halab.................................	28
	193

De Halab á Behesna, cuatro palomares.

En Halab.................................	
En el-Biré, banda oriental del Eufrates.....	66
En Qalàt-el-Rum..........................	27
En Behesna...............................	45
	138

De Halab á Rahabé, cuatro palomares.

En Halab.................................	
En Qàbâqîb...............................	75

Suma de la vuelta.....	75 millas.
En Tadmúr (Palmira).....................	75
En el-Rahabé............................	108
	258

De Damasco á Tarâbolos (Trípoli), cinco palomares.

En Damasco [1]	
En Saida................................	63
En Berut................................	24
En Terbelé..............................	30
En Tarâbolos............................	24
	141

Tales son los palomares mantenidos en el imperio, para la celeridad en la remision de pliegos de oficio. Cada uno tiene su director y sus *celadores*, quienes aguardan por turno la llegada de las palomas: hay ademas criados y mulas de carga destinados á cada palomar para las mudadas respectivas de las palomas. El gasto total no deja de ser bien subido.

DE LA CONDUCCION DE LA NIEVE, Y DE LAS REMUDAS DE HEDJINES DESTINADOS AL EFECTO.

Antes del sultan Barquq, venia la nieve de Damasco al Cairo en barquillas, que partian de Saida y Berut para Damieta, donde se trasbordaba en botes menores, que la llevaban hasta Bulaq. De aquí la trasportaban en camellos al castillo, donde se guardaba en sótanos. En tiempo de Barquq, y aun despues, se despachaba en *hedjines* (dro-

[1] Es de suponer que se ha omitido aquí un palomar en las montañas.

medarios), dándose setenta viages desde 1° de junio hasta 30 de octubre........ uno cada cincuenta y cuatro horas.

Diariamente parten de Damasco cinco *hedjines* cargados de nieve, y guiados por un práctico y un correo portador de órdenes al lugar de la parada. En cada parada se mantienen seis hedjines de remuda.

Las paradas son las siguientes :

De Damasco á el-Sânemain	30 millas.
— á Tafés	24
— á Erbed	18
— á Djenîn	36
— á Qâqun	18
— á Ludd	18
— á Gazzé	36
	180
— á el-Arich	57
— á Uarrâdé	24
— á Mutailem	24
— á Qâtiê	24
— á Salèhié	42
— á Bilbeis	24
— al castillo del Cairo	27
	222

Postas de á caballo, llamadas barîd.

El gobierno tiene establecidas postas en los caminos principales del imperio, á saber:

(Debe advertirse que por *barîd* (*carrera*) se entiende un trecho de dos á cuatro leguas (una parada).

La legua consta de tres millas; y esta de tres mil codos, medida de *el-Hâchim*, una de las primeras tribus árabes.

El codo es de veinticuatro dedos : el dedo, de seis granos de cebada por lo ancho : y el grano, de seis pelos de la cola de un mulo.

Ruta del Cairo al Saïd.

Del Cairo á Gizah, cruzando el Nilo	15 millas.
— á Bernecht	15
— á Miniet-el-Qâïd	18
— á Uena	18
— á Siâtem	18
— á Dehrut	15
— á Iqlosena	18
— á Miniet Ebukasib	18
— á Achmunain	15
— á Dehrut-el-Cherif	12
— á Menhi	12
— á Manfalut	12
— á Usiút	13
— á Tima	21
— á Maragat	12
— á Belensún	12
— á Djirdjé	12
— á Belienet	15
— á Hú	21
— á Qôm-el-Ahmar	12
— á Derenbe	15
— á Kus, atravesando el Nilo	12
— de Kus á Hedjré	15
— á Edua	15
— á Esna, posta doble	24

Aquí terminan las paradas. Para continuar el camino, se alquilan cabalgaduras á particulares.

De Esna se pasa á Aidab en el mar Rojo, lugar de depósito del Yémen y de Habach (Abisinia).

Del Cairo á Scandarié, hay dos caminos; uno por el Delta, cruzando por poblado, y otro por el desierto, á izquierda del rio.

Por el Delta, hay del Caíro á Kaliúb......	9 millas.
— á Monuf........................	18
— á Mohallet-el-Marhum................	24
— á Nahararîé......................	24
— á Turkmânié......................	24
— á Scandarié......................	24
	123

Por el desierto, ó *camino enjuto*, hay del Cairo á Djaziret-el-Qît......................	18 millas.
— á Uardan........................	12
— á Terrâné........................	12
— á Zauiet-el-Mobarek................	12
— á Damanhur......................	21
— á Luqîn........................	18
— á Scandarié......................	24
	117

Del Cairo á Dumiât.

Del Cairo á Kaliúb......................	9
— á Bilbais........................	18
— á Salêhié........................	24
— á Sâdié........................	12
— á Bainunet......................	12
	75

Suma de la vuelta	75 millas.
— á Achmun-el-Rummân..................	12
— á Faraskur............................	21
— á Dumiât..............................	9
	117

Del Cairo á Gazzé.

Del Cairo á Sâdié, arriba dicho............	63
— á Gorâbi............................	18
— á Qâtié.............................	12
— á Màân..............................	12
— á Motâilem..........................	12
— á Seuâdé............................	12
— á Uarrâdé...........................	12
— á Bir-el-Qâdi.......................	12
— á el-Arich..........................	12
— á Karriobé..........................	12
— á Sââqa.............................	12
— á Refah.............................	9
— á Salqa.............................	12
— á Gazzé.............................	12
	222

De Gazzé á Karak.

De Gazzé á Belaquis.......................	12
— á Habrún............................	18
— á Djenba............................	12
— á Zuair.............................	18
— á Safié.............................	15
— á Kafar.............................	24
— á Karak.............................	21
	120

De Karak á Chubak, estremidad setentrional de la Arabia Petrea, no hay mas de tres paradas en cerca de noventa millas.

De Gazzé á Damasco.

De Gazzé á Djenîn	12 millas.
— á Bait-Derâs	12
— á Ludd	12
— á el-Udjaâ	6
— á Tiret	6
— á Qâqun	6
— á Fâmié	9
— á Djenîn (en Safad)	9
— á Hettin	6
— á Zerîn	6
— á àïn-Djalut	6
— á Bisan	6
— á Erbed	12
— á Tâfes	18
— á Râs-el-Mâ	12
— á el-Sanêmain	12
— á Gàbâgib	12
— á Kesué	9
— á Damasco	9
	180

De Damasco á el-Biré, sobre el Eufrates.

De Damasco á Kusair al N.	9
— á Qatifé, al E.	12
	21

Suma de la vuelta.....	21 millas.
— á Efteraq al N.	6
— á Kastel	9
— á Qara	9
— á Gasulé	12
— á Semsin	12
— á Hems	12
— á Rusten	12
— á Hama	12
— á Latmin	9
— á Djerabolos	9
— á Marra	12
— á Ebad	12
— á Emâr	12
— á Kinesrin	9
— á Halab	12
— á el-Bab	30
— á Bait-Beré	30
— á el-Biré	15
	255

De Damasco á Djabar, baluarte del imperio sobre el Eufrates.

De Damasco á Homs (véase arriba)	81
De Homs ácia el E. á Masná	24
— á Qarnain	18
— á el-Baida	24
— á Tadmúr	24
— á Kerbe	24
— á Sakné	18
	213

Suma de enfrente	123 millas.
— á Qabqab	18
— á Kauamel	24
— á Rahabé	24
— á Djabar	110
	389

De Damasco á Safad.

De Damasco á Buraid, N.-O	12
— á Qulus	12
— á Oraimbé	18
— á Nuran	12
— á Djabb Yusef	8
— á Safad	12
	84

De Damasco á Berut.

De Damasco á Kan-Maiselun	12
— á Harin, sobre el Qasmié	18
— á Saïda, por el Líbano	33
— á Berut	24
	87

De Damasco á Balbek.

— á Zebdani	15
— á Bura	12
— á Balbek	13
	40

De Damasco a Tarâbolos.

De Damasco á Gazubé (véase camino de Halab.)	55	millas.
— á Qadis	18	
— á Aqmar	21	
— á el-Akra	18	
— á el-Arkâ	12	
— á Tarâbolos	15	
	139	

De Damasco á Karak.

De Damasco á el-Qatibé	12
— á Barâdié	18
— á Bordj-el-Abiad	18
— á Hosban	18
— á Qanbes	24
— á Dibiân	24
— á Qaté-el-Modjeb	24
— á Safra	24
— á Karak	24
	186

De Halab á Behesna y á Qaisarié (Cesaréa), frontera del imperio en Armenia.

De Halab á el-Semûqa	10
— á Istidra	12
— á Bait-el-Fâr	18
— á Antab	12
	52

Suma de enfrente.....	52 millas.
— á Dair-Kûn..........................	9
— á Qûna..............................	12
— á Arban.............................	12
— á Behesna...........................	9
— á el-Qaisarié.......................	120
	216

Desde el año de 1412 cesó el gobierno de mantener remudas de Behesna á Qaisarié.

Continua el autor en las secciones doce y trece tratando de la Siria estensa é interesantemente; pero es demasiado largo de trasuntar: nos contentaremos con indicar que, de acuerdo con los geógrafos musulmanes, divide la Siria en cinco regiones.

1° La Palestina, desde *el-Arich* hasta Ladjun, junto al *Qarmel* (el Carmelo).

2° El Haûran, pais variado de llanuras y montañas, cuya capital es Tabarié.

3° El Gutâh (ó pais hueco): ciudades principales; Damasco, Trípoli, Safad y Balbek.

4° El pais de Hems, donde no se crian ni alacranes ni serpientes.

5° El Kinesrin, que tiene por capital á Halab, y por dependencias á Serbin, Antioquía, Hama, etc.

Segun el plan administrativo del imperio, está repartida la Siria en seis provincias, las que llevan los nombres de sus respectivas capitales.

Llámase la primera, provincia de *Gaza*, ciudad situada en un llano fértil. El distrito de Karak, nombrado tambien Moab, está por separado, y comprende desde Ula, en la Arabia Petrea, hasta el arroyo Zizalé, el que desagua en el Jordan: es un espacio de veinte jornadas de camello

(á seis leguas por jornada). El pais tiene muchos pueblos; pero hay escasez de agua en los caminos, y crecido número de desfiladeros entre las rocas, en los cuales un solo hombre es capaz de detener á un centenar de dragones. — Karak es de las ciudadelas mas fuertes que se conocen; jamas se ha podido tomar á pura fuerza.

La segunda se llama provincia de *Safad*, y contiene mas de mil doscientos lugares. Hállase la ciudad en una situacion amenísima, sobre el lago de Tabarié, defendida por una escelente fortaleza. *Súr* (Tiro), dependiente de ella, no pasa de un lugarejo miserable.

La tercera, ó sea provincia de Damasco, es la mas rica asi en producciones de todas clases, como en número de aldeas. El autor le cuenta mil ochocientas, y eso que omite las de varios distritos.

La cuarta, ó provincia de Trípoli, contiene mas de tres mil lugares: Hesn-el-akrad, fuerte castillo, le sirve de confin al E.

La de Hama, que es la quinta, abunda en pueblos y castillos: el de la ciudad capital fue destruido por Tamerlan.

La sesta llamada de *Halab*, es dilatadísima y rica en sumo grado. El castillo de Halab es obra de *manos de hombres* (quiere dar á entender el montecillo sobre que se halla el castillo).

De Halab dependen: *Antioquía* sobre el Orontes; *Djabar* sobre el Eufrates; *Rahbé* al S. de Djabar en la banda oriental del propio rio; *Sis* en Armenia, poblado de cristianos; *Tarsus*, á orillas del mar, frente á Chipre; *Biré* sobre el Eufrates, donde hay un puente de bateles y considerable número de castillos y ciudades importantes; todo lo cual lo describe el autor muy menudamente. (De manera que en esa época, es menester suponerle á la Siria por lo bajo veinte mil pueblos, entre ciudades y aldeas; y graduando unos con otros, á razon de trecientas cabezas, tendremos

seis millones de habitantes: estado por cierto bien diferente del actual, y á mi ver, muy inferior al antiguo, en tiempo de Tito y Vespasiano.

Cierro mi estracto con algunas ideas del visir Châhin, acerca de los principios de la soberanía.)

Capitulo ii. Seccion i. *Del poder soberano.* El poder soberano es un destello de la divinidad. Si reina el buen órden, si se castiga la sedicion y la licencia, etc.; todo es efecto milagroso del sagrado carácter impreso en la frente del déspota (*sultan, ó dueño absoluto*).

El blanco de la suprema potestad es la conservacion de los individuos y el auge de la pro comunal, por medio de un gobierno justo. El sultan debe manejar con pulso el sable que Dios ha puesto en sus manos, para defender el imperio, dar valimiento á la religion y hacer guardar las leyes divinas y humanas. (*Mereï*, el historiador jurista precitado, repite á cada paso que es precepto de la ley hacer guerra á los infieles. — Que en las ciudades conquistadas, no se les debia permitir que edificaran nuevos templos, ni que reparasen los viejos. — Que mas valdria demolerlos todos, sin escepcion.)

Asi como Dios ordena al sultan trabajar en la felicidad de los súbditos, asi tambien manda á los súbditos obedecer y acatar ciegamente al sultan, ejecutar sus mandatos sin bosticar; por ser depositario de la ley de Dios y del profeta.

El profeta recibió del mismo Dios el imperio universal del mundo; su potestad respecto á las leyes y al sacerdocio, se han trasmitido á sus sucesores de mano en mano hasta el dia de hoy, como igualmente al *emir-el-Mumenin*, quien confiere al sultan la investidura, de acuerdo con los jueces supremos, los doctores de la ley, los empleados principales de la corona y comandantes del ejército.

A virtud de esta sancion, se erige el soberano *electo* en

dueño del erario, generalísimo de las tropas, gobernador de las plazas, administrador de todos los negocios del imperio; debiendo cada individuo cifrar su gloria en acatarle.

Seccion ii. *De los deberes del déspota.* — (Este capítulo es un verdadero catecismo de moral cristiana. Debe el sultan ser piadoso y timorato, practicar los actos de religion en presencia del pueblo; es de su deber domeñar el orgullo, el engreimiento, la avaricia, la mentira; reprimir la cólera, presentar un semblante digno, serio, respetable; ha de ser sufrido, justo, equitativo; en suma, debe ser el compendio de todas aquellas prendas del corazon y del entendimiento, que en cualquier clase de gobierno, constituyen el arte *único* de gobernar, en cuanto dice relacion al individuo, mas no en cuanto á las bases del contrato social.)

Seccion iv. *Obligaciones de los súbditos.* — Redúcense al profundo respeto hácia el sultan, *ciega* ejecucion de sus órdenes, entera adhesion á su servicio, y aconsejarle para bien obrar. El punto cardinal del gobierno es que ninguna clase ni individuo, cualquiera que sea, salga de los límites que les estan señalados.

ESTADO FISICO

DE LA SIRIA.

CAPITULO PRIMERO.

GEOGRAFIA É HISTORIA NATURAL DE LA SIRIA.

Saliendo del Egipto por el istmo que separa el Africa del Asia, si seguimos la ribera del Mediterráneo, se entra en otra provincia de los Turcos, conocida entre nosotros con el nombre de *Siria*. Este nombre, que como otros infinitos, nos le han trasmitido los Griegos, es una alteracion del de *Asiria*, introducido entre los *Jónicos*, que frecuentaban aquellas costas, despues que los Asirios de Ninive redujeron esta region á provincia de su imperio[1]. Por este motivo, bajo la denominacion *Siria*, no se incluia al principio toda la estension que abrazó despues. Antiguamente no comprendia ni la *Fenicia* ni la *Palestina*. Sus actuales moradores, que segun el uso constante de los Arabes, no han adoptado la nomenclatura griega, desconocen el nombre

[1] Es decir, por los años de 750 antes de J. C. Esta es la razon porque Homero, que escribió á principios de aquel siglo, no la ha citado, aunque hace mencion de los habitantes del pais, sirviéndose del nombre oriental *Aram*, alterado en *Arimeen* y *Erembos*.

Siria[1]; y le han sustituido el de *Barr-el-Chârn*[2]; que significa *pais de la izquierda;* y con esta espresion designan todo el espacio comprendido entre dos líneas tiradas, la una de *Alejandreta* á la *Eufraya*, y la otra de *Gaza* al desierto de *Arabia*, confinando al E. con el mismo desierto, y al O. con el Mediterráneo. Esta denominacion de *pais de la izquierda*, por el contraste con la de *Yamin*, ó de la *derecha*, indica que habria por cabeza de partido un lugar intermedio, que debe ser la Meca; y por su alusion al culto del sol [3], descubre un orígen anterior á Mahometo, y al mismo tiempo la existencia de ese culto ya conocido en el templo de la *Kiabé*.

[1] Sin embargo, los geógrafos le citan algunas veces escribiendo *Suria*, conforme á la traduccion constante de la *y* griega en *u* arábiga.

[2] Pronúnciese *Chám*, y no *Kam;* regla general, en los vocablos árabes que yo cite escritos con *ch*, pronúnciese esta letra como en frances en la voz *charme*, aunque esté en fin de diccion. Danville escribe *Shâm;* porque sigue la ortografía inglesa, en la cual *sh*, es la *ch* francesa: *el-Chám* simplemente es el nombre de la ciudad de *Damasco*, que era reputada como la capital de Siria. No sé porque Savary ha agregado una *s*, escribiendo *el-Chams*, que quiere decir *ciudad del Sol.*

[3] En la antigüedad, los pueblos que adoraban el Sol, como le rendian su homenage al momento de salir, se suponian siempre con el rostro vuelto al oriente: en este caso, el norte quedaba á la *izquierda*, el mediodia á la *derecha* y el poniente á la trasera, llamada en oriental, *acheron* y *akaron*.

§ I.

ASPECTO DE LA SIRIA.

Si tendemos la vista sobre el mapa de *Siria*, observaremos que este pais es en cierto modo una cordillera de montañas, que desde un tronco principal, se distribuyen á derecha é izquierda en varias direcciones: la perspectiva del terreno cuadra muy bien con esta descripcion. Efectivamente, bien que abordemos por mar, bien que nos aproximemos por las inmensas planicies del desierto; de todos modos, divisamos el horizonte desde muy lejos rodeado de una muralla nebulosa, que corre N. S. todo lo que la vista puede alcanzar: á proporcion que nos vamos acercando, distinguimos un sin número de cimas amontonadas como por grados, las cuales ora aisladas, ora reunidas en cordilleras, van á morir á una línea principal que todo lo domina; cuya línea seguimos sin interrupcion desde su entrada por el N., hasta la Arabia. Primero estrecha al mar entre *Alejandreta* y el *Orontes*; despues de haber dado paso á este rio, vuelve á tomar su camino, desviándose un poco de la ribera, y por una serie de cumbres continuadas, se prolonga hasta los manantiales del Jordan, donde se divide en dos ramas, para encerrar como en un gran receptáculo á este rio y sus tres lagos. En esta travesía se ven desprendidas de la citada línea, como de un tronco principal, infinidad de ramificaciones, que van á perderse, unas en el de-

sierto, donde forman diversos depósitos, como el de *Damasco*, del *Haurân*, etc., y otras hácia el mar, donde se terminan á veces por rápidas caidas, como sucede en el *Carmelo*, en la *Nakuze*, en el cabo *Blanco* y en casi todo el terreno comprendido entre *Berut*[1] y *Trípoli*. Pero con mas frecuencia conservan suaves pendientes que rematan en llanos, como los de *Antioquía*, *Trípoli*, *Tiro*, *Acre* y demas.

§ II.

DE LAS MONTAÑAS.

Estas, variando de niveles y de lugares, cambian tambien de formas y de aspecto. Entre *Alejandreta* y el *Orontes*, los álamos, alerces, encinas, bojes, laureles, tejos y mirtos que sombrean los terrenos, les dan un aire de vida, que alegra al viagero entristecido por el escampado de Chipre[2]. Algunas veces suelen encontrarse sobre las pendientes, cabañas circundadas de higuerales y de viñas, cuya vista endulza la fatiga de un camino, que por sendas escarpadas, nos conduce sin cesar del fondo de las barrancas á la cima de las serranías, y de las serranías á las barrancas. Por el contrario, las ramificaciones inferiores que van al norte de Alepo, no presentan mas que rocas descarnadas, sin verdor y sin tierra. Al sur de *Antioquía*, y so-

[1] La antigua *Béryta*.

[2] Todos los buques que van á Alejandreta tocan en Chipre, cuya parte meridional es una planicie baja y pelada.

bre el mar las cuestas se prestan á producir olivos, tabaco y viñedos[1]; pero del lado del desierto, la cima y pendiente de esta cordillera son una serie casi continua de peñascos blanquecinos. Hácia el Líbano se elevan las montañas, mas sin embargo, adquieren en muchos parages cuanta tierra les es necesaria para ser cultivables á fuerza de industria y trabajo. Allí, entre las peñas, se presentan los restos nada magníficos de aquellos cedros tan ponderados[2]; y en su lugar, abundancia de álamos, encinas, abrojos, morales, higueras y vides. Dejando el pais de los *Druzos*, las montañas van perdiendo en altura y aspereza, y son mas á propósito para la labranza; vuelven á levantarse al sueste del Carmelo, y revistiéndose de espesos arbolados, forman bellísimos paisages; pero internándonos hácia la *Judea*, se desnudan completamente, estrechan sus valles, aparecen secas y escarpadas, terminando sobre el *mar Muerto* en un cúmulo de riscos incultos, que abundan en precipicios y cavernas[3]; mientras que al este del Jordan y del lago, hay

[1] Debemos esceptuar el monte *Casio*, que descuella sobre *Antioquía*, como un enorme pico. Mas Plinio traspasa los límites del hipérbole, cuando dice que desde su punta se descubre al mismo tiempo la aurora y el crepúsculo.

[2] No hay mas que cuatro ó cinco de estos árboles que tengan alguna apariencia.

[3] Este es el territorio llamado grutas de *Engaddi*, donde se han retirado vagamundos en todos tiempos; hay algunas en que podrian albergarse hasta mil quinientos hombres *.

* Estas cuevas son las mismas á donde el inimitable novelista escoces nos ha trasportado, en las mas encantadoras escenas de su *Talisman*. *Nota del traductor.*

otra cordillera de peñascos mas elevados y pendientes, que ofrece una perspectiva todavía mas lúgubre, y anuncia á lo lejos la entrada del desierto, y el término de la tierra habitable.

La inspeccion de los lugares convence que el punto mas empinado de toda la Siria, es el *Líbano* al sueste de Trípoli. Apenas se sale de *Larneca* en la isla de *Chipre*, cuando á treinta leguas de distancia ya se divisa en el horizonte su punta nebulosa. Este hecho tambien se hace patente reparando en el mapa el curso de los rios. El *Orontes*, que naciendo en las montañas de *Damasco*, va á perderse en Antioquía; el *Qâsmié*, que desde el norte de Balbek se encamina á *Tiro;* el *Jordan*, cuya pendiente le hace derramar al mediodia; todos concurren á probar que el punto mas prominente está situado en la localidad indicada. Despues del Líbano, la cima que mas descuella, es la del monte *Accar;* colúmbrase desde que salimos de *Marra* en el desierto, bajo la figura como de un enorme cono truncado, que por espacio de dos dias no se aparta un instante de la vista. Nadie hasta el dia de hoy, ha tenido oportunidad, ó recursos de llevar el barómetro á estas montañas, para determinar su altura; sin embargo, podemos deducirla por una medida natural que es la *nieve*. En el invierno, no hay cumbre desde *Alejandreta* á *Jerusalen* que no esté cubierta de ella; pero llegado marzo, se derrite luego en todas partes, menos en el Líbano; aunque no dura todo el año sino en sus rinconadas mas altas, y hácia el N. E., por hallarse aquí resguardada de los vientos del mar y de la accion

del sol. Asi lo ví yo á fines de agosto de 1784, cuando me sufocaba de calor en el valle de *Balbek*. Ahora bien, siendo constante que la nieve *en esa latitud* exige una elevacion de mil quinientas á mil seiscientas toesas para no liquidarse[1], debemos inferir que el Líbano llega hasta esa altura; y por lo tanto es muy inferior á los Alpes y aun á los Pirineos[2].

El *Líbano*, bajo cuyo nombre debe incluirse toda la cordillera del *Kesrauân* y del pais de los *Druzos*, ofrece en todas sus partes el espectáculo de las grandes montañas. Allí se representan á cada paso aquellas escenas, en que la naturaleza ostenta, unas veces agrado, otras magnificencia, muchas singularidad y siempre variedad. Si arribamos por mar, y desembarcamos en la ribera, la altitud y declivio de aquel muro, que parece cerrar la tierra, y aquellas moles gigantescas que se van á las nubes nos inspiran asombro y respeto. Si el observador atento se traslada despues hasta las cúspides que limitaban su vista, la inmensidad del espacio que descubre es un

[1] El autor advierte en *esa latitud*, porque el límite de las nieves perpetuas varia en razon de las latitudes. Bajo el ecuador se halla á cuatro mil ochocientos metros de elevacion, segun Humboldt; al paso que en los Alpes la ha encontrado Saussure á los dos mil quinientos cincuenta. *Nota del traductor.*

[2] Calcúlase que *monte Blanco*, el mas elevado de los Alpes, tiene dos mil cuatrocientos toesas sobre el nivel del mar *; y el pico de Ossiam en los Pirineos, mil novecientos.

* Posteriormente Saussure, despues de reiteradas medidas, determinó la altura de este monte en cuatro mil setecientos setenta y cinco metros, ó lo que casi viene á ser lo mismo, dos mil cuatrocientas cincuenta toesas: cuyo resultado difiere en cincuenta toesas del avaluo que presenta nuestro viagero. *Nota del traductor.*

nuevo motivo de admiracion: pero á fin de gozar plenamente de la magestad del espectáculo, debe colocarse sobre la cima misma del Líbano, ó del *Sannino*. Allí, por todos rumbos se dilata un horizonte sin término; allí cuando está el cielo despejado, se pierde la vista, ora sobre el desierto que confina al golfo Pérsico, ora sobre el océano que baña la Europa: el alma enagenada cree abrazar el mundo entero. Tan pronto las miradas errantes por la cordillera sucesiva de las montañas, trasportan el ánimo en un instante imperceptible de *Antioquía* á *Jerusalen*; como acercándonos á lo que nos rodea, penetran la profunda lejanía de la ribera. Por último, fijada la atencion por tanta variedad, se examinan detenidamente las rocas y los bosques, los torrentes y las cuestas, las comarcas y las ciudades. Se siente como un placer interno en encontrar pequeños aquellos mismos objetos que se habian visto tan en grande: miramos complacidos el valle cubierto de nubes tempestuosas, y nos sonreimos al oir debajo de nuestras plantas, aquel trueno que antes retumbaba con tanto estrépito sobre nuestras cabezas. Se deleita el ánimo de ver á nuestros pies aquellas cumbres poco ha tan amenazantes, y ahora en su abatimiento, semejantes á los sulcos de un campo arado, ó á las gradas de un anfiteatro; nos envanecemos en fin, de haber llegado á ser el punto mas dominante entre tantos y tan varios objetos, y un sentimiento de orgullo nos los hace mirar con doble regocijo.

Luego que el viagero recorre el interior de aquellas serranías, principian á arredrarle la fragosidad de

los caminos, los despeñaderos de las pendientes, y la profundidad de los precipicios; pero muy en breve la destreza y agilidad de los mulos en que cabalga, tranquilizándole del todo, le permiten examinar á sus anchas los incidentes pintorescos que se suceden para distraerle. Allí, lo mismo que en los Alpes, camina dias enteros para llegar á un parage que tiene á la vista desde su partida; sube, baja, se vuelve, costea, trepa; y en tan continua mudanza de sitios, diríase que una virtud mágica renueva á cada instante las decoraciones de la escena. Ora se le presentan aldeas que parece van á resbalar por las colinas escarpadas, y dispuestas de tal modo que los techos de una hilera de casas sirven de piso á la fila que las domina. Ora es un convento situado sobre un cono aislado, como *Mar-Châïa* en el valle del *Tigre*. Aquí es una roca atravesada por un torrente, que se ha convertido en un arco de puente natural, como en *Nahr-el-Leben*[1]. Allí es otra peña cortada perpendicularmente, que semeja á una alta muralla; á veces encima de las cuestas, los bancos de piedra descarnados y separados por las aguas, parecen á unas ruinas dispuestas artificiosamente. En muchos parages las aguas, encontrando cabida, han minado la tierra intermedia y formado cavernas, como en *Nahr-el-Kelb* cerca de Antura: en otros se han abierto conductos subterrá-

[1] *Rio de la Leche*, que desagua en *Nahr-el-Salib*, llamado tambien rio del *Berut*; este arco tiene mas de ciento sesenta pies de largo, sobre ochenta y cinco de ancho y cerca de doscientos de elevacion sobre el torrente.

neos por donde corren riachuelos la mayor parte del año, como sucede en *Mar-Elias-el-Kum* y en *Mar-Hanna*[1]; y en otros por fin, estos incidentes tan agradables han venido á parar en escenas bien trágicas. Hanse visto las rocas por los deshielos y terremotos, perder el equilibrio, derribarse sobre las casas vecinas y aplastar á sus moradores: habrá unos veinte años que un accidente de esta especie sepultó cerca de *Mar-dejordjôs* un lugarejo miserable del cual no han quedado ni rastros. Mas recientemente y junto al mismo parage se ha desprendido de una colina una mole de tierra cargada de morales y de viñas, de resultas de un deshielo repentino; y resbalando por el declive de la misma

[1] Estos arroyos subterráneos son muy comunes en toda la Siria; los hay junto á Damasco, en las fuentes del Orontes y en las del Jordan. el de *Mar-Hanna* (convento de Griegos) cerca de la aldea de *Chuair* se abre paso por una cueva llamada *el-Bâlué*, es decir, la *tragona*; viene á ser una boca de unos diez pies de ancho situada al fondo como de un embudo: á los quince pies de profundidad hay una especie de primer fondo, pero en realidad no sirve mas que para encubrir una abertura lateral sumamente honda. Hace algunos años que la cegaron, á consecuencia de haber servido para ocultar un asesinato: cuando vinieron las lluvias del invierno hubieron de afluir las aguas y formaron un charco profundísimo; mas como algunos ojos de agua se abriesen camino por entre las piedras, muy pronto se desprendieron estas de la tierra que las sostenia: entonces haciendo esfuerzos la masa de agua por vencer el obstáculo, reventó de golpe con una esplosion semejante á la de un rayo; fue tal la reaccion del aire comprimido, que hizo saltar una manga de agua á mas de doscientos pasos contra una casa vecina. La corriente formada por este choque, produjo un remolino que arrasó con las viñas y árboles plantados en aquella especie de *embudo*, y los arrojó por la segunda abertura.

roca en que antes estaba, se ha llegado á fijar en el valle inferior, formando una pieza enteriza; ni mas ni menos que á manera de un buque que se echa al agua desde el astillero. De tan peregrina ocurrencia dimanó un pleito muy ruidoso aunque justo, entre el dueño del fundo indígena y el del fundo emigrado; cuya causa fue llevada hasta el tribunal del emir Jusef, quien la transigió desde luego partiendo la diferencia. Parecerá á primera vista que tales accidentes deberian tener disgustados á los habitantes de las montañas; pero prescindiendo de la rareza con que acontecen, estan compensados por una ventaja que hace preferible la mansion de estas serranías á la de las mas ricas llanuras; quiero decir, por la seguridad en que viven contra las vejaciones de los Turcos. Esta seguridad ha parecido un bien tan precioso á sus moradores, que han desplegado en esos breñales una industria que en balde buscaríamos en cualquiera otra parte. A fuerza de arte y de trabajo han arrancado á un suelo ingrato una gran variedad de producciones. Ora, á fin de aprovecharse de las aguas, las conducen por mil rodeos sobre las pendientes, ó las sujetan en los valles por medio de represas; ora sostienen las tierras prontas á derrumbarse por medio de terraplenes y murallones. Casi todas las montañas beneficiadas de esta manera ofrecen la perspectiva de una escalera ó de un anfiteatro, en que cada escalon es una hilera de vides ó morales: yo he contado hasta ciento y ciento veinte sobre una misma cuesta desde el fondo del valle á la cumbre de la colina: entonces hasta me olvidaba

que estaba en Turquía, ó si me acordaba, era para sentir con mas viveza cuán poderoso es aun el mas leve influjo de la libertad.

§ III.

ESTRUCTURA DE LAS MONTAÑAS.

La estructura interior de estas montañas la forma un banco de piedra calcárea, dura, blanquecina y sonora como la piedra *arenisca;* dispuesta por capas inclinadas de diversos modos. Esta piedra es casi la misma en toda la estension de la Siria: frecuentemente se halla desnuda y se parece á las rocas peladas de la costa de Provenza; tal es la cordillera que sigue el camino al norte entre Antioquía y Alepo, y que sirve de cauce superior al riachuelo que corre por esta última ciudad. *Ermenaz*, villa situada entre *Serkin* y Kaftin, tiene un desfiladero idéntico á los que se pasan, yendo de Marsella á Tolon. Si se va de Alepo á *Hama*, encontramos constantemente las venas de la misma roca en la llanura, al paso que las montañas que corren á mano derecha, presentan unos montones de trecho en trecho que figuran como grandes ruinas de ciudades y castillos. Esta misma piedra es la que bajo una forma mas regular, compone la masa del *Líbano*, del *Anti-Líbano*, de las montañas de los *Druzos*, de la *Galilea* y del Carmelo, prolongándose hasta el lago *Asfaltites:* en todas partes fabrican los habitantes sus casas con ella y la queman para hacer cal. Jamas he

visto ni oido decir que semejantes piedras tuviesen conchas petrificadas en los puntos mas elevados del Líbano ; pero hay entre *Batrun* y *Djebail*, en el *Kesrauan*, á poca distancia del mar, una cantera de piedras esquitosas, en cuyas láminas se encuentran marcas de plantas, de peces, de conchas y señaladamente de cebollas albarranas. El torrente de Azqâlan en Palestina está tambien empedrado con una piedra pesada, porosa y salada, que contiene muchas volutas y bivalvos del Mediterráneo. En fin, Pocoke encontró porcion de estas conchas en los peñascos que rodean el mar Muerto.

En cuanto á minerales, el hierro únicamente es el que abunda ; las montañas del Kesrauan y de los Druzos estan llenas de este metal. Todos los años en el estío benefician los naturales sus minas, las cuales son simplemente de ocre. En la Judea no pueden menos de encontrarse, pues Moises observaba hace mas de tres mil años, que las piedras de ese pais eran *de hierro*. Dícese que hay una mina de cobre en Antabés al N. de Alepo, pero debe de estar abandonada tiempo ha : tambien he sabido por los Druzos, que cuando se derrumbó la montaña del pleito, se encontró allí un mineral que rindió plata y plomo ; mas como este descubrimiento hubiera arruinado la comarca, atrayéndose sobre sí la atencion de los Turcos, se dieron prisa en ahogar hasta los menores indicios del hallazgo.

§ IV.

DE LOS VOLCANES Y TERREMOTOS.

El mediodia de la Siria, es decir, el receptáculo del Jordan, es la tierra de los volcanes. Las fuentes bituminosas y sulfúreas del lago Asfaltites, las lavas y piedras pomez arrojadas sobre sus orillas, y el baño termal de *Tabarié*, convencen que este valle ha sido el sitio de un fuego devorador que aun no se ha estinguido. Se observa que de cuando en cuando ascienden del lago algunas humaredas, y que se han abierto nuevas grietas en las márgenes. Si las conjeturas en materia semejante no estuvieran espuestas á ser harto vagas, se podria sospechar que todo el valle es debido al hundimiento repentino de un terreno, que antes hacia desaguar al Jordan en el Mediterráneo: á lo menos parece cierto, que el accidente de las cinco ciudades destruidas fue producido por la erupcion de un volcan, que estaba entónces encendido. Estrabon dice terminantemente, (Lib. 16°, pág. 264.) *que la tradicion de los habitantes del pais*, es decir, de los mismos Judíos, *era que en otro tiempo el valle del lago estaba poblado de trece ciudades florecientes, que fueron sepultadas por un volcan*. Este pasage parece confirmado por las ruinas que todavía hoy encuentran los viageros en gran número sobre la ribera occidental. En esta comarca hace muchos años que cesaron las erupciones, pero no asi los terremotos, que son los

que las suplen, y que todavía se sienten de tarde en tarde. La costa en general está sujeta á ellos; y la historia cita infinitos ejemplares en que se ha trastornado la faz de *Antioquía*, de *Laodicea*, de *Trípoli*, de *Béryta*, *Sidon*, *Tiro*, etc. En nuestros dias (en 1759) sucedió un caso, del que dimanaron los mas espantosos desastres: dícese que quitó la vida á mas de veinte mil personas en el valle de Balbek, cuya pérdida no se ha reparado: por espacio de tres meses, los sacudimientos inquietaron á tal punto á los montañeses del Líbano, que les hicieron abandonar sus hogares, y guarecerse debajo de tiendas. Ultimamente, el 14 de diciembre de 1783, estando yo en Alepo, se sintió en esta ciudad una conmocion tan fuerte, que hizo sonar la campanilla del cónsul frances. Se ha notado en Siria que los temblores casi nunca suceden sino en invierno, despues de las lluvias de otoño; y esta observacion tan conforme con la del doctor Shaw en Berbería, parece indicar que la accion de las aguas sobre la tierra y los minerales secos, es la causa de estos movimientos convulsivos. No será fuera de propósito advertir aquí que el Asia-Menor está igualmente sujeta á terremotos[1].

[1] La química, esta antorcha de las ciencias, ha venido á corroborar en estos últimos tiempos la opinion de nuestro viagero. Hasta que los ilustres Davy y Gay-Lussac no examinaron analíticamente las lavas y demas producciones volcánicas de diversos paises, no pasaba de una vaga conjetura el considerar los terremotos y volcanes como efecto de la combinacion del agua con esos minerales combustibles. Humphry Davy, guiado por sus descubrimientos sobre la descomposicion de los metales térreos y alcalinos y por sus analísis practi-

§ V.

DE LA LANGOSTA.

La Siria, el Egipto, la Persia, y casi todo el mediodia del Asia [1] adolecen de otra plaga no menos formidable; trátase de las nubes de langostas de que tanto

cados en Italia, fue el primero que anunció que el agua era descompuesta por estos metales en las entrañas de la tierra, y que de ahí nacia el copioso desprendimiento de gas hidrógeno. Gay-Lussac, despues, siguiendo las huellas del filósofo ingles, y llamando á examen todas las doctrinas anteriores, asi como los hechos en que descansan, ha llegado á formar la teoría mas probable y luminosa que tenemos acerca de este tremendo fenómeno. Habiendo observado que los volcanes no exhalan sino una cantidad mediana de hidrógeno sulfurado, pero que al mismo tiempo desprenden mucha agua en el estado de vapor y sobre todo una cantidad muy considerable de gas ácido hidro-clórico, de hidro-clorates de soda, de amoniaco y hasta metales, concluye este sabio químico que los fenómenos y productos volcánicos deben atribuirse, no ya á la accion del agua pura sobre los metales, sino á la de este líquido sobre los cloruretos de los metales térreos, ó á la de las aguas del mar sobre estos mismos cuerpos. A este propósito conviene advertir, dice el célebre Brongniart, que no es una mera casualidad que de ciento sesenta y cinco volcanes conocidos, haya mas de ciento sesenta situados á orillas del mar, ó á poca distancia efectiva de esa masa de aguas. Escusado es advertir que la teoría de Gay-Lussac no escluye la accion del agua sobre las *piritas*. Ellas son las que proveen el azufre para el hidrógeno sulfurado. Los estrechos límites de una nota (que ya esta va escediendo) no me permiten entrar como quisiera en otros pormenores sobre tan importante materia. Sin embargo, el lector podrá consultar al intento el *Dictionnaire des sciences naturelles* (artículo *Volcans*), publicado en Paris por los profesores del Jardin de Plantas. *Nota del traductor.*

[1] No son solo esos paises los que padecen este azote. Los vientos

han hablado los viageros. La multitud prodigiosa en que se reunen estos insectos, se hace increible al que no lo ha visto por sus ojos: la tierra se cubre de ellos en un espacio de muchas leguas: desde lejos se oye el ruido que arman, talando las yerbas y los árboles, muy parecido al de un ejército que arrasa un campo al escondite. Mas valiera tener que lidiar con los Tártaros que con estos bichos destructores; al ver los estragos que causan, diriamos que el fuego va siguiendo sus huellas. Por donde quiera que pasan estas legiones, desaparece la verdura del campo, ni mas ni menos que como una cortina que se recogiera: los árboles y plantas, todos deshojados y reducidos á sus ramas y troncos, hacen suceder en un pestañear el espectáculo horroroso del invierno á las brillantes escenas de la primavera. Cuando las nubes de langostas cogen vuelo para salvar algun obstáculo, ó para atravesar con mas prontitud un terreno desierto, podemos decir, sin ponderacion, que la atmósfera se oscurece. Por fortuna este azote no es muy frecuente; que no hay cosa que traiga con mas seguridad la carestía y demas miserias que le son consiguientes. Los naturales de Siria han hecho dos observaciones sobre el particular: 1° que la langosta no aparece sino despues de un invierno muy suave: 2° que siempre viene del desierto de Arabia. Con estos datos se esplica perfectamente como el frio habiendo dejado intactos los huevos de

tambien impelen las nubes de dichos insectos á varias partes de Europa; señaladamente á la Hungría, Polonia y Rusia meridional. Tampoco faltan de tiempo en tiempo en las islas Canarias. *Nota del trad.*

dichos insectos, les ha permitido multiplicar tan súbitamente; y porque acabándose la yerba en las dilatadas llanuras del desierto, salen de golpe enjambres tan numerosos. Luego que se aparecen en la campiña, procuran los habitantes espantarlas oponiéndoles torrentes de humo; pero á veces les faltan las yerbas y la paja necesarias para producir la humareda: tambien abren fosos, donde caen y se entierran muchas; pero sus enemigos mas acérrimos son los vientos del S. y del S. E., y el ave llamada *samarmar*[1]: este pájaro que se da mucho aire al chamariz, las persigue en bandadas numerosas, como las de los estorninos; y no solo las devora hasta mas no poder, sino que mata cuanto puede; asi es que los labradores respetan estos pájaros y no permiten que se les tire en ningun tiempo. Por lo que toca á los vientos del S. E. y del S., estos empujan violentamente los enjambres de langostas sobre el Mediterráneo; y allí se ahogan tantas, que cuando yacen tendidas en la playa, se infesta el aire por muchos dias hasta una gran distancia[2].

[1] Este es el *mirlo rosado, turdus roseus* de Lineo. Es de ocho pulgadas de largo, y tiene un penacho oscuro con reflejos violados y las plumas del dorso y del vientre de un bellísimo color de rosa. *Nota del traductor.*

[2] Posteriormente se ha descubierto otro medio mas eficaz para ahuyentar tan pernicioso insecto. En julio de 1826 acudieron en tanto número á una hacienda situada en las cercanías de Odessa (Rusia en el Cherson, sobre el mar Negro) que en pocas horas no solo se vió desaparecer el verdor de los campos, sino lo que es mas, las ramas de los árboles quedar todas encorvadas, y muchas quebradas con el peso de la langosta que se paraba sobre ellas. En estas circunstancias,

§ VI.

CUALIDADES DEL TERRENO.

Fácilmente se percibirá, que en una region tan dilatada como la Siria, no puede ser la misma en todas partes la naturaleza del terreno. En general la tierra de las montañas es bastante rígida; mas la de las llanuras es de miga y liviana é indica la mayor feracidad: en el territorio de Alepo, hasta Antioquía, se parece mucho al ladrillo molido, ó á un polvo de tabaco muy fino [1]. Sin embargo, el Orontes, que atraviesa este distrito, lleva sus aguas teñidas de blanco; lo que proviene de las tierras de este color con que se impregna en su nacimiento. Casi en todas las demas partes, la tierra es negra, y se asemeja bastante á un escelente abono de jardin. En las llanuras, como por ejemplo, en las del Haurân, de Gaza y de Balbek, con dificultad se encuentra ni una piedrecilla suelta. Las

hallando el propietario que eran inútiles todos los medios empleados de ordinario, apeló á un recurso que se le ocurrió: valióse de todos los habitantes de la quinta para hacer levantar la langosta por medio de *instrumentos estrepitosos.* Esta disposicion tuvo el mejor éxito: al punto se vieron nubes densísimas de langostas que impelidas por el viento, caian precipitadas en el mar. Siete ú ocho dias despues se descubria la ribera plagada de estos insectos en una estension de varias leguas. (Estractado de la Gaceta de Madrid, diciembre de 1826.) *Nota del traductor.*

[1] Esta es ni mas ni menos la apariencia de una especie de terrenos que abundan mucho en la isla de Cuba, y son conocidos por el nombre de *tierras coloradas. Nota del traductor.*

lluvias de invierno forman allí hondos pantanos, y al retornar el verano, el calor, á la manera que en Egipto, abre unas grietas en el terreno que llegan á muchos pies de profundidad.

§ VII.

DE LOS RIOS Y LAGOS.

Las ideas exageradas, ó si se quiere las grandiosas ideas, que los historiadores y viageros procuran darnos de los objetos lejanos, nos han acostumbrado á considerar las aguas de Siria con un respeto que halaga nuestra imaginacion. Nos complacemos en decir, el *rio Jordan*, el *rio Orontes*, el *rio Adonis*; y no obstante, si se quisiese conservar á las voces su genuina significacion, no hallariamos rigurosamente en este pais mas que simples *arroyos*. El Orontes y el Jordan, que son los mas caudalosos, apenas tienen sesenta varas de cauce en sus embocaduras [1]; los otros ni aun merecen ser mencionados. Si en el invierno las lluvias y la liquidacion de las nieves les dan alguna importancia, en todo el resto del año ni se supiera por donde corren, á no ser por algunos pedernales que arrastran en su curso, y por las lajas cascajosas de que está lleno su lecho. Los tales rios no son mas que torrentes con cascadas; y es fácil conocer que como las montañas que los surten, escasamente distan dos

[1] Es verdad que el Jordan es profundo; pero si el Orontes no fuera detenido por infinitas represas, se quedaria seco en el estío.

pasos del mar, sus aguas no tienen tiempo de reunirse en dilatados valles para constituir lo que llamamos *rios*. Los estorbos que los mismos montes oponen á su tránsito en muchos parages, han formado varios lagos, como el de Antioquía, el de Alepo, de Damasco, de *Hulé,* de *Tabarié*, y el que han engrandecido con el título de *mar Muerto*, ó lago *Asfaltites*. Todos estos lagos, escepto el último, son de agua dulce, y abundan en peces desconocidos en los nuestros [1].

Solo el lago *Asfaltites* no contiene viviente ni aun vegetante alguno. No vemos ni verdor en sus orillas, ni peces en sus aguas; pero es falsísimo que su atmósfera esté tan corrompida, que ni los pájaros puedan atravesarla impunemente; con mucha frecuencia se descubren golondrinas volando á la superficie, las cuales vienen á tomar el agua que necesitan para construir sus nidos. La verdadera causa de la falta de vegetales y animales es la saladura acre de sus aguas, mucho mas fuerte que la del mar. La tierra que le rodea igualmente impregnada de esta sal acre, no consiente planta de ninguna especie; y aun el aire que se carga de ella por la evaporacion, y que ademas recibe los vapores del azufre y del betun, tampoco puede convenir á la vegetacion: de aquí nace aquel aspecto de

[1] El lago de Antioquía abunda mas que todo en anguilas, y en una especie de pescado rojo, muy mediano de comer. Los Griegos, que son unos ayunadores sempiternos, consumen lo que no es decible. El lago de Tabarié aun es mas rico en pesca: está lleno particularmente de langostas y cangrejos; pero como en sus cercanías no habitan mas que musulmanes, es muy poco lo que se pesca.

muerte que reina en derredor del lago. Por lo demas, sus aguas, lejos de ser fangosas, son por el contrario cristalinas é incorruptibles, como es consiguiente en una solucion salina. El orígen de este mineral salino no ofrece la menor duda, pues sobre la ribera del S. O. hay minas de sal gema, de donde he traido yo algunas muestras á Francia. Estan situadas á la falda de las montañas que dominan por este lado, y proveen, desde tiempo inmemorial; al consumo de los Arabes de estas comarcas, y aun al de la ciudad de Jerusalen. Asimismo se hallan en esta ribera pedazos de betun y azufre, con que hacen los Arabes un comercio insignificante; tambien se presentan grietas profundas, que aparecen de lejos como unas pequeñas pirámides erigidas en sus bordes. Encuéntrase ademas una especie de piedra, que por la frotacion exhala un olor desagradable, arde como el betun, se pule como el alabastro, y sirve para enlosar los patíos [1]. Finalmente se ven de trecho en trecho trozos de mármol informes, que los ojos prevenidos los toman por estatuas mutiladas; y que los peregrinos ignorantes y supersticiosos miran como un monumento de la aventura de la muger de Loth, aunque jamas se ha dicho que esta muger se trasformase en piedra como Niobé, sino en sal, que debió licuarse el invierno subsecuente.

No pudiendo atinar algunos físicos de donde se

[1] Esta piedra pertenece á la clase de las *calcáreo-bituminosas*, y se halla tambien abundantemente en el *Puy-de-Dome* (Auvernia). *Nota del traductor.*

surte el Jordan, para el incesante desagüe que hace en el lago, han supuesto la existencia de una comunicacion subterránea con el Mediterráneo; pero, fuera de que no conocemos cueva alguna con que se pueda confirmar esta hipótesis, *Hales* ha demostrado por cálculos muy exactos, que la evaporacion era mas que suficiente para consumir las aguas del rio: es en efecto muy considerable; y aun suele hacerse patente, como se nota en las nieblas que cubren el lago al salir el sol, y que luego se disipan por el calor.

§ VIII.

DEL CLIMA.

Generalmente está muy valida la opinion de que la Siria es un pais bien cálido, mas esta idea no es exacta, sino bajo ciertas distinciones: 1° en razón de las latitudes, que en un espacio de ciento cincuenta leguas no cesan de diferir de lo sumo á lo ínfimo; 2° á causa de la division natural del terreno en llano y bajo, y en alto ó montañoso: esta division produce diferencias mucho mas perceptibles; porque al paso que el termómetro de Réaumur llega en las inmediaciones del mar á veinticinco y veintiseis grados, apenas se eleva en las serranías á veinte y veintiuno[1]. Asi, en el in-

[1] Lo mas que baja el termómetro en invierno sobre toda la costa de Siria, y particularmente en Trípoli, es de ocho á nueve grados sobre el término del hielo; en el verano, en las piezas bien cerradas, sube hasta veinticinco grados y medio y veintiseis. Por lo tocante al

vierno, mientras que se halla cubierta de nieve toda la cordillera de montañas; los terrenos inferiores jamas lo estan, ó la conservan solo instantáneamente. Con estos datos debemos establecer dos climas principales: uno muy cálido, que es el de la costa y las llanuras inferiores, como son las de *Balbek*, *Antioquía*, *Trípoli*, *Acre*, *Gaza*, *Hauran*, etc.; otro templado, y casi idéntico al nuestro, el cual reina en todas las montañas, particularmente si tienen cierta elevacion. El estío de 1784, segun los Druzos, ha sido uno de los mas intolerables de que haya memoria; no obstante, yo que lo he pasado, no le hallo comparable con los calores de *Saida*, ó de *Berut*.

En este clima las estaciones siguen casi el mismo órden que en el centro de Francia: el invierno que dura de noviembre á marzo, es picante y riguroso, no pasa año sin que caiga nieve, y á veces cubre la tierra hasta muchos pies de altura y por espacio de meses enteros; la primavera y el otoño son allí muy agradables, y el estío nada tiene de insoportable. Al contrario en las llanuras; desde que el sol vuelve al ecuador, se esperimentan de golpe calores inaguantables, que no cesan hasta octubre; pero en compensacion, el in-

barómetro, debe advertirse que á fines de mayo se fija en veintiocho pulgadas, y se mantiene asi hasta el mes de octubre *.

* Si esceptuamos las variaciones diarias que son tan periódicas como reducidas, podemos decir otro tanto del estado del barómetro en la isla de Cuba y en general entre los trópicos, durante casi todo el año, y particularmente en la estacion citada. Por mi parte puedo asegurar que jamas he visto en la Habana el barómetro á veintinueve pulgadas, como lo he observado muy á menudo en los paises frios y templados. *Nota del traductor.*

vierno es tan templado, que los naranjos, dátiles, plátanos y otros árboles delicados prosperan al aire libre: es á la verdad una perspectiva deliciosa para un europeo, en Trípoli, ver debajo de sus ventanas en el mes de enero, los naranjos cargados de azahares y de frutos, á la sazon que el Líbano está erizado de escarchas y de nieves. Debemos advertir sin embargo, que en las partes del norte y al este de las montañas, el invierno es mas crudo, sin que esto impida que el estío sea muy caliente. Casi todas las semanas hiela y nieva en *Antioquía, Alepo* y *Damasco* durante el invierno, lo que sin duda proviene mas de la posicion de las tierras que de la diferencia de latitudes. Efectivamente toda la llanura al este de las montañas es un campo elevadísimo sobre el nivel del mar, castigado por los vientos secos del N. y del N. E., y guarecido de los húmedos del O. y S. O. Finalmente, Antioquía y Alepo reciben de las montañas de Alejandreta que se hallan á la vista, una corriente de aire en estremo penetrante, á causa de las emanaciones de la nieve, con que aquellas estan por tanto tiempo coronadas.

En virtud de esta disposicion peculiar, la Siria reune bajo el mismo cielo climas muy diferentes, y abraza en un corto recinto goces, que la naturaleza en otras partes ha dispersado á grandes distancias de tiempo y de lugar. Entre nosotros, por ejemplo, ha separado las estaciones por meses; y allí se puede decir que no lo estan mas que por horas. Si se halla uno insultado en *Saida* ó *Trípoli* con los calores de julio, en seis horas de camino se traspòrta á las

montañas vecinas, y encuentra la temperatura de marzo. A la inversa, si nos sentimos en Becharrai aburridos de las escarchas de diciembre, en una jornada nos trasladamos á la ribera, engalanada con las flores de mayo [1]. Asi es que los poetas árabes han dicho con tanto ingenio como propiedad, que el *Sannino* llevaba el invierno en la cabeza, la primavera sobre los hombros, el otoño en el seno, y el estío dormia á sus plantas. Yo me he convencido de la exactitud de esta imágen en la temporada de ocho meses que pasé en el monasterio de *Mar-Hanna* [2] á siete leguas de Berut. A fines de febrero, habia dejado en Trípoli, legumbres nuevas ya en sazon, y las flores abiertas: cuando llegué á *Antura* [3], empezaban á brotar las yerbas; y en *Mar-Hanna* todavía estaba todo sepultado bajo de nieve. El *Sannino* no llegó á soltarla enteramente hasta fines de abril; y en el valle que domina se comenzaban á descubrir algunos botones de rosa. Ya el tiempo de las brevas habia pasado en Berut, cuando nosotros comiamos las primeras en *Mar-Hanna*; y los gusanos de seda estaban ya en los capullos,

[1] Asi lo acostumbran muchos habitantes de la comarca: se van á pasar el invierno cerca de Trípoli, mientras que sus casas estan sepultadas en la nieve.

[2] *Mar-Hanna el-Chuair*, es decir, *S. Juan*, junto al pueblo de *Chuair*. Este monasterio está en un valle pedregoso, que le une al de *Nahr-el-Kelb*, ó *torrente del perro*. Sus religiosos son griegos-católicos, del órden de S. Basilio: ya tendré ocasion de hablar de ellos mas largamente.

[3] Anteriormente era casa de los jesuitas; pero en el dia está ocupada por los *Lazaristas*.

cuando entre nosotros ni aun se habia deshojado la mitad de las moreras. La Siria añade á esta prerogativa de perpetuar sucesivamente las fruiciones de la vida, la de multiplicarlas sin cuento, por la variedad de sus producciones: si el arte acudiera con sus ausilios á la naturaleza, no cabe duda que podrian reunirse en un espacio de veinte leguas las de las regiones mas remotas. En la actualidad, á pesar de la barbarie de un gobierno enemigo declarado de toda industria y adelantamiento, nos quedamos absortos al contemplar la infinidad de productos de esta provincia turca[1]. Sin contar el centeno, la cebada, las habas y el algodon de rama que allí se cultivan en todas partes, se encuentran ademas un sin número de frutos útiles ó de regalo, peculiares á diversos paises. La Palestina abunda en *ajonjoli*, propio para estraer aceite, y en *durá* semejante al de Egipto[2]. El maiz prospera en el suelo ligero de Balbek, y aun el arroz se cultiva con éxito á orillas del cenagal de *Hulé*. Hasta ahora poco tiempo, nadie habia intentado plantar cañas de azúcar en los huertos de Saida y de Berut; pero las que hoy existen, son tan buenas como las del Delta. El añil crece silvestre á las márgenes del Jordan, en tierra de *Bisan*; y con un poco de esmero, adquiriria mucha ca-

[1] Tambien Méjico, en las partes que llaman *tierra fria*, goza en grado eminente de esta prerogativa. Por lo demas, son sumamente análogas las circunstancias de terreno y clima entre ese pais y la Siria. *Nota del traductor.*

[2] Nunca he visto en Siria el alforfon, y la avena es muy escasa. Lo único que se da allí de forrage á los caballos es paja y cebada.

lidad. Las cuestas de *Lataquié* producen tabaco de fumar que constituye el principal artículo de las relaciones comerciales con Damieta y el Cairo: su cultivo está ya difundido por todas las montañas. Por lo tocante á árboles, el olivo de Provenza crece en *Antioquía* y en *Ramlé* á la altura de las hayas. En la morera está vinculada la riqueza de todo el campo de los Druzos, por las esquisitas sedas que les procura; y la vid, suspendida en rodrigones ó enredándose por las encinas, les abastece de vinos blancos y tintos, que podrian competir con los de Burdeos. Antes del estrago causado por las últimas turbulencias, *Jafa* veia aclimatadas en sus huertos dos posturas del *algodon-árbol* de la India, que medraban á maravilla; sin embargo, esta ciudad no ha perdido sus limones, ni sus enormes cidras[1], ni sus sandías, mas estimadas que las de *Brulos*[2]. *Gaza* tiene dátiles como los de Meca, y granadas como las de Argel. Trípoli produce naranjas lo mismo que Malta; Berut higos como Marsella, y plátanos como Santo-Domingo; Alepo goza del privilegio esclusivo de los duraznos, y Damasco se vanagloria justamente de poseer todas las frutas de nuestras provincias: su suelo pedregoso es igualmente á propósito para las manzanas de la Normandía, las ciruelas de la Turena y los melocotones de Paris. Allí se cuentan veinte especies de albericoques, una de las cuales con-

[1] Yo he visto algunas que pesaban diez y ocho libras.

[2] En *Brulos*, sobre la costa del Egipto, se dan mejores sandías que en el resto del Delta, donde las frutas son generalmente muy acuosas.

tiene una almendra riquísima, muy estimada en toda la Turquía. Finalmente la planta de la cochinilla (*el nopal*) que crece en toda la costa, quizas alimenta á la hora de esta á tan precioso insecto, como sucede en Méjico y en Santo-Domingo[1]; y si se atiende á que las montañas del *Yémen*, que producen un café tan esquisito, son una continuacion de las de Siria, y que su terreno y temperamento son casi los mismos[2], nos inclinaremos á creer que en la *Judea* principalmente podria aclimatarse esta produccion de la *Arabia*. Asi pues, no es de admirar que con tan numerosas prerogativas de terreno y clima, la Siria haya pasado en todos tiempos por un pais delicioso, y que los Griegos y Romanos la pusiesen en parangon con sus mas hermosas provincias, y aun al nivel del mismo Egipto: motivo tambien porque en estos últimos años, preguntado un bajá que las conocia á entrambas, á cuál de las dos daba la preferencia, respondió: *El Egipto es sin duda un escelente cortijo; pero la Siria es una amenísima alquería*[3].

[1] Creyóse por mucho tiempo que el insecto de la grana era privativo á Méjico; y los Españoles para asegurarse esclusivamente su propiedad, prohibieron so pena de muerte la esportacion de la cochinilla viva; pero habiendo logrado Thierri cogerla en 1771 y trasportarla á Santo-Domingo, encontró que las *tunas* de esta isla las tenian desde antes de su llegada. Parece que la naturaleza casi nunca separa los insectos de las plantas que les estan apropiadas.

[2] La disposicion del terreno del Yémen y del *Theama* tiene mucha analogía con el de Siria. Véase á Niebuhr, *Viage en Arabia*.

[3] Para completar la historia natural de la Siria, conviene advertir que cria todos nuestros animales domésticos, y tiene ademas el búfalo y el camello, cuya utilidad es tan conocida. Por lo tocante á

§ IX.

CUALIDADES DEL AIRE.

No debemos olvidar decir algo acerca de las cualidades del aire y de las aguas; estos agentes presentan en Siria varios fenómenos dignos de examinarse. En

animales monteses, se encuentran en las llanuras *gacelas*, que reemplazan á nuestros corzos; en las montañas y pantanos hay infinitos jabalíes, mas pequeños y no tan feroces como los nuestros. No se conocen el ciervo y el gamo; el lobo y la verdadera zorra son muy escasos; pero hay un número estraordinario de la especie media llamada *chacál* (en Siria la llaman *uâui*, remedando su ladrido; y en Egipto *dib*, ó *lobo*). Los chacales andan en manadas por los recintos de las ciudades, de cuyas inmundicias se alimentan; jamas asaltan á nadie, ni saben defenderse mas que huyendo. Todas las noches parece que se avisan para aullar, y los tales aullidos que son en estremo lúgubres, duran á veces hasta un cuarto de hora. En los parages estraviados hay tambien hienas (en árabe *daba*) y onzas, impropiamente llamadas *tigres* (Nemr). Sus principales guaridas son el Líbano, el pais de lós Druzos y de Nablus, en el monte Carmelo, y las cercanías de Alejandreta; en compensacion estan libres de leones y osos; la caza acuátil es muy abundante; pero la de tierra solamente lo es en algunas comarcas: la liebre y la gran perdiz de pico colorado son las piezas mas comunes; los conejos, si es que los hay, son rarísimos; el francolin no deja de encontrarse bastante en Trípoli y cerca de Jafa. Por último, no debemos olvidar que la especie del *colibrí* * existe en el territorio de Saida: M. J. B. Adanson, antes intérprete en esta ciudad, y que cultiva la historia natural con tanto gusto como éxito, halló uno, que se le regaló á su hermano el académico. Esta y el pelícano son las únicas aves notables que ofrece la Siria.

* Nombre genérico de las varias clases de *pájaro-moscas*, que tanto abundan en el Brasil y aun en las Antillas. En la isla de Cuba los llaman vulgarmente *sunsunes*. *Nota del traductor.*

las serranías, y en toda la llanura elevada que corre al oriente, el aire es ligero, puro y seco; al contrario, en la costa y particularmente desde Alejandreta á Jafa, es húmedo y pesado: por manera que la Siria está dividida en toda su longitud en dos regiones diferentes, cuya línea de separacion y aun su causa es la cordillera de montañas; pues oponiéndose por su elevacion al libre tránsito de los vientos de O., ocasiona en el valle la aglomeracion de los vapores que traen ellos del mar; y como por otro lado, el aire no es ligero, sino en tanto que está puro[1], solo despues de haberse descargado de todo peso estraño, puede elevarse hasta la cumbre de ese antemural y salvarle. Por lo respectivo á los efectos que produce en la salud, el aire del desierto y el de las montañas es saludable para los pechos bien constituidos; mas para los delicados, es sumamente nocivo; de suerte que á los europeos amagados de pulmonía, se ven en la necesidad de enviarlos de Alepo á *Lataquié* ó Saida. Pero esta ventaja del aire de la costa está neutralizada por inconvenientes mucho mas graves. En general puede asegurarse que es malsano, que fomenta las fiebres intermitentes y pútridas, y aquellas fluxiones de ojos, de que hablamos tratando del Delta. La costumbre de dormir al sereno en los terrados, que regularmente produce funestos resultados, va dejando de ser nociva tanto en las montañas como en las tierras bajas, á proporcion que nos alejamos mas

[1] No siempre así: en los dias secos de invierno está el aire muy puro, y sin embargo pesa mucho, como bien lo indica el barómetro. *N. del t.*

del mar; cuya observacion confirma lo que ya tengo dicho sobre el particular.

§ X.

CUALIDADES DE LAS AGUAS.

Las aguas, asi como el aire, tienen tambien sus diferencias: en las montañas, las de fuente son ligeras y de muy buena calidad; pero no sucede asi en el llano bien sea al E. ó al O; pues si no se logra una comunicacion natural ó artificial con los manantiales, toda la demas es salobre. Esta propiedad va en incremento á medida que nos internamos en el desierto, donde no se encuentra otra. Dicho inconveniente es causa de que las lluvias sean tan preciosas para los habitantes de las fronteras, de modo que en todos tiempos han puesto el mayor conato en recogerla en pozos y subterráneos cerrados herméticamente: asi es que en cualquier lugar arruinado, lo primero que salta á los ojos son los aljibes.

El estado de la atmósfera en Siria, especialmente sobre la costa y en el desierto, es en general mas constante y regular que en nuestros climas: por rareza se oscurece el sol dos dias consecutivos; apenas se ven nubes en todo el estío ni menos caen aguaceros: estos no principian hasta fines de octubre; y aun con eso, ni son largos ni abundantes; los labradores los desean para sembrar lo que ellos llaman *la cosecha de frio*, es decir, trigo y cebada [1]. Las lluvias son mas frecuen-

[1] Las siembras de la *cosecha de frio*, que denominan *chetâuié*, no se hacen en parte alguna de Siria hasta que comienzan las lluvias de

tes y mas recias en diciembre y enero, y en los parages elevados caen bajo la forma de nieve: tambien suele haber sus chaparrones en marzo y abril; y se aprovechan de ellos para las *sementeras de estío*, que son el ajonjolí, *durá*, tabaco, algodon, habas y sandías. El resto del año es bastante uniforme, y mas bien se quejan de sequía que de humedad.

§ XI.

DE LOS VIENTOS.

En Siria á par que én Egipto, guardan los vientos cierto período y tienen su estacion apropiada. Por el equinoccio de setiembre empieza á soplar el N. O. con mas frecuencia y mas recio; pone el ambiente seco, claro y penetrante; siendo de notar que en la costa causa jaquecas asi como el N. E. en el Egipto, y mas en la parte del setentrion que en la del mediodia, pero nunca en las montañas. Debe asimismo advertirse que las mas veces dura tres dias consecutivos,

otoño, es decir, cerca del dia de Todos-Santos. La época de esta cosecha varía segun los lugares : en *Palestina* y *Hauran* se corta el trigo y cebada desde fines de abril y en todo mayo. Pero á medida que nos encaminamos hácia el norte, ó nos elevamos en las montañas, se retarda la siega hasta junio y julio.

Las siembras de la *cosecha de estío*, ó *sáifié*, se hacen en los chubascos de primavera; esto es, en marzo y abril; y la siega, en los meses de setiembre y octubre. La vendimia se efectua en las montañas á fines de setiembre; los gusanos de seda abren en abril y mayo, y trabajan sus capullos en julio.

como el S. y el S. E. en el otro equinoccio: asi se mantiene hasta noviembre, es decir, cerca de cincuenta dias, alternando particularmente con el viento del E. Son reemplazados por el N. O., el S. O. y el O. que reinan de noviembre á febrero. Estos dos últimos son, valiéndome de la espresion de los Arabes, *los padres de las lluvias*: en marzo se aparecen los vientos perniciosos de la parte del S., acompañados de las mismas circunstancias que en Egipto; pero aflojan avanzando hácia el N., y se hacen mucho mas soportables en las serranías que en los llanos. Comunmente no duran cada vez mas de uno á tres dias. Los vientos del E. que los relevan, continuan hasta junio, en cuyo mes se entabla el N., el cual permite ir y venir á la vela por toda la costa: en esta estacion tambien acontece, que diariamente gira el viento por el horizonte y pasa con el sol del E. al S., y del S. al O., para volver por el N. á principiar de nuevo la misma carrera. Entonces reina en la costa por la noche un viento local, llamado *viento de tierra* (*terral*); no sopla sino ya puesto el sol, dura hasta su salida, y no se estiende mas de dos ó tres leguas mar afuera.

La esplicacion de todos estos fenómenos presenta sin duda problemas interesantes para la física, y que bien merecian se ocuparan en su solucion. No hay pais en el orbe mas á propósito para las observaciones meteorológicas que la Siria. Diríase que la naturaleza de intento ha reunido allí todos los medios de estudiar sus operaciones: nosotros con nuestros climas nebulosos, internados en vastos continentes, apenas podemos seguir

las grandes mutaciones que acaecen en la atmósfera; el reducido horizonte que limita nuestra vista, tambien estrecha nuestro entendimiento; acá no descubrimos mas que una mínima parte de lo que se representa en la escena, y los fenómenos que acontecen se manifiestan alterados por un millon de circunstancias. Allí al contrario un teatro inmenso está abierto á nuestras miradas; los mas poderosos agentes de la naturaleza estan reunidos en un espacio tan pequeño, que facilita en estremo el comprender sus juegos recíprocos. Ora en el O. se nos ofrece la vasta llanura líquida del Mediterráneo; al E. la del desierto, tan sumamente árida y dilatada; ora en medio de estas dos planicies, se elevan prominencias, cuyos picos son otros tantos observatorios, desde donde la vista puede alcanzar hasta treinta leguas. Con solo cuatro observadores se abrazaria la Siria en toda su longitud; y allí, desde las cimas del Casio, del Líbano y del Tabor, podrian percibir cuánto sucede en un horizonte inmensurable: tambien observarian porqué la region del mar, al principio despejada, se cubre luego de vapores; cómo es que estos se dispersan, se subdividen, trepan y ascienden sobre las montañas; cómo por otra parte, la region del desierto, siempre trasparente, jamas produce nubes, y solo es oscurecida por las que recibe del mar: entonces se responderia á la cuestion de *Michaelis*[1] sobre *si el desierto produce rocíos*, diciendo: que como no tiene agua sino en el invierno despues de las lluvias,

[1] Véanse las *cuestiones* propuestas por *Michaelis* á los viageros del rey de Dinamarca.

no puede evaporar mas que en esta época. Despues recorriendo con una ojeada el valle de Balbek ardido de calor, mientras que la cúspide del Líbano está blanqueada de hielos y de nieve, se convencerian de la verdad de unos axiomas ya establecidos, á saber: *que el calor es mas intenso, á proporcion que nos acercamos al plano de la tierra, y menor, á medida que nos desviamos;* de tal modo que parece no es otra cosa que un efecto de la accion de los rayos solares sobre la tierra. Por último, podria tentarse con esperanzas de un feliz resultado, la solucion de la mayor parte de los problemas que dependen del conocimiento de la meteorología del globo que habitamos.

CAPITULO II.

CONSIDERACIONES SOBRE LOS FENOMENOS DE LOS VIENTOS, NUBES, LLUVIAS, NIEBLAS, TRUENOS Y RAYOS.

Pero mientras se emprenda este trabajo con toda la individualidad que demanda, voy á esponer en pocas palabras algunas reflexiones generales, que me ha sugerido la inspeccion de los fenómenos. Ya he hablado de las relaciones que guardan los vientos con las estaciones; tambien he indicado que el sol por la correspondencia de su curso anual con las variaciones de

aquellos, se manifestaba como el agente principal[1]: en fin, su accion sobre el aire que envuelve la tierra, parece ser la causa primera de todos los movimientos que se efectuan sobre nuestras cabezas. Para concebir este mecanismo con claridad, debemos ir á buscar el hilo de nuestras ideas en su verdadero orígen, trayendo á la memoria las propiedades del elemento puesto en accion.

1º Todo el mundo sabe, que el aire es un fluido, cuyas partículas naturalmente iguales y móviles, propenden sin cesar á nivelarse como el agua y demas fluidos; de suerte que si suponemos una pieza de seis pies de magnitud en todas direcciones, el aire que en ella se introduzca se esparcirá por igual y la llenará perfectamente.

2º El aire goza tambien de la propiedad de dilatarse y condensarse, esto es, ocupar un espacio mayor, ó menor en una cantidad dada: asi en el ejemplo propuesto de la pieza, si se vacian los dos tercios del aire que contiene, el tercio restante se estenderá en el lugar

[1] Una de las pruebas mas evidentes de la influencia del sol sobre los vientos es la regularidad que guardan los *alisios* entre los trópicos. En la Habaña, verbigracia, he observado infinitas veces, particularmente los años de 1825, 1826 y 1827, durante el estío, en los muchos dias que reina la *brisa* consecutivamente en esa estacion, que jamas *salta* al amanecer, sino hasta las diez y media de la mañana: quiere decir, hasta que el sol, por una permanencia de cuatro y media á cinco horas sobre el horizonte, no ha emitido una cantidad de calórico suficiente para perturbar el equilibrio de la atmósfera. Y es tan admirable la puntualidad con que se aparece este viento, que no discrepa un solo minuto de un dia á otro. Con fundamento pues, podria llamársele el *relox tropical*. *Nota del traductor.*

evacuado, y llenará toda su capacidad; mas si en vez de espeler el aire, se le añade el duplo, triplo, etc., la pieza le contendrá igualmente; lo que no sucede con el agua.

La dilatacion es promovida señaladamente por la accion del fuego; y calentado entonces el aire, reune en un espacio igual menos partículas que el aire frio, se vuelve mas ligero, y por consiguiente es impelido hácia arriba. Por ejemplo, si en la pieza supuesta se introduce un brasero encendido, al momento el aire que le toque primero se elevará hácia el techo; y el que estaba mas próximo tomará el lugar que aquel abandonó. Si este aire es de nuevo enrarecido, seguirá la marcha del primero, y se establecerá de este modo una corriente de abajo arriba[1], alimentada por la afluencia del aire lateral; de manera que el aire mas caliente se esparcirá en la parte superior, y el menos calentado en la inferior, conspirando entrambos á ponerse en equilibrio, segun la primera ley de la fluidez[2].

Ahora bien, si aplicamos este mecanismo á lo que sucede en grande sobre el globo, hallaremos la esplicacion del mayor número de los fenómenos de los vientos.

El aire que rodea la tierra, puede considerarse como un océano en estremo fluido, cuyo fondo le ocupamos nosotros, y cuya superficie se halla á una altura des-

[1] Este es el artificio de las chimeneas y baños de estufa.

[2] Ademas, el aire dilatado hace un esfuerzo por romper las barreras que le sujetan; pero este efecto es indiferente á nuestro propósito.

conocida[1]. En virtud de su fluidez, este océano tiende sin cesar á equilibrarse y quedar estancado; pero como el sol pone en accion la dilatabilidad, resulta de aquí un movimiento que trae á todas las partes en continua fluctuacion. Cayendo pues los rayos solares sobre la superficie de la tierra, producen exactamente el efecto del brasero en la pieza del ejemplo; comunícanle un cierto grado de calor, que dilata el aire contiguo, y le hace pasar á la region superior. Si el calor estuviese igualmente distribuido en todas partes, el juego general seria uniforme; pero la temperatura varia por una infinidad de circunstancias, que son otros tantos motivos de las agitaciones que notamos.

Primeramente: es cosa muy averiguada, que la tierra se calienta mas, á proporcion que se acerca su plano á la perpendicular del sol; de forma que el calor es nulo en el polo, y estremo bajo el ecuador. Esta es la razon porque nuestros climas son mas frios en el invierno, y mas cálidos en el estío; este es tambien el motivo porque en un mismo lugar y bajo una misma latitud, la temperatura puede ser muy diversa, segun que el terreno inclinado al N. ó al S., presente su superficie mas ó menos oblicuamente á los rayos del sol[2].

[1] A pesar de lo difícil que es determinar con alguna exactitud la altura de la atmósfera terrestre, en razon de la desigualdad de su densidad; con todo, de las observaciones que hasta ahora poseemos, inclusas las aerostáticas, se evidencia que no puede bajar de siete leguas españolas de á ocho mil varas. *Nota del traductor.*

[2] He ahí la causa, segun lo ha observado muy bien Montesquieu, de que la Tartaria, sin embargo de hallarse bajo el mismo paralelo

En 2° lugar: está tambien comprobado, que la superficie de las aguas despide menos calor que la de la tierra; asi, en el mar, en los lagos y rios, se calentará el aire mucho menos, bajo la misma latitud, que en el continente; y hasta puede decirse que, donde quiera que sea, la humedad es un principio de frescor: he ahí la razon porque un pais ínterin está poblado de bosques y lleno de marismas es mas frio, que despues de talados los unos, y desecadas las otras [1].

3° En fin: otra consideracion igualmente importante, es que el calor disminuye á medida que nos elevamos sobre el plano general de la tierra [2]. Este hecho está comprobado por la observacion de las alturas mas elevadas, cuyos picos, hallándose cubiertos de nieves eternas aun bajo la línea, atestiguan la existencia de un frio perenne en la region superior.

Ahora bien, si nos hacemos cargo de los efectos

que la Inglaterra y la Francia, sea infinitamente mas fria que estos dos paises.

[1] Con esto se esplica porqué la Galia era mas fria en la antigüedad que en nuestros dias.

[2] La proporcion en que decrece es un grado del termómetro centigrado por cada ciento noventa y un metros de elevacion, segun las observaciones de Humboldt. Saussure halló ciento noventa y cinco por cada grado, y Gay-Lussac, en uno de sus viages aerostáticos, ciento ochenta y siete metros y cuatro décimos. Este último resultado me parece preferible, en razon de las circunstancias en que se hizo la observacion. Efectivamente, el océano aéreo no está rodeado inmediatamente, como lo estan las montañas, de otros cuerpos, cuales son los picos y mesetas, que pueden communicarles ó despojarles de una porcion considerable de su calórico. *Nota del traductor.*

combinados de estas diversas circunstancias, hallaremos que llenan las indicaciones de la mayor parte de los fenómenos que queremos esplicar.

Primeramente: como el aire de las regiones polares es mas frio y pesado que el de la zona tórrida, debe resultar de aquí, segun la ley del equilibrio de los fluidos, una presion que se dirige incesantemente á hacer afluir el aire de los dos polos hácia la equinoccial; y en esta parte la teoría está apoyada por los hechos. Las observaciones practicadas por todos los viageros demuestran que los vientos mas constantes en ambos hemisferios, asi setentrional como meridional, vienen de aquel cuarto del horizonte, cuyo medio le ocupa el polo, quiere decir, del N. O. y el N. E. Lo que se efectua particularmente en el Mediterráneo se halla en consonancia con lo que sentamos.

Ya he observado tratando del Egipto, que en aquel mar los rumbos del N. son los mas permanentes; de tal manera, que en los doce meses del año reinan nueve. Este fenómeno se esplica de un modo muy plausible, diciendo asi: la ribera de la Berbería, herida por los rayos solares, calienta el aire que la cubre; este ya enrarecido asciende, ó sigue por el interior de las tierras; entonces el ambiente del mar, encontrando menos resistencia por este lado, se precipita allí sobre la marcha; mas como él tambien se caldea, toma el camino del primero, y asi sucesivamente se va desahojando la atmósfera del Mediterráneo: en virtud de este mecanismo, el aire que rodea á la Europa, hallándose sin apoyo por esta parte, se ensancha considerable-

mente; y muy en breve se establece la corriente general, que será mas impetuosa, á proporcion que sea mas frio el aire del N., y de aquí aquella impetuosidad de los vientos, mayor en invierno que en estío: pero será tanto mas floja, cuanto mas se acerque á uniformar la temperatura el aire de las distintas regiones: de aquí sin duda aquella marcha de los vientos mas moderada en el buen tiempo, y que aun en julio y agosto termina con una calma general; porque entonces el sol, mas cercano á nosotros, calienta casi igualmente todo el hemisferio hasta el polo. Aquel curso uniforme y constante que toma en junio el N.E. proviene de que el sol, aproximado hasta el paralelo de *Asuân*, y casi hasta el de las *Canarias*, establece á las faldas del monte *Atlas* una aspiracion vecina y regular. Este retorno periódico de los vientos del E. tras de cada equinoccio, tiene tambien indudablemente su razon geográfica; mas para dar con ella seria forzoso tener una noticia general de lo que acontece en otras partes del continente; y confieso que me falta ese requisito. Ignoro asimismo el motivo de aquella duracion de *tres dias*, que guardan los vientos del *sur* y del *norte*, cada vez que se aparecen en tiempo de los equinoccios.

En la marcha general de un mismo viento, suelen sobrevenir diferencias, que son originadas por la conformacion de los terrenos; es decir, que si un viento tropieza con un valle, sigue su direccion á la manera de las corrientes del mar. De aquí dimana, sin duda, que en el golfo de Venecia casi no se conozca otro viento que el N. O. y el S. E.; porque tal es la direccion

de ese brazo de mar: por identidad de razon, todos los vientos en el mar *Rojo* son N. ó S.: y si en la Provenza es tan frecuente el N. O. ó *mistral*, debe atribuirse tan solo á que las corrientes de aire que caen de las *Cevennes* y de los *Alpes*, son compelidas á seguir la direccion de las vegas del *Ródano*.

¿Pero qué se hace la masa de aire estraida por la costa de Africa y la zona tórrida? Esta cuestion puede resolverse de dos modos:

1° El aire cuando llega á esas latitudes, forma una gran corriente conocida por el nombre de viento *alisio del este*[1], que reina, como todos saben, desde las Canarias hasta América[2]: luego de llegada aquí, parece que es interrumpida por las montañas del continente, y se aparta de su primitiva direccion; volviendo en sentido contrario á formar aquel viento

[1] Este es el llamado vulgar é impropiamente *brisa*, asi por los mari os españoles como por los ingleses y americanos. *Nota del traductor.*

[2] Franklin creyó que el viento *alisio del este* dependia de la rotacion de la tierra; pero si esto es asi, ¿porqué no es perpetuo el viento del este? Por otra parte, ¿cómo se esplicarán en esa hipótesis los dos monzones de la India, dispuestos de tal manera que sus alternativas son señaladas precisamente por el tránsito del sol al ecuador, es decir, que los vientos del O. y del S. reinan durante los seis meses, que se halla el sol en la zona setentrional; y los del E. y N. en los otros seis, en que recorre la meridional? ¿Por ventura esta correspondencia no prueba que todas las anomalías de los vientos dependen únicamente de la accion del sol sobre la atmósfera terrestre? La luna, que tan sensiblemente influye sobre el Océano, puede tambien influir sobre los vientos; pero el influjo de los demas planetas parece una quimera, propia solo de la astrología judiciaria.

del O. que reina en el paralelo del Canadá; de suerte que con este retorno compensa las pérdidas de las regiones polares.

2° El aire que acude del Mediterráneo al Africa, dilatándose allí por el calor, se eleva á la region superior; mas como se enfria á cierta altura dada, resulta que su primer volúmen se reduce en estremo por la condensacion. Entonces podria decirse, que habiendo recobrado su peso, deberia volver á bajar; pero fuera de que si se acerca á la tierra se habrá de calentar y enrarecer, esperimenta ademas de parte del aire inferior una presion poderosa y continua que le sostiene; estas dos colunas, la una del aire superior enfriado y la otra del inferior dilatado, estan entre sí en incesante lucha. Si se rompe el equilibrio, el aire superior, obedeciendo al impulso de su gravedad, puede caer sobre la region inferior hasta llegar á la tierra[1]: á accidentes de esta naturaleza es á lo que debemos atribuir con especialidad aquellos torrentes súbitos de aire helado, conocidos por el nombre de *huracanes* ó *grunos* que parecen desplomarse del cielo, y que traen á las estaciones y regiones mas cálidas el frio de las zonas glaciales. Si el aire circundante resiste, se limita el efecto de los huracanes á un espacio muy corto; pero si choca con corrientes ya formadas, redoblan estas sus fuerzas y llegan á ser tempestades que duran muchas horas. Estas borrascas son secas cuando el aire se halla despejado; mas si está cargado de nubes, van acompañadas de un diluvio de agua y granizo, que al tiempo de su caida son condensados

por el aire frio. Asimismo puede acontecer que en el parage de la ruptura se establezca un descenso de agua continua, en el cual vengan á resolverse todas las nubes circundantes; y entonces resultarán aquellas columnas de agua, conocidas bajo los nombres de *mangas*, *bombas*, ó *tifones*[1]: estas mangas no son raras en la costa de Siria, en vuelta del cabo *Vedjh* y hácia el *Carmelo;* debiendo advertirse que se presentan particularmente por los equinoccios, y cuando el cielo está borrascoso y encapotado.

Ejemplos constantes de esta caida del aire enfriado en la region superior, nos los proporcionan las montañas de una cierta elevacion. Apenas se acerca el invierno, sus cimas se cubren de nubes, y de aquí emanan torrentes impetuosos que los marinos llaman *vientos de nieve*. Entonces dicen ellos, que las *montañas se defienden*, porque los tales vientos, arrastrando con cuanto encuentran, no permiten aproximarse á ellas por ningun lado. El golfo de Leon y el de Alejandreta son famosos en el Mediterráneo por circunstancias de esta especie.

Siguiendo los mismos principios, se esplican fácilmente los fenómenos de aquellos vientos de las costas; llamados vulgarmente *vientos de tierra* (terrales). Las observaciones de los marinos en el Mediterráneo, comprueban que durante el dia vienen del mar, y por la noche de tierra; que son mas recios cerca de las costas elevadas, y mas débiles junto á las bajas. La razon

[1] Franklin da la misma esplicacion.

es clara : el aire tan pronto dilatado por el calor del dia como condensado por el frio de la noche, sube y baja alternativamente de la tierra al mar, y del mar á la tierra. Lo que yo he observado en Siria hace palpable este efecto. El frente del Líbano que mira al mar, castigado por el sol en el discurso del dia y especialmente á la hora de siesta, escita un calor que enrarece la capa de aire que cubre la pendiente. Este aire, haciéndose mas leve, pierde el equilibrio en que estaba con el del mar, y es oprimido y echado para arriba: pero el nuevo que le reemplaza caldeándose tambien á su vez, muy presto marcha en seguimiento suyo; y asi de uno en otro, se forma una corriente muy parecida á la que se nota en los conductos de las estufas, ó de las chimeneas[1]. Luego que el sol se pone, cesa esta accion; enfríase la montaña, condénsase el aire, y se vuelve grave, torna á caer, y desde entonces forma un torrente que corre á lo largo de la pendiente hasta el mar: esta corriente cesa por la mañana; porque el sol, de retorno sobre el horizonte, vuelve á comenzar el juego del dia anterior. Dos ó tres leguas es lo mas que se estiende en el mar; porque el impulso de su descenso es destruido por la resistencia de la masa de aire por donde penetra. En razon de la altura y rapidez de dicho descenso, se prolonga el curso del viento de tierra; y se halla mas estendido al pie del *Líbano* y de la cordillera del norte,

[1] Muchas veces es sensible á la vista; pero aun se hace mas patente, aproximando á los tubos una mota de seda deshilada, ó la llama de un cerillo.

porque en esta parte las montañas son mas elevadas, mas pendientes y mas próximas al mar. Pero en la embocadura del *Qasmié* soplan ráfagas violentas y repentinas [1], cuyo efecto debe atribuirse á la profundidad del valle de *Béqâá*, que aglomerando el aire en el angosto cauce de aquel rio, le impele como encañonado por un tubo. En la costa de Palestina es mucho menor la carrera que hace el viento, porque allí los montes son mas bajos, y media entre ellos y el mar toda una llanura de cuatro á cinco leguas. En Gaza y en la ribera del Egipto es nula la corriente, porque el terreno es demasiado tendido para que haya un declive muy notable. Finalmente, en todas partes arrecia en el estío, y afloja en el invierno, respecto á que en esta última estacion, decreciendo la temperatura, disminuye tambien el enrarecimiento.

Este estado respectivo del aire del mar con el de los continentes, es la causa de un fenómeno observado hace muchos siglos; á saber, la propiedad que tienen las tierras en general y especialmente las montañas, de *atraer las nubes sobre sí*. Cualquiera que haya visto diversas playas, se habrá podido convencer, que las nubes formadas primero sobre el mar, ascienden despues por una marcha constante hácia los continentes, y se dirigen de preferencia á los montes mas elevados que en ellos se encuentran. Algunos físicos han querido ver en estos efectos una *virtud de atraccion*; pero prescindiendo de que esta *cualidad oculta* en

[1] Estas ráfagas son tan fuertes, que á veces hacen zozobrar los botes. Por poco hago yo la prueba.

nada es mas clara que el *antiguo horror al vacío*, se presentan aquí agentes materiales que nos dan una razon mecánica del fenómeno: quiero decir, las leyes del equilibrio de los fluidos, en cuya virtud las masas de aire mas pesado, empujan hácia arriba á las mas ligeras. En efecto los continentes siempre son (en igualdad de latitud y de nivel) mas penetrados del calor que los mares; y de aquí debe resultar una corriente perenne que impele al aire del mar, y por consiguiente á las nubes sobre la tierra. Se dirigirán tanto mas al continente, á medida que las montañas esten mas caldeadas y por decontado mas *aspirantes*; si encuentran un escampado llano y seguido, se deslizarán por él sin detenerse; porque estando ese terreno calentado por igual, no hay causa que pueda condensarlas: he ahí la razon de que nunca llueva, ó al menos muy rara vez, durante el estío, en Egipto y en los desiertos de Arabia y del Africa. El aire de estas regiones, calentado y enrarecido, rechaza de sí las nubes, pues estas no son mas que *vapores*, y todo vapor es elevado constantemente por el aire caldeado. Se hallan pues forzadas á nadar en la region media, donde la corriente establecida las conduce á los puntos mas empinados del continente, los cuales en cierto modo hacen veces de chimenea, segun ya hemos indicado. Allí, mas distantes del plano de la tierra, que es el gran foco del calor, se enfrian y condensan por un mecanismo semejante al que pasa en la cucúrbita de los alambiques; sus partículas se resuelven en lluvias ó en nieves; mas en invierno varian los efectos con las circunstancias: en-

tonces, como el sol se halla distante de los paises de que hablamos, cesa la tierra de estar tan caldeada y adquiere el aire un estado muy semejante al de las montañas mas elevadas; se enfria pues y se condensa mas: los vapores ya no suben tanto, las nubes se forman mas abajo, y á veces tocan en la tierra, donde las vemos en forma de *nieblas*. En esta época, acumuladas por los vientos de O., y por la falta de las corrientes, que las llevan consigo en el estío, son compelidas á descargar en el llano; y de aquí fácilmente se deduce la solucion de aquel problema [1]: *¿ Porqué siendo mas abundante la evaporacion en estío que en invierno, hay no obstante mas nubes, nieblas y lluvias en esta estacion que en aquella ?* Tambien se infiere de aquí la razon de otro hecho comun al Egipto y á la Palestina [2], á saber: *si hay alguna llovizna continua, mas bien será por la noche que de dia.* Se observa generalmente en estas regiones que las nubes y nieblas se aproximan á la tierra durante la noche, y se desvian de ella luego que amanece; y es porque la presencia del sol produce calor suficiente para rechazarlas. Yo lo he notado repetidas veces en el Cairo, en los meses de julio y agosto de 1783. Con mucha frecuencia al salir el sol, teniamos niebla, hallándose el termómetro en

[1] El autor alude á uno de aquellos problemas meteorológicos que él mismo propone al terminar la seccion del « Estado físico del Egipto. » *Nota del traductor.*

[2] Yo he hecho la observacion en Palestina en los meses de noviembre, diciembre y enero de 1784 y 1785. La llanura de Palestina, particularmente en vuelta de Gaza, se halla casi en las mismas circunstancias de clima que el Egipto.

diez y siete grados; dos horas despues, subia hasta veinte y veinticuatro, y entonces el cielo estaba poblado de celages que corrian del sur. En otra ocasion, volviendo de Suez por aquel mismo tiempo, es decir, del 24 al 26 de julio, no tuvimos niebla en las dos noches que dormimos en el desierto; pero habiendo avistado en la madrugada la llanura de Egipto, la noté cubierta de una capa de vapores que me parecieron estancados; segun que iba aclarando tomaron giro y elevacion; y todavía no eran las ocho de la mañana, cuando la tierra estaba toda despejada, y el aire no ofrecia mas que algunas nubecillas diseminadas, que remontaban por el valle. Al año siguiente, estando con los Druzos, observé varios fenómenos casi idénticos. Desde fines de julio pasaba diariamente una serie de nubes, que se atribuia al derrame del Nilo por el Egipto [1], y que efectivamente venian de aquella parte, y se trasladaban al nordeste [2]. Despues de esta primera irrupcion, sobreviene á fines de julio y en agosto, otra estacion de celages. Diariamente se oscurecia el cielo á eso de las once ó las doce de la mañana, y á veces no volvia á mostrarse el sol en toda la tarde; entre tanto afluian las nubes al pico del *Sannîn*, muchas de las cuales, trepando las pendientes, corrian por entre las

[1] No es fuera del caso advertir que el Nilo restablece entonces una corriente de aire sobre toda la costa de Siria, la cual va desde Gaza hasta Chipre.

[2] En mi concepto esta es la misma coluna de que habla el baron de Tott. Yo me he cerciorado igualmente del estado vaporoso del horizonte de Egipto, de que hace mencion este viagero.

viñas y los álamos: en otras ocasiones, estando entretenido en la caza, me he visto de repente metido en una neblina blanca, húmeda, tibia y tan opaca, que no se divisaban los objetos á cuatro pasos de distancia. A cosa de las diez ú once de la noche, tornaba á despejarse el cielo, alumbraban las estrellas, y continuaba la noche serena; al dia siguiente salia el sol brillante, y al mediodia se empezaba á repetir la misma escena del anterior. Esta repeticion de fenómenos embarazaba tanto mas mi entendimiento, cuanto no atinaba que era lo que se hacia de toda aquella masa prodigiosa de nubes: una parte, á la verdad, pasaba por la cordillera del *Sannino*, y asi podia suponer que iba en vuelta del Anti-Líbano ó del desierto; pero ? y la otra que estaba en camino sobre la pendiente, á la sazon que se ponia el sol, en qué se trasformaba, especialmente no dejando en pos de sí, ni rocío ni lluvia bastante á agotarla? Deseoso de averiguar la razon del enigma, emprendí subir por muchos dias consecutivos al amanecer á una cumbre muy inmediata; y allí, tendiendo la vista por el valle y el mar en una línea oblicua de cerca de cinco leguas, examiné lo que pasaba. Al principio lo único que percibí fue un charco de vapores que ocultaban las aguas; pareciéndome oscuro aquel horizonte marítimo, mientras que el de los montes estaba clarísimo: á medida que el sol le iluminaba, iba yo distinguiendo nubes por el reflejo de sus rayos; primero me parecian muy bajas; pero á proporcion que aumentaba el calor, se separaban unas de otras, subian, y tomaban siempre el rumbo de las montañas

para pasarse allí lo restante del dia, como ya lo hemos apuntado. Entonces supuse que estas nubes que veia ascender, eran por la mayor parte las mismas del dia anterior, las cuales sin haber podido concluir su subida, habian sido enfriadas por el aire y arrojadas hácia el mar por el viento de tierra. Despues inferí que allí se detenian toda la noche, hasta que saltando el viento de la mar, se las llevaba á la montaña y hacia cruzar parte de ellas por sobre la cima, para ir luego al otro lado á resolverse en rocío, ó á refrigerar el aire sediento del desierto.

He dicho que esas nubes no nos traian rocío; y he reparado ademas que cuando la atmósfera se encubria de esta manera, habia menos que cuando el cielo estaba despejado. Pero en cualquier tiempo, el rocío es menos abundante en estas serranías que en la costa y en el Egipto: lo cual se esplica perfectamente diciendo, que el aire carece de fuerza bastante para elevar hasta esa altura el esceso de humedad de que se carga; porque el rocío, como es bien notorio, es aquel sobrante de humedad que el aire calentado disuelve durante el dia [1], y que condensándose por la frescura de la noche, cae de nuevo, con tanta mayor abundan-

[1] Las observaciones practicadas en estos últimos años por el doctor Wells sobre el rocío, si bien no hacen variar la teoría recibida en cuanto á la fuente que surte este metéoro, es decir, el esceso de humedad en la atmósfera, la alteran completamente respecto al modo de producirse. En efecto, hasta ahora se habia considerado que el rocío se efectuaba por *evaporacion;* mas hoy parece evidente que la *radiacion* del calórico es la única y verdadera causa del fenómeno. Largo seria describir todos los esperimentos que lo convencen; sin

cia cuanto el parage sea mas contiguo al mar [1] : de aquí rocíos escesivos en el Delta, y escasos en la Te-

embargo, vista la profundidad con que trata el autor esta parte meteorológica, no puedo menos de ofrecer algunas breves consideraciones, que bastarán á ponerlo de manifiesto. Si colocamos á corta distancia del suelo una planchita horizontalmente, y fijamos en ella dos termómetros, uno arriba y otro abajo, advertiremos una diferencia estrema de temperatura entre el termómetro superior y el inferior. Ahora bien, el termómetro inferior no puede perder su calórico en el espacio, por estorbárselo la plancha, antes bien recibirá de esta; al paso que el superior emite por el aire el suyo sin que le sea devuelto. Asi pues, cuando la superficie de la tierra se ha resfriado á causa de la *radiacion* y de la falta de compensacion de su calórico, el vapor que ella contiene se enfria igualmente; y por consecuencia el aire se aproxima al punto de saturacion. Si no escede este punto, no hay rocío; si, por el contrario, se llega á saturar, entonces se verifica el fenómeno. Por este mismo principio se esplican admirablemente no solo todas las diversas circunstancias que presenta el rocío, sino tambien la congelacion artificial del agua en Bengala, la de la humedad en las vidrieras de las ventanas y una infinidad de fenómenos análogos que hasta ahora se habian atribuido con plena confianza á la evaporacion. He aquí un ejemplo bien notable de lo que sucede con harta frecuencia en ciencias naturales y particularmente en meteorología; nada parecia mejor demostrado que la causa del rocío, ninguna esplicacion en la apariencia mas sencilla ni mas natural que la que se daba; y sin embargo, un solo hecho bien observado basta para echarla por tierra. Si esto acontece aun en fenómenos tan simples, qué será con los mas complicados? Repetir siempre las observaciones, he ahí el modo de comenzar nuestro estudio: apelar constantemente á la esperiencia, he ahí la única sancion en la ciencia de la naturaleza. *Nota del traductor.*

[1] Con esto se resuelve un problema que me propusieron en *Jafa;* á saber: ¿Porqué se suda mas en Jafa, estando á orillas del mar, que en Ramlé que se halla tres leguas tierra adentro? La razon es, que como el aire de Jafa está saturado de humedad no estrae sino con demasiada lentitud las emanaciones del cuerpo, al paso que en Ram-

baida, y aun en lo íntimo del desierto, segun me han informado; y si no se desprende la humedad, cuando el cielo está encapotado[1], es porque ha adquirido la forma de nubes, ó porque nubes la interceptan.

En otros casos, estando el cielo sereno, se ven las nubes disiparse y desaparecer como el humo; y á veces formarse á nuestra vista, y de un punto imperceptible, convertirse gradualmente en masas enormes. Esto sucede con especialidad en la punta del Líbano, y los marinos han esperimentado que la aparicion de una nube sobre ese pico, es anuncio infalible del viento de O. Muy á menudo al ponerse el sol, he notado que estas como humaredas, adhieren á las faldas de los peñascos de *Nahr-el-Kelb*, y crecen con tal rapidez, que en una hora el valle todo no era mas que humo empantanado. Los habitantes pretenden que es efecto de los vapores que exhala el valle; pero ¿cómo un valle todo de piedra y casi sin agua puede suministrar tan abundantes emanaciones? Es mas natural decir que los vapores de la atmósfera son los que, condensados al acercarse la noche, caen bajo la forma de una llovizna imperceptible, de cuyo aglomeramiento resulta el lago nebuloso que se observa. Las nieblas se esplican felizmente siguiendo los mismos principios: no las hay en los paises cálidos sitos lejos del mar, ni en los frios en los ardores del estío, porque en todos

lé, en donde el ambiente está mas reseco, las estrae con mayor prontitud. Esta es tambien la razon porqué en nuestros climas el aliento es visible en invierno y no en estío.

[1] Este hecho depone en favor de la *radiacion*. *Nota del traductor*.

estos casos el aire no tiene humedad superabundante. Mas aparecen en el otoño, despues de las lluvias, y aun en estío despues de las turbonadas; porque entonces la tierra ha recibido material para la evaporacion, y ha adquirido cierto grado de frescor muy adecuado á la condensacion. En nuestros climas comienzan siempre prefiriendo la superficie de los prados, á los campos labrados. Muchas veces, á puestas del sol, se advierte sobre la yerba una tela de humo que muy en breve crece en estension y altura. La razon es muy obvia; los lugares húmedos y frescos reunen mas que los áridos los requisitos necesarios para condensar los vapores que descienden. Pero aun resta por hacer infinitas consideraciones acerca de la formacion y propiedades de estos vapores, que aunque son los mismos, toman en tierra el nombre de *nieblas*, y en la atmósfera el de *nubes*. Cotejando entre sí sus diversos accidentes, se advierte que siguen aquellas leyes de *combinacion*, *disolucion*, *precipitacion* y *saturacion*, en cuya teoría se ocupa tan especialmente la física moderna, bajo el nombre de *química*. Si fueramos á tratar aquí estas materias con la profundidad que merecen, seria forzoso entrar en particulares, que me desviarian demasiado de mi asunto principal: asi que me limitaré á una sola observacion relativa á los truenos.

Este metéoro se siente en el Delta lo mismo que en toda la Siria; pero con la diferencia, que tanto en aquel primer pais como en la llanura de Palestina, es rarísimo en el estío, y mas frecuente en el invierno: en las montañas sucede al reves. En ambas regiones su legí-

timo tiempo es el de las lluvias, es decir, por los equinoccios, y señaladamente en el de otoño; tambien es cosa muy notable que jamas viene del continente, sino del mar: todas las tempestades que se arman en el Delta [1] y en Siria vienen siempre del Mediterráneo. Las horas que prefieren en todo el dia, son la tardecita y la mañana [2]; van acompañadas de chaparrones muy violentos, y á veces de granizos que aniegan el campo de charcos en poco rato. Estas circunstancias, y especialmente la constante asociacion del trueno á las nubes, dan márgen al siguiente raciocinio: si el rayo se forma siempre con las nubes, si necesita precisamente de su consorcio para manifestarse; claro está que debe ser el resultado de algunos de sus elementos. Ahora bien; ¿de qué manera se forman las nubes? Por la evaporacion de las aguas. ¿Y cómo se efectúa la evaporacion? Por la presencia del fuego; el agua por sí misma no es volátil, necesita de un agente que la haga elevarse; este agente es el fuego,

[1] Yo ignoro lo que pasa en el Alto-Egipto sobre el particular; mas por lo tocante al Delta, parece que de cuando en cuando recibe nubes y truenos del mar Rojo. El dia que salí del Cairo (el 26 de setiembre de 1783) al caer la noche, se presentó una borrasca por el S. E., acompañada de muchos rayos y relámpagos, la cual terminó en un granizo violento, cuyos copos eran como garbanzos de los mas gordos. Duró de diez á doce minutos, y asi nos dió tiempo, á mis compañeros de viage y á mí, de recoger en la falúa los suficientes para llenar dos vasos grandes, y decir que habiamos bebido helados en Egipto. Por otra parte, será conveniente advertir que entonces empieza á soplar en el mar Rojo el monzon del sur.

[2] Niebuhr observó igualmente en la Moka y en Bombai, que los turbiones venian siempre del mar.

y de aquí aquel hecho bien averiguado: que *la evaporacion está en razon directa del calor aplicado al agua.* Cada molécula de este fluido es volatilizada por otra de fuego, y sin duda tambien por alguna de aire con quien se combina. No hay inconveniente en mirar esta combinacion como una sal neutra, y comparándola al nitro puede decirse, que el agua hace las veces de álcali, y el fuego representa al ácido nitroso: las nubes compuestas de este modo, flotan por el aire, hasta que circunstancias adecuadas vienen á disolverlas; si acaso se proporciona un agente que sea poderoso á romper de golpe la combinacion de las moléculas, se efectuará una detonacion acompañada de luz, como sucede en el nitro; en virtud de este efecto, hallándose la materia del fuego y la del aire disipada súbitamente, el agua que tenian en disolucion, recobrando su gravedad natural, se precipita de la altura á que se habia elevado: de aquí aquellos recios chubascos, que siguen á las fuertes tronadas y que suceden con preferencia al fin de las tempestades; porque entonces la materia del fuego no estando en combinacion mas que con el aire, se funde al igual del nitro; y esta es quizá tambien la causa que produce aquel *relampagueo sin estrépito* que suele advertirse en el horizonte[1]. ¿Pero esta materia del fuego es acaso distinta de la eléctrica? ¿Por ventura sigue, en sus detonaciones y combinaciones, afinidades y leyes peculiares? Esto es lo que no me meteré yo á indagar. Semejantes investigaciones son agenas de la

[1] Impropiamente nombrado *fusilazos*. Mas valiera denominarle *llamaradas*. *Nota del traductor.*

sencilla relacion de un viage: ceñirse á la esposicion de los fenómenos, he ahí la provincia del viagero; y quizá he traspasado yo sus límites con haber agregado algunas esplicaciones, que se desprendian de ellos naturalmente[1].

[1] Parece tambien que las estrellas *cadentes* son una combinacion particular de la materia del fuego. Los Maronitas de *Mar-Elias* me han asegurado que hace como tres años que cayó una estrella de estas sobre dos mulas del convento, y las mató inmediatamente, causando un estallido semejante al de un pistoletazo, y sin dejar mas vestigios que el rayo *.

* Cuando nuestro viagero escribia, apenas principiába á difundirse por el mundo sabio el descubrimiento del inmortal Franklin sobre la identidad entre la materia del rayo y la electricidad escitada en nuestras máquinas. Por esta razon no es de estrañar que presente una esplicacion de los meteóros ígneos que ya no es admisible en el estado actual de nuestros conocimientos. No puede negarse sin embargo que es bastante ingenioso ese modo de esponer los fenómenos; ofreciendo ademas una notable analogía con la doctrina de algunos físicos modernos de mucho mérito, á cuya cabeza se hallan Libes y el famoso geómetra Monge. Consideran estos sin duda al fluido eléctrico como el agente principal, mas no le creen todavía suficiente por sí solo á producir el espantoso estrépito del trueno. Juzgan indispensable que se efectue una inflamacion de gas hidrógeno en las nubes para causar la fuerte esplosion que sentimos. Libes aplica esta doctrina, de una manera que no deja de ser plausible, á la produccion de los chaparrones (*pluies d'orage*): en efecto, nada mas fácil de concebir que la caida repentina de esos torrentes de lluvia, si suponemos una viva combustion de hidrógeno en el oxígeno del aire, de la cual debe necesariamente resultar agua en grandísima copia. Ni se diga que es inadmisible la existencia del hidrógeno en las altas regiones de la atmósfera, por no habérsele encontrado jamas en los ascensos aerostáticos; pues muy bien puede producirse repentinamente en los momentos de la tempestad (momentos en que nadie hasta el dia de hoy se ha elevado á esas alturas á recoger el aire que en ellas circula) y despues desaparecer inmediatamente bajo la forma líquida, combinándose con el oxígeno. ¿Qué dificultad hay, por otra parte, en admitir esa descomposicion y recomposicion del agua por medio de la electricidad atmosférica, cuando de la produccion de ambos efectos tenemos pruebas tan convincentes en nuestros aparatos

electro-motores? Ademas, se puede esplicar felizmente en esta doctrina el ruido redoblado del trueno, pues resultando un vacío perfecto de la condensacion de los gases, se perturba el equilibrio del aire, y por consiguiente las columnas de este fluido deben acudir impetuosamente á restablecerle, propagando sus fuertes vibraciones por todo el océano aéreo. Es menester confesar que todas estas suposiciones son bastante plausibles. No se crea empero que yo trate de defender las ideas de los citados filósofos: mi ánimo ha sido tan solo llamar la atencion aunque rápidamente, sobre estos dos puntos: 1° que habia alguna semejanza entre esta doctrina y la de nuestro autor, cuando dice que los fenómenos del rayo seguian, en su concepto, ciertas leyes de *combinacion química*, esplicacion que hace honor á su sagacidad considerada la época en que escribió; y 2° que en meteorológica, aun en lo que parece mejor demostrado, hasta ahora no hemos pasado de conjeturas y solo conjeturas mas ó menos fundadas. *Nota del traductor.*

ESTADO POLITICO

DE LA SIRIA.

CAPITULO III.

DE LOS HABITANTES DE SIRIA.

Este pais, lo mismo que el Egipto, ha padecido desde tiempos muy atras, revoluciones que han contribuido á cruzar las castas de sus moradores. En el discurso de veinticinco centurias, podemos contar hasta diez invasiones que introdujeron é hicieron suceder pueblos estraños. Los primeros fueron los *Asirios* de *Ninive*, quienes, habiendo pasado el Eufrates por los años de 740 antes de nuestra era, se apoderaron en el espacio de medio siglo de casi todo el territorio situado al norte de la Judea. Los *Caldeos* de *Babilonia*, luego de aniquilar esa potencia de quien eran dependientes, entraron, como por juro de heredad, en el goce de sus posesiones, y acabaron de conquistar toda la Siria, escepto únicamente la isla de Tiro. A los Caldeos sucedieron los *Persas* de *Ciro*, y á estos últimos los Macedonios de *Alejandro*. Entonces parecia que la Siria ya iba á salir del vasallage de las potencias estrangeras, y que conforme al derecho natu-

ral de cada nacion, se formaria su sistema de gobierno propio. Sin embargo, los pueblos, que no vieron en los Seléucidas mas que unos déspotas crueles y opresores, reducidos al trance de optar entre dos yugos, eligieron el menos gravoso; y de esta manera la Siria, rindiéndose á las armas de Pompeyo, se volvió provincia del imperio romano.

Cinco siglos despues de esta conquista, cuando los descendientes de *Teodosio* dividieron su inmenso patrimonio, mudó la Siria de metrópoli sin cambiar por eso de señor, quedando agregada al imperio de Constantinopla. Tal era su condicion en el año 622, á tiempo que las tribus de Arabia, congregadas bajo el estandarte de *Mahoma*, vinieron á tomar posesion de ella ó por mejor decir, á devastarla. Desde esa época, despedazada sin cesar por las guerras civiles de los *Fatmitas* y de los Omiadas, sustraida á los califas por sus tenientes rebeldes, arrancada á estos por las milicias turcomanas, disputada por los cruzados europeos, recobrada por los Mamelucos de Egipto, desolada por *Tamerlan* y sus Tártaros; al fin ha venido á quedar en poder de los Turcos otomanos quienes de doscientos sesenta y ocho años á esta parte son dueños absolutos.

Del desórden de tantas vicisitudes, ha resultado un compuesto de poblacion, tan vario como los elementos de donde se formó: por manera que los habitantes de Siria no pueden ser mirados como un cuerpo de nacion homogéneo, sino como una mezcla de varias naciones diferentes.

Podemos distribuirlos en tres clases principales.

1° La descendencia del pueblo conquistado por los Arabes, esto es, los Griegos del imperio de Oriente.

2° La posteridad de los Arabes conquistadores.

3° El pueblo dominante en la actualidad, quiere decir, los Turcos otomanos.

De estas tres clases, las dos primeras exigen algunas subdivisiones, en razon de las distinciones que han sobrevenido. Asi pues, clasificaremos los Griegos:

1° En Griegos propiamente tales, llamados vulgarmente *cismáticos*, ó *segregados* de la comunion romana.

2° En Griegos latinos, reunidos á la antedicha comunion.

3° En Maronitas, ó Griegos de la secta del monge *Maron*, antes independientes de ambas comuniones, y hoy adheridos á la última.

Los Arabes deben dividirse, 1° en descendientes propios de los conquistadores, los cuales han mezclado mucho su sangre; y forman la porcion mas considerable.

2° En Motuâlis, que solo se distinguen de estos por su creencia religiosa.

3° En Druzos, que tampoco difieren sino bajo semejante respecto.

4° Finalmente en *Ansarié*, tambien oriundos de los Arabes.

A estos pueblos, que son los habitantes agrícolas y sedentarios de la Siria, debemos asimismo añadir otros tres *errantes* y pastores; á saber:

1° Los *Turcomanos;*

2° Los Curdos;

3° Los árabes Beduinos.

Tales son las castas que se hallan esparcidas por todo el territorio comprendido entre el mar y el desierto, desde Gaza hasta Alejandreta.

Es de advertir que en esta enumeracion no encontramos representantes visibles de los pueblos antiguos; sus caractéres han venido á refundirse todos en la fisonomía de los Griegos, quienes en realidad, por una permanencia continuada desde Alejandro hasta nuestros dias, han tenido sobrado tiempo para identificarse con la antigua poblacion: tan solo en la tierra y en algunos rasgos de sus usos y costumbres se descubren vestigios de los siglos antepasados.

La Siria no se ha resistido como el Egipto á adoptar las castas estrangeras. Todas se connaturalizan en ella con la misma facilidad; la sangre sigue, con corta diferencia, las mismas leyes que en el mediodia de Europa, guardando las diversidades que resultan de la naturaleza del clima. Asi, los habitantes de las llanuras meridionales son mas atezados que los del norte, y aquellos mucho mas que los de las montañas. En el Líbano y el pais de los Druzos, la tez de los moradores no discrepa en lo mas mínimo de la de nuestros provinciales del centro de la Francia. Las Damasquinas y Tripolitanas son muy celebradas por su blancura y aun por la regularidad de sus facciones; en cuanto á esta segunda parte es menester atenerse á la voz de la fama, porque el velo que llevan siempre puesto, á nadie permite hacer observaciones generales. En mu-

chas comarcas las aldeanas no andan con tantos escrúpulos, sin que por eso sean menos castas. En Palestina, por ejemplo, se ve casi al descubierto á las mugeres casadas; y se nota que la miseria y los trabajos no dejan de marchitar las gracias de su rostro; los ojos es lo único bueno que conservan, siendo de advertir que los tienen bellísimos en todas partes; el largo ropage que usan y que es el vestido universal, permite, en los movimientos del cuerpo, distinguir su forma; esta por lo comun no es airosa, pero al menos no han sufrido alteracion las proporciones. Yo no me acuerdo haber visto en Siria, ni aun en Egipto, dos personas corcovadas, ó contrahechas: es verdad que allí apenas se conocen aquellos talles sumamente apretados, que tanto se estiman entre nosotros, y de que no se hace aprecio en Oriente; antes se observa que las muchachas, de acuerdo con sus madres, se valen desde muy temprano de recetas supersticiosas para engordar: afortunadamente, la naturaleza, oponiéndose á nuestros devaneos, ha señalado límites á esas estravagancias; y no se advierte que en Siria por no ajustarse demasiado el talle, engruesen mas los cuerpos que en Francia, donde casi se le da tormento.

Los Sirios son generalmente de mediana estatura; y menos corpulentos y abultados que los habitantes del norte, como sucede en todos los paises cálidos. En las ciudades, no obstante, se encuentran algunos individuos, cuyo vientre desproporcionado convence, que la influencia del régimen puede contrarestar en cierto modo la del clima.

Por lo demas, en Siria no reina enfermedad alguna peculiar al pais, escepto los empeines de Alepo, de que hablaré en tratando de esta ciudad. Las otras dolencias son las disenterias y las calenturas imflamatorias é intermitentes, causadas todas por el uso de las frutas sin sazonar de que acostumbra hartarse el pueblo. La viruela es á veces muy funesta. Pero la molestia general y continua es el dolor de estómago; cuya causa se concibe fácilmente si atendemos al abuso que todos hacen de las frutas verdes, legumbres crudas, aceitunas, miel, queso, aceite rancio, leche cortada y pan mal fermentado. Ved ahí los alimentos ordinarios de todo el mundo: los zumos ácidos que de ellos resultan, producen acedías, náuseas y aun vómitos de bílis muy frecuentes. Asi, la primera indicacion en cualquier enfermedad es casi siempre el emético, el cual, sin embargo de su eficacia, no es conocido allí mas que por los médicos franceses. La sangría, como ya llevo dicho en otra parte, jamas es absolutamente indispensable, ni tampoco muy útil. En casos menos urgentes, el cremor de tártaro y la pulpa de tamarindo obran efectos admirables [1].

El idioma universal de Siria es la lengua árabe. Niebuhr refiere por oidas, que el siriaco es usado toda-

[1] En la isla de Cuba apenas hay práctico que no prefiera estos purgantes suaves (vulgarmente *digestivos*) á los muy enérgicos, al menos en los casos ordinarios; porque allí, lo mismo que en todos los paises cálidos, no conviene exasperar el estómago, que se halla en un estado habitual de escitacion producido por el estímulo del calor. He ahí tambien la razon porque las bebidas espirituosas causan mayores y mas prontos estragos que en los climas frios. *Nota del traductor.*

vía en algunos pueblos de las montañas; mas sin embargo de haber inquirido sobre el particular á varios religiosos que conocen á fondo el pais, nada he logrado averiguar de lo que dice este viagero: tan solo me han podido informar que en los lugares de *Malula* y de *Sidnâia*, cerca de Damasco, se habla un idioma tan corrompido, que cuesta mucho trabajo el entenderle. Pero esta dificultad nada prueba, porque en Siria, asi como en todos los paises árabes, varian y se alteran los dialectos de un punto á otro. Podemos pues considerar el siriaco como lengua muerta para estas regiones. Los Maronitas, que le han conservado en su liturgia y en su misa, aunque le recitan, no le comprenden la mayor parte. El griego se halla en el mismo caso: entre los frailes y clérigos, ya sean cismáticos ya católicos, hay muy pocos que le posean; para esto es preciso que hayan hecho un estudio particular en las islas del Archipiélago: por otro lado es bien notorio que el griego moderno está tan adulterado, que lo mismo se adelanta con él para entender á Demóstenes, que con el italiano para leer á Ciceron. La lengua turca no la usan en Siria mas que los militares, el gobierno y las hordas turcomanas[1]. Algunos naturales la aprenden por la necesidad de manejar por sí mismos sus negocios á la manera que los Turcos aprenden el arábigo para comunicar con los hijos del pais; pero la pronunciacion y acento de estas dos lenguas tienen tan poca

[1] En Alejandreta y en *Beilan*, que está muy inmediato, se habla turco; pero estas ciudades pueden considerarse como *fronteras* de la Caramania, cuya lengua vulgar es la turca.

semejanza entre sí, que siempre pérmanecerá la una estrangera para la otra sin mezclarse jamas. Los órganos de los Turcos acostumbrados á una prosodia nasal y pomposa, por rareza consiguen imitar los sonidos guturales y las fuertes aspiraciones del árabe. Esta lengua usa tan repetidamente de vocales y consonantes guturales, que la primera vez que se les oye hablar, diria cualquiera que estan haciendo gárgaras. Semejante particularidad la hace muy dificultosa para todos los europeos; pero es tal la fuerza del hábito, que cuando nosotros motejamos á los Arabes su aspereza, ellos nos tachan de faltos de oido, y echan la culpa á nuestros idiomas. El italiano es al que dan la preferencia, y comparan con algun fundamento el frances al turco, y el ingles al persiano. Militan entre ellos casi las mismas diferencias. El arábigo de Siria es mucho mas duro que el de Egipto; y la pronunciacion de los letrados del Cairo pasa por un modelo de facilidad y elegancia. Pero segun ha observado Niebuhr, la de los habitantes del Yémen y de la costa del sur es mucho mas suave, y comunica al arábigo un grado de fluidez de que no se le hubiera creido susceptible. Repetidas veces se ha intentado establecer analogías entre los climas y las pronunciaciones de las lenguas: se ha dicho, por ejemplo, que los habitantes del norte hablaban mas con los labios y con los dientes, que los del mediodia. Esta observacion puede ser cierta respecto de algunas partes de nuestro continente; mas para hacer de ella una aplicacion general, se necesitarian datos mas detallados y estensos de los que se po-

seen: debemos ser sumamente reservados en esos juicios generales que formamos acerca de las lenguas y sus caractéres; porque cada cual discurre arreglándose á la suya propia y de consiguiente se funda en una preocupacion hija del hábito, que perjudica sobremanera á la exactitud del razonamiento.

De los pueblos de Siria que llevo designados, unos estan difundidos indistintamente por todas partes, y otros se hallan limitados á espacios particulares, que conviene determinar.

Los Griegos propiamente tales, los Turcos y los Arabes campesinos se hallan en el primer caso, pero con esta diferencia, que los Turcos solo estan avecindados en las ciudades, donde ejercen los empleos de la milicia y la magistratura, é igualmente las artes. Los Arabes y los Griegos viven en las aldeas, y componen la clase de los labradores en el campo y la de la plebe en las ciudades. El pais que contiene mas aldeas griegas, es el *bajalato* [1] de Damasco.

Los Griegos de la comunion romana, mucho menos numerosos que los cismáticos, estan todos retirados en las ciudades, donde ejercen las artes y hacen de tratantes. La proteccion de los *Francos* les ha valido en esta parte, una superioridad decidida, donde quiera que hay factorías europeas.

Los *Maronitas* forman un cuerpo de nacion que ocupa casi esclusivamente todo el territorio comprendido entre *Nahr-el-Kelb (rio del Perro)* y *Nahr-el-Bâred*

[1] Nombre que se aplica tanto al distrito gobernado por un *bajá*, como á la autoridad que ejerce. *Nota del traductor.*

(rio Frio), desde la cima de las montañas al oriente, hasta el Mediterráneo al occidente.

Los *Druzos* son limítrofes suyos, y se estienden desde *Nahr-el-Kelb* hasta cerca de *Súr* (Tiro) entre el valle de *Beqââ* y el mar.

El territorio de los *Motuâlis* comprendia anteriormente el valle de *Beqââ* hasta *Súr*. Pero este pueblo sufrió una revolucion algun tiempo hace que casi ha acabado con él.

Por lo tocante á los *Ansârié*, estan diseminados desde *Nahr-âggar* hasta *Antakié*: divídense en varias pueblas ó tribus, tales como los *Kelbié*, los *Qadmusié*, los *Chamsié*, etc.

Los *Turcomanos*, los *Curdos* y los *Beduinos* no tienen domicilio fijo, sino que andan vagando sin cesar con sus tiendas acuestas y sus rebaños por delante en distritos limitados, de que se creen ellos tales propietarios: las hordas *turcomanas* acampan con preferencia en la llanura de Antioquía; los *Curdos* en las montañas de Alejandreta y el Eufrates; y finalmente los Arabes por toda la frontera de Siria, adyacente á sus desiertos, y aun en los llanos del interior, como son los de Palestina, Beqââ y Galilea.

CAPITULO IV.

DE LOS PUEBLOS PASTORES Ó ERRANTES DE LA SIRIA.

§ I.

DE LOS TURCOMANOS.

Compréndense los Turcomanos en el número de aquellas pueblas tártaras que en tiempo de las grandes revoluciones de los califas, emigraron del oriente del mar Caspio, y se difundieron en las llanuras de la *Armenia* y del *Asia-Menor*. Su lengua es la misma que la de los Turcos. Su género de vida es muy parecido al de los árabes Beduinos: á la manera que estos, son pastores, y por consiguiente se ven obligados á recorrer dilatados espacios, á fin de apacentar sus numerosos rebaños: mas á pesar de tanta analogía, se diferencian en que siendo muy ricos en pastos los campos frecuentados por los Turcomanos, pueden sustentar mayor porcion, y dispersarse menos que las tribus del desierto. Cada *ordú*, ó *campo* reconoce su gefe, cuyas facultades no estan determinadas por ninguna clase de estatutos, sino únicamente dirigidas por la costumbre y las circunstancias: es caso bien raro que el gefe abuse de su poder; porque siendo la sociedad en es-

tremo reducida, la naturaleza de las cosas mantiene casi una perfecta igualdad entre sus miembros. Todo hombre que se halla en estado de llevar las armas, se apresura luego á alistarse; porque su seguridad, respetos y consideracion dependen únicamente de la fuerza individual que posea.

Todos sus bienes consisten en ganados, cuales son camellos, búfalos, cabras y principalmente carneros. Los Turcomanos se alimentan con lacticinios, manteca y carne, que todos son renglones muy abundantes entre ellos. Venden su ganado en las ciudades y en los campos, pudiendo decirse que casi ellos esclusivamente surten todas las carnicerías. En cambio reciben armas, vestidos, plata y granos. Sus mugeres hilan lanas, y hacen alfombras para sentarse, cuya costumbre reina en estas regiones desde tiempo inmemorial[1], y por tanto indica claramente la existencia de un estado que jamas ha sufrido alteracion. Por lo que toca á los hombres, no tienen mas oficio ni beneficio que fumar la pipa y pastorear sus rebaños: son ginetes vigorosos, y soldados infatigables; porque estan de continuo cabalgando, su lanza al hombro, el sable corvo al costado y la pistola á la cintura. Muchas veces suelen tener sus reyertas con los Turcos, quienes les temen á par de muerte: mas como estan separados entre sí de campo á campo, no pueden adquirir aquella preponderancia, que les aseguraria su

[1] Entre nosotros, el estilo de sentarse las mugeres sobre alfombras en las iglesias, es conocidamente un resto de los muchos caractéres arábigos que aun se notan en nuestras costumbres. *Nota del traductor*.

fuerza reunida. Pueden contarse sobre unos treinta mil Turcomanos errantes, en los bajalatos de Alepo y de Damasco, únicos distritos de Siria frecuentados por ellos. La mayor parte de estas tribus se trasladan en el estío á la Armenia y la Caramania, donde encuentran pastos mas pingües, regresando luego á sus acostumbrados cuarteles de invierno. Los Turcomanos en cuanto á religion, son tenidos por musulmanes, y por cierto llevan consigo muy comunmente el principal distintivo de tales, quiere decir, la circuncision. Sin embargo, se curan bien poco de materias religiosas, y ni tienen las ceremonias ni el fanatismo de los pueblos sedentarios. Para hablar con propiedad acerca de sus costumbres, seria preciso haber vivido con ellos. Solamente diremos, que gozan de la reputacion de no ser tenidos por ladrones como los Arabes, sin que por eso sean menos generosos, ni hospitalarios; y si atendemos á que viven acomodados sin ser ricos, ejercitados por la guerra, y robustecidos por los trabajos y la adversidad, es forzoso inferir que estas circunstancias deben alejar de ellos la corrupcion anexa á los vecinos de poblado, y el envilecimiento propio de los campestres.

§ II.

DE LOS CURDOS.

Los Curdos forman otro cuerpo de nacion, cuyas tribus una vez divididas, se han esparcido asimismo por el Asia-Inferior y ocupan una estension considera-

ble, especialmente de cien años á esta parte. Su pais natal es la cordillera de montañas de donde parten las varias ramificaciones del Tigris, cuyo rio, rodeando el curso superior del gran *Zab*, pasa al mediodia hasta las fronteras del *Irak-Adjami*, ó sea el *Persiano*[1]. Los geógrafos modernos designan este pais con el nombre de *Curd-istân*. Es fertilísimo en granos, lino, ajonjolí, arroz, en escelentes pastos, nuez de agallas y aun sedas. Recógese allí una bellota suave, de dos ó tres pulgadas de largo, con la que se prepara una especie de pan. Todas las tradiciones é historias mas remotas del Oriente hacen mencion de este pais, y en él colocan la escena de infinitos sucesos mitológicos. El caldeo Beroso y el armenio Mariaba, citados por Moises de Choreno, refieren que en los montes *Gord-uos*[2] fue donde aportó *Xisuthrus*, una vez salvado del diluvio; y las circunstancias de situacion que agregan dichos autores convencen de la identidad, de suyo bien patente, que existe entre los vocablos *Gord* y *Curd*. Estos Curdos son los mismos citados por Jenofonte bajo el nombre de *Kard-ucos*, que se opusieron á la retirada de los *diez mil*. Este historiador advierte ademas, que aunque se hallaban establecidos por todo el ámbito del imperio de los Persas, siempre hubieron de burlar el poderío del *Gran-rey*, y las armas de sus *sátrapas*. Muy poco ó nada han variado

[1] *Adjam* es el nombre de los Persas en árabe. Los Griegos le conocieron y espresaron por la voz *achemen-ides*.

[2] Estrabon (lib. 2) dice que el Niphate y su cordillera se llaman *Gordonei*.

en su estado moderno; y á pesar que en la apariencia son feudatarios de los Otomanos, respetan bien poco las órdenes del gran señor y las de sus bajaes. Niebuhr, que pasó por esas tierras en 1769, refiere que observan en sus montañas una especie de régimen feudal, muy parecido, á mi entender, al que luego veremos entre los Druzos. Cada comarca tiene su gefe; y toda la nacion está dividida en tres facciones principales é independientes. Las desavenencias y ojerizas, tan naturales en el estado de anarquía en que viven, han segregado de la nacion una infinidad de tribus y familias, que han abrazado despues la vida errante de los Turcomanos y de los Arabes. Hanse difundido por el Diarbekr y por las llanuras de Arzrum, Erivano, Sibas, Alepo y Damasco: calcúlase que todas sus co marcas reunidas, pasarán de ciento cuarenta mil *tiendas*, es decir, igual número de hombres armados. Los Curdos son pastores y vagabundos como los Turcomanos; pero difieren de ellos en ciertos puntos relativos á costumbres. Los Turcomanos dotan á sus hijas para casarlas: los Curdos no las entregan sino á precio de oro. Los Turcomanos no hacen caso alguno de aquella antigüedad de alcurnia, que llaman *nobleza;* y para los Curdos es lo primero del mundo; finalmente los Turcomanos no roban á nadie, y los Curdos por donde quiera tienen fama de salteadores. Por este motivo son tan temidos en tierra de Alepo y de Antioquía, donde bajo la denominacion de *Bagdachlié*, ocupan las serranías al oriente de *Beilam,* hasta cerca de *Klés*. En ese bajalato y en el de Damasco, pasán de

veinte mil sus tiendas y chozas; que tambien tienen ellos habitaciones estables. Se les reputa *musulmanes;* pero son gentes que no se cuidan ni de dogmas ni de ritos. Muchos de ellos, sin embargo, distinguidos por el nombre de *Yazdié,* tributan culto al *Chaitân,* ó *Satanás,* es decir, el *genio enemigo* (de Dios). Esta creencia, perpetuada especialmente en el Diarbekr y en las fronteras de Persia, es un vestigio del antiguo sistema de los dos *principios del bien y del mal,* que bajo formas ya persianas ó judías, ya cristianas ó musulmanas, no ha cesado de reinar en esas regiones. Generalmente se mira á *Zoroastro* como su primer autor; pero mucho antes de ese profeta ya el Egipto conocia el *Ormuzd* y *Ahrimanes* bajo los nombres de *Osiris* y *Tyfon.* Sin mejor fundamento se cree que el tal sistema no se divulgó hasta los tiempos de Dario, hijo de Histaspes, siendo asi que Zoroastro, el apóstol del dogma, vivió en Media en una época correspondiente al reinado de Salomon.

La lengua, primer indicio de hermandad en los pueblos, ofrece entre los Curdos variedad de dialectos; pero en sustancia viene á ser persiana mezclada con algunas voces arábigas y caldeas. Las letras de su alfabeto son puramente persianas: la Propaganda hizo imprimir en Roma un vocabulario compuesto por Mauricio Garzoni, que da muy buenas luces en la materia. Es de desear que los gobiernos alienten y protejan este género de trabajos. De algun tiempo á esta parte ha publicado el doctor Pallas porcion de vocabularios comparados: desgraciadamente estan

impresos en caractéres rusos; y no es de creer que la nacion rusa reduzca á toda la Europa á admitir sus letras, con preferencia á las romanas.

§ III.

DE LOS ARABES BEDUINOS.

Otro pueblo de los que vagan por la Siria, le constituyen aquellos *árabes Beduinos*, que ya encontramos en Egipto. Entonces hablé de ellos muy ligeramente, pues como no les ví mas que de paso, y sin saber todavía el idioma, mal podia su nombre únicamente sugerirme datos y comparaciones; mas habiéndolos conocido mejor en Siria y aun practicado un viage espresamente á uno de sus campos cerca de *Gaza*, y vivido con ellos por espacio de muchos dias, me ofrecen al presente noticias y observaciones, que paso á esponer con alguna individualidad.

En general, siempre que se trate de *Arabes*, debemos distinguir, si son *cultivadores*, ó si son *pastores*; porque esta diferencia en su modo de vivir, ocasiona otra tan marcada en su carácter y costumbres, que casi les constituye estrangeros entre sí. En el primer caso, como que llevan una vida sedentaria, y estan fijados al mismo suelo, y sujetos á gobiernos regulados, disfrutan de un estado social que los acerca bastantemente á nosotros. Tales son los habitantes del *Yémen*; y tales tambien los descendientes de los antiguos conquistadores, quienes forman en todo ó en parte, la

poblacion de la Siria, del Egipto y de los estados Berberiscos. En el segundo caso, como solo les apega á la tierra un interes momentáneo, como se hallan trasportando de continuo sus tiendas de un lugar á otro, sin estar ligados por leyes de ninguna clase, tienen un modo de existir, que no es en rigor ni el de los pueblos civilizados, ni el de los salvages, y que por lo mismo merece ser estudiado detenidamente. Tales son los *Beduinos*, ó *moradores* de los vastos *desiertos*, que se estienden desde los confines de la *Persia* hasta las costas de *Marruecos*. Aunque estan divididos por comunidades ó tribus independientes, y á veces enemigas, podemos considerarlos como un mismo cuerpo de nacion. Muestra bien evidente de esta fraternidad es la semejanza de sus idiomas. La única diferencia que entre ellos media, es que las tribus de Africa cuentan un orígen mas reciente, supuesto que son posteriores á la conquista de aquellas regiones por los *califas*, ó *sucesores* de Mahoma; mientras que las tribus del desierto propio de Arabia, ascienden por escalones no interrumpidos hasta los tiempos mas remotos. De estas últimas trataré especialmente, por estar mas enlazadas con mi asunto. A ellas es á quien el uso constante del Oriente apropia el nombre de *Arabes*, respecto á ser la raza primitiva y mas pura de estas gentes. Se les apellida con el sinónimo *Bedâui*, el cual segun he observado ya, significa *hombre del desierto;* equivalente tanto mas exacto, cuanto en los idiomas inveterados de estos paises, la palabra *Arab* designa propiamente una *soledad* ó *desierto*.

Con sobrada razon hacen alarde los moradores del desierto de ser la raza mas pura y mejor conservada de los pueblos árabes; jamas han sido conquistados, y ni aun siendo conquistadores, se han mezclado con los vencidos; pues las proezas con que se acostumbra honrar su nombre en general, realmente han sido privativas á las tribus del *Hedjâz* y del *Yémen*. Las del interior de las tierras no emigraron cuando la revolucion de Mahoma; ó si acaso tomaron parte en ella, solo fue por algunos individuos que desertaron, movidos de miras ambiciosas; asi es que el profeta, en su *Qoran*, trata á los Arabes del desierto de *rebeldes* y de *infieles*; sin que todo el tiempo trascurrido les haya hecho variar en gran manera. Podemos decir que han conservado bajo todos aspectos su primitiva sencillez é independencia. Cuanto nos refieren las historias mas atrasadas acerca de sus costumbres, estilos, idiomas y aun de sus preocupaciones, lo hallamos confirmado el dia de hoy casi en todas sus partes; y si añadimos que esta uniformidad de carácter preservada en la distancia de los tiempos, subsiste tambien en la de los lugares, es decir, que aun las tribus mas lejanas se asemejan infinitamente, se convendrá sin duda, en que es indagacion bien curiosa examinar las circunstancias anejas á un estado moral tan peregrino.

En toda Europa, y particularmente en nuestra Francia, donde no se ven pueblos errantes, no acertamos á comprender qué alicientes pueden determinar á los hombres á abrazar un género de vida, que tanto nos disgusta. Mas diré: con dificultad concebimos nosotros

lo que es un *desierto,* ni como un terreno siendo ingrato sea capaz de sustentar habitantes, ó porque no está mejor poblado caso de ser cultivable. A mí tambien me asaltaron estos reparos, como á uno de tantos; por cuya razon juzgo conveniente insistir sobre los particulares que me han patentizado estas rarezas.

La vida errante y pastoral que llevan muchos pueblos del Asia, dimana de dos causas principales. La primera es la naturaleza del terreno, que negándose á toda especie de cultivo, los pone en el estremo de recurrir á aquellos animales, que se contentan con las yerbas silvestres de la tierra: de manera que si los pastos no son abundantes, un solo animal dejará exhausto mucho terreno, y asi les será forzoso recorrer espacios dilatados: ved ahí el caso en que laboran, asi los Arabes del desierto propio de Arabia como los del de Africa.

La segunda causa podriamos atribuirla á los hábitos de los moradores, y no al terreno, que es cultivable y aun feraz en muchos parages, como v. g. en la raya de Siria, el *Diarbekr, Natolia,* y la mayoría de comarcas frecuentadas por los Turcomanos y los Curdos. Sin embargo, analizando dichos hábitos, me ha parecido no eran en sí mismos sino el resultado de la situacion política de esos paises; de forma que es menester en conclusion referir la causa primera al gobierno mismo. Los hechos que se presencian diariamente vienen al apoyo de esta opinion; porque en cualquier parte que las hordas y tribus errantes encuentran paz y seguridad, junto con lo *bastante* para vivir, allí se si-

tuan, y pasan insensiblemente al estado de cultivadores y sedentarios. En otros casos sucede lo contrario: cuando la tiranía del gobierno agota el sufrimiento de los habitantes de algun pueblo, los desdichados labradores abandonan sus albergues, se retiran con sus familias á las montañas, ó bien se quedan vagando por las llanuras, no con otro ahinco que el de cambiar de domicilio para no ser sorprendidos por sus opresores. Hasta suele acontecer, que algunos individuos, convirtiéndose en salteadores, á fin de sustraerse al imperio de las leyes, ó á las garras de la tiranía, se reunen formando pequeños campos, los cuales se mantienen de mano poderosa, y multiplicándose en lo sucesivo llegan á ser otras tantas hordas ó tribus. Podemos pues concluir que en los terrenos cultivables, la vida errante es un efecto de la depravacion del gobierno, y parece que la sedentaria y cultivadora, es aquella á que los hombres son naturalmente mas propensos.

Por lo que respecta á los Arabes, parecen condenados de juro á la vida vagante, por la naturaleza de los *desiertos* en que moran. Para formar idea de estos yermos, figurémonos, bajo la bóveda azulada de un cielo por lo regular ardiente y despejado, planicies inmensas hasta perderse de vista, despobladas de casas y árboles, desprovistas de arroyos, y esentas de montañas. A veces las miradas se estravian por un horizonte raso y anivelado como el Océano: en otros parages forma mil quiebras el terreno, ó se eriza de rocas y peñascos. La tierra por do quiera igualmente des-

nuda, no presenta en su superficie mas que algunas plantas leñosas diseminadas muy de trecho en trecho, y uno que otro matorral esparcido aquí y allá, cuya tranquila soledad apenas es interrumpida por las gacelas, liebres, langostas y ratas. Tal es casi todo el despoblado que se estiende desde Alepo hasta el mar de Arabia, y desde el Egipto hasta el golfo Pérsico, en un espacio de seiscientas leguas de longitud, sobre trecientas de anchura.

Mas no se crea que en tan dilatada estension sea el terreno de la misma calidad; antes varia considerablemente por vetas y comarcas. En la frontera de Siria, por ejemplo, la tierra es comunmente de miga, buena de labrar y aun feraz; todavía continua asi á orillas del Eufrates; pero adelantándose en lo interior y hácia el mediodia, se vuelve gredosa y de blanquizal, segun aparece en los confines de Damasco; luego se descubre pedregosà, como en el *Tth* y el *Hedjâz;* finalmente, toda es arena pura al oriente del *Yémen.* Esta diferencia en la calidad del suelo, produce algunas variedades en cuanto al estado de los *Beduinos.* Pongamos el caso en las comarcas estériles, es decir, mal surtidas de plantas: aquí andan escasas de gente las tribus, y muy distantes entre sí; tales son el desierto de Suez, el del mar Rojo, y lo íntimo del gran yermo, que denominan *Nadjd*[1]. Cuando el terreno está mejor abastecido de yerbas, como sucede entre Damasco y el Eufrates, las tribus no son tan raras ni se hallan

[1] Pronúnciese *Najd.*

tan apartadas unas de otras; por último, en los parages cultivables, como son el distrito de Alepo, el Hauran y el campo de Gaza, las hay numerosísimas y muy cercanas entre sí. En los primeros casos, los Beduinos son puramente pastores, viviendo tan solo del producto de sus rebaños, de algunos dátiles y carne fresca, ó secada al sol, la que reducen á polvo como harina. Mas los que se hallan en el postrer caso, siembran algunos terrenos, y agregan trigo, cebada y aun arroz á la carne y los lacticinios.

Procediendo ahora á examinar las causas de la esterilidad é incultura del desierto, hallaremos que provienen especialmente de la falta de fuentes y rios, y en general de la carencia de agua. Esta carencia dimana de la configuracion del terreno, que á virtud de ser llano y enteramente limpio de montañas, no permite á las nubes mas que deslizarse por su superficie recalentada, lo mismo que acontece en Egipto: solo en el invierno se detienen, porque entonces les impide elevarse el frio de la atmósfera, y caen disueltas en lluvia. La desnudez del terreno es asimismo causa de sequedad; pues no encontrando el ambiente sino arenas abrasadoras, se caldea mas fácilmente, y asi obliga las nubes á subir. Si todo el desierto se plantase de árboles, v. g. de abetos, es mas que probable que sobrevendria una alteracion notable en el clima[1].

[1] Tanto mas cuanto el terreno se mejoraria, no solo en razon de la humedad, sino tambien por la combinacion química de los despojos vegetales con los principios minerales que constituyen el suelo. *Nota del traductor.*

Una consecuencia de las lluvias de invierno, es ocasionar en los parages que tienen buen suelo, como en la frontera de Siria, un cultivo muy semejante al del interior de esta provincia; mas como esos aguaceros no bastan á producir fuentes ni arroyos perennes, los habitantes sufren el inconveniente de carecer de agua en el estío. Para obviarle ha sido necesario recurrir al arte, construyendo pozos, estanques y aljibes, donde se deposita la provision anual. Estas obras exigen anticipacion de capitales y no pequeño trabajo, y aun sin eso estan espuestas á mil contingencias. La guerra puede aniquilar en pocos dias la tarea de muchos meses, y el único recurso para todo el año: una sequía rigorosa, lo que es harto frecuente, puede malograr la cosecha, y aun reducirlos á la carestía del agua. Es verdad, que cavando en cualquier parte, siempre se da con ella desde seis hasta veinte pies de profundidad; pero esta agua es muy salobre, asi como toda la del desierto de Arabia y de Africa[1]; y aun no es eso lo peor, sino que por lo regular suele agotarse; llegado ese trance, sobrevienen inmediatamente la sed y el hambre, en términos que si el gobierno no acude con el socorro, se quedan despobladas las aldeas. Ya se deja ver que en un pais asi constituido, no puede menos de ser pre-

[1] Esta cualidad salina es tan inseparable del terreno, que se trasmite hasta á las plantas: todas las del desierto abundan en soda y en sal de Glauber. Es de advertir que la proporcion de dichas sales disminuye, á medida que nos acercamos á las montañas, donde llega á ser casi nula; y bien visto todo, esta propiedad salina debe ser la ver dadera causa de la esterilidad del desierto.

caria la agricultura; fuera de que bajo un régimen como el de los Turcos, mas seguro es vivir de pastor errante que de labrador sedentario.

En las comarcas cuyo terreno es predregoso y arenisco, como en el *Tih*, el *Hedjâz* y el *Nadj*, las lluvias hacen brotar las semillas de las plantas silvestres; asi es que reaniman los espinares, los ranúnculos, ajenjos, *qalis* (barrilla), etc., y se acopian en las hondonadas, formando charcos, donde crecen cañas y yerbas: entonces se reviste la llanura de un verdor sumamente grato y risueño; y esa es la estacion de la abundancia asi para los rebaños como para sus dueños: mas luego que vuelven los calores, no hay punto que no se agoste, y la tierra polvorosa y blanquizca solo nos presenta tronchos resecos y duros como guijarro, á que no pueden meter el diente, no digo los caballos ó bueyes, pero ni siquiera las cabras. En tal estado, el desierto seria inhabitable, y era menester abandonarle, si la naturaleza no le hubiera destinado un animal de un temperamento tan resistente y frugal, cuanto es ingrato y estéril el terreno, en una palabra, si no hubiera puesto allí el *camello*. No hay animal alguno en quien se note una analogía tan marcada y esclusiva con el clima en que vive: cualquiera diria que una *intencion premeditada* ha tenido gusto especial en proporcionar las cualidades del uno á las del otro. La naturaleza, queriendo que el *camello* viviese en un pais en donde á duras penas hallaria con que sustentarse, ha economizado la materia en toda su estructura. No le ha dado las formas abultadas del buey, ni del ca-

ballo, ni del elefante; sino que circunscribiéndole á lo estrictamente necesario, le dotó de una cabeza reducida y sin orejas, pegada al estremo de un largo y flaquísimo pescuezo: ha despojado sus piernas y cuartos de todo músculo inútil para el movimiento; en fin, no ha concedido á su cuerpo de espárrago mas que los vasos y tendones indispensables para trabar su armazon. Proveyóle de una fuerte quijada, para masticar los alimentos mas rígidos; pero temiendo no consumiese demasiado, le estrechó el estómago, forzándole de este modo á *rumiar*. Guarneciole el pie de una masa carnuda, que resbalando por el lodo, y siendo muy embarazosa para trepar, no le permite transitar sino por un suelo enjuto, igual y arenoso como el de la Arabia; por último, le condenó visiblemente á la esclavitud, negándole todo medio de defensa contra sus enemigos. Destituido de los cuernos del toro, de la pezuña del caballo, del colmillo del elefante, y de la ligereza del ciervo, ¿qué podria hacer el camello, si fuera acometido por el leon, el tigre, y aun el lobo? Asi, la naturaleza, á fin de conservar la especie, le escondió en el seno de los vastos desiertos, donde la carestía de vegetales no podia atraer la caza, y la falta de esta habia de alejar las fieras. Fue preciso que el alfange de los tiranos lanzase al hombre de la tierra habitable para que el camello perdiese su libertad. Trasferido al estado de domestiquez, ha llegado á ser el recurso de habitar la tierra mas ingrata del mundo. Él solo subviene á todas las necesidades de sus amos. Con la leche de su hembra se sustenta la familia entera, bajo las

diversas formas de cuajada, queso y manteca; y aun á veces suelen comer su carne. Hacen calzados y arreos de montar con su piel, tejen vestidos y arman tiendas con su pelo. En sus lomos se trasportan los fardos mas pesados; por fin, cuando la tierra les niega el forrage para mantener el caballo, alhaja tan preciosa al Beduino, la camella con su leche acude á la penuria, sin que tantos y tan señalados servicios ocasionen á sus dueños otro coste que algunos gajos de abrojos y de agenjo, con unos cuescos de dátil molidos[1]. En conclusion, es tal la importancia de este cuadrúpedo para el desierto, que si le sacasen de allí, se sustraeria infaliblemente toda la poblacion, de quien es el único apoyo[2].

[1] La frugalidad de este precioso cuadrúpedo llega al estremo de poderse pasar diez y doce dias sin beber: y es tan marcado el empeño, por decirlo asi, que ha puesto la naturaleza en hacerle abstinente, que hasta las corcovas que le desfiguran contribuyen á llenar ese objeto. En efecto, dichas prominencias no estan formadas mas que de pura grasa, la cual sirve de nutrimento al animal; y de ordinario se hallan estiradas y llenas. Mas despues de largas jornadas, se les ponen fruncidas y colgantes, y aun á veces suelen desaparecer enteramente. *Nota del traductor.*

[2] Yo conozco cuatro clases distintas de camellos: la primera que acabo de describir, es propiamente el camello árabe *cargador*, el cual no tiene mas de una corcova, y muy poco pelo en todo el cuerpo.

La segunda es el camello *corredor*, llamado en el Cairo *hedjin*, mas cenceño en todas sus formas, y con solo una prominencia: este es el legítimo *dromedario* de los Griegos. En el dia hay dos de estos en Paris, los cuales se espusieron al público en las fiestas del Campo-de-Marte. Ambas especies estan difundidas desde Marruecos hasta Persia.

La tercera es el camello *turcomano*, esparcido desde Alepo hasta

He ahí delineadas las circunstancias en que la naturaleza ha puesto á los Beduinos para constituirles una casta de hombres singulares asi en lo físico como en lo moral. Esta singularidad resalta tanto, que sus mismos vecinos, los Sirios, les conceptuan por entes estraordinarios. Esta opinion corre mas valida respecto á las tribus de lo íntimo del desierto, como las de *Anaré*, *Tai Kaibar* y otras, que jamas asoman por poblado. Cuando en tiempo de Dâher, llegaron algunos á caballo hasta *Acre*, causaron allí la misma impresion, que harian entre nosotros los salvages de América. Todo el mundo miraba atónito aquellos hombres mas pequeños, mas flacos y mas morenos, que ningunos Beduinos hasta entonces conocidos: sus piernas enjutas se volvian todo tendones, sin pantor-

Constantinopla y al norte de la Persia: no tiene mas que una corcova; no es tan alto como el árabe; las piernas aunque mas cortas son mas gruesas, y el cuerpo mas carnudo y mucho mas poblado de pelo. El del pescuezo es tan largo que le cuelga hasta el suelo, y generalmente es de color pardusco.

La cuarta es el camello *tártaro* ó *bactriano*: hállase en toda la China y la Tartaria, y tiene dos prominencias: solo de estos se ven en Pekin, al paso que son tan raros en el Asia-Inferior, que me seria fácil citar infinidad de viageros, asi europeos como árabes, quienes, á par que yo, nunca han visto ninguno.

Buffon ha confundido enteramente todas estas especies *.

* En confirmacion de lo que espone el autor en esta nota, y para evitar las equivocaciones que siempre se suscitan en la clasificacion de los camellos; diremos con los mejores naturalistas que el cuadrúpedo designado por algunos autores bajo el nombre de *camello de Arabia* es nuestro *dromedario*, y el que llaman *camello de Bactriana* es nuestro camello propiamente dicho. Diodoro de Sicilia y Estrabon denominan al *dromedario camelos dromas* (*camello corredor*). De ahí han formado los modernos *dromedario*. *Nota del tr.*

rilla alguna; el vientre le tenian pegado al espinazo, y sus cabellos eran casi tan ensortijados como los de los negros. Tambien ellos por su parte de todo se asombraban: no podian comprender de qué modo estaban en pie las casas y las torres, ni cómo se atrevian las gentes á habitar bajo de techado y siempre fijas en el mismo sitio; pero nada les dejaba mas absortos que la vista del mar, no pudiendo su mente concebir aquel *desierto* tan dilatado de *agua*. Hablóseles de mezquitas, de rezos, de abluciones; y ellos preguntaban qué significaba todo eso, quiénes eran Moises, Jesucristo y Mahoma, y porqué no componiendo los habitantes tribus distintas, seguian sin embargo caudillos opuestos.

Bien se deja conocer que los Arabes fronterizos han de estar mas ladinos que los del interior; y aun hay varias tribus menores, que por vivir en el seno del pais, como en el valle de *Beqâa*, en el del Jordan y en la Palestina, se hallan casi al nivel de civilizacion con la gente del campo; pero esos son muy despreciados de los demas Beduinos, quienes les miran como *Arabes bastardos*, y *como rayas*, ó *esclavos de los Turcos*.

Los Beduinos por lo regular son chicos de cuerpo, flacos y morenos, mucho mas sin embargo en lo íntimo del desierto que en la frontera del pais cultivado; y aun allí mismo, siempre lo son mas que los labradores comarcanos: en un mismo campo se nota tambien esta diferencia; yo he observado que los *jeques*, es decir, *la gente acomodada* y sus criados, eran constantemente mas corpulentos y mas fornidos que el resto del pueblo. Algunos he visto que escedian de

cinco pies cinco y seis pulgadas de estatura, al paso que la ordinaria entre ellos solo es de cinco pies dos pulgadas. La causa de esta diversidad debemos atribuirla á la cantidad de alimento, que es mas abundante entre los de la primera clase que en los de la segunda [1]. Podemos decir que el comun de los Beduinos vive perennemente en la miseria y acosados del hambre. Entre nosotros parecerá cosa increible, mas no por eso es menos cierta, que todo el sustento diario de un Beduino apenas compone diez onzas: en las tribus del Nadj y Hedjaz particularmente, la abstinencia ha llegado al estremo. Con media docena de dátiles untados en manteca derretida y un poco de leche dulce ó cortada lo pasa un hombre todo el dia, contándose por muy dichoso, si agrega algunas pizcas de harina bien grosera, ó una albondiguilla de arroz. La carne está reservada para las grandes festividades del año; y solo en caso de boda ó de mortorio se mata algun cabrito; únicamente los jeques acaudalados y generosos son quienes pueden regalarse con algunos camellitos y con arroz cocido con carne. En tiempo de carestía el vulgo, siempre hambriento, no desprecia ni aun los alimentos mas viles: de aquí nace aquella costumbre de los Beduinos de comer langostas, ratas, lagartos y serpientes asadas en las malezas; de aquí tambien las rapiñas en las labran-

[1] Esta causa se advierte asimismo cotejando los camellos árabes con los turcomanos; pues estos últimos, como viven en paises en que tienen á pasto el forrage, han llegado á constituir una especie mas membruda y abultada que los primeros.

zas y los robos en los caminos; de aquí finalmente su constitucion endeble, y su cuerpo diminuto y seco, mas bien ágil que vigoroso. Acerca de su temperamento ocurre una observacion importante para los médicos, y es que sus desperdicios en todo género, incluso el sudor, son en estremo escasos; teniendo la sangre tan privada de serosidad, que solo el escesivo calor á que estan espuestos pudiera mantenerle su fluidez. Sin embargo, esto no les quita que sean por lo demas bastante sanos, ni que haya menos enfermedades entre ellos que entre los habitantes del pais cultivado.

Por lo espuesto se vendrá en conocimiento que la frugalidad de los Arabes no es mero efecto de su albedrío, como ni tampoco del clima en que moran. No puede negarse, que el escesivo calor en que viven, privando al estómago de la actividad que le da el frio, facilita esa estremada abstinencia; sin duda tambien el hábito de guardar dieta, impidiendo á aquel órgano el dilatarse, contribuye á que la puedan soportar; pero el motivo primero y principal que en ellos obra, á par que en los demas hombres, es la exigencia de las circunstancias en que se hallan, ora de parte del terreno, como llevo esplicado, ora de parte de su estado social, que paso á esponer.

Ya he dicho que los árabes Beduinos estaban divididos por tribus, formando otros tantos pueblos particulares. Cada una de estas tribus se apropia un terreno, el cual constituye su hacienda; y en esta parte no difieren de las naciones agrícolas sino en que necesitan mayor estension de terreno, á fin de proveer á

la subsistencia de los rebaños durante todo el año. Cada tribu compone uno ó muchos campos, que estan repartidos en el pais, y cuyas partes son recorridas todas sucesivamente, á medida que los rebaños las van consumiendo; por esto sucede que en un grande espacio, solo se encuentran habitados algunos puntos que cambian de un dia para otro; mas como todo ese espacio es necesario para el sustento anual de la tribu, cualquiera que se introduce en él, es reputado infractor de la propiedad; lo que tampoco se diferencia del derecho público de las naciones. Asi pues, si una tribu ó sus súbditos entran en terreno ageno, son tratados como usurpadores y enemigos, y sin remedio hay guerra. Pero como las tribus tienen sus relaciones entre sí, ya procedentes de parentesco ya de convenios particulares, resultan de aquí alianzas que contribuyen á hacer las guerras mas ó menos generales. El modo de proceder en tales ocasiones es sumamente sencillo. Averiguada la ofensa, montan á caballo, buscan al enemigo, y luego que se encuentran, comienzan á parlamentar; por lo regular hacen las paces; mas en caso contrario se acometen por pelotones, ó de ginete á ginete, embistiéndose á escape echados sobre el caballo y lanza en ristre: cuya arma á pesar de su longitud, suelen á veces despedir contra el enemigo fugitivo: por rareza se disputa la victoria; el primer encuentro casi siempre decide la contienda; y los vencidos huyen á rienda suelta por la llanura rasa del desierto. Comunmente les anochece en la carrera, y la oscuridad los oculta del vencedor. La tribu que ha perdido, levanta

el real, se retira con marcha precipitada y va á pedir asilo entre los aliados. Satisfecho el enemigo, se contenta con perseguir los rebaños algo mas adelante; y asi presto vuelven los dispersos á ocupar su antiguo terreno. Pero de resultas de las matanzas causadas en las peleas, quedan siempre motivos de rencor, que perpetuan las disensiones. El interes de la comun seguridad ha establecido entre los Arabes desde mucho tiempo una ley general, en virtud de la cual la sangre de todo hombre matado debe ser vengada con la de su agresor: he ahí lo que ellos llaman el *târ, ó talion;* cuyo derecho compete al mas próximo pariente del difunto. Su honor se halla de tal modo comprometido para con todos los Arabes, que si omite exigir su *talion*, queda para siempre tildado de deshonra. En consecuencia, está acechando el momento de vengarse; si acaso muere su enemigo por cualesquiera otras causas, el Beduino no se da por satisfecho, recayendo entonces su venganza sobre el pariente mas cercano. Estas ojerizas se trasmiten, como por via de herencia, de padres á hijos, y solo fenecen con la estincion de una de las dos razas: á menos que las familias no se avengan, sacrificando al culpable, ó bien *rescatando la sangre* por un precio convenido en dinero ó en ganado. Fuera de este modo de satisfacer, no hay mas paz, ni mas tregua, ni alianza entre ellas, y á veces tampoco ni aun entre las tribus recíprocas. *Media sangre entre nosotros*, es lo primero que se dice en cualquier negocio que ocurre, siendo esta espresion una barrera insuperable. Como tales contingencias se han

multiplicado con el lapso de los tiempos, ha venido á suceder que la mayor parte de las tribus tienen querellas inveteradas, y asi viven en un estado habitual de guerra; lo cual junto con su género de vida, hace á los Beduinos un pueblo militar, sin que por eso esten muy adelantados en la práctica de ese arte. Hallánse dispuestos sus campos en forma de rueda, bastante irregular, cerrada por una sola hilera de tiendas, mas ó menos apartadas entre sí. Dichas tiendas tejidas con pelo de cabra ó de camello, son negras ó pardas, á diferencia de las de los Turcomanos que son blanquecinas. Estan tendidas sobre tres ó cinco estacas de cinco á seis pies de altura, solamente, lo que las hace parecer muy gachas; visto de lejos un campo asi dispuesto, se descubre como una porcion de manchas negras; pero el ojo perspicaz de los Beduinos jamas se engaña en lo que realmente son. Cada tienda habitada por una familia, está dividida por medio de una cortina en dos partes; una para las hembras, y la otra para los varones. El intermedio vacío del gran *cerco*, sirve para acorralar de noche el ganado. Jamas forman atrincheramiento; las únicas patrullas y centinelas apostadas son los perros; los caballos quedan ensillados á pie firme, á fin de estar listos á montar á la primer alarma; mas como no hay órden, ni distribucion, los tales campos, de suyo fáciles de asaltar, no ofrecen defensa alguna en caso de ataque: asi es que á cada paso acaecen accidentes, como robos de bestias, etc.; siendo esta guerra de merode y correría, una de las que mas ocupan á los Arabes.

Las tribus que habitan en la vecindad de los Turcos, se hallan en una situacion todavía mas turbulenta: efectivamente, esos estrangeros, arrogándose á fuer de conquista, la propiedad del territorio, tratan á los Arabes como vasallos rebeldes, ó como enemigos inquietos y peligrosos. Conforme á este principio, jamas cesan de hacerles una guerra sorda ó declarada. Los bajaes ponen un estudio particular en aprovechar todas las coyunturas de incomodarlos: tan pronto les disputan un terreno que les tenian arrendado, como les reclaman un tributo que no estaba pactado: si la ambicion ó el interes dividen una familia de jeques, ellos alternativamente prestan ausilio á uno y otro partido, y acaban por arruinarlos á entrambos. Muy frecuentemente mandan envenenar, ó asesinar aquellos gefes, á quienes temen por su valor ó su talento, aun cuando sean aliados suyos. Los Arabes tampoco se descuidan por su lado; pues mirando á los Turcos como usurpadores y traidores, estan espiando de continuo la oportunidad de hacerles daño. Desgraciadamente las mas veces pagan *justos* por *pecadores:* casi siempre sufren los paisanos por los delitos de los militares: al menor alboroto, les siegan las mieses, les quitan los rebaños, se interceptan las comunicaciones y el comercio: los infelices gritan *ladrones!* y tienen razon; pero los Beduinos invocan el derecho de la guerra, y acaso no van infundados. Mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que estas depredaciones arraigan tal desavenencia entre los Beduinos y los habitantes de la tierra cultivada, que los hace mutuamente enemigos irreconciliables.

Tal es la situacion de los Arabes en lo esterior. Está sujeta á grandes vicisitudes, segun la buena ó mala conducta de sus gefes. Por lo regular sucede que una tribu se eleva y engrandece, mientras que otra antes rica y poderosa, decae ó se aniquila; no queremos dar á entender con eso que se destruyan todos sus individuos, sino que se incorporan á otra, emanando esto de la misma constitucion interna de las tribus. Cada cual se compone de una ó muchas familias principales, cuyos individuos llevan el dictado de *jeques* ó *señores*. Estas familias representan con bastante propiedad á los *patricios* de la antigua Roma y á los *nobles* de la Europa moderna. Uno de ellos manda en gefe á todos los demas; es como si dijeramos el general de este pequeño ejército; y suele tomar el título de *emir*, que significa *comandante* y príncipe. Cuanto mas parientes, hijos y aliados cuente, tanto mas fuerte y poderoso será: á estos se juntan algunos sirvientes, cuya adhesion se ganan las mas veces, proveyéndoles en un todo. Ademas, vienen algunas familias poco numerosas á agregarse al gefe; porque no siendo por sí solas bastante fuertes para poder vivir independientes, necesitan de amparo y de alianza. Esta reunion, cual queda descrita, es lo que se llama *qâbîlé* ó *tribu*. Distínguense unas de otras por el nombre de su caudillo, ó por el de la familia gobernante. Cuando se habla de sus miembros en general, se les nombra *hijos* de fulano, aunque no sean todos en realidad sus hijos carnales, y aunque este padre universal haya muerto desde largo tiempo. Asi se dice: *beni Temîn*,

ulâd Tai; esto es, los hijos de *Temin* y de *Tai.* Este modo de espresarse ha pasado metafóricamente á los nombres propios de los paises : la frase ordinaria para designar los habitantes de cualquier region es : *los hijos de tal parte.* Segun este principio los Arabes llaman *ulâd Masr*, á los Egipcios ; *ulâd Châm*, á los Sirios ; y por la misma regla, dirian *ulâd Fransa*, á los Franceses ; *ulâd Mosqu* á los Rusos [1] ; particularidad algo impor tante para la inteligencia de la historia antigua [2].

El gobierno de esta sociedad es á un tiempo democrático, aristocrático y aun despótico, sin ser decididamente ninguno de ellos por separado. Es republicano; porque el pueblo tiene una influencia primera en todos los negocios, y no se da un paso sin el consentimiento de la mayoría. Es aristocrático; porque las familias de los jeques gozan de algunas prerogativas, que en todas

[1] Ese modismo no puede llamarnos la atencion á los Españoles, porque le tenemos en nuestra lengua. Mas no sucede asi respecto á un estrangero europeo, en razon de no hallarse en ninguna otra lengua viva de las occidentales. Nosotros sin duda lo hemos derivado del arábigo. *Nota del traductor.*

[2] Con esta simple indicacion y recordando que los antiguos asi como los modernos tenian sus patronos, ó genios tutelares; podrémos distinguir muchas veces en la historia si se trata del nombre de un pais ó del de un personage real ó mitológico. De ello nos ofrecen infinitos ejemplos los fastos primitivos de los Griegos. No son menos frecuentes en los anales de los Caldeos, Babilonios y Hebreos. ¿Por ventura no se ha creido seriamente en la existencia de *Hermes*, como inventor de las letras?... ¿Cuántas disputas y errores no hubiera ahorrado á la geografía, la historía y la cronología esa sencilla distincion? El que desee convencerse de su importancia, consulte la obra de nuestro viagero titulada : *Recherches nouvelles sur l'Histoire ancienne*, tom. 1, cap. 14, p. 158 y siguientes. *Nota del traductor.*

partes son hijas de la fuerza. Finalmente es despótico; porque el jeque principal está revestido de un poder indefinido y casi absoluto. Si es hombre de carácter, podrá abusar de su autoridad; pero aun los abusos tienen sus límites, muy estrechos, en razon del estado de las cosas. Con efecto, si un gefe cometiese una injusticia notoria; por ejemplo, si quitase la vida á un Arabe, le seria casi imposible escapar de la pena en que incurre. El resentimiento del agraviado en nada respetaria su título; sufriria el *talion;* y en no pagando la *sangre*, seria asesinado infaliblemente; cosa bien fácil en atencion á la vida simple y privada que llevan los jeques en el campo. Si hostiga á los súbditos con duros tratamientos, luego le abandonan, y se pasan á otra tribu: sus mismos parientes se aprovechan de las faltas en que incurre, para desposeerle del mando, y ponerse en su lugar. No le queda contra ellos el arbitrio de apelar á tropas estrangeras; sus vasallos comunican entre sí con harta facilidad, para que pueda dividirlos en intereses, y constituirse una faccion estable. Por otro lado, ¿ con qué se soldaria esta gente, puesto que la tribu no le contribuye con ninguna clase de impuesto, cuando la mayor parte de los súbditos estan ceñidos á lo justamente necesario, y hasta él mismo se ve reducido á posesiones muy módicas, y eso recargadas de cuantiosos desembolsos ?

Efectivamente, en toda tribu el jeque principal es el encargado de costear á los yentes y vinientes; él es quien recibe las visitas de los aliados, y de cualquiera que venga á tratar de negocios. A continuacion de su tienda

hay un gran pabellon que sirve de posada á todos los forasteros y caminantes. Aquí es tambien donde se celebran las juntas frecuentes de los jeques para decidir acerca de los acampamentos y decampamentos, ajustar la paz, declarar la guerra, componer las diferencias con los Turcos y los pueblos, sentenciar las causas y pleitos de los particulares; en suma, acordar sobre todo lo político y gubernativo. A este gentío, que no cesa de renovarse, es menester darle café, pan cocido al rescoldo, arroz y á veces cabrito ú camello asado; en una palabra, es preciso tener mesa franca; siendo tanto mas importante el ser liberal, cuanto la generosidad versa principalmente sobre renglones de primera necesidad. De ahí dependen todo el crédito y el poder; pues para el Arabe hambriento la primera de las virtudes es la liberalidad que le alimenta; en cuyo juicio no van errados: la esperiencia efectivamente ha enseñado que los *jeques* avaros jamas salen de la esfera de adocenados: de aquí el proverbio arábigo tan exacto como lacónico: *puño apretado, corazon menguado*. Para ocurrir á todos esos desembolsos, no cuenta el *jeque* mas recursos que sus manadas, á veces algunas labranzas y el contingente de los robos con los derechos de peage de los caminos; medios que aun en totalidad todavía son bastante limitados. El jeque, en cuya tienda fuí á vivir á fines de 1784 en el pais de Gaza, era considerado como el mas opulento de aquellas comarcas: sin embargo su gasto no me pareció esceder ál de un labrador acomodado de los nuestros: su menage y semovientes que consistian en

algunas pieles, alfombras, armas, caballos y camellos no pueden avaluarse en mas de diez mil duros; y eso que en este cómputo las dos partidas mas gruesas son cuatro yeguas de raza, estimadas en mil doscientos pesos, y los camellos al respecto de cuarenta duros por cabeza. No deberemos pues, cuando se trate de Beduinos, tomar las palabras *príncipe* y *señor* en el sentido que ordinariamente les damos: nos acercariamos mucho mas á la realidad, comparándolos á los hacendados bien acomodados de paises montañosos, cuya seneillez observan asi en el porte y trage como en las costumbres y vida doméstica. Efectivamente, el mismo jeque que dispone de quinientos caballos, no desdeña ensillar el suyo y echarle la paja y cebada, picada con su propia mano. En la tienda, la muger es quien hace el café, amasa el pan y cuece la carne. Las hijas y parientas son las que lavan la ropa, y van con el cántaro á la cabeza y el velo en el rostro á sacar agua de la fuente: ved ahí ni mas ni menos el estado que nos pinta Homero en la Odisea y el Génesis en la historia de Abrahan. Mas debemos sin embargo confesar que con dificultad formariamos idea cabal de semejante género de vida, si no le viesemos por nuestros propios ojos.

La simplicidad, ó si se quiere, la pobreza del comun de los Beduinos guarda proporcion con la de sus caudillos. Todos los bienes de una familia estan reducidos á un escaso ajuar, cuyo inventario es poco mas ó menos del tenor siguiente: algunos camellos y camellas, cabras, gallinas, una yegua con sus arreos de montar, un toldo, una lanza de trece pies de largo,

un sable corvo, un fusil mohoso de mecha ó de llave, una pipa de fumar, un molino portátil, una olla, un cubo de cuero, una sartencilla para tostar el café, una estera, algunas mudas de ropa y una capa de lana parda; finalmente, por todas alhajas, unos cuantos anillos de vidrio ú de plata con que se atavian las mugeres las piernas y brazos. En no faltando nada de esto, ya se tiene por suntuoso el menage. De lo que carece el pobre y que con razon mas desea es la yegua: efectivamente este cuadrúpedo es el gran medio para adquirir fortuna; montado en la yegua es como sale el Beduino, bien sea á perseguir los enemigos, ó bien á merodear en las campiñas y caminos. La yegua es preferida al caballo, porque no relincha [1], porque es mas mansa, y finalmente porque da leche, que cuando se ofrece, sirve para matar la sed y aun el hambre de su dueño.

Ceñidos de este modo á lo puramente indispensable, los Beduinos tienen tan poca industria como necesidades: todas sus artes se reducen á urdir sus groseros toldos, á tejer esteras y á hacer manteca de leche. Su comercio está limitado á trocar camellos, cabritos, caballos, y los lacticinios que preparan, por armas, vestidos, algun poco de arroz ó de trigo y tambien dinero, el cual acostumbran á enterrar. Las ciencias son enteramente desconocidas entre ellos: no tienen idea alguna de astronomía, ni de geometría, ni medicina: carecen totalmente de libros, y no hay

[1] Se entiende, tan fuerte y con tanta frecuencia como el caballo. En Inglaterra he oido relinchar por su potro á las yeguas *árabes*, como á las de cualquier otra raza. *Nota del traductor.*

cosa mas rara, aun entre los jeques, que encontrar quien sepa leer. Toda su literatura está cifrada en recitar de memoria cuentos é historias por el estilo de las *Mil y una noches*. Es decidida la aficion que tienen por este género de narraciones; con ellas llenan la mayor parte de sus ratos de ocio, que son los mas del año. Por la noche se sientan en el suelo á la puerta de sus tiendas, ó bajo de cubierta, si hay frio; y allí formados en cerco de una mezquina lumbre de boñiga, la pipa en la boca y sus piernas cruzadas, se estan por un rato sumidos en el mas profundo silencio, hasta que sin mas preludio prorumpe cualquiera de los presentes con un *habia en tiempo de entonces*, y sigue contando hasta el fin las aventuras de un mozo jeque y de una jóven beduina: refiere como vió el galan la primera vez á su querida al escondite, y como quedó de ella enamorado perdido: luego procede á pintar faccion por faccion el rostro de la hermosa doncella; ya celebra sus ojos negros, grandes y apacibles como los de la gacela, encareciendo sus miradas melancólicas y apasionadas; ya admira sus cejas arqueadas cual dos arcos de ébano, y su talle derecho y flexible como una lanza; no omite ni su modo de andar tan suave como el de una yegüita, ni sus párpados ennegrecidos con el *kohl*[1], ni sus labios pinta-

[1] Es curioso que el aleman y su derivado el ingles apliquen esa misma palabra para designar el *carbon de piedra*. La voz alemana *kohle* es de una identidad notable, y aunque en la inglesa *coal* se ha alterado la ortografía por los modernos, conserva sin embargo la misma pronunciacion *coul*. *Nota del traductor.*

dos de azul, ni sus uñas manchadas de *henné*[1] (color de oro); tampoco se olvida de su garganta comparable á un par de granadas, ni de sus acentos tan dulces como la misma miel. Luego entra á relatar las cuitas del acongojado amante *que se consume en tales términos de deseos y de amor, que ya su cuerpo no arroja mas sombra*[2]. Por último despues de haber detallado las tentativas que puso en planta por ver á la amada de su corazon, y luego de referidos los obstáculos que oponian sus padres, los raptos y encantamientos de sus enemigos, el cautiverio que sobrevino á entrambos amantes y otras ocurrencias á este tenor, termina á entera satisfaccion de su auditorio, conduciéndolos unidos y dichosos á la tienda de los padres; y cada cual de los circunstantes á porfía se apresura en tributar á su elocuencia el *ma cha allah*[3] merecido. Tambien tienen sus canciones amorosas, en las cuales se advierte mas donaire y sentimiento que en las de los Turcos y los vecinos de las ciudades: lo que sin duda proviene de que

[1] Segun me informa el mayor *Heidenstan*, sueco de nacion, que ha residido nueve años en Oriente y publicado dos novelas interesantes en frances sobre sus viages, el *henné*, pronunciado *quená* por los Turcos, es una raiz que da un color rojo con que los mahometanos en general se tiñen las uñas, y las mugeres de edad las canas y aun los pies, como para acordarse por via de acto religioso de no ensuciarlos con el tocamiento de cosas inmundas. Algunos Arabes pintan tambien con ella la cola y crin de sus caballos, si las tienen blancas. *Nota del traductor.*

[2] Esta frase es muy análoga á la nuestra *ya no es ni su sombra*, que empleamos igualmente que los Arabes la suya para espresar el superlativo de la consuncion. *Nota del traductor.*

[3] Esclamacion de elogio, como si se dijera : *Bravo! muy bien, perfectamente!*

siendo de costumbres mas castas, esperimentan el verdadero amor, al paso que los otros entregados á la relajacion, no conocen mas que el placer carnal.

Considerando que la condicion de los Beduinos, especialmente en lo íntimo del desierto, se asemeja bajo tantos aspectos á la de los salvages de América, me he preguntado varias veces ¿porqué aquellos no tenian la misma ferocidad que caracteriza á estos? ¿Porqué á pesar de sufrir tan grandes escaseces, era inaudito entre ellos el uso de comer carne humana? ¿Porqué en fin sus costumbres son mas suaves y mas sociales? Yo voy á responder á estas cuestiones con las razones que me ha suministrado el analísis de los hechos.

Parecerá á primera vista que siendo la América tan rica en pastos, lagos y selvas, sus habitantes deberian tener mas facilidades para la vida pastoral que para cualquier otra. Si advertimos empero que los bosques, prestando una guarida cómoda á los animales, los sustraen de la mano del hombre, vendremos en conocimiento que el salvage ha sido compelido por la naturaleza del terreno á ser cazador y no pastor. En tal estado, todos los hábitos han concurrido á formarle un carácter violento. Su cuerpo se ha endurecido con las enormes fatigas de la caza; las hambres estremas que pasa, seguidas repentinamente de la abundancia de caza, han debido hacerle voraz: la costumbre de derramar sangre y devorar su presa, le han familiarizado con la carnicería y con el espectáculo del dolor. Si le acosa el hambre, apetece la carne con ardor, y encontrando á su alcance la de su seme-

jante, ha debido comerla, y ha podido resolverse á matarle para saciar su apetito. Hecha la primer prueba, volvióse á sentir con ganas, repitió y fue habituándose por grados; de este modo llegó á ser antropófago, sanguinario y atroz; y á su alma se comunicó al fin la insensibilidad de todos sus órganos.

¡Pero cuán diversa es la posicion del Arabe! Arrojado sobre dilatadas llanuras, desprovistas de agua y de bosques, no ha podido ser cazador ni pescador, por falta de pesca y de caza. El camello es lo que le ha determinado á abrazar la vida pastoral; y en todo su carácter encontramos los rasgos que la distinguen. Hallando á mano un alimento ligero, pero suficiente y perenne, ha contraido el hábito de la frugalidad; contento con su leche y sus dátiles, no ha deseado devorar carne ni verter sangre; y no habiéndose acostumbrado sus ojos al espectáculo de la matanza, ni sus oidos á los gritos del dolor, ha conservado un corazon humano y sensible.

Luego que este salvage pastor conoció el uso del caballo, sufrió su estado alguna modificacion. La facilidad que con eso adquiriera de recorrer dilatados espacios, le hizo vagabundo: hasta entonces habia sido ansioso por escasez, ahora se volvió ladron por codicia, y tal ha permanecido su carácter. Pillador mas bien que guerrero, el Arabe no tiene un valor sanguinario; él no lleva otro fin en atacar que el despojar; y si acaso encuentra resistencia, no cree que un mezquino botin merezca la pena de dejarse matar. Para irritarle es forzoso sacarle sangre; pero entonces se

le halla tan obstinado en vengarse, cuanto fue prudente en comprometerse.

Mucho se ha motejado á los Arabes este espíritu de rapiña; pero sin meterme á disculparlos, diré únicamente que no se atiende como se debiera, á que semejantes escesos solo se cometen contra el estrangero, que es reputado enemigo; y por consiguiente ese sistema de latrocinio está fundado en el derecho público de la mayor parte de las naciones. Por lo tocante al interior de su sociedad, reina entre ellos una buena fé, un desinteres y una generosidad que harian honor aun á los pueblos mas civilizados. ¿Qué costumbre puede haber mas noble que aquel derecho de asilo establecido en todas las tribus? Un estrangero, qué mas! un enemigo, con el mero hecho de pisar la tienda del Beduino, ya se hace inviolable su persona. Seria una infamia, un borron indeleble satisfacer aunque sea una justa venganza con detrimento de la hospitalidad. Si el Beduino ha consentido una vez en comer con su huésped el *pan y la sal,* nada en el mundo le podrá obligar á hacerle traicion: ni aun todo el poderío del sultan seria capaz de arrancar á un refugiado[1] de la tribu á que se acoge, á menos de no esterminarla totalmente. Este Beduino tan codicioso fuera de su campo, apenas pone el pie en casa, se trasforma en la criatura mas liberal y generosa que darse pueda. Por poco que po-

[1] Los Arabes distinguen entre sus huéspedes el que llaman *mostadjir*, ó *que implora proteccion*, del nombrado *matnub*, ó sea, *el que planta su tienda en la hilera de las demas*, es decir, que se avecinda entre ellos.

sea, no como quiera está siempre dispuesto á partirlo con su huésped, sino que aun tiene la delicadeza de no esperar á que se lo pidan: si se pone á comer, hace alarde de sentarse á la puerta con el fin de convidar á cuantos pasen; su generosidad es tan sincera, que no la contempla como un mérito, sino como un deber: asi es que él se toma sobre la hacienda agena el mismo derecho que da sobre la suya. Al ver el uso que de este derecho hacen los Arabes, se creeria que viven en comunidad de bienes. Sin embargo, ellos conocen la propiedad, mas no con aquel rigor que le han dado entre los pueblos agrícolas las necesidades facticias del lujo. Podrá tal vez decirse que esta moderacion es hija de la imposibilidad en que yacen de multiplicar los goces de la vida; pero si observamos que las virtudes en la mayoría del linage humano son debidas mas bien á la exigencia de las circunstancias que á otra causa cualquiera, convendremos en que los Arabes no dejan de ser acreedores á nuestra estimacion: por lo menos son muy afortunados en que la necesidad establezca entre ellos un órden de cosas que á los mas sabios legisladores ha parecido el colmo de perfeccion á que puede alcanzar la política; quiero decir, una especie de igualdad ó de aproximacion en la reparticion de los bienes y en el órden de las condiciones. Privados de una infinidad de fruiciones que la naturaleza ha prodigado en otros paises, no abundan en tantos medios de estragarse y envilecerse. No es tan fácil á los jeques crearse un partido que esclavice y empobrezca la masa de la nacion. Poseyendo

cada individuo lo bastante en sí propio, puede conservar mejor su carácter y su independencia; y de este modo la pobreza individual viene á ser á la vez causa y garantía de la libertad pública.

Esta libertad es estensiva aun á las materias de religion: pero media en este punto una diferencia notable entre los Arabes de poblado y los del desierto; pues mientras que los primeros sufren el doble yugo del despotismo civil y religioso, los últimos viven en una esencion absoluta de entrambos: verdad es que en las fronteras de los Turcos procuran los Beduinos por política guardar las apariencias musulmanas; pero en realidad son tan poco rígidos, y su devocion es tan tibia, que generalmente pasan por infieles sin ley y sin profetas. Llegan hasta el punto de declarar con toda franqueza que la religion de Mahoma no se hizo para ellos: «Porque, asi esclaman, ¿cómo hemos de hacer abluciones, si no tenemos agua? ¿cómo hemos de dar limosna, cuando no somos ricos? ¿porqué se nos exige ayunar durante el ramadan, si nosotros pasamos ayunando todo el año? ¿Y finalmente para qué habemos de ir á la Meca, cuando Dios está en todas partes?» Por lo demas cada cual piensa y obra á su modo, asi que reina entre ellos la mas completa tolerancia. Esta se halla retratada muy al vivo en una conversacion que tuvo conmigo cierto dia, uno de sus jeques nombrado *Ahmed*, hijo de *Bahir*, gefe de la tribu de los *Uahidié*. «¿Porqué, *me decia*, quieres tú volverte donde los Francos? Yo veo que á tí no te disgustan nuestras costumbres, que sabes manejar la lanza y correr un

caballo lo mismo que un Beduino; con que quédate aquí con nosotros. Te surtiremos de pellizas, te señalaremos tu tienda, te daremos una Beduina jóven y honrada y te proveeremos de una buena yegua de raza. Tú vivirás en nuestra casa...» «¿Pero no adviertes, *le contesté yo*, que habiendo nacido entre los Francos, me han educado en su religion? ¿Cómo mirarán los Arabes á un *infiel*, ó qué pensarán de un *apóstata*?...» «¿Pero no has visto tú, *me replicó él*, que los Arabes se curan muy poco del profeta y del *libro* (el Alcoran)? Cada cual de nosotros sigue los dictados de su conciencia: las acciones son para los hombres, mas la religion es para Dios.» Otro jeque, conversando conmigo en otra ocasion, inadvertidamente me dirigió la fórmula corriente entre ellos de: *escucha y ora al profeta;* y yo en vez de darle la respuesta ordinaria *he orado*, le contesté sonriéndome: *ya escucho.* Conoció entonces su distraccion, y sonrióse igualmente. Mas un Turco de Jerusalen que se hallaba presente á la sazon, tomó la cosa mas á pechos: «O jeque, *le reprende*, ¿cómo te atreves á dirigir á un infiel las palabras de los verdaderos creyentes?» *La lengua es ligera*, respondió el jeque, *aunque el corazon sea blanco* (puro); *mas de lo que yo me maravillo es de que conociendo tú las costumbres de los Arabes, ofendas de esa manera á un estraño que ha comido con nosotros el pan y la sal.* Y despues volviéndose hácia mí: «¿Todos esos pueblos del Frankestan de que me has hablado, y que no siguen la ley del profeta, son por ventura en mayor número que los musulmanes?» «Se cree, *le con-*

testé, que son cinco ó seis veces mas numerosos que ellos, aun inclusos los Arabes... » « Dios es justo, *repuso él*, todo lo pesará en su balanza[1]. »

Menester es confesarlo : hay pocas naciones civilizadas que posean, generalmente hablando, una moral tan estimable como la de los árabes Beduinos; siendo

[1] Niebuhr refiere en su *Descripcion de la Arabia*, tom. 2, pág. 208, edicion de Paris, que de treinta años á esta parte se ha introducido en el *Najd* una nueva religion, cuyos dogmas son muy análogos á las disposiciones morales de que acabo de hablar. « Los fundamentos de « esta doctrina, dice el viagero, son que Dios solo debe ser invocado « y adorado como autor de todo lo creado; que no es lícito en las « oraciones hacer mencion de profeta alguno, porque esto sabe á « idolatría; que Moises, Jesucristo, Mahoma, etc., han sido á la « verdad hombres grandes, cuyas acciones son edificantes; pero que « ningun libro ha sido inspirado por el ángel Gabriel, ni por otro « cualquiera espíritu celestial. Finalmente, que los votos hechos en « peligro inminente, no tienen mérito alguno, ni producen obligacion « de ninguna clase.

« Yo no sé, añade Niebuhr, hasta qué punto podemos atenernos « á la relacion del Beduino que me contó estas cosas. Tal vez seria ese « su modo de pensar; pues aunque los Beduinos se apellidan maho- « metanos, comunmente hacen muy poco caso de Mahoma y del Al- « coran. »

Esta insurreccion ha tenido por motores á dos Arabes que, despues de haber viajado por negocios mercantiles en la Persia y el Malabar, comenzaron á discurrir sobre la diversidad de religiones que habian visto, y dedujeron en conclusion esta tolerancia universal. Uno de ellos nombrado *Abd-el-Vaheb* se creó en el *Najd* un estado independiente desde el año de 1760 : el segundo llamado *Mekrâmi*, jeque de *Nadjerân*, abrazó las mismas opiniones, y por su acreditado valor adquirió un poderío considerable en aquellas regiones. Estos dos ejemplares me confirman mas y mas en una conjetura que habia yo formado de antemano; y es que no hay cosa mas fácil que operar una gran revolucion política y religiosa en el Asia.

de advertir que estas mismas virtudes se encuentran por lo comun en las hordas turcomanas y entre los Curdos; de suerte que parecen vinculadas á la vida pastoral. Es por otra parte muy singular que entre esta clase de hombres sea donde la religion cuenta menos formas esteriores que en ninguna otra, al punto que jamas se les han conocido sacerdotes, ni templos, ni culto regulado. Pero ya es tiempo de continuar la descripcion de los demas pueblos de la Siria, y de dirigir nuestras consideraciones sobre un sistema social totalmente distinto del que ahora dejamos, es decir, sobre el estado de los pueblos agrícolas y sedentarios.

CAPITULO V.

DE LOS PUEBLOS AGRICOLAS DE LA SIRIA.

§ I

DE LOS ANSARIE.

El primer pueblo agrícola que debemos distinguir en Siria del resto de sus habitantes, es el que llaman en el pais con el nombre plural de *Ansarié*, el cual en los mapas de Delisle está traducido por el de *Ensirianos*, y en los de Danville por el de *Nassaris*. El terreno ocu-

pado por los *Ansarié* es la cordillera de montañas que se estiende desde *Antakié,* hasta el riachuelo nombrado *Nar-el-Kebir,* ó sea *rio-Grande.* El orígen de este pueblo es un hecho histórico poco conocido, pero al mismo tiempo muy instructivo. Lo referiré tal como le trae un escritor que ha bebido en las fuentes primitivas [1].

« En el año 1202 de los Griegos (es decir 891 de « J. C.) vivia en las cercanías de Kufa, en la aldea de « *Nasar*, un anciano á quien sus reiterados ayunos, « continuas oraciones y estremada pobreza le habian « grangeado la opinion de santidad: y como muchas « gentes del pueblo se declarasen partidarios suyos, « procedió á elegir de entre ellos doce discípulos para » divulgar su doctrina: mas habiendo llegado estos « pasos á oidos del comandante del lugar, hubieron de « alarmarle, y en consecuencia mandó prender al viejo « y le hizo meter en la cárcel. En medio de este con- « tratiempo, tuvo la fortuna que su estado moviese el « corazon de una muchacha esclava del carcelero, la « cual se propuso ponerle en libertad. Muy en breve « se le presentó una ocasion favorable que no dejó des- « perdiciar. Un dia que el carcelero se habia quedado « profundamente dormido, á consecuencia de embria- « guez, acércasele la muchacha y le saca con sumo « tiento las llaves que tenia debajo de la almohada; y « asi que abrió la puerta á nuestro viejo, tornó á po- « nerlas donde las habia cogido; sin que á todas estas

[1] Assemani, *Biblioteca oriental.*

« la sintiese su amo: al dia siguiente, cuando el al-
« caide fue á visitar á su preso, se quedó tanto mas
« absorto de encontrar la pieza vacía, cuanto no se
« descubria el menor vestigio de violencia. Persuadióse
« entonces que el buen varon habia sido librado por
« un ángel, y se apresuró á correr la voz por todas
« partes, á fin de evitar de este modo la reprension
« en que tan justamente habia incurrido. El anciano
« tampoco se descuidó por su lado: contó la aventura
« en los mismos términos á sus sectarios, y desde
« luego se dedicó mas que nunca á la predicacion de su
« doctrina. A este propósito escribió tambien un libro,
« en el cual, entre otras cosas, se lee lo siguiente: *Yo*
» *fulano de tal, natural de la villa de Nasar, he visto á*
« *Jesucristo, que es la palabra de Dios, que es Ahmad*
« *hijo de Mohammad, hijo de Anafa, del linage de Alí,*
« *que es tambien Gabriel; y me ha dicho asi: tú eres el*
« *que lee (con inteligencia); tú eres el hombre que dices la*
« *verdad; tú el camello que preserva á los fieles de la có-*
« *lera; tú la bestia de carga que lleva el peso de ellos; tú*
« *eres el espíritu (santo) y Juan hijo de Zacarías. Anda,*
« *ve y predica á los hombres que al tiempo de orar hagan*
« *cuatro genuflexiones: á saber, dos antes de salir el sol,*
« *y otras dos antes de ponerse, cuidando siempre de volver*
« *el rostro á Jerusalen, y repitiendo tres veces estas pala-*
« *bras: Dios omnipotente, Dios altísimo, Dios inmensí-*
« *simo; que no guarden mas que la segunda y tercera*
« *fiesta; que solo ayunen dos dias en el año; que no se la-*
« *ven el prepucio y que no bebạn cerveza, sino vino cuanto*

« *apetezcan*[1]*; finalmente, que se abstengan de la carne de* « *los animales carnívoros.* Nuestro anciano pasó despues á « Siria, donde difundió sus opiniones entre la gente del « campo y del pueblo, entre quienes halló creyentes á « millares; y al cabo de algunos años desapareció, sin « que se haya vuelto á tener noticia de su paradero. »

Tal fue el orígen de estos *Ansarienos*, los cuales por la mayor parte eran moradores de aquellas serranías de que hemos hablado. Poco mas de un siglo despues de esta época, cuando los cruzados hacian la guerra por esos contornos, marchando de *Marrah* por el Orontes hácia el Líbano, encontraron de estos *Nasireanos* y mataron un crecido número. Guillermo de Tiro[2], que refiere el suceso, los confunde con los *Assasinos*, con quienes tal vez tuvieron algunos rasgos de semejanza. Respecto á lo que agrega que el término *Assasinos* era tan corriente entre los Francos como entre los Arabes, sin poder con todo esplicar su orígen, paréceme que el problema es de muy fácil solucion. Segun el uso vulgar de la lengua árabe, *Hassâsin*[3] significa *ladrones*

[1] Era agradecido el santo varon: no podia olvidar que debia la libertad á la embriaguez de su carcelero. Por lo demas, á pesar de lo visible que es en esos preceptos el empeño de contrariar á los del Alcoran, se nota sin embargo, que nuestro inspirado no ha podido prescindir de ellos enteramente. No hay religion ó secta en Oriente, por opuesta que sea al islamismo, en cuyas doctrinas ó prácticas no se trasluzcan síntomas del contagio musulman. *Nota del traductor.*

[2] Lib. 20, cap. 30.

[3] La raiz *Hass* con *h* mayúscula significa *matar, asesinar,* escuchar para *sorprender;* pero el compuesto *hassâs* no le hay en el vocabulario de Golio.

nocturnos, gentes que matan *en acecho:* aun hoy dia se le da esa acepcion en el Cairo y en Siria : por esta razon cuadraba bien á los *Batenianos*, que mataban alevosamente; los cruzados, que hallaron empleada la espresion en Siria á tiempo que estaba mas en voga la tal secta, debieron adoptar su uso. Lo que ellos nos cuentan del *viejo de la montaña*, es una mala traduccion de la frase *jeque-el-Djebal*, que se deberia verter en *señor de las montañas:* he ahí el motivo porqué los Arabes han designado con esta denominacion al gefe de los *Batenianos*, cuya residencia principal estaba al oriente del *Curdistan*, en los *montes* de la antigua Media.

Los *Ansarié* estan divididos, como llevo dicho, en varias pueblas ó sectas: distínguense entre ellos los *Chamsié*, ó sea *adoradores del sol;* los *Kelbié*, ó *adoradores del perro*, y los *Qadmusié*, que se asegura tributan un culto especial al órgano que en las hembras corresponde á *Priapo*[1]. Niebuhr, á quien hicieron los mismos relatos que á mí, dice que no se resolvia á creerlos, *porque no es probable que los hombres se degraden hasta ese punto:* pero semejante modo de discurrir se halla desmentido asi por la historia de todos los pueblos, la cual convence que el espíritu humano es capaz de los estravíos mas inauditos, como por el mismo estado actual de la mayor parte de las naciones y señaladamente las de Oriente. En ellas reina tal grado de ignorancia y de credulidad, que no es estraño admitan

[1] Tambien se dice que tienen sus asambleas nocturnas, en las cuales, despues de concluidas ciertas lecturas, apagan las luces, y se mezclan ambos sexos, como hacian los antiguos Gnósticos.

cuanto hay de mas absurdo. Los cultos estrambóticos de que hablamos son tanto mas creibles respecto de los *Ansarié*, cuanto parece se han conservado por una trasmision no interrumpida de los primitivos siglos en que reinaron. Los historiadores [1] observan que no obstante la vecindad de Antioquía, apenas penetró el cristianismo en estas provincias; y que aun despues del reinado de Juliano, contaba muy pocos prosélitos: desde entonces hasta la invasion de los Arabes apenas tuvo tiempo de establecerse, pues en las revoluciones que versan sobre opiniones, no siempre se encuentran las mismas ventajas en los campos que en las ciudades para su plantificacion. En estas últimas á beneficio de la continua y fácil comunicacion, se divulgan las ideas con indecible prontitud; y en breve queda decidida la suerte que les cabe, ya sea por una caida ya por un triunfo muy marcado. Los progresos que haria probablemente esta religion entre aquellos rústicos montañeses, no sirvieron mas que para trillar el camino al mahometismo, que era mas análogo á sus inclinaciones: y de los dogmas antiguos y modernos resultó una mezcla confusa, á la que debió el viejo *Nasar* todo el éxito de su empresa. Siglo y medio despues de *Nasar*, creó tambien una secta *Mohammad-el-Durzi*; pero los *Ansarienos* no quisieron admitir su dogma principal, que era la divinidad del *califa Hakem*: he aquí el motivo porqué han permanecido distintos de los Druzos, aunque por otra parte tengan varios ras-

[1] Oriens Christ., tom. 2, pág. 680.

gos de semejanza. Muchos de los *Ansarié* creen el dogma de la metempsícosis; otros rechazan el de la inmortalidad del alma; en suma, en la anarquía civil y religiosa que reina entre estos hombres, se forman ellos las opiniones que mejor les parece, siguen la secta que les place, ó no abrazan ninguna absolutamente.

Su pais está dividido en tres distritos principales que tienen á *renta* los gefes llamados *Moqaddamin*: pagan el tributo al bajá de Trípoli, quien les entrega su título anualmente. Las montañas que habitan son en lo general menos escarpadas que las del Líbano, y de consiguiente mas á propósito para el cultivo; pero por eso mismo se hallan mas espuestas á las incursiones de los Turcos: razon porqué siendo tan fértiles en granos, tabaco, viñas y olivares, estan sin embargo menos pobladas que las de sus vecinos los Maronitas y Druzos, de que vamos á tratar.

§ II.

DE LOS MARONITAS.

Entre los *Ansarié* al setentrion y los Druzos al mediodia, habita un pueblo pequeño conocido desde mucho tiempo por el nombre de *Mauâné*, ó *Maronitas*. Su orígen primitivo y la variedad que les distingue de los *Latinos*, cuya comunion siguen, han sido materias largamente discutidas por los escritores eclesiásticos;

pero lo mas averiguado é interesante en el particular puede reducirse á lo siguiente.

A fines del siglo sesto de la iglesia, cuando el espíritu eremítico estaba todavía en el fervor de la novedad, vivia á las márgenes del *Orontes* un tal *Mâroun*, que por sus ayunos, su vida solitaria y sus austeridades se atrajo la consideracion de todo el pueblo circunvecino.

Parece que en los disturbios que ya se habian suscitado entre Roma y Constantinopla, hubo de interponer su crédito en favor de los occidentales. Su muerte acaecida poco despues, lejos de resfriar á sus partidarios, dió nuevo pábulo á su celo: corrióse muy pronto la voz de que su cadáver hacia milagros; y á este rumor se congregaron gentes de *Kinesrin*, de *Auâsem* y otros parages, quienes le erigieron en *Hama* una capilla y un sepulcro; tardando poco en fundar allí un convento que adquirió grande celebridad en toda aquella parte de la Síria. Entre tanto volvieron á trabarse las contiendas entre las dos metrópolis, y todo el imperio tomaba partido en las disensiones de los sacerdotes y de los príncipes. En ese estado se hallaban las cosas, cuando á fines del siglo séptimo un monge del convento de Hama, llamado *Juan el Maronita*, logró por su superioridad en la predicacion que le considerasen como uno de los apoyos mas firmes de la causa de los *Latinos* ó *papistas*. Por este mismo tiempo sus contrarios, los partidarios del emperador, denominados por esta causa *melkitas*, es decir, *realistas*, hacian grandes progresos en el Líbano. A fin de atajar-

los con éxito, resolvieron los Latinos enviar á *Juan el Maronita;* y en consecuencia se le presentaron al agente del papa en Antioquía, quien despues de haberle consagrado obispo de *Djebail*, le mandó á predicar por aquellas regiones. No tardó Juan en reunir sus secuaces y en aumentar el número: viendo sin embargo paralizada su mision por los manejos ocultos y aun por los ataques que le hacian abiertamente los melkitas, creyó necesario repeler la fuerza con la fuerza, juntando al intento todos los Latinos y situándose con ellos en el Líbano, donde formaron una sociedad independiente asi en lo civil como en lo religioso. Esto es precisamente lo que nos indica un historiador del imperio Oriental[1] en los términos siguientes: « El año « octavo del reinado de Constantino Pogonato (676 « de J. C.), habiéndose reunido tumultuariamente los « *Mardaitas*, se apoderaron del Líbano que era el re- « fugio de vagabundos, de esclavos y de gente de to- « das clases. Allí lograron reforzarse á tal punto, que « detuvieron los progresos de los Arabes, y estrecha- « ron al califa *Moâuia* á implorar de los Griegos una « tregua de treinta años, con obligacion de pagar un « tributo de cincuenta caballos de raza, cien esclavos « y diez mil piezas de oro. »

El nombre *Mardaitas* de que se vale aquí el autor es un término *siriaco* que significa *rebelde,* y por su oposicion á *melkita* ó realista, prueba á la vez que el idioma siriaco todavía estaba vigente en aquella época, y que

[1] Cedrenus.

el cisma que desolaba el imperio era tanto civil como religioso. Por otro lado, parece que el orígen de estos dos partidos y la existencia de una insurreccion son hechos anteriores á la época citada; porque desde los principios del mahometismo (año 622 de la era vulgar) se hace mencion de varios reyezuelos particulares, de los cuales uno nombrado *Yusef* mandaba en *Djebail*; y otro llamado *Kesrú* gobernaba lo interior del pais, que por eso tomó el nombre de *Kesrauân*. Asimismo se cita despues de estos dos, otro que hizo una espedicion contra Jerusalen, y que murió de edad muy avanzada en el pueblo de *Besconta* [1], donde tenia su residencia. De forma que desde antes de Constantino Pogonato estas montañas eran asilo de los *malcontentos* ó de los *rebeldes*, que huian de la intolerancia de los emperadores y de sus agentes. Sin duda por esta razon asi como por cierta semejanza de opiniones hubieron de refugiarse allí Juan y sus discípulos: y sea por el ascendiente que se grangeáron ó por el que ya poseian, la nacion entera se apropió el nombre de *Maronitas*, que no era afrentoso como el de *Mardaitas*. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Juan estableció entre estos montañeses un sistema reglado y militar, dándoles armas y gefes, y que emplearon su libertad en combatir los enemigos comunes del imperio y de su reducido estado, en términos que muy presto se posesionaron de casi todas las serranías que van hasta Jerusalen. El cisma que se introdujo por esta

[1] En el Kesrauân.

época entre los musulmanes conspiró á facilitar sus triunfos. *Moâuia,* sublevado en Damasco contra Alí califa de Kufa, se vió obligado, á trueque de no sostener dos guerras á la vez, á firmar en 678 un tratado oneroso con los Griegos. Siete años posteriormente, le renovó Abd-el-Malek con Justiniano II, mas con la precisa condicion de que este emperador le libertase de los Maronitas. Justiniano no solo tuvo la imprudencia de venir en ello, sino que cometió la vileza de mandar asesinar á su gefe por un enviado, á quien ese hombre harto generoso habia recibido bajo los auspicios de paz. Una vez perpetrada esta maldad, empleó el agente la seduccion y la intriga con tan feliz suceso que logró sonsacar doce mil hombres del pais; quedando asi abierto el campo á los progresos de los musulmanes. Poco tiempo despues otra persecucion amenazó á los Maronitas de una ruina total: el mismo Justiniano envió tropas contra ellos al mando de Marciano y de Mauricio, que destruyeron el monasterio de Hama y pasaron á cuchillo mas de quinientos monges. De aquí fueron á trasladar la guerra hasta el Kesrauân, pero afortunadamente en estas circunstancias fue depuesto Justiniano la víspera del dia en que se iba á ejecutar de órden suya una carnicería general en Constantinopla; y entonces los Maronitas, autorizados por el sucesor del imperio, atacaron las huestes de Mauricio con tal furia, que quedaron completamente derrotados y muerto su caudillo en la refriega. Desde esa época se les pierde de vista hasta

la invasion de los cruzados, con quienes tan pronto celebraron alianzas como tuvieron diferencias : en este intervalo, que duró mas de tres centurias, perdieron gran parte de sus posesiones, y asi se vieron forzados á retirarse al Líbano dentro de los límites en que se hallan actualmente. Sin duda tambien pagaban tributos, siempre que habia gobernadores árabes ó turcomanos bastante poderosos para exigírselos. Hallábanse en ese caso con respecto al califa de Egipto *Hakem-B'amr-Ellah*, cuando por los años de 1014 cedió este la costa en que habitan á un príncipe turcomano de Alepo. Dos siglos despues, habiendo lanzado *Selah-el-din* á los europeos de estas comarcas, era menester rendirse á su poder y comprar la paz á fuerza de contribuciones. Entonces fue (es decir por los años de 1215) cuando los Maronitas se agregaron á la comunion romana, á lo cual siempre habian estado dispuestos; y asi subsisten hasta el dia de hoy. Guillermo de Tiro, que es quien refiere el hecho, observa que tenian cuarenta mil hombres de armas llevar. Su situacion bastante pacífica bajo el mando de los Mamelucos, fue perturbada por Selim II; este príncipe sin embargo ocupado en negocios mas arduos, desdeñó tomarse la pena de conquistarlos. Esta omision les hizo cobrar aliento, y de acuerdo con los Druzos y su emir el famoso *Fakr-el-din* fueron de dia en dia ganando terreno sobre los Otomanos : estos movimientos empero vinieron á tener un funesto resultado; pues habiendo Amurato III despachado contra ellos á Ibrahim, bajá del Cairo, este general los redujo á la obediencia

en 1588, y los sometió á un tributo anual que pagan todavía.

Celosos los bajaes desde ese tiempo, por estender su autoridad y sus rapiñas, han intentado varias veces introducir en las montañas de los Maronitas sus guarniciones y sus agâes; pero constantemente rechazados, se han visto en la necesidad de atenerse á la primera capitulacion. Asi pues la sujecion de los Maronitas se reduce á pagar un tributo al bajá de Trípoli, cabeza de partido de su territorio: todos los años le arrienda este á uno ó muchos *jeques* [1], es decir, á los *notables* del pais, quienes hacen la derrama por distritos y aldeas. Dicho impuesto gravita casi esclusivamente sobre las viñas y moreras, que son los principales y casi los únicos renglones de cultivo. Varia mas ó menos segun los años, ó segun la resistencia que se puede oponer al bajá. Tambien hay aduanas establecidas á orillas del mar, como las de *Djebail* y *Batrun*; pero este ramo es de muy poca consideracion.

Su forma de gobierno no está cimentada sobre pactos espresos, sino únicamente sobre usos y costumbres. Este inconveniente sin duda hubiera acarreado funestas consecuencias, á no haber sido prevenidas por varias circunstancias felices. La primera es la religion, que poniendo una barrera insuperable entre los Maronitas y los musulmanes, ha estorbado á los ambiciosos que se unan con los estrangeros para esclavi

[1] En las montañas la palabra *jeque* significa propiamente *notable*, ó *señor campestre*.

zar su nacion. La segunda es la naturaleza del terreno, que ofreciendo por donde quiera puntos de fácil defensa, ha proporcionado á cada pueblo y aun á cada familia medios de resistir con sus propias fuerzas y por consiguiente de coartar la estension de un solo poder: en fin debemos contar por tercera causa la misma impotencia de semejante sociedad, la cual rodeada desde su orígen de enemigos poderosos, no ha sido parte á contrarestarlos sino manteniendo la union entre sus miembros; union que, como nadie ignora, solo tiene cabida en tanto que los individuos se abstienen de oprimirse los unos á los otros, disfrutando recíprocamente de la seguridad de sus personas y de sus bienes. Asi es como se ha sostenido el gobierno por sí mismo en un equilibrio natural; y con sus costumbres que hacen veces de leyes, se han preservado los Maronitas hasta el dia de hoy de la opresion del despotismo y de los desórdenes de la anarquía.

La nacion podemos considerarla como dividida en dos clases; á saber, *el pueblo* y *los jeques*. Con esta palabra se da á entender los mas *notables* de entre los habitantes, á quienes la antigüedad de sus estirpes y los bienes de fortuna proporcionan un estado mas distinguido que el de la muchedumbre. Todos habitan esparcidos por las montañas, ya sea en pueblos, ya en lugarejos y hasta en casas aisladas; lo que no sucede en la llanura. La nacion entera es agrícola, y cada cual beneficia con sus manos la pequeña heredad que posee ó que tiene arrendada. Hasta los jeques viven de esta ma-

nera, sin que los distinga del pueblo otra cosa que una mala pelliza, un caballo y algunas ligeras ventajas en la comida y la habitacion: todos se mantienen frugalmente, con pocos goces, pero en cambio libres de muchas privaciones, puesto que son contados los objetos de lujo que conocen. En general la nacion es pobre, pero nadie carece de lo necesario; y si acaso se ven mendigos una que otra vez, son mas bien de las ciudades de la costa que del mismo pais. La propiedad es tan sagrada como en Europa, y no se advierten allí aquellos despojos ni avanías tan frecuentes entre los Turcos: se transita de noche y de dia por todo el pais con una seguridad desconocida en el resto del imperio. El estrangero halla entre ellos hospitalidad lo mismo que entre los Arabes; sin embargo, se nota que los Maronitas son menos generosos y aun adolecen algun tanto de cicatería. Ajustándose á los principios del cristianismo, no tienen mas que una muger, con quien suelen casarse las mas veces sin haberla visto, y siempre sin haberla tratado. Mas contra los preceptos de esa misma religion han admitido ó conservado el estilo árabe del *talion;* en cuya virtud compete al mas próximo pariente del asesinado el vengar su muerte. Por un hábito fundado en la desconfianza y en el estado político del pais, todos los individuos sin escepcion, bien sean jeques ó del comun, andan siempre armados de fusil y puñal: quizá es este un grave inconveniente; pero de aquí sacan la ventaja de no ser bisoños en el manejo de las armas, cuando llegan lances de usarlas, tales como la defensa de su territorio contra los Turcos.

Como el país no mantiene en pie tropas regladas, cada cual está obligado á marchar contra el enemigo en caso de guerra: si esta milicia estuviera bien organizada, valdria mas que muchos de los ejércitos de Europa. Segun los censos formados en estos últimos años, asciende el número de hombres de armas tomar á treinta y cinco mil. Ahora pues, arreglándonos á la proporcion ordinaria, esa cantidad supondria un total de poblacion de cerca de ciento cinco mil almas. Si á este cómputo añadimos el número de clérigos, frailes y monjas, repartidos en mas de doscientos conventos, junto con el vecindario de las ciudades marítimas, como *Djebail, Batrun,* etc., resultará la suma de ciento quince mil almas.

Si comparamos esta cantidad á la superficie del terreno, que es de cerca de ciento cincuenta leguas cuadradas, tendremos setecientos sesenta habitantes por legua cuadrada: proporcion que no deja de ser considerable, puesto que una gran parte del Líbano se compone de riscos incultivables, y que la tierra aun en los parages labrados, es rígida y poco fértil.

Por lo tocante á religion, los Maronitas dependen de Roma. El clero, reconociendo la supremacía del papa, ha continuado, como antiguamente, en elegir un prelado, que lleva el título de *Batraq* ó *Patriarca* de Antioquía. Los eclesiásticos se casan como en los primitivos siglos de la iglesia; pero sus esposas han de ser doncellas y no viudas, y en ningun caso pueden ellos pasar á segundas nupcias. Celebran la misa en lengua siriaca, aunque la mayor parte no saben palabra

de este idioma: tan solo el evangelio se lee en alta voz en arábigo, á fin de que el pueblo le entienda. Admínistrase la comunion bajo entrambas especies. La hostia es un panecillo redondo, sin levadura, del espesor de un dedo, y algo mas grande que un escudo de seis libras [1]: en la parte superior tiene un sello, que es la porcion del celebrante; el resto se corta en pedacitos, que el preste echa en el cáliz, revolviéndolos con el vino, y que distribuye á cada comulgante por medio de una cuchara que sirve para todos. Los clérigos no poseen como entre nosotros beneficios ni rentas fijas: viven tan solo de la limosna de sus misas, de las donaciones de los fieles y de su trabajo manual. Algunos ejercen oficios, otros cultivan un pequeño cortijo, y todos se ocupan en el sostenimiento de sus familias y en la edificacion de su grey. Los respetos y consideraciones de que gozan los indemnizan en cierto modo de la escasez en que viven: á cada paso estan recibiendo homenages muy lisonjeros á la vanidad: no hay quien les salude sea pobre ó rico, grande ó pequeño, que no se apresure á besarles la mano, que ellos tampoco se descuidan en ofrecer; y no pueden mirar con buenos ojos que los europeos se abstengan de una demostracion de reverencia, que tanto repugna á nuestros usos, y que nada cuesta á los naturales, acostumbrados á prodigarla desde su tierna infancia. Por lo demas, en ninguna parte de Europa se celebran los ritos de la religion con mas libertad ni publicidad que en el *Kes-*

[1] Antigua moneda francesa un sí-es-no-es mayor que el peso fuerte. *Nota del traductor.*

rauân. Cada pueblo tiene su capilla con su ministro, y en toda capilla hay campana, cosa inaudita en lo restante de Turquía. De esto blasonan los Maronitas, y para asegurarse la perpetuidad de tales franquicias, no consienten á ningun musulman avecindarse entre ellos. Asimismo se han arrogado el privilegio de llevar turbante verde, lo que fuera de su territorio costaria la vida á cualquier cristiano.

No cuenta la Italia mas obispos que esta reducida comarca de Siria, donde conservan la modestia de su estado primitivo : es muy frecuente encontrarlos en los caminos montados en sus mulas sin mas comitiva que un mero sacristan : la mayor parte viven en los conventos, donde se les ve vestidos y alimentados al igual de un simple fraile. Sus temporalidades no esceden ordinariamente de trecientos duros; y en un pais en que todo es barato, les basta tan corta suma para mantenerse y aun les sobra para procurarse comodidades. Asi como los presbíteros tambien salen ellos de la clase de los frailes : su título para la eleccion es por lo comun una preeminencia en el saber, cosa nada difícil de adquirir, respecto á que el vulgo de religiosos y de clérigos no tienen mas ciencia que la del catecismo, ni conocen mas libro que la Biblia. Debemos sin embargo advertir que estas dos clases subalternas ofrecen en su conducta y costumbres un dechado mas edificante que los obispos y el patriarca. Estos continuamente entregados á los enredos y disputas de preeminencia y de religion, no cesan de divulgar el escándalo y sembrar disenciones en el pais, so pretesto de

ejercer la correccion eclesiástica, segun se practicaba antiguamente: asi es que se escomulgan unos á otros y á sus respectivos adherentes: suspenden á los clérigos, entredichan á los monges, imponen penitencias públicas á los seglares; en una palabra, han retenido aquel espíritu embrollador y quisquilloso que fue el azote del imperio de Oriente. La corte de Roma, repetidas veces importunada de sus debates, pone el mayor conato en pacificarlos á fin de mantener en estas regiones el único asilo que allí queda á su poder. Hace algun tiempo que se vió precisada á intervenir en cierto negocio muy peregrino, cuya relacion nos podrá dar una idea del estado moral de los Maronitas.

Por los años de 1755 habia en las inmediaciones del convento de misioneros jesuitas una jóven maronita llamada *Hendié,* que á impulsos de su vida ejemplar comenzó á atraerse la atencion del pueblo. Ella ayunaba, llevaba puesto el silicio, poseia el don de lágrimas; en una palabra, teniendo los visos de una anacoreta consumada, como en los primeros tiempos de la iglesia, nada tardó en adquirir la reputacion de tal. Mirábala todo el mundo como un modelo de piedad y aun teníanla muchos en olor de santidad: de aquí á los milagros es bien corto el trecho: con efecto, muy en breve se esparció la voz de que la muchacha obraba prodigios. Para hacernos bien cargo de la impresion que causarian estos rumores, no debemos perder de vista que el estado de las luces en el Líbano es casi el mismo hoy dia que en los primitivos siglos: asi que no hubo mofadores, ni incrédulos, y ni aun siquiera *du-*

dadores. La *Hendié* supo aprovecharse de este entusiasmo para poner en planta sus proyectos; y siguiendo en apariencia las huellas de sus predecesores en la misma carrera, manifestó el deseo de ser fundadora de una nueva órden. Pero por mas vueltas que dé el corazon humano, bajo cualquier forma que disfrace sus pasiones, ellas serán siempre las mismas : asi el conquistador como el cenobita no tienen mas ahinco que saciar la ambicion de poder; y el orgullo de la preeminencia se trasluce hasta en los escesos de la humildad. La fundadora carecia de fondos para edificar el monasterio; pero ella acudió á la piedad de sus partidarios y luego llovieron las limosnas : fueron tantas que en muy pocos años pudieron levantar dos casas espaciosas construidas á cal y canto, fábrica que debió importar sobre cuarenta mil escudos [1]. El parage que llaman el *Kurket* es un cerro al N. O. de *Antura* dominando al O. sobre el mar que está muy inmediato, y registrando por el S. hasta la ensenada de *Berut*, cuatro leguas distante. Poco tardó el *Kurket* en poblarse de monges y de religiosas. El patriarca actual fue creado director general del establecimiento; los demas empleos asi principales como secundarios fueron confiados á varios sacerdotes ó candidatos que se establecieron en una de las casas. Todo prosperaba á medida del deseo: verdad es que se notaba morian muchas religiosas; pero esto se atribuia á la insalubridad del aire, y cierto era muy difícil atinar la verdadera causa. Ya habia

[1] El escudo frances vale tres pesetas. *Nota del traductor.*

cerca de veinte años que la *Hendié* reinaba en su pequeño imperio, cuando un accidente imprevisto vino á echarlo todo por tierra. Uno de los dias calurosos de estío, le cogió la noche cerca del convento á un mandadero que venia de Damasco á Berut: encontró ya cerrada la portería, y como era á deshora, no quiso incomodar á nadie; contentándose pues de tener por cama un monton de paja, se acostó en el patio de afuera á esperar el dia. Ya habia largo rato que dormia, cuando vino á despertarle un ruido clandestino de puertas y cerrojos. De una de estas puertas salian tres mugeres con palas y azadones en la mano; iban seguidas de dos hombres que llevaban á cuestas un lio blanco abultado y al parecer muy pesado. Encaminóse la comitiva hácia un terreno inmediato obstruido de piedras y de escombros; y al llegar allí, soltaron el fardo los cargadores, abrieron un hoyo, donde le metieron, cubriéndole con tierra bien pisada; y concluida la maniobra, se volvieron á entrar con las mugeres que iban detras. Hombres juntos con religiosas, una salida nocturna y misteriosa, un bulto depositado en un foso secreto, eran cosas para dar en qué pensar á nuestro viajante. Absorto al principio, permanecia en profundo silencio, pero muy presto las reflexiones que le asaltaban, comenzaron á llenarle de inquietud y espanto: asi pues, sin aguardar á que amaneciese, partió en vuelta de su destino. Conocia en la ciudad á un mercader, que pocos meses antes habia puesto á sus dos hijas en el monasterio de *Kurket* con un dote de dos mil pesos. Marchó á verle nuestro mandadero, va-

cilando todavía si contaria su aventura y al mismo tiempo impaciente por referirla. Sentáronse pues, como de costumbre, con sus piernas cruzadas, encendieron su larga pipa y tomaron su taza de café. Desde luego empieza el mercader á preguntar sobre el viage, y nuestro hombre responde que habia pernoctado junto al *Kurket*. Ruéganle entonces los demas que entre en particulares: hácelo asi, y al fin se declara diciendo al oido al amo de la casa cuanto habia pasado por su vista. Las primeras palabras le dejan atónito : el lio sepultado en tierra le pone en cuidado; presto vino la reflexion á aumentar su desasosiego. Sabe por un lado que una de sus hijas está enferma; repara por otro que fallecen muchas religiosas. Tan amargos recelos atormentan su corazon : no se atreve á admitir por ciertas unas sospechas harto graves, pero tampoco puede desecharlas : en tal conflicto monta á caballo acompañado de un amigo; vuelan juntos al convento, llegan y manifiestan su deseo de ver á las dos novicias : contéstanles las porteras que estan enfermas. Pero el mercader no se conforma, quiere que sin demora se las pongan delante; se le rehusa con malos modos; porfía, se obstinan ellas; ahora sí que las sospechas se convierten en certidumbre. Sale de allí desesperado, corriendo á buscar á toda prisa en *Dair-el-Qamar* á *Saad*, kiaya [1] del príncipe *Yusef*, comandante de la montaña. Refiérele el caso minuciosamente : queda el kiaya pasmado de lo que oye; y sobre la marcha le da gente de á caballo y

[1] Nombre que se da á los ministros de los príncipes menores.

la órden de abrir el monasterio de grado ó por fuerza. Agrégase el cadí al mercader y ya toma el negocio un aparato judicial. La primera diligencia en llegando fue escavar la tierra, y hallaron que el bulto depositado era un cadáver, en quien el desventurado padre reconoce al instante su hija menor: allanan sin demora el convento y encontraron la otra en una prision y cerca de espirar. Reveló la exánime abominaciones que hacian estremecer, y á las que iba á ser inmolada lo mismo que su hermana. Aprendióse desde luego á la santa, la que sostuvo su papel con entereza; y en cuanto á los clérigos y el patriarca, fueron demandados en juicio. Los enemigos de este último se aprovecharon de la coyuntura para perderle y disfrutar de sus espolios, obteniendo al fin que fuese suspenso y depuesto. La causa pasó á Roma en 1776, y del informe de la *Propaganda* resultaron descubiertas infamias escandalosas de libertinage y horrores inauditos de crueldad. Consta de lo actuado que la *Hendié* hacia perecer las religiosas, ó por lucrar con sus despojos, ó porque se negaban á obedecer sus caprichos. Asimismo se ha probado que esta muger no solamente comulgaba, sino que consagraba y decia misa; que habia abierto debajo de su cama unos conductos por los cuales se introducian perfumes, siempre que trataba de figurar los éstasis y las visitas del Espíritu-Santo. Consta finalmente que tenia á su devocion un bando para apoyar sus planes y publicar que ella era la madre de Dios que habia vuelto al mundo, y otros mil despropósitos á ese tenor. Pero ¿quién lo pensara? A despecho de la evidencia y

de la vindicta pública, la monja ha conservado un partido bastante poderoso para oponerse al rigor del tratamiento que tan justamente merecia : la han encerrado en diversos conventos, de donde se ha evadido repetidas veces. En 1783 se hallaba en el de la Visitacion de Antura, y el hermano del emir de los Druzos tenia el mayor empeño en libertarla. Gran número de personas creen todavía en su virtud, y á no haber sido la casualidad del caminante, tambien la creerian sus actuales enemigos. ¿Qué deberemos pensar de esas reputaciones de santidad, cuando las hay que penden de tales resortes?

En el corto espacio que abraza el pais de los Maronitas se cuentan mas de doscientos conventos de hombres y mugeres. La regla de su observancia es la de san Antonio Abad, que guardan con un rigorismo que nos hace recordar los siglos pasados. El hábito de los monges es de una estofa de lana burda y parduzca, muy parecida en su corte al sayal de los capuchinos. Comen lo mismo que la gente del pueblo, menos carne que jamas la prueban. Ayunan con mucha frecuencia, y tienen largas horas de rezo asi de noche como de dia : el resto del tiempo le invierten en cultivar la tierra y en romper cantos con que levantar el muro que calza los terraplenes, para sostener las posturas de viñas y moreras. Cada convento tiene un hermano zapatero, otro sastre, uno tejedor, otro panadero, en suma un oficial de aquellas artes mas necesarias : regularmente se halla un convento de monjas al lado de otro de frailes ; y no obstante, por rareza

se oye hablar de escándalos. Estas mugeres llevan tambien una vida muy laboriosa, y esa actividad es sin duda quien las precave del hastío y de los desórdenes consiguientes á la ociosidad: asi es que lejos de haber dañado á la poblacion estos establecimientos, puede decirse al contrario que han contribuido á acrecentarla, multiplicando los productos por medio del cultivo en una proporcion superior al consumo. La casa principal de frailes maronitas es la que llaman *Qozhaié*, seis horas de camino al oriente de Trípoli. Aquí es donde se exorcisma á los endemoniados como en los primitivos siglos de la iglesia. Todavía los hay por estos contornos: no hace muchos años que nuestros negociantes de Trípoli vieron uno, que ejercitó la paciencia y el saber de los religiosos. A este hombre sano en apariencia, le acometian súbitamente tales convulsiones, que le ponian en un furor, á veces sordo y á veces estrepitoso. Rasgaba, mordia, arrojaba espuma por la boca y siempre con la tema: *el sol es mi madre, déjenme adorarla*. Inundáronle de abluciones, atormentáronle con ayunos y oraciones, hasta que por fin dicen se consiguió ahuyentar el diablo; mas segun lo que cuentan testigos ilustrados, parece que los pretendidos endiablados no son otra cosa que unos hombres tocados de locura, manía ó epilepsia; siendo muy de notar que con el mismo vocablo arábigo se designa á la vez *epilepsia* y *obsesion* [1].

La corte de Roma, prohijando á los Maronitas, les

[1] *Kabal y Kabat*. Esta *k* se pronuncia como jota española.

ha franqueado un hospicio en esa capital, adonde pueden enviar varios jóvenes á ser educados gratuitamente. Era de creer que por este medio se hubieran introducido en el pueblo maronita las ideas y artes europeas: pero los alumnos de esta escuela, sujetos á una educacion puramente monástica, no traen á su patria mas adquisicion que el idioma italiano que les viene á ser inútil, y una erudicion teológica que á nada conduce: asi es que no tardan en volverse á quedar como al principio. Tampoco han producido revolucion alguna en las luces los tres ó cuatro misioneros que mantienen en Gazir los capuchinos de Francia. Su ocupacion se reduce á predicar en su iglesia, instruir á los niños en el catecismo, la *Imitacion de Cristo* por Kempis, los salmos de David, y enseñarles á leer y escribir. Anteriormente tenian los jesuitas dos de ellos en su casa de Antura, pero han sido reemplazados por los lazaristas, quienes continuan en la mision. La ventaja mas sólida que ha resultado de estos trabajos apostólicos, es que el arte de la escritura se haya generalizado mas entre los Maronitas; por cuya preeminencia han logrado ser en estas comarcas lo que los Coptos en Egipto, es decir, que se han apoderado de todas las plazas de escribanos, intendentes y kiayas entre los Turcos, y mas particularmente entre los Druzos, aliados y vecinos suyos.

§ III.

DE LOS DRUZOS.

Los *Druzos* ó *Deruz*, cuyo nombre hizo algun ruido en Europa á fines del siglo diez y seis, son un pueblo poco numeroso que se asemeja infinito á los Maronitas en cuanto al género de vida, forma de gobierno, idioma, usos y costumbres. Tan solo la religion constituye su principal diferencia. Por mucho tiempo fue un enigma la de los Druzos; pero al fin se ha descorrido el velo y estamos ya en disposicion de dar una noticia de ella bastante circunstanciada, asi como de su orígen, con el cual está íntimamente enlazada. Para comprender bien su historia, será conveniente remontar á las fuentes primitivas.

Veintitres años despues de la muerte de Mahoma, las desavenencias entre su yerno *Alí* y *Moauia*, gobernador de Siria, hubieron de causar en el imperio árabe un cisma religioso que aun subsiste hoy dia; pero bien examinado, la tal separacion versaba solamente acerca de la potestad; y los musulmanes, aunque divididos en sus pareceres respecto á los representantes del profeta, estaban de acuerdo en los dogmas[1]. Hasta el siglo subsecuente no se introdujo entre los Arabes aquel es-

[1] La causa radical de toda esta gran contienda fue la aversion que *Aicha*, muger de Mahoma, habia concebido contra *Alí*, motivada, segun dicen, por haber revelado este una infidelidad suya al profeta: jamas pudo ella perdonarle la indiscrecion; y despues de haber logrado con sus manejos ocultos escluirle tres veces del califato, vien-

píritu de discusion y controversia suscitado por la lectura de los libros griegos, y hasta entonces tan ageno de su ignorancia. Los resultados fueron cual debia esperarse: discurriendo sobre materias que no estaban sujetas á ninguna especie de demostracion, y sin mas norte que los principios abstractos de una lógica ininteligible, se dividieron en una multitud de opiniones y de sectas. Por el mismo tiempo cayó el poder civil en la anarquía, y la religion que se vale de él para conservar su unidad, siguió la misma suerte: entonces acaeció á los musulmanes lo que ya habian sufrido los cristianos. Los pueblos que habian adoptado el sistema de Mahometo, le ingertaron sus propias preocupaciones;

do que á la cuarta se lo llevaba á su pesar, juró perderle á todo trance. Al intento sublevó contra él varios gefes de los Arabes, entre otros á *Amrú*, gobernador de Egipto, y á *Moauia* que lo era de Siria. Este último se hizo proclamar *califa* ó *sucesor* en la ciudad de Damasco. *Alí* entonces, para despojarle de la dignidad, le declaró la guerra; mas con su conducta negligente echó á perder todos sus negocios. Despues de varias hostilidades en que quedaron contrapesadas las ventajas, pereció por fin en Kufa á manos de un *asesino* ó *bateniano*. Reemplazáronle sus partidarios eligiendo á su hijo *Kosain*, pero este jóven poco á propósito para unas circunstancias tan espinosas como en las que se hallaba, fue muerto en un reencuentro por los sectarios de *Moauia*. Semejante ocurrencia acabó de exasperar los ánimos y de hacer irreconciliables á las dos facciones. El rencor que se profesaban fue uno de los motivos de no estar mas de acuerdo acerca de los comentarios del *Alcoran*. Gozábanse los doctores de ambos partidos en contradecirse á porfía: resultando de aquí la division de los musulmanes en dos sectas que se tratan recíprocamente de heréticas. Los Turcos siguen la que considera á *Omar* y á *Moauia* como legítimos sucesores del profeta. Los Persas al contrario abrazaron el partido de *Alí*.

y he aquí como antiguas ideas supersticiosas que estaban difundidas por el Asia, son reproducidas bajo nuevas formas: vióse renacer entre los musulmanes el dogma de la metempsicosis, las trasmigraciones y los dos *principios* del bien y del mal, como igualmente la resurreccion al cabo de seis mil años, segun habia enseñado Zoroastro; y en el desórden político y religioso del estado, cada inspirado se volvió apóstol, y cada apóstol se erigió en gefe de secta. Contábanse mas de sesenta famosas por el número de sus partidarios; difiriendo todas en ciertos puntos dogmáticos, é inculpándose recíprocamente de heregía y errores. A esta altura habian llegado las cosas, cuando á principios del siglo XI, fue el Egipto teatro de una de las escenas mas peregrinas que en su género ofrezca la historia. Escuchemos á los escritores originales[1]. « El año 386 « de la egira (996 de J. C.), dice *El-Makin*, subió al « trono de Egipto á la edad de once años el tercer ca« lifa de la estirpe de los Fatmitas, llamado *Hakem-« b'amr-ellah*. Este príncipe fue uno de los mas estra« vagantes de que hagan memoria las crónicas de los « reyes. Primero hizo maldecir públicamente en las « mezquitas á los primitivos califas, compañeros de « Mahoma; y luego revocó el anatema: obligó á los « cristianos y judíos á abjurar su creencia; y despues « les permitió volver á ella. Prohibió se hiciesen cal« zados á las mugeres, á fin de impedirles que salie« ran de casa. Por esparcir el ánimo mandó quemar

[1] El-Makin, lib. 1, *Hist. Arab.*

« la mitad del Cairo, mientras que sus soldados pilla-« ban la otra mitad. No contento con estos furores, « vedó la peregrinacion á la Meca, el ayuno y las cinco « horas de rezo; por fin llevó la locura hasta el es-« tremo de querer pasar por Dios vivo. Deseando ave-« riguar el número de individuos que le reconocian « por tal, mandó formar una lista de ellos, y resultó « ascender á diez y seis mil: la idea de su divinidad fue « apoyada por un falso profeta, recien llegado de Per-« sia á Egipto. Este impostor, nombrado *Mohammad-« ben-Ismael*, enseñaba que no era meritorio practicar « el ayuno ni la oracion, la circuncision, la peregri-« nacion, ni guardar las fiestas; que eran absurdas las « prohibiciones de comer carne de puerco y beber « vino; que era lícito el matrimonio de hermanos con « hermanas y de padres con hijas. A fin de congra-« ciarse con *Hakem*, sostuvo que este califa era el « mismo Dios encarnado; y en vez de llamarle por su « nombre *Hakem-b'amr-ellah*, que significa *gobernante « por órden divina*, le apellidó *Hakem-b'amr-eh*, ó sea « *gobernante por su propio mandato*. Desgraciadamente « para el profeta no estuvo en mano de su nuevo Dios « librarle del encono de sus enemigos: arrastráronle « en una asonada á los mismos pies del califa, el que « fue tambien asesinado poco despues en el monte « *Moqqattam*, donde decia que llevaba comercio con « los ángeles del cielo. »

La muerte de estos dos caudillos no pudo detener los progresos de sus opiniones: un discípulo de Mohammad-ben-Ismael, llamado *Hamz-ben-Ahmad*, las

difundió con celo infatigable por todo el Egipto, la Palestina y la costa de Siria hasta Sidon y Béryta. Parece que sus prosélitos tuvieron la misma suerte que los Maronitas; esto es, que perseguidos por la comunion dominante, hubieron de refugiarse en las montañas del Líbano, donde con mas facilidad podian defenderse: lo cierto es que despues de dicha época los encontramos establecidos y constituyendo una sociedad independiente como sus vecinos. Creeríase á primera vista que la diferencia de cultos los hubiera hecho enemigos declarados; pero el interes urgente de su comun seguridad les obligó á tolerarse mutuamente; y desde entonces se nos manifiestan siempre reunidos, ya contra los cruzados, ya contra los sultanes de Alepo, ya contra los Mamelucos y Otomanos. La conquista de Siria por estos últimos no cambió en lo mas leve su estado primitivo. Selim I, que á su vuelta de Egipto nada menos proyectaba que la conquista de la Europa, no se dignó detenerse ante las rocas del Líbano. Soliman II, su sucesor, ocupado de continuo en guerras muy importantes, ora con los caballeros de Rhodas, con los Persas y el Yémen, ora contra los Húngaros, los Alemanes y Cárlos V, Soliman II tampoco tuvo lugar de acordarse de los Druzos. Estas repetidas distracciones contribuyeron á alentarlos sobremanera; y no satisfechos con su independencia, bajaban muchas veces de las montañas á saquear á los vasallos de los Turcos. En vano intentaron los bajaes reprimir estas incursiones; sus tropas fueron siempre batidas ó rechazadas. Asi estuvieron

hasta el año de 1588, en que Amurato III, cansado de las reiteradas quejas que le llevaban, resolvió enfrenar á los rebeldes á cualquier costa, y tuvo la dicha de lograrlo. Mandó desde el Cairo á su general Ibrahim-bajá que fuese á atacar á los Druzos y Maronitas, y efectuólo con tal maestría y vigor que consiguió forzarlos dentro de sus montañas. Sobrevino luego la discordia á malquistar los gefes entre sí, y él supo aprovechar la coyuntura para exigir una contribucion de mas de un millon de piastras (medio millon de duros) y para imponerles un tributo, que subsiste hasta el presente.

Parece que esta espedicion hizo época aun en la constitucion de los Druzos. Hasta entonces habian vivido en una especie de anarquía, bajo el mando de diversos *jeques* ó *señores*. Estaba la nacion principalmente dividida en dos facciones, como sucede en todos los pueblos árabes, y que denominan partido *Qaïsí* y partido *Yamaní*[1]. Con la mira de simplificar la administracion, dispuso *Ibrahim* que solo hubiese un gefe responsable del tributo y encargado de la policía. No tardó este agente en adquirir una gran preponderancia, hija de la naturaleza de su empleo; y bajo el nombre de gobernador, casi vino á ser el verdadero rey de la nacion: mas como semejante empleado saliese del seno de la misma república, dimanó de aquí un escollo que no habian previsto los Turcos, y en que estuvieron á pique de naufragar. Efectivamente, concentrando en sus manos todos los poderes,

[1] Estas facciones se distinguen por el color de sus banderas: la de los *Qaïsís* es roja; y la de los *Yamanís* blanca.

se halló el gobernador en disposicion de dar á sus fuerzas un giro unánime, que hizo mucho mas enérgico el impulso. Como era natural, hubo de dirigirlas contra los Turcos; porque los Druzos, no por estar avasallados, dejaron de ser sus enemigos. Unicamente se vieron precisados en sus ataques á valerse de rodeos, para salvar las apariencias, haciendo una guerra sorda tal vez mas asoladora que una guerra declarada.

Entonces fue, á principios del siglo diez y siete, cuando el poder de los Druzos adquirió su mayor ensanche: obra de las luces y ambicion del famoso emir *Fakr-el-din*, llamado vulgarmente *Fakar-din*. Apenas se vió este príncipe gefe y gobernador de la nacion, puso todo su conato no solamente en disminuir la influencia de los Otomanos, sino hasta engrandecerse con menoscabo suyo; y manejó las cosas con un arte de que hay pocos ejemplos entre los comandantes de Turquía. Procuró captarse desde luego la confianza de la Puerta con las mas vivas demostraciones de rendimiento y de fidelidad. Por entonces infestaban los Arabes el llano de *Balbek* y los campos de *Tiro* y *Acre*; hízoles la guerra, libró á los habitantes de ese azote, y preparó asi los ánimos á que anhelasen por su gobierno. El puerto de *Berut* venia de molde á sus proyectos: proporcionábale comunicacion con los estrangeros y señaladamente con los Venecianos, enemigos acérrimos de los Turcos. Al efecto prevalióse *Fakr-el-din* de las malversaciones del agá y consiguió espulsarle; no paró ahí: supo ameritar para con el divan este acto de hostilidad, pagándole un tributo mas cre-

cido. Igual conducta observó respecto de *Saida*, *Balbek* y *Tiro;* hasta que por último, en el año de 1613, se vió dueño absoluto del territorio comprendido entre estos paises y *Adjalun* y *Safad.* No podian los bajaes de Damasco y de Trípoli mirar con indiferencia tan reiteradas usurpaciones. Ora las resistian á viva fuerza sin poder cortar el vuelo á *Fakr-el-din;* ora intentaban con secretas maquinaciones desacreditarle y perderle en la Puerta: pero el emir, que tampoco se descuidaba en mantener allí sus espías y protectores, siempre lograba eludir los tiros que se le asestaban. Al fin empero llegó el divan á sobrecogerse de los progresos de los Druzos, y trató desde luego de aprestar una espedicion capaz de aniquilarlos completamente. Entre tanto, bien fuese política, bien miedo de su parte, lo cierto es que *Fakr-el-din* no tuvo por conveniente aguardar la borrasca que le amenazaba. Mantenia relaciones en Italia que eran el áncora de sus esperanzas: resolvió pues ir en persona á instar por los ausilios que se le prometian, persuadido de que su presencia reanimaria el celo de sus amigos, al paso que su ausencia calmaria la cólera de sus enemigos: asi que despues de entregadas las riendas del gobierno á su hijo Alí, dió la vela en *Berut*, y arribado á las playas de Toscana, marchó presuroso á Florencia, corte de los Médicis. La llegada de un príncipe de Oriente á Italia no pudo menos de despertar la atencion pública: preguntábanse todos á qué nacion pertenecia; y de aquí dimanó que se pusiesen á indagar el orígen de los *Druzos*. Cotejados los hechos históricos y los carac-

téres de religion, parecieron tan equívocos, que no era dable decidir si serian musulmanes ó cristianos. Trajéronse las cruzadas á colacion, y se supuso que un pueblo refugiado en las montañas y enemigo de los naturales, por fuerza debia ser progenie de los cruzados. Era demasiado favorable esta preocupacion á *Fakr-el-din* para que tratase de desacreditarla; antes al contrario tuvo la sagaz ocurrencia de reclamar pretendidas alianzas con la casa de *Lorena*: fue apoyado en todas sus instancias por los misioneros y comerciantes que se prometian respectivamente un nuevo teatro para sus conversiones y especulaciones. Mientras anda valida una opinion, se le buscan pruebas á porfía. Impresionados los doctos en *orígenes* con la semejanza de los nombres, querian que *Druzos* y *Dreux*[1] fueran una misma cosa; y sobre este cimiento levantaron una pretendida colonia de cruzados franceses, que bajo el mando de un tal conde de *Dreux*, hubo de establecerse en el Líbano. La observacion hecha posteriormente de que Benjamin de Tudela cita el nombre *Druzos* mucho antes de las cruzadas, ha echado por tierra esa hipótesis. Pero un dato que debió haberla destruido desde su principio es el idioma que usan los Druzos. Si ellos fuesen descendientes de los Francos, habrian conservado á lo menos algunas reliquias de nuestras lenguas; pues mal puede perder la suya una comunidad retirada en una comarca, donde vive aisladamente. Mas los Druzos hablan un

[1] La analogía no es tan perceptible en castellano, por ser frances el nombre *Dreux*: nosotros diriamos *Drosos*. *Nota del traductor.*

árabe muy castizo, y en el que no se tropieza con una sola palabra de orígen europeo. Habia largo tiempo que la verdadera etimología del nombre de este pueblo andaba en manos de todos, sin que nadie hubiese caido en la cuenta. Derívase del mismo fundador de la secta que se apellidaba *el-Dorzi*, y no *el-Darari*, como lo traen nuestros impresos. La confusion de estas dos voces tan diversas en nuestra escritura, pende de las dos letras arábigas *r* y *z*, que no difieren sino en que la *z* lleva encima una tilde, que muy frecuentemente se ha omitido ó borrado en los manuscritos [1].

Despues de nueve años de permanencia en *Italia*, volvió *Fakr-el-din* á su patria á recobrar las riendas del gobierno. Durante su ausencia habia su *hijo* Alí rechazado á los Turcos, aquietado los ánimos y mantenido los negocios en muy buen órden. Restaba solamente al emir para coronar su obra, emplear las luces que habia adquirido en sus viages, á fin de mejorar la administracion interior y promover el bienestar y felicidad de su nacion; pero lejos de consagrarse á la útil cuanto espinosa práctica del gobierno, se entregó totalmente á aquellas artes frívolas y dispendiosas, á que habia cobrado aficion en Italia. Construyó por todas partes magníficas casas de recreo, donde quiera baños y jardines; y arrostrando las

[1] Débese este descubrimiento á un tal Miguel, dragoman y baratista de Francia en Saida su patria: es autor de una *Memoria acerca de los Druzos*, cuyos dos únicos ejemplares regaló él mismo, uno al caballero de *Taulès*, cónsul en Saida, y el otro al baron de Tott, cuando pasó por allí en 1777 á inspeccionar esa escala.

preocupaciones del pais, osó adornarlas con pinturas y esculturas proscritas por el Alcoran. Poco tardaron en manifestarse los resultados de tan indiscreto manejo. Indispusiéronse los Druzos, cuyo tributo continuaba como en tiempo de guerra; revivió la faccion de los *Yamanis*; comenzó á murmurarse de los gastos exhorbitantes del príncipe; y el fausto que ostentaba encendió nuevamente la envidia de los bajaes. Quisieron estos aumentar las contribuciones, y volvieron á romperse las hostilidades. Rechazólos *Fakr-el-din*, y ellos tomaron ocasion de su resistencia para hacerle odioso y suspecto con el sultan mismo. Ofendióse el violento Amurato de que un vasallo se atreviese á entrar en parangon con su señor, y juró su ruina á cualquier costa. Despachó en consecuencia una órden al bajá de Damasco para que marchase con todas sus fuerzas contra Berut, residencia ordinaria de *Fakr-el-din*. Aprestáronse por otro lado cuarenta galeras que debian bloquear el puerto para interceptarle todo género de ausilio. El emir, qne confiaba en su fortuna y en un socorro que esperaba de Italia, resolvió hacer frente á esta nueva tormenta. Al intento encargó á su hijo Alí el cuidado de contener el ejército turco; y osó efectivamente luchar contra él, á pesar de la grande desproporcion en fuerzas: mas despues de haberles ganado dos batallas, fue muerto en la tercera accion; con cuyo motivo cambiaron las cosas de aspecto, y tornaron á su antigua decadencia. *Fakr-el-din* entonces, acobardado con la pérdida de sus tropas, afligido por la muerte del hijo y enervado por

la edad y por una vida voluptuosa, *Fakr-el-din* perdió el consejo y el valor. Ya no veia mas recurso de salvacion que en la paz: á este fin comisionó á su hijo segundo á solicitarla á bordo del almirante turco, procurando seducirle con dádivas; pero el almirante reteniendo los presentes y el enviado, declaró que no se contentaba sino con la persona del mismo príncipe. Al saber la noticia *Fakr-el-din*, fugó despavorido; y los Turcos con el campo por suyo, marcharon en su seguimiento: refugióse en el lugar escarpado de *Niha*, y al punto le cercaron allí. Desengañados los sitiadores con un año de asedio de la inutilidad de sus esfuerzos, hubieron de dejarle libre; mas muy en breve los mismos compañeros de adversidad, aburridos ya de sus desgracias, le vendieron traidoramente á los Turcos. Aun en manos de sus enemigos, concibió *Fakr-el-din* esperanzas de perdon, y se dejó conducir á Constantinopla. Ufano Amurato de ver á sus plantas un príncipe tan célebre, le mostró al principio aquella benevolencia que inspira el orgullo de la superioridad; pero volviendo luego al sentimiento mas durable de la envidia, se rindió á las instigaciones de sus cortesanos; y en un acceso de su humor violento, le mandó sufocar, como se ejecutó por los años de 1632.

Despues de la muerte de *Fakr-el-din* continuó su descendencia en posesion del mando, pero siempre con el beneplácito y bajo la supremacía de los Turcos. Habiendo llegado á faltar la línea de varon en la familia, fue deferida la autoridad por eleccion de los *jeques* á la casa de *Chehab*, que aun reina actualmente. El

único emir de este linage, digno de recordarse, es el llamado *Melhem*, que reinó desde 1740 hasta 1759. En este intervalo logró con su esmero reponer las pérdidas que habian padecido los Druzos en lo interior, y recobrar en lo esterior aquella consideracion de que habian decaido á consecuencia del reves de *Fakr-el-din*. En sus últimos años (hácia 1745) llegó *Melhem* á disgustarse de los cuidados del gobierno, y abdicó para retirarse á vivir en paz á una soledad religiosa, á manera de los *Oqqals*[1]. Mas los movimientos que sobrevinieron, le llamaron otra vez á los negocios, á cuya cabeza estuvo hasta 1759, en que falleció, generalmente sentido. Dejó tres hijos en la infancia: segun costumbre del pais debia suceder el primogénito nombrado *Yusef*; pero como no contaba mas de once años, recayó el mando en su tio *Mansur*, á virtud de una disposicion, bastante general en el derecho público del Asia, que exige que los pueblos sean regidos por hombres ya entrados en edad de razon. No era ciertamente un príncipe tan tierno á propósito para sostener sus pretensiones; mas un Maronita llamado *Sad-el-Kuri*, á quien *Melhem* habia confiado su educacion, se tomó sobre sí aquel cuidado. Aspirando á que su pupilo fuese un príncipe opulento, para ser él un visir poderoso, se esforzaba con todas veras en labrarle su fortuna. Desde luego se retiró con él á *Djebail* en Kesrauan, donde poseia el emir *Yusef* haciendas dilatadas; y allí se propuso atraerse á los Maronitas, apro-

[1] Especie de anacoretas turcos. *Nota del traductor.*

vechando cuantas ocasiones se ofrecian de servir así á los particulares como á la nacion. Las cuantiosas rentas de su pupilo con lo moderado de sus gastos ponian á disposicion suya los medios mas eficaces de realizar sus miras. Hallábase el remate del arrendamiento del *Kesrauan* dividido entre varios jeques, de quienes no estaban muy satisfechos: valióse *Sad* de esta ocasion, negoció con el bajá de Trípoli y quedó por único rematador. Desde muchos años cometian los *Motuâlis* del valle de Balbek usurpaciones de terreno en el Líbano, y se asustaban los Maronitas con la vecindad de esos musulmanes intolerantes. Compró *Sad* al bajá de Damasco el permiso de hacerles la guerra, y los espulsó en el año de 1763. Estaban los Druzos constantemente divididos en dos facciones[1]: *Sad* supo enlazar sus intereses con la que contrariaba á *Mansur*, y preparó sordamente la trama en que habia de caer el tio para elevar al sobrino.

Por este mismo tiempo el árabe Dâher, señor de la Galilea y residente en Acre, inquietaba á la Puerta con sus progresos y pretensiones: á fin de oponerles un dique poderoso, acababa ella de reunir los bajalatos de Damasco, Saida y Trípoli en manos de Osman y de sus hijos; y se veian claro sus intenciones de hacer la guerra abierta é inmediatamente. Temiendo *Mansur* á los Turcos, y no atreviéndose por lo tanto á insultarlos, usó de la política ordinaria en semejantes casos: fingió servirles, á tiempo que favorecia al enemigo. Fue

[1] Los partidos *Qaisí* y *Yamaní*, que en el dia llevan el nombre de las dos familias que estan á su cabeza, los *Djambelats* y los *Lesbecks*.

esto para *Sad* un motivo de seguir el rumbo contrario: apoyóse en los Turcos para contrarestar la faccion de *Mansur*, maniobrando con tal maña ó felicidad que hizo deponer á aquel emir en 1770, y colocar á Yusef en su lugar. El siguiente año estalló la guerra de Alí-bey contra Damasco. Llamado Yusef por los Turcos, tomó parte con ellos; mas sin embargo de su crédito, no consiguió que los Druzos saliesen de sus montañas para ir á engrosar el ejército otomano. Prescindiendo de la aversion que han tenido en todos tiempos á combatir fuera de su pais; en la presente ocasion estaban harto divididos en lo interior, para poder abandonar sus hogares: y cierto que por esta vez tuvieron motivos de alabarse de su renuencia. Dióse la batalla de Damasco, en la que, como hemos visto, quedaron los Turcos completamente derrotados. No creyéndose seguro el bajá de Saida en su propia capital corrió á refugiarse á la misma casa del emir Yusef. Las circunstancias no eran favorables; pero la fuga de Mohammad-bey cambió el aspecto de las cosas. Contando el emir por muerto á Alí-bey, y no creyendo que Dâher estuviese bastante reforzado para sostener la contienda, se declaró contra él abiertamente. Estaba Saida amenazada de un sitio; y envió luego un destacamento de mil quinientos hombres de su faccion para guarecerla: despues en persona determinando á los Druzos y Maronitas á que le siguiesen, bajó con veinticinco mil paisanos al valle de *Beqâá*; y en la ausencia de los *Motuâlis* que servian con Dâher, todo quedó arrasado á sangre y fuego desde Balbek hasta Tiro. Mientras los

Druzos, envanecidos con su hazaña, marchaban en desórden hácia esta última ciudad, quinientos *Motuâlis*, informados de lo que pasaba, acudieron de Acre inflamados de furor y despecho, y cayeron con tanta violencia sobre este ejército que lograron la mas completa derrota : fue tal la sorpresa y confusion de los Druzos, que creyéndose atacados por el mismo Dâher y traidores los unos á los otros, se tiraban mutuamente en su desordenada fuga. Los derriscaderos de *Djesim* y los bosques de álamos por donde transitaron los fugitivos, quedaron sembrados de cadáveres, de los cuales muy pocos perecieron á manos de los Motuâlis. Avergonzado el emir *Yusef* de tamaño descalabro, voló á refugiarse en *Dair-el-Qaman*. A poco tiempo trató de indemnizar su pérdida; pero habiendo vuelto á ser batido en la llanura que media entre Saida y Tiro, se vió en la necesidad de devolver á su tio el *anillo*, símbolo del mando entre los Druzos. En 1773, tornó una nueva revolucion á colocarle en el puesto; mas solo á costa de una guerra civil, logró mantener su potestad. Entonces fue cuando para asegurarse de Berut contra el partido contrario, invocó el ausilio de los Turcos, y pidió al bajá de Damasco un hombre de luces, capaz de defender la ciudad en caso necesario. Recayó el nombramiento en un aventurero, que asi por su fortuna posterior como por el papel que representa hoy dia, merece que le demos á conocer. Este individuo, llamado *Ahmad*, es natural de Bosnia y tiene por lengua nativa el esclavon, segun afirman los capitanes de barco de Ragusa, con quienes prefiere conversar á todos los

demas. Asegúrase que se espatrió á la edad de diez y seis años, por evitar las resultas de un estupro que atentó contra su cuñada: pasó á Constantinopla; y viéndose allí sin saber modo de subsistir, se vendió á los traficantes de esclavos con la mira de ser trasportado á Egipto. Arribado al Cairo, fue comprado por Alí-bey, quien desde luego le puso en la clase de sus Mamelucos. No tardó *Ahmad* en descollar entre todos, por su valor y habilidad. Empleóle su patrono varias ocasiones para aquellos lances arriesgados, tales como asesinar los beys y kachefs que le eran sospechosos; y hubo *Ahmad* de desempeñar tan á satisfaccion todas sus comisiones, que esto le valió el apodo de *Djezzar*, que significa *degollador*. Gozaba á ley de tal del favor de Alí, cuando vino de golpe un accidente á privarle de él. Juzgando necesario ese bey desconfiado proscribir á uno de sus bienhechores, nombrado *Sâleh-bey*, encargó á *Djezzar* cortarle la cabeza. Bien fuese por remordimiento, bien por egoismo, ello es que *Djezzar* no solo se mantuvo renuente, sino hasta abogó por el proscrito. Mas sabiendo al dia siguiente que Mohammad-bey habia cumplido la encomienda, y que Alí ya iba dándose por agraviado, se creyó perdido sin recurso; y para evitar la suerte de *Sâleh-bey*, se escapó clandestinamente sin parar hasta Constantinopla. Allí solicitó empleos proporcionados á la clase que antes tuviera; mas como encontrase aquella concurrencia de pretendientes que afluyen á todas las cortes, varió de plan, y se marchó á Siria en pos de servicio en calidad de soldado raso. Casualmente pasó á los Druzos,

y allí fue hospedado nada menos que en casa del kiaya del emir Yusef. De aquí se trasladó á Damasco, en cuya ciudad muy pronto adquirió el título de agá, con mando de cinco *banderas*, es decir, cincuenta hombres: en ese puesto fue donde vino la suerte á visitarle, proporcionándole la comandancia de Berut. Apenas se vió *Djezzar* establecido en su nuevo destino, tomó posesion de la ciudad en nombre de los Turcos. Confundido quedó Yusef de golpe tan mortal. Pidió justicia en Damasco; pero conociendo que se burlaban de sus plegarias, apeló despechado á Dâher, con quien celebró una alianza ofensiva y defensiva en *Râs-el-aën*, cerca de Tiro. Tan luego como Dâher se unió á los Druzos, marchó á sitiar por tierra á Berut, á tiempo que dos fragatas rusas, cuyo servicio se compró en seiscientas bolsas[1] (cerca de ciento cuarenta y nueve mil talegas de duros), fueron á bombardearla por mar. No hubo mas arbitrio que ceder á la fuerza. Despues de una resistencia bien obstinada, entregó *Djezzar* su persona y la plaza. Encantado el jeque de su denuedo, y halagado con la preferencia que le diera sobre el emir, se le llevó consigo á Acre, colmándole de toda especie de favores. Llegó su decision por él al punto de confiarle una pequeña espedicion á Palestina, juzgándole apto para el caso: pero *Djezzar* apenas acercado á Jerusalen, se pasó otra vez á los Turcos, y regresó á Damasco. Sobreviene la guerra de Mohammad-bey: preséntase *Djezzar* al capitan bajá, y gánase

[1] La bolsa equivale exactamente á quinientos escudos españoles. *Nota del traductor.*

luego su confianza. Acompañóle al sitio de Acre; y asi que el almirante hubo destruido á Dâher, no encontrando sugeto mas á propósito que *Djezzar* para llenar las miras de la Puerta en esos paises, le nombró bajá de Saida. Convertido por esta revolucion en superior directo del emir Yusef, lejos de haberle perdonado la injuria, ha dado lugar á que se le acuse de ingratitud. Por una conducta verdaderamente turca aparentando á veces reconocimiento y á veces enojo, no ha cesado de estar con él en continuas desavenencias y reconciliaciones; exigiéndole siempre numerario por precio de la paz, ó por indemnizacion de la guerra. Este manejó le ha salido tan admirablemente, que en el espacio de cinco años ha arrancado al emir ochocientos mil duros mal contados, suma tanto mas prodigiosa cuanto el remate del pais de los Druzos no llegaba entonces á veinte talegas de pesos. En 1784 le hizo la guerra, y le depuso, colocando en su lugar al emir del territorio de *Hasbeya*, nombrado *Ismael*. Mas habiendo Yusef comprado de nuevo su gracia, volvió á entrar á fines de año en *Dair-el-Qamar*. Tuvo hasta el arrojo de irle á visitar á Acre, de donde no se creia que retornase; pero *Djezzar* es muy parco en esto de verter sangre, cuando quedan esperanzas de dinero. Por fin puso al príncipe en libertad, y aun le despachó con demostraciones de aprecio. A poco le nombró la Puerta bajá de Damasco, donde reside hasta el dia de hoy: conservando la inmediata supremacía del bajalato de Acre y del pais de los Druzos, se ha apoderado, á fuer de tal, de la persona de *Sad*, kiaya del emir; y so pretesto de que

era el motor de las últimas turbulencias, le ha amenazado de hacérselas expiar con su cabeza. En sobresalto los Maronitas por la vida de un hombre á quien reverencian, han ofrecido novecientas bolsas [1] por su rescate. Pero el bajá entra ya en regateo, y quizas conseguirá hasta mil: mas si, como es probable, se agota el oro con tantas contribuciones, ¡ay entonces del príncipe y de su ministro! Hasta cierto punto lo han merecido: porque la impericia del uno y la ambicion del otro, mezclando á los Turcos en los intereses de los Druzos, han descargado un golpe fatal á la tranquilidad y seguridad de su nacion, golpe de que no se recobrará en muchos tiempos, si es que solo sigue el curso natural de los sucesos.

Volvamos á la religion de los Druzos. Lo dicho acerca de las opiniones de *Mohammed-ben-Ismael*, puede considerarse como su definicion mas exacta. Efectivamente ellos no rezan, ni ayunan, ni se circuncidan, ni guardan fiestas, ni se abstienen de lo vedado. Beben vino, comen carne de puerco y se casan hermano con hermana. Tan solo se advierte que no hay enlace público ú autorizado entre padres é hijos. De todo lo cual se deducirá con fundamento que los Druzos no observan culto alguno: debemos sin embargo esceptuar cierta clase que tiene sus usos religiosos bien denotados. Los individuos que la componen son para el resto de la nacion lo que eran antiguamente los *iniciados* respecto de los *profanos*. Danse ellos el nombre

[1] Mas de doscientos mil duros. *Nota del traductor*.

de *Oqqals*, que significa *espirituales*, en contraposicion al vulgo que llaman *djahel*, ó sea *ignorante*. Tienen diversos grados de iniciacion, de los cuales el mas escelso exige el requisito del celibato. Distínguense por el turbante blanco que llevan como símbolo de su pureza; y es tanto lo que de ella blasonan, que se creen manchados por el simple contacto de cualquier profano: si come uno en su plato, ó bebe en su vaso, le quiebran al punto: de aquí proviene el uso tan general en el pais de una especie de vaso con llave, por donde se bebe sin tocar con los labios. Todas sus prácticas estan envueltas en misterio: tienen sus *oratorios* siempre *aislados* y situados en *parages altos*. Dícese que allí practican ciertas ceremonias en presencia de una pequeña estatua que representa un buey ó un becerro; y de aquí se ha querido inferir que eran descendientes de los Samaritanos. Mas prescindiendo de que el hecho no está comprobado, bien podria tener otros orígenes la adoracion del buey. Poseen uno ú dos libros que procuran ocultar con el mayor empeño; pero la casualidad ha frustrado sus conatos: en una guerra civil, acaecida habrá cosa de seis á siete años, el emir Yusef, que es *djahel*, se encontró uno de ellos en el saqueo de uno de sus oratorios. Personas que le han leido, aseguran que no contiene mas que una jerga mística, en cuya oscuridad sin duda cifran los adeptos todo su mérito. En él se habla del *Hakem-b'amr-eh*, espresion con que designan á *Dios* encarnado en la persona del califa: tambien se hace mencion de la otra vida, de una morada de penas y otra de bienaventu-

ranza, donde por decontado tendrán los *Oqqals* el lugar de preferencia. Distínguense igualmente diversos grados de perfeccion, á los que se asciende por pruebas sucesivas. Por lo demas, estos sectarios tienen todo el sobrecejo y escrúpulos de la superstición: son incomunicativos porque estan débiles; pero es verosímil que si estuvieran fuertes, serian promulgadores é intolerantes. La generalidad de los Druzos, muy agena de este carácter, es del todo indiferente en materias de religion. Los cristianos que viven en el pais pretenden que muchos de ellos admiten la metempsícosis, que otros adoran el sol, la luna y las estrellas: todo esto es muy creible, pues á la manera de los *Ansarié*, cada cual, conforme á los dictados de su conciencia, sigue la senda que le acomoda; aparte de que esas opiniones son las que naturalmente ocurren á los hombres rústicos y sencillos. Cuando pasan á tierra de Turcos, fingen ser musulmanes; frecuentan las mezquitas y hacen sus rezos y abluciones. Si van donde los Maronitas, asisten á la iglesia, y se santiguan con el agua bendita asi como ellos. Muchos importunados por los misioneros, han consentido en bautizarse, y despues estos mismos solicitados por los Turcos, se han dejado circuncidar y al fin han venido á morir sin ser ni cristianos ni musulmanes: no han sido empero tan inconsecuentes en materias políticas, como vamos á verlo.

§ IV.

DEL GOBIERNO DE LOS DRUZOS.

Al igual de los Maronitas, podemos considerar á los Druzos como divididos en dos clases, á saber: el pueblo y los *notables*, designados con el nombre de *jeques*, y con el de *emires*, ó sea *descendientes de los príncipes*. La condicion general es la de cultivador. Ya sea como arrendatario, ya como propietario, cada cual vive en su finca, atendiendo á sus moreras y á sus viñas: en algunos cantones siembran ademas algodon, tabaco y algunos granos; pero son renglones de poca consideracion. Parece que en su orígen estuvieron todas las tierras, como antiguamente entre nosotros, en manos de un corto número de familias. Mas para hacerlas productivas ha sido menester que los hacendados ricos realizasen ventas y arriendos parciales: esta subdivision ha venido á ser el móvil principal de la fuerza del estado, por haber multiplicado el número de interesados en la causa pública: subsisten con todo vestigios de la primitiva desigualdad, que aun hoy dia son de una influencia perniciosa. Las inmensas riquezas que conservan algunas familias les proporcionan un ascendiente muy marcado en todos los pasos de la nacion, en una palabra, sus intereses privados pesan demasiado en la balanza contra los intereses públicos. Lo ocurrido en estos últimos tiempos suministra ejemplos propios á servir de leccion. Por lo regular todas

las guerras intestinas ó estrangeras que han perturbado el pais, han sido originadas por la ambicion y las miras particulares de algunas casas principales, como las de los *Lesbeks, Djambelats*, los *Ismaeles* de *Solyma*, etc. Los jeques de estas casas, que poseen por sí solos la décima parte del pais, se han grangeado devotos á fuerza de dinero, logrando al fin envolver al resto de los Druzos en sus disensiones. Pero la nacion entera debe tal vez á este conflicto de los diversos partidos, la ventaja de no ser esclavizada por su gefe.

Dicho gefe, denominado *hâkem*, ó *gobernador*, y tambien *emir* ó *príncipe*, es como un rey ó general que reune en su persona todos los poderes civiles y militares. Su dignidad ora pasa del padre á los hijos, ora del hermano al hermano; mas bien segun el derecho del mas fuerte que de las leyes establecidas. Las mugeres en ningun caso, pueden pretender esta prerogativa á título de herencia, cosa muy conforme á los principios orientales; pues estando escluidas de la sucesion en lo civil, con mayor razon deben estarlo en lo político. En general los estados del Asia son harto borrascosos, y su administracion requiere necesariamente demasiados talentos militares para que el sexo débil ose entremeterse en los negocios. Entre los Druzos, caso de faltar la línea de varon en la familia reinante, pasa la autoridad al hombre que reuna en la nacion mas sufragios y facultades. Pero ante todo es indispensable obtener la aprobacion de los Turcos, constituyéndose al mismo tiempo vasallo y tributario suyo. Tambien suele

acontecer, que á título de supremacía, nombran el *hâkem* contra el voto nacional, como lo ha practicado *Djezzar* en la persona de Ismael de *Hasbeya;* pero este estado de coaccion no dura sino mientras es sostenido por la violencia que lo establece. Las funciones del gobernador se reducen á velar en la conservacion del órden publico, á estorbar que los emires, los jeques y las aldeas se hagan la guerra; tiene accion para reprimirlos con la fuerza en caso de desobediencia. Tambien es él supremo juez nato, y nombra todos los *qadis,* reservándose sin embargo el derecho de vida y muerte: asimismo es recaudador del tributo, de donde saca una parte convenida para pagar anualmente al bajá. El tributo varia segun que la nacion sepa ó no hacerse respetar: á principios del siglo era de ciento sesenta bolsas (cuarenta talegas de duros); pero *Melkem* obligó á los Turcos á que se contentasen con sesenta. En el año de 1784 pagaba el emir Yusef solo ochenta prometiéndoles noventa. Este impuesto que llaman *mirí* gravita sobre las moreras, viñas, algodonales y granos. Todo terreno sembrado paga á proporcion de su amplitud; cada mata de morera sufre una tasa de tres *medinos* (veintisiete maravedis), el centenar de viñedos paga una piastra ó cuarenta medinos (medio duro). De tiempo en tiempo asientan de nuevo las matrículas á fin de conservar la igualdad en la imposicion. Los jeques y emires no gozan de privilegio alguno en este particular, y podemos decir que contribuyen á los fondos públicos en razon de sus haberes. La recaudacion no tiene costos ningunos; cada cual paga su contingente en

Dair-el-Qamar, si le acomoda, ó á los colectores del príncipe que recorren el campo despues de la cosecha de las sedas. Los proventos del tributo son para el príncipe; de manera que tiene un interes directo en reducir las demandas de los Turcos: tambien le convendria aumentar el impuesto; mas para esta operacion se necesita el consentimiento de los notables que tienen derecho á oponerse. Requiérese igualmente su venia para declarar la guerra y hacer la paz. En tales casos está obligado el emir á convocar asambleas generales, y esponerles el estado de las cosas. Todo jeque, y aun cualquier vecino que por sus luces ó bizarría se ha grangeado algun crédito, tiene derecho de votar; de suerte que podemos considerar el gobierno como una mezcla templada de aristocracia, monarquía y democracia. Todo depende de las circunstancias: si el gobernador es hombre de talento, será absoluto; pero si le falta, no será nada. La razon de estas vicisitudes es la carencia de leyes fijas; y este defecto, comun á toda el Asia, es la causa radical de todos los desórdenes de sus gobiernos.

Ni el emir principal, ni sus subalternos mantienen tropas regladas: solo tienen algunas gentes adictas al servicio doméstico y varios esclavos negros. Si se trata de hacer la guerra, todo individuo sea jeque ó plebeyo en estado de llevar las armas, es emplazado á marchar. Entonces cada cual toma su saquillo de harina, se provee de un fusil, unas cuantas balas, un poco de pólvora fabricada en el lugar, y se encamina al parage señalado por el gobernador. Si acaso es guerra civil,

como sucede con frecuencia, sirvientes, tributarios, amigos, todos toman las armas en defensa de su patrono ó de su cabeza de familia, formándose en derredor suyo. En tales casos era de creerse que las partes ya enardecidas, se propasarian á los últimos escesos; pero rara vez llegan á las manos y mucho menos á la matanza: nunca faltan promediadores, y se apacigua la querella tanto mas presto cuanto que cada patrono está obligado á mantener á sus partidarios de municiones de boca y de guerra. Este régimen, que acarrea felices resultados en los disturbios civiles, no deja de estar sujeto á abusos en las guerras esteriores: asi lo ha comprobado la de 1784. Djezzar, que no ignoraba que todo el ejército vivia á costa del emir Yusef, aparentó contemporizar, y los Druzos, que hallaban muy agradable ser mantenidos sin hacer nada, prolongaron las operaciones; al cabo el emir se cansó de pagar, y ajustó un tratado, cuyas condiciones han sido funestas para él, y de resultas tambien para su nacion; siendo constante que los intereses del príncipe y de los súbditos jamas pueden andar separados.

Los usos de que he sido testigo en estas circunstancias, pintan muy al vivo las prácticas de los tiempos antiguos. Luego que el emir y los jeques hubieron resuelto la guerra en *Dair-el-Qamar*, subieron de noche pregoneros á las cimas de las montañas, y allí empezaron á gritar de voz en cuello: *A la guerra, á la guerra, tomad el fusil, tomad las pistolas; montad á caballo, nobles jeques: armaos de lanza y sable; presentaos mañana en Dair-el-Qamar. ¡O celo de Dios! ¡celo de los combates*

os inflame! Oida esta convocatoria por las aldeas comarcanas, fue luego repetida; y como todo el pais no es mas que un hacinamiento alternado de sierras elevadas y de valles profundos, en pocas horas llegaron los gritos hasta las fronteras. En el silencio de la noche, el acento de los clamores y el retumbo prolongado de los ecos, tenian algo de espantoso y terrible. A los tres dias de la cita, ya habia quince mil *fusiles en Dair-el-Qamar;* de suerte que en el acto se hubiera podido dar principio á las operaciones.

Fácilmente se concibe que unas tropas de esta especie, ni por asomos se parecen á nuestra milicia europea: no tienen uniformes, ni formacion en batalla, ni distribucion por compañías; es un atropellamiento de paisanos de casaca corta, con las piernas al aire y el fusil en mano. A diferencia de los Mamelucos y de los Turcos todos van á pie: solo los emires y jeques usan caballos, que de muy poco sirven, atendido lo áspero y escarpado del terreno. La única guerra que puede hacerse es puramente de posiciones. Los Druzos jamas se arriesgan al llano, y tienen razon: allí no podrian resistir el choque de la caballería, mayormente careciendo sus fusiles de bayoneta. Todo el arte de ellos consiste en trepar por los riscos y deslizarse por entre las malezas y lajas, para hacer desde esos puntos un fuego bien dañino; pues estando á cubierto, disparan á sus anchas; y por haber cursado mucho la caza y los juegos de emulacion, han llegado á adquirir una puntería certera. No son menos duchos en las irrupciones de improviso, sorpresas nocturnas, emboscadas y

todos aquellos lances en que se puede embestir al enemigo presto y cuerpo á cuerpo. Ardientes en proseguir sus triunfos, tan prontos en desanimarse como en cobrar aliento, atrevidos hasta tocar en temerarios, y á veces aun feroces, les distinguen sobre todo dos cualidades constitutivas de las buenas tropas: obedecen ciegamente á sus gefes, y son de una sobriedad y robustez que no se encuentran en las naciones civilizadas. En la campaña de 1784 se pasaron tres meses á la intemperie, sin tiendas absolutamente y sin mas abrigo que una zalea de carnero; y con todo eso no hubo mas enfermos ni muertos que si se hubieran quedado en sus casas. Consistian sus víveres como en cualquier otro tiempo, en panecitos cocidos al rescoldo ó sobre un ladrillo, cebollas crudas, queso, aceitunas, frutas y algun trago de vino. La mesa de los jeques casi competia en frugalidad; y bien podemos asegurar que estas gentes se mantuvieron cien dias con lo que á igual número de Franceses ó Ingleses no hubiera alcanzado para diez. Ellos no conocen la ciencia de las fortificaciones, ni la artillería, ni los acampamentos; en una palabra ignoran hasta los rudimentos del arte de la guerra. Pero si hubiera entre ellos algunos que adquiriesen nociones, fácilmente le cobrarian aficion, y llegarian á componer una milicia formidable. Seria tanto mas fácil de formar, cuanto el cultivo de las viñas y moreras no basta á ocuparlos todo el año; les sobra mucho tiempo [1] que podrian invertir en

[1] Con este motivo, luego que concluyen la cosecha de sus sedas

los ejercicios militares. En los últimos padrones que se hicieron de los individuos armados, se contaban al pie de cuarenta mil; lo que supone un total de poblacion de cerca de ciento veinte mil almas: poco hay que agregar á esta suma; porque no habitan Druzos en los pueblos de la costa. Ahora, siendo la superficie del pais ciento diez leguas cuadradas, resultan mil noventa almas por legua cuadrada; cantidad igual á la de nuestras provincias mejor pobladas. Para graduar cuan crecida es esta proporcion, no perdamos de vista que el terreno es ingrato, y que aun quedan muchas cimas por cultivar; que los granos que se recogen, no alcanzan para mantenerse tres meses en el año; que no hay absolutamente manufacturas; que todas las esportaciones se reducen á las sedas y algodones, cuyo saldo sobrepuja muy poco á la entrada del trigo de *Hauran*, de los aceites de Palestina, y del arroz y café que se saca de Berut. ¿De dónde nace pues, esta afluencia de hombres en espacio tan reducido? En último análisis, no acierto á descubrir otra causa que el destello de libertad que les reluce. Allí, á diferencia del pais turco, cada cual goza en plena seguridad de su vida y hacienda. El campesino á la verdad no está mejor acomodado que en las demas partes del imperio, pero á lo menos está tranquilo: *no teme*, como les he oido decir repetidas veces, *que el agá, el caimacan, ó el bajá envien djendis (militares) á saquear la casa, á llevarse la familia, á dar palizas*, etc. Escesos de esta especie son

en el Líbano, salen muchos labradores como nuestros *Limousins* á hacer las cosechas en el llano.

inauditos en la montaña. La seguridad pues, ha sido el primer móvil de la poblacion, por el incentivo que naturalmente arrastra á todos los hombres á multiplicarse donde quiera que hallan soltura. Otra causa no menos eficaz de incremento, ha sido la frugalidad de la nacion, que consume poco en todo género. Por último, es el tercer motivo la emigracion de infinidad de familias cristianas que abandonan diariamente las provincias turcas para venir á establecerse en el Líbano: allí son bien acogidas de los Maronitas por la identidad de religion, y de los Druzos por tolerancia y por el interes bien entendido de aumentar en su pais el número de brazos, de consumidores y de aliados. Todos viven en paz; pero me veo forzado á decir que los cristianos suelen manifestar á veces un celo indiscreto y quisquilloso capaz de perturbarla.

La comparacion que los Druzos tienen motivo de hacer á cada instante de su suerte con la de los demas vasallos turcos, les ha hecho formar un concepto muy ventajoso de su condicion, el cual por una gradacion natural ha venido á redundar en sus personas. Libres de la violencia é insultos del despotismo, se contemplan ellos hombres mas perfectos que sus vecinos; porque tienen la dicha de estar menos envilecidos. De aquí ha dimanado un carácter mas resuelto, mas enérgico, mas activo; un verdadero espíritu republicano. En todo el Levante tienen fama de inquietos, emprendedores, arrojados y valientes hasta la temeridad: se les ha visto entrar en Damasco, de dia claro, en número de trecientos solamente, y esparcir el desórden

y la carnicería. Es digno de notar que sus vecinos los Maronitas, con un régimen casi idéntico, no poseen esas cualidades en grado tan relevante. Deseoso yo de saber el motivo, lo pregunté un dia en una reunion donde se trataba del particular, á consecuencia de ciertos sucesos recientes; y despues de un corto silencio, un viejo maronita respetable, quitándose la pipa de la boca, y torciendo con los dedos las puntas de sus barbas, me contestó: *Tal vez los Druzos temerian mas la muerte, si creyesen lo que viene despues*. Tampoco admiten la máxima del perdon de las injurias; ni hay gente mas celosa en cuanto á pundonor. Cualquier insulto de palabra ó de hecho inferido á este nombre, *ó á las barbas*[1], se castiga en el acto á puñaladas[2] ó á fusilazos; cuando entre las gentes de las ciudades, la venganza nunca pasa de gritos y denuestos. Esta nimia delicadeza ha introducido en los modales y en las espresiones una mesura, ó si se quiere, una cortesía que nos maravillamos de encontrar en la gente ordinaria: suele hasta degenerar en disimulo y falsedad, especialmente entre los gefes á quienes intereses mas vastos obligan á guardar mayores miramientos. A todos es necesaria la circunspeccion, por las consecuencias temibles del *talion*, de que ya hemos hablado. Esta costumbre puede parecernos bárbara; pero al menos tiene el mérito de hacer veces de justicia regular, siempre incierta

[1] Nuestra frase *insultar en sus barbas* es visiblemente arábiga. *Nota del traductor.*

[2] Con el *kandjar*.

y mal administrada en unos estados turbulentos y casi anárquicos.

Otro punto de honor árabe que tambien distingue á los Druzos es el de la hospitalidad. Cualquiera que se presente á sus puertas, á título de suplicante ó de pasagero, bien puede estar seguro de ser alojado y mantenido del modo mas generoso y sin afectacion alguna. Yo he visto en muchas ocasiones á pobres aldeanos dar el último mendrugo de pan que habia en su casa al caminante necesitado; y cuando les advertia que ya esto tocaba en imprudencia, me respondian: *Dios es liberal y magnífico, y todos los hombres son hermanos*. Asi es que en este pais, lo mismo que en el resto de Turquía, á nadie le ha ocurrido establecer posadas. Luego que ellos contraen con su huésped la obligacion sagrada del *pan* y la *sal*, no hay poder en el mundo capaz de hacérsela violar: en este punto se citan varios rasgos sumamente honrosos á su carácter. Hace algunos años que un agá de genízaros culpable de rebelion, se ahuyentó de Damasco y fue á refugiarse entre los Druzos: llegó esto á oidos del bajá, y le mandó reclamar del emir so pena de guerra: pidiósele el emir al jeque *Talhuq*, que le habia acogido en su casa; mas el jeque lejos de entregársele, le responde indignado: *¿De cuándo acá se ha visto que los Druzos entreguen á sus huéspedes? Dí al emir que mientras que Talhuq tenga barbas, no caerá ni un pelo de la cabeza de su refugiado*. Amenazó el emir de sacarle por fuerza, y Talhuq hizo armar su familia. Temiendo entonces el emir una asonada, adoptó un arbitrio usado como jurídico en el pais: in-



timó al jeque que mandaria cortar cincuenta moreras al dia en su campo, hasta tanto que entregase el agá. Echaron abajo mas de mil, y Talhuq siempre inalterable: por fin los demas jeques enardecidos, hicieron causa comun, é iba ya el levantamiento á volverse general, cuando el agá, acusándose de haber ocasionado tantos desórdenes, se ausentó sin saberlo su mismo patrono[1].

Los Druzos tienen asimismo la preocupacion de los Beduinos sobre el nacimiento. Al igual de ellos hacen grande aprecio de la antigüedad de las familias: no podemos decir sin embargo que de aquí se originen inconvenientes de consideracion. La nobleza de los emires y de los jeques no les exime de pagar el tributo

[1] He encontrado en una coleccion manuscrita de anécdotas árabes otro rasgo, que aunque no pertenece á los Druzos, le juzgo muy bello y magnánimo para ser omitido.

« En tiempo de los califas, dice el autor, luego que *Abdalah, el* « *vertedor de sangre*, hubo degollado cuantos descendientes de *Om*- « *niah* pudo aprender, uno de ellos, nombrado *Ebrahim*, hijo de *So*- « *liman*, hijo de *Abd-el-Malek* tuvo la fortuna de escapar y refugiarse « en Kufa, donde entró disfrazado. Como no conociese nadie de « quien poder desconfiar, se metió á la ventura en el portal de una « casa grande, y allí se sentó. A poco rato llega el amo de la casa se- « guido de algunos criados, apéase del caballo, entra y al reparar « en el estrangero, le pregunta *quién es :* Yo soy un desgraciado, le « responde, que viene á pedirte *asilo*. Dios te guarde, dijo el hombre « rico, entra y estate aquí en paz. Ya habia muchos dias que Ebra- « him vivia en la casa sin que su patrono le hubiese dirigido la menor « pregunta. Mas admirado él mismo de verle diariamente entrar y sa- « lir á caballo á la propia hora, se arriesgó una ocasion á preguntarle « el motivo. Me han informado, le contestó el rico, que un tal Ebra- « him, hijo de Soliman, se halla escondido en la ciudad : él fue quien

á proporcion de sus haberes: ella no les da ninguna clase de prerogativa ni en la posesion de bienes raices, ni en la de empleos. No se conocen en el pais, como tampoco en el resto de Turquía, derechos de caza y de gleba, ni diezmos señoriales ó eclesiásticos, ni feudos, ni laudemios, ni derecho de retracto en las ventas: todo está, como suele decirse, *en alodio*, esto es, libre de cualquier gravámen: cada uno, despues de satisfacer su mirí, su arriendo ó su renta, es dueño absoluto en su casa. Finalmente, por gracia particular, los Druzos y Maronitas no pagan el rescate de las herencias, y el emir no se arroga como el sultan la propiedad universal de los inmuebles: existe sin embargo, un abuso en la ley de sucesiones que acarrea funestas

« mató á mi padre, y le ando buscando para tomar mi *talion. Enton-*
« *ces conocí yo*, dice Ebrahim, *que Dios me habia traido allí de intento:*
« *adoré su decreto y resignándome á morir, le contesté: Dios ha abra-*
« *zado la defensa de tu causa: varon ofendido, la víctima la tienes á tus*
« *plantas*. Atónito el magnate á estas palabras me respondió: Yo veo,
« o estrangero! que el peso de la adversidad te abruma, y que can-
« sado de la vida, buscas un medio de perderla; pero mis manos
« estan atadas para el crímen. Yo no te engaño, repuso Ebrahim, tu
« padre por mas señas se llamaba fulano; nos encontramos en tal
« parte, y el lance pasó de esta y de la otra manera.: y diciendo esto
« un temblor violento se apodera de toda la máquina del rico; rechi-
« nábanle los dientes como á un arrecido de frio, chispeábanle los ojos
« de furor y se le inundaron en lágrimas. Asi permaneció por algun
« tiempo silencioso y cabizbajo; pero en fin alzando el rostro hácia
« Ebrahim: Mañana, le dijo, te unirá el destino con mi padre; y Dios
« habrá cobrado mi talion. ¿Pero cómo he de violar yo el asilo de mi
« casa? Desventurado estrangero, huye de mi presencia, toma, aquí
« tienes cien zequíes; sal en el instante, y que no te vuelva yo á ver
« mas en mi vida. »



consecuencias. Los padres, como por derecho romano, estan facultados para mejorar al hijo que se les antoja; y de aquí ha venido á resultar con el tiempo, en muchas familias de jeques, que todos los bienes se han acumulado en un solo individuo, que se ha valido de ellos para intrigar y perturbar el órden; al paso que los parientes se han quedado, como ellos dicen, *príncipes de aceitunas y queso*, esto es, tan menesterosos como el comun del pueblo.

Por una consecuencia de sus preocupaciones, los Druzos son enemigos de enlazarse fuera de sus familias. Asi es que siempre prefieren el pariente, por pobre que sea, al estraño mas opulento; y se ha visto mas de una vez á simples lugareños negar sus hijas á mercaderes de Saida y de Berut que poseian doce y quince mil piastras. Asimismo conservan hasta cierto punto aquel estilo de los Hebreos, que exigia que el hermano se casase con la viuda del hermano: pero esta costumbre, asi como otras muchas de ese antiguo pueblo, no les es peculiar, pues las participan con los habitantes de Siria y en general con las naciones árabes.

En resúmen, el carácter propio y distintivo de los Druzos es, como llevo dicho, un cierto espíritu republicano que les comunica mas energía que á los otros vasallos turcos, y produce en ellos una indiferencia absoluta en materias de religion, que contrasta mucho con el celo de los musulmanes y cristianos. Fuera de eso, su vida privada, sus costumbres, sus preocupaciones, son las mismas que las de los demas orienta-

les. Pueden casarse con muchas mugeres, y repudiarlas cuando les acomode; pero á escepcion del emir y algunos potentados, son rarísimos estos casos. Ocupados continuamente en sus trabajos campestres, no esperimentan aquellas necesidades facticias, ni aquellas pasiones exageradas, hijas del ocio que acompaña á los moradores de las ciudades. El velo con que se cubren las mugeres es en sí mismo un preservativo contra aquellos deseos que turban la sociedad: cada hombre no conoce mas cara de muger que la de la suya, de su madre, hermanas y cuñadas: todos viven en el seno de su familia y apenas salen de casa. Las mugeres, inclusas las de los jeques, amasan el pan, tuestan el café, lavan la ropa, aderezan la comida; en una palabra, desempeñan todas las haciendas domésticas. Los hombres cultivan las viñas y morales, construyen muros para calzar las tierras, abren y conducen acequias de regadío. Unicamente al caer la tarde suelen juntarse en el patio, en el area, ó en casa del gefe del lugar ó de la familia; y allí, sentados en rueda, las piernas cruzadas, la pipa en la boca y el puñal á la cinta, platican acerca de la cosecha y de los trabajos campestres, de la carestía ó de la abundancia; hablan de la paz ó de la guerra, de la conducta del emir, del monto del impuesto, de cosas pasadas, de intereses presentes y de conjeturas sobre lo venidero. A veces los muchachos, cansados de sus juegos, vienen á escuchar en silencio; y se maravilla uno de oir niños de diez á doce años contando con mucha formalidad porqué

Djezzar ha declarado la guerra al emir *Yusef*, cuantas bolsas ha gastado el príncipe, en qué proporcion se aumentará el mirí, qué número de *fusiles* habia en el campo y quién tenia la mejor yegua. Preciso es que asi sea: no reciben otra educacion, ni les hacen leer los Salmos como entre los Maronitas, ni el Alcoran como entre los musulmanes; y aun los mismos jeques apenas saben escribir una esquela. Pero si su entendimiento carece de nociones útiles ó agradables, á lo menos no está preocupado de ideas falsas ó perjudiciales; y no cabe duda que esta ignorancia natural vale mas que las necedades adquiridas [1]. De aquí por lo menos ha resultado una ventaja, y es que hallándose todos los talentos casi al mismo nivel, no se ha hecho tan perceptible la desigualdad de condiciones. Efectivamente, no se ve entre los Druzos aquella inmensa distancia que separa las clases, y que en la mayor parte de las comunidades degrada á los pequeños sin mejorar los grandes. Jeques ó plebeyos, todos se tratan con aquella familiaridad razonable, que no peca en licencia ni en servilismo. Ni aun el emir principal es diferente de los demas vecinos: es como un rico señor campestre, que no desdeña sentar á su mesa al mas sencillo labrador. En conclusion, son ni mas ni menos las costumbres de los tiempos pasados, es decir, las costumbres de la vida del campo, por la cual ha debido comenzar toda nacion; de suerte que podemos establecer que todo pueblo en quien las ha-

[1] *Mas vale papel blanco que emborronado*, decia el profundo Hobbes. *Nota del traductor.*



llemos, está todavía en la primera época de su estado social...

§ V.

DE LOS MOTUALIS.

Al oriente de los Druzos, en el hondo valle que separa sus montañas de las del territorio de Damasco, habita otro pequeño pueblo conocido en Siria bajo el nombre de *Motuâlis*. La particularidad que los distingue de los demas habitantes de Siria es que siguen la secta de Alí como los Persas, mientras que todos los Turcos son prosélitos de *Omar* ó de *Moauia*. Esta distincion, fundada en el cisma que el año 36 de la egira dividió á los Arabes acerca de los *sucesores* de Mahoma, fomenta un odio irreconciliable entre ambos partidos, segun llevo indicado. Los sectarios de Omar, que se consideran á sí propios como únicos *ortodoxos*, se califican de *Sònnitas*, que tiene el mismo sentido, y apellidan á sus adversarios *Chiites*, ó sea *sectarios* (de Alí). La palabra *Motuâli* tiene la misma significacion en el dialecto de Siria. Los secuaces de Alí, que toman ese nombre en mala parte, le han sustituido el de *Adlié*, que quiere decir partidarios de la justicia (al pie de la letra, *justicieros*); y han adquirido esta denominacion de resultas de haber suscitado un punto dogmático contra la creencia de los *Sonnitas*. He aquí cuanto dice sobre el particular una obrita árabe intitulada: *Fragmentos teolôgicos sobre las sectas y religiones del mundo*[1].

[1] En arábigo: Abârât el Motka lamin fi mazâheb oua Dianât el Dònia.

en que no se cometiesen mas depredaciones, y por este medio se adquirió aliados capaces, á lo que se decia, de armar diez mil dragones, gente toda resuelta y temida. Poco despues se apoderaron de la villa de Tiro, donde establecieron su emporio marítimo universal: en 1771 sirvieron infinito á Alí-bey y á Dâher contra los Otomanos. Pero en su ausencia se aprovechó el emir Yusef de la ocasion para armar á los Druzos, y vino á saquear el pais. Hallábase delante del castillo de Djezin á la sazon que los Motuâlis volviendo de Damasco supieron la noticia de la invasion. Al relato de los horrores cometidos por los Druzos, se llenó de furor tal una avanzada de solo quinientos hombres, que sobre la marcha tiró hácia el campo enemigo, resuelta á perecer vengándose. La sorpresa y el desórden que causaron, unidos á la discordia que reinaba entre las facciones de Mansur y de Yusef, favorecieron aquella maniobra desesperada á tal punto, que todo el ejército, compuesto nada menos que de veinticinco mil combatientes, sufrió la derrota mas completa. Como en los años subsecuentes tomasen un sesgo nada halagüeño los negocios de Dâher, se resfriaron por él los Motuâlis, hasta que al fin le abandonaron en la catástrofe que terminó sus dias. Pero bien han llevado la pena de su imprudencia bajo la administracion del bajá que le sucedió. Desde el año de 1777 no ha cesado Djezzar, señor ya de Saida y de Acre, de trabajar en la pérdida de ellos. Esta persecucion les obligó en 1784 á reconciliarse con los Druzos y hacer causa comun con el emir Yusef para resistir al bajá. Aunque reducidos á



setecientos fusiles, hicieron mas en esta campaña que quince á veinte mil Druzos y Maronitas congregados en Dair-el-Qamar. Ellos solos tomaron el fuerte de *Mar-Djebâa*, y pasaron á cuchillo á mas de cincuenta ó sesenta Arnautas [1] que le guarnecian. Mas habiéndose malogrado todas las operaciones por la mala inteligencia que reinaba entre los gefes druzos, ha conseguido al fin el bajá posesionarse de todo el valle y aun de la ciudad de Balbek. A esa época no se contaban arriba de quinientas familias de Motuâlis que se refugiaron en el Anti-Líbano y en el Líbano de los Maronitas; y proscritas ya de su suelo natal, es muy probable que acaben por aniquilarse, sepultando consigo hasta el nombre de la nacion.

Tales son los pueblos particulares que se hallan comprendidos en el circuito de la Siria. El remanente de la poblacion que forma el mayor número, se compone, como ya he dicho, de Turcos, de Griegos y de castas árabes. Réstame ahora presentar un estado de la distribucion geográfica del pais, segun la administracion turca, y agregar algunas consideraciones generales, sobre el resultado de las fuerzas y de las rentas, la forma del gobierno, y finalmente sobre el carácter y costumbres de los mencionados pueblos.

Pero antes de pasar á estas materias, me ha parecido dar una idea de los movimientos que en estos últimos años han estado á pique de causar una revolucion importante en Siria y crear una potencia

[1] Nombre que dan los Turcos á los soldados macedonios y á los epirotas.

independiente : hablo de la insurreccion del jeque *Dâher* que por largo tiempo se atrajo la atencion de los políticos. Una sucinta esposicion de su historia, de suyo interesante, lo será tanto mas, asi por su novedad, como porque cuanto han publicado los periódicos es nada á propósito para formar una idea cabal del estado de las cosas en aquellos paises lejanos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

ESTADO FISICO DE LA SIRIA.

ESTADO POLITICO DE LA SIRIA.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.



P. Tardieu direxit.


Voyage
Cassas del
P. Tardieu direxit.



